



# FUGAS DE TINTA 8

CRÓNICAS, CUENTOS  
Y TESTIMONIOS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL







# FUGAS DE TINTA 8

CRÓNICAS, CUENTOS  
Y TESTIMONIOS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

# 2015

RED DE ESCRITURA CREATIVA



# FUGAS DE TINTA 8

CRÓNICAS, CUENTOS Y TESTIMONIOS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL  
PROGRAMA LIBERTAD BAJO PALABRA  
RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA 2015

MINISTRA DE CULTURA  
Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA DE CULTURA  
Zulía Mena García

SECRETARIO GENERAL  
Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES  
Guíomar Acevedo Gómez

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO  
María Orlanda Aristizábal B.  
Victor Manuel Mejía  
Diana Yanir Gutiérrez López  
Vanessa Morales Rodríguez  
Felipe Martínez  
María Juliana Serrano Ochoa

COORDINADOR LIBERTAD BAJO PALABRA  
José Zuleta Ortiz

EDITOR  
Harold Kremer

CORRECCIÓN DE PRUEBAS  
Rodolfo Villa  
Jhon Fredy Güechá

CORRECCIÓN, DIAGRAMACIÓN E IMPRESIÓN  
Imprenta Nacional de Colombia  
[www.imprenta.gov.co](http://www.imprenta.gov.co)

© Ministerio de Cultura,  
República de Colombia  
© Red de Escritura Creativa, RELATA.  
© Derechos reservados para los autores.

MINISTRO DE JUSTICIA Y DEL DERECHO  
Jorge Eduardo Londoño Ulloa

DIRECTOR GENERAL INPEC  
BG. Jorge Luis Ramírez Aragón

DIRECTORA DE ATENCIÓN Y TRATAMIENTO  
Roselín Martínez Rosales

SUBDIRECTORA DE EDUCACIÓN  
Maricela Guevara Montaña

GRUPO PROMOCIÓN DE CULTURA,  
DEPORTE Y RECREACIÓN - GOCUL  
Febe Lucía Ruiz Tírado

Agradecimientos especiales:  
MINISTRO DE JUSTICIA Y DEL DERECHO 2015,  
Yesid Reyes Alvarado

VICEMINISTRA DE CULTURA 2015,  
María Claudia López

Textos logrados en los talleres de escritura  
creativa del año 2015.

Primera edición, octubre 2016  
ISBN 978-958-8959-14-6

Prohibida la reproducción total o parcial de esta  
edición sin la autorización de los coeditores  
y de los propietarios del *copyright*.

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	
José Zuleta Ortiz	15
FUGAS DE TINTA 8	
Crónicas, cuentos y testimonios escritos en la cárcel	17
AMAZONAS	
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO LETICIA	
DIRECTOR DE TALLER: VÍCTOR ANDRÉS LEÓN	19
PRIMER DÍA	
Brayan Estiven Cruz P.	21
NADIE ES DUEÑO DE SU DESTINO	
Juan Carlos Realpe Núñez	25
MI CAPTURA	
Nilson Jaime Manuyama Chota	29
DE LAS TINIEBLAS HACIA LA LUZ	
Wilfredo Mercado Ferreira	31
LIBRE Y PRESO, PRESO Y LIBRE	
Soy de la verdad (seudónimo)	41
DEL LLANTO AL CANTO	
Muralla (seudónimo)	43
LOS PELUDOS	
Jairo Ochoa Torres	47
ANTIOQUIA	
CÁRCEL MUNICIPAL DE ENVIGADO	
DIRECTOR DE TALLER: ANDRÉS DELGADO	49
SÁBADO DE RUMBA	
Arley Santiago Hoyos Muñoz	51
LA FUGA	
César Hernán Gómez Betancur	53

## FUGAS DE TINTA

MI REGRESO A LA VIDA Claider Andrés Ruiz Rodríguez	55
MI PRIMERA AVENTURA Jorge Humberto Mejía Orozco	57
LA PERSECUCIÓN Kangri (seudónimo)	59
LA MEJOR BROMA Nandito (seudónimo)	61
LA CÁRCEL, EL CEMENTERIO DE LOS VIVOS (PRIMER DÍA EN LA CÁRCEL) Faride (seudónimo)	63
<b>ANTIOQUIA, ITAGÜÍ</b> CÁRCEL DEPARTAMENTAL DE YARUMITO DIRECTOR DE TALLER: DAVID MACÍAS	65
ACERÍAS PAZ DEL RÍO Carlos Alberto Aranguren Vargas	67
<b>ARAUCA</b> ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE ARAUCA DIRECTOR DE TALLER: NELSON PÉREZ	71
8 y 8 La Chata (seudónimo)	73
LOS ROLOS EN SU SALSA José Antonio Toledo Rubiano	75
AMOR Y LÁGRIMAS ENTRE REJAS Bianneth Uscátiga Rodríguez	79
EL DUENDE DE <i>EL ROSARIO</i> Julio Tomás Colina Jara	81
<b>ATLÁNTICO</b> ESTABLECIMIENTO CARCELARIO DE BARRANQUILLA. CÁRCEL MODELO DIRECTORA DE TALLER: IBETH NORIEGA HERAZO	83
NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA David Pizano Ospino	85
LA CASA DE LA ABUELA Rafael Eduardo Álvarez López	89
SUFRAGIO Rafael Obdulio Gamboa	91
CUÁNTO VALE Wálter Antonio Escobar Donado	93

SINFONÍA Conrado Alberto Palacios Alvarino	95
LOS TAJAMARES Gary Enrique Mangones Fragoso	97
EL CALOR DE HOGAR Juan Carlos Mendoza García	99
CRÓNICA DEL ADIÓS Julián Yoneison Suárez García	101
<b>BOGOTÁ, D. C.</b> RECLUSIÓN DE MUJERES BOGOTÁ. EL BUEN PASTOR DIRECTOR DE TALLER: CAMILO IGUA	103
MI GRAN AMIGO PELUSOS Angélica Caballero Moreno	105
LOS DUENDES Mary Cruz (seudónimo)	107
LAILA Alondra de Jesús Rodríguez Mendoza	109
CON UN NUDO EN LA GARGANTA Fabiola Gutiérrez Reyes	111
LA SOLEDAD DE UNA MENOR Marisol Ramírez Salgado	115
<b>BOGOTÁ, D. C.</b> COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO. METROPOLITANO DE BOGOTÁ LA PICOTA DIRECTOR DE TALLER: SEBASTIÁN GÓNIMA	117
GRACIAS POR TU AMOR Luis Eduardo Cuéllar Bernal	119
PARAJES MISTERIOSOS DE LOS LLANOS ORIENTALES Miguel Alexander Morantes Rincón	121
LIBERTAD Alexander Ávila Gómez	123
CENIZA ILUSA Aladis (seudónimo)	125
POESÍA ERÓTICA Edward Riascos Chaverra	127
LA HISTORIA DE ÑECO Ricardo Escobar Rodríguez	129
AUSENCIA William Alfonso Forero Pulido	133

**BOLÍVAR**

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD  
Y CARCELARIO DE CARTAGENA. TERNERA

DIRECTOR DE TALLER: DAVID LARA 135

EL LABERINTO  
Bienvenido Herrera Castro (seudónimo) 137

EL ALTO DE SAN ANTONIO  
Anjomabe (seudónimo) 143

QUE PASE PRONTO  
Orlando Cadrazco Salcedo 147

EL CUARTO DE MI INFANCIA  
Rafael Reyes Gómez 151

HISTORIA DE UN CAMPESINO  
Algemiro Ruíz Baldovino 153

CARTAS DE AMOR Y LIBERTAD  
Albert Isaac Galíleo (seudónimo) 155

AÑORANZAS  
Gustavo Luís Castro Simancas 159

¿Y AHORA QUÉ?  
Alejandro Molina (seudónimo) 163

EL FINAL DEL OCASO  
Luis Carlos Rodríguez Ramírez 165

TAJADA  
Óscar Humberto Galvis Gonzales 167

**CUNDINAMARCA, FACATATIVÁ**

CÁRCEL DE POLICÍA

DIRECTOR DE TALLER: SEBASTIÁN GÓNIMA 169

LA MALDICIÓN DE LA ISLA OLVIDADA  
Salomón Rodríguez (seudónimo) 171

UN TINTO POR FAVOR  
El Lastre (seudónimo) 175

RELATO  
Jimmy Arley González Reyes 177

EL PODER DE LOS LAGARTOS  
José Vicente Castro 179

¿QUÉ TOMAS?  
Marlon Javier Duarte Mayorga 183



## HUILA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE NEIVA DIRECTOR DE TALLER: BETUEL BONILLA	185
SOMBRAS VERTICALES Érika Tatiana Rodríguez Girón	187
EL ÚLTIMO ADIÓS Fernando Vanegas DeIgado	191
UNA BATALLA CON EL PUTAS Johana Figueroa Castro	193
A TODO TUERTO, MANCO Y COJO, ÁBRALE EL OJO Luis Fonsi (seudónimo)	195
MI TRASLADO Jimmy Antonio González Cabrera	199
PROMESA CUMPLIDA Luis Ernesto Farfán	201
MELISSA Moisés Torres Olarte	203
AMANECER EN EL ESTERO Wilmer Arney Velandía Velandía	205
EL ÚLTIMO DESEO Yurley Zamarly García Piñeres	207

## NARIÑO

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE PASTO DIRECTOR DE TALLER: ALLAN GERARDO LUNA	209
LOS DÍAS QUE UNO TRAS OTRO SON LA VIDA Amparo Aguirre (Con aportes de Zamira Vásquez, María Fanny Gómez y Marta Liliana Ávila)	211
YO SOY... Orquídea azul (seudónimo) Biografía-crónica	215
¿CÓMO DEBEMOS DECIR? Lucía Lorena Ríascos Dávila	219
CORAZÓN COMPARTIDO María Fanny Gómez Urbano	221

NORTE DE SANTANDER

COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO METROPOLITANO DE CÚCUTA

DIRECTOR DE TALLER: NORWELL CALDERÓN 223

LA HISTORIA DE SAHORÍ  
Laura Ubieli Vallejo Lizarazo 225

EL COSTEÑO MALUCO  
María Inés Torres Monsalve 227

EL VIAJE  
Ana María Gómez Abadía 231

EL DOLOR DE UNA PARTIDA  
Rosa María Flórez Pabón 235

UN SÁBADO ESPECTACULAR  
Ruth Soraya Ávila Jaramillo 237

OJIZARCO RONDALLA  
Y. M. C. R. (seudónimo) 241

ERA LA MEJOR DE LA ESCUELA  
Yeini Lisbeth Giraldo Durán 243

NORTE DE SANTANDER

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE PAMPLONA

DIRECTORA DE TALLER: JOHANNA ROZO 247

LA ABUELA  
Edison Alexander Rico Parada 249

EL NIÑO Y LA ESTRELLA  
Juan Carlos Gutiérrez 251

EL SOMBRERO NUEVO  
Jhonathan Duarte Pinzón 253

BOSQUE  
Duván Estivenson Becerra Rey 255

EL VIAJE  
Juan Jesús Acevedo Mogoto 257

SIN ASUNTO  
Simón Adrián Jaimes Ramón 259

EL CREADOR  
Édgar Capacho Gamboa 261

QUINDÍO

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD  
Y CARCELARIO DE CALARCÁ. "PEÑAS BLANCAS"

DIRECTOR DE TALLER: JOSÉ RODOLFO RIVERA 263

EL PASADO NO SE OLVIDA  
John Jamer Rivera Rosero 265

UN VIAJE VIVIDO Jonathan Varón Quiroga	267
UN DÍA ARRUIINADO POR LA GUARDIA VÍCTOR Alfonso Londoño Hincapié	271
CAMINO A LA MUERTE José Yhilet Ríos Grajales	273
<b>RISARALDA</b> ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE PEREIRA DIRECTOR DE TALLER: MAURICIO QUINTERO	275
VIAJE TRAS LAS REJAS Carlos David Duque Rodríguez	277
PIPO Y EL ÁGUILA Julián Fernando Bedoya Londoño	281
EL PRISIONERO DE LA CELDA 202 Mario Alberto López	285
LOS OJOS MÁS BELLOS Foronda (seudónimo)	287
<b>SANTANDER</b> ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE BUCARAMANGA DIRECTOR DE TALLER: MIGUEL CASTILLO	289
ME ACUERDO María Faysuly Moreno Pineda	291
ME ACUERDO Milena González González	293
LA CAPTURA Lisandra Vega Pérez	295
ME ACUERDO DE MI PADRE Sonia Milene Barbosa Sarmiento	297
<b>SUCRE</b> ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE SINCELEJO DIRECTOR DE TALLER: LIBARDO CARABALLO	299
UN PUEBLO QUE RENACE Arcelio Rafael Viloria Martínez	301
INOCENCIA Jesús Manuel Flórez	303
LA LUZ DE SANTO TOMÁS Arnovis José Mercado Sarmiento	305

FUGAS DE TINTA

SUEÑOS QUEBRANTADOS Carlos Mario Oviedo Jaraba	307
MI RELICARIO DE AMOR Humberto Reyes Hoyos	313
MUJER Sigilfredo León Vega Durango	315
AMISTAD Wilmar Hincapié Hernández	317
<b>VALLE DEL CAUCA</b> ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE BUENAVENTURA DIRECTOR DE TALLER: JEFFERSON PEREA	319
ÉRASE UNA VEZ EN BUENAVENTURA Gully (seudónimo)	321
DÍA INOLVIDABLE PARA NO OLVIDAR Carlos Alberto Campuzano	323
MU JÉÉP-MI TIERRA José (Seudónimo)	327
LISSETH Nelson Hurtado Caicedo	329
RÍO CAJAMBRE Robinson Rentería Castro	333
<b>VALLE DEL CAUCA</b> COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE JAMUNDÍ DIRECTOR DE TALLER: MIGUEL ANTONIO RAMÍREZ	335
SORPRESA <i>POST MORTEM</i> Adriana Segovia Pérez	337
ALBERTO, UN PLAN MAESTRO Jennifer Paredes Rodríguez	339
LUCIANA Luz Marina Giraldo Mora	343
DÉJÀ VU Adriana Patricia Castañeda Castañeda	347
CRÓNICA DE UN CORAZÓN DELATOR Astrid Carolina Londoño Pérez	357
ARRIBA DE TI Karen S. Martínez	361

LA LLEGADA DE JESÚS Ofelia Puentes Rodríguez	363
<b>VALLE DEL CAUCA</b>	
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE TULUÁ (HOMBRES) DIRECTOR DE TALLER: WALTER MONDRAGÓN	365
EL RIBIEL Carlos Julio Valencia Solís	367
LA NIÑA ENAMORADA Edilberto Hernández	369
BREVE BIOGRAFÍA DE MI INFANCIA Hainnes Macías	373
LA HUELLA DE LA PATA SOLA José Jair Beltrán Sánchez	375
RÍE EL DUENDE EN MI CASA Ricardo López Tascón	377
LA GIGANTONA Omar Leandro Rincón Molina	379
<b>VALLE DEL CAUCA</b>	
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE TULUÁ (MUJERES) DIRECTOR DE TALLER: WALTER MONDRAGÓN	381
DE LA IMAGINACIÓN A LA REALIDAD Flor de invierno (seudónimo)	383
EL MATRIMONIO FALLIDO Maira Alejandra Gonzales	385
LA TRISTE HISTORIA DE MI HERMANITA Sandra Johanna Rico Colorado	389
LA INTEGRANTE DE LA CASONA Soledad Mayuri Rojas Carmona	391
PASÉ UN GRAN SUSTO EN MI NIÑEZ Yuri Rengifo Gutiérrez	393
LA FUGA CON RETORNO A LA ESTACIÓN Ana María Calderón Tejada	395
¡EL DÍA DE MI CAPTURA! Angélica Saldarriaga Henao	397
LA NIÑA DESOBEDIENTE Y EL PERRO QUE ECHA CANDELA Bilma Gisela Torres Pino	399

## FUGAS DE TINTA

LAS EDADES DE MILENA Diana Milena Bermúdez Sánchez	401
MI PADRE ERA MI TODO Katerine Acevedo Arboleda	403
MI NIÑEZ ES LA CULPABLE Mayerli Alarcón Córdoba	405
LA ACAMPADA Orfelina Calderón Moreno	409
NIÑAS REBELDES Yomara Muñoz Moncada	411

# PRESENTACIÓN



*Necesita más ayuda  
un culpable que un inocente.*

Consuelo Triviño

Este año el programa Libertad Bajo Palabra cumple diez años. Pasamos de tener dos talleres en Cali, a veintiún talleres en toda Colombia. En esta memoria de los talleres realizados durante el año 2015, encontraremos textos escritos en lugares tan distantes como Leticia y Pamplona, Cartagena y Arauca, Pasto y Cúcuta. Ha sido un trabajo terco, realizado en condiciones difíciles, y una experiencia de lectura del ser humano, de sus abismos y de su condición que difícilmente pueda imaginar un escritor.

Para romper el hielo y los temores de quienes desean escribir les contamos que el idioma que hablamos y escribimos, el que conocemos como castellano, debe buena parte de su riqueza, expresividad y picardía a un ex presidiario: Miguel de Cervantes Saavedra. Y que fue durante su cautiverio de siete años en Argel,

cuando escribió gran parte de *El Quijote*, la obra que de algún modo fundó la lengua con la que nos expresamos.

Les contamos de otros ilustres presidiarios que han encontrado en la escritura una manera de libertarse, de no olvidar lo que son, de vindicar su vida y de redimirse en la escritura. Les mencionamos ejemplos notables, a Oscar Wilde, autor de *La balada de la cárcel de Reading*, y a Jean Gennet, autor del *Diario de un ladrón*. Les decimos que en Colombia también hay varios casos sobresalientes; el más elocuente es Álvaro Mutis, Premio Cervantes de Literatura, quien estuvo preso en México en donde escribió el *Diario de Lecumberri*, nombre de la prisión en la que pagó una condena de quince meses. Con estos antecedentes y la certeza de que la literatura es liberadora y sublima a quien la hace, los alentamos a que escriban.

Libertad Bajo Palabra es un proyecto que permite a las personas privadas de la libertad, encontrar ocasión para hablar consigo mismos, para reconstruirse reconstruyendo sus historias, para ser libres en la verdad de la literatura. Al leer los trabajos en los que encontramos crónicas, cuentos, poemas, autobiografías, cartas y ejercicios, descubrimos valerosos testimonios que revelan el poder narrativo y el talento latente de los escritores que comenzamos a formar.

Estas historias alcanzarán la calle antes que sus autores, llegarán a múltiples lugares; harán reír o llorar. Y así, de algún modo, quienes las escribieron serán libres.




JOSÉ ZULETA ORTIZ





# FUGAS DE TINTA 8

CRÓNICAS, CUENTOS  
Y TESTIMONIOS  
ESCRITOS EN LA CÁRCEL





# AMAZONAS



Establecimiento Penitenciario  
de Leticia

Víctor Andrés León  
Director de taller



# PRIMER DÍA

Brayan Estiven Cruz P.



“¿Qué podría haber cambiado?”, se preguntó John, sintiendo que sin duda había algo diferente. Caminaba sin prisa y sostenía en la mano derecha un cigarrillo interminable. Al detenerse frente al vidrio de un almacén (que recordaba repleto de clientes y ahora estaba desolado), sacó su mano izquierda del pantalón y se acarició el rostro prematuramente envejecido. Allí, parado en medio de la vereda, escrutándose el rostro, parecía un inadaptado, y así se lo hacían saber las miradas de los transeúntes. Hasta su reflejo lo observaba con desdén. “¿Qué podría haber cambiado?”, volvió a preguntarse y al no poder responder, sacudió fuertemente la cabeza intentando eliminar sus propias preguntas. A lo lejos creyó ver una aparición, pero cuando la tuvo de frente supo que era real, que también los años habían caído sobre ella, aunque con mayor bondad y sin estropear sus rasgos perfectos y su sensual figura.

—Tanto tiempo, John, ¿cómo estás? —preguntó Sofía.

Él pensó en decirle que había muerto dos veces por culpa de ella. Sintió ganas de exigirle explicaciones, pensó en tomarla de los hombros y sacudirla para que quitara esa sonrisa de su

rostro y de rodillas le pidiera perdón. Sin embargo, ese hubiera sido el John de antes. Entonces, dijo:

—Supongo que bien, Sofía. ¿Y tú?

—Soy madre.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Qué te pasa, John? ¿No estás contento por tu regreso? ¿Por qué me miras como si hubieras visto a un muerto?

—Acabo de ver uno, Sofía, y es idéntico a mí.

—No te entiendo, hablas de forma extraña.

—Tú estás hermosa, aún más hermosa. Los años te han tratado bien.

—Ha pasado mucho tiempo y, para serte sincera, aún no te olvido. ¿Crees que podríamos tomar un trago? —Ella miró su reloj y agregó—: Manuel sale hasta las siete de su junta de negocios, tenemos tres horas para recordar viejos tiempos.

—Ahora no puedo —dijo. Y empezó a caminar sin despedirse. Sofía quedó allí plantada, por primera vez en su vida, rechazada por el único hombre que verdaderamente la había amado.

John siguió caminando hasta llegar a la plaza principal (la que guardaba tantos de sus recuerdos). Contempló el paisaje de los árboles que habían sido arrancados de tajo y yacían con las raíces fuera de la tierra. Estaban siendo reemplazados por palmeras artificiales. Continuó avanzando hasta chocar contra una multitud reunida en torno a un uniformado que gritaba frases sobre la justicia, el honor y la honra de los ciudadanos de bien. A los pies del uniformado había un hombre sentado sobre la tierra, con la cabeza gacha, amarrado de pies y manos. El uniformado, a quien todos escuchaban atentamente, cortó el discurso con brusquedad, mandó su mano derecha a la cintura, tomó su pistola y gritó:

—¡Debe pagar con su vida!

Todos chillaron en señal de aprobación. Un hombre regordete, dando tumbos, fue a ponerse frente al uniformado. Habló con la lengua y las palabras trabadas, arrojando saliva en la cara del oficial:

—¡Eso, mi capi, tenemos que acabar con estas basuras!

Y al terminar de hablar un hipo repentino lo atacó, hipo que solo pudo calmar con un trago de la botella que traía en las manos.

—¡Que muera, que muera! —gritó la multitud.

El uniformado le extendió la pistola al borracho y le ordenó:

—¡Mátelo!

El borracho, atragantándose con las palabras, le dijo:

—¡No, mi capi, yo no puedo hacer eso!

—¡Qué lo mate o sino el que se muere es usted! —sentenció el uniformado.

El borracho perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer pero logró controlarse. Tomó el arma y temblando, la apuntó contra el condenado. Después de unos minutos, el borracho bajó el arma sin cumplir la misión, volvió el rostro hacia el comandante y le dijo en voz baja:

—Tengo miedo, mi capi.

El uniformado le arrebató el arma y de inmediato se escuchó la detonación. El borracho se desplomó con la boca llena de licor y sangre. John permanecía impávido, no se había inmutado en lo más mínimo mientras todos, asustados como conejos, corrían en busca de una madriguera. Entonces, arrojó el cigarrillo al suelo y empezó a caminar hacia el uniformado, que no paraba de gritar:

—¡A ver, corderitos, quién tiene las pelotas para matar al condenado!

Apenas tuvo a John de frente le ofreció la pistola. Este tomó el arma entre sus manos y apuntó a la cabeza del condenado. Por primera vez el hombre del suelo levantó la cabeza y al cruzarse con los ojos de John algo pasó. El arma dejó de apuntar al condenado y dirigió su cañón a la cabeza del uniformado.

—Tranquilo, capitán, aquí todos estamos condenados, aquí todos estamos muertos— fueron las palabras que dijo John antes de volarle los sesos al oficial.

Mientras era conducido al lugar de reclusión se repitió en voz baja: “Nada ha cambiado, todos y todas siguen siendo los mismos, el único que cambió fui yo. La calle no es lugar para los vivos”.





# NADIE ES DUEÑO DE SU DESTINO

Juan Carlos Realpe Núñez



Era un lunes de febrero del año pasado, lloviznaba y hacía frío. Me encontraba en casa con mi familia, mi esposa preparaba un café que yo esperaba con ansias y mi hija realizaba sus tareas escolares.

De pronto escuché un ruido extraño que cada vez era más fuerte, parecía estar cerca de mi casa.

Consternado por ese sentimiento abrí la puerta de la calle para ver qué sucedía. Al salir me percaté que estaba rodeado por más de cuarenta uniformados de la armada colombiana y como veinte policías de la Sijín, quienes me apuntaban con armas de fuego. En ese momento oigo una voz que dice:

—¡Quédese quieto, las manos en alto donde se puedan ver!

Inmediatamente pensé en que podría ser una equivocación y a la vez también pensé en correr, pero enseguida un agente se acercó y me preguntó:

—¿Es usted Juan Carlos Realpe?

A lo que yo respondí afirmativamente, haciendo un movimiento con la cabeza. Acto seguido el oficial se acercó más y me dijo:

—¿Me permite una requisita?

Levanté nuevamente mis manos y el policía me registró, sacó un documento, me lo acercó y dijo:

—Usted tiene orden de captura, y también tenemos orden de allanar su casa.

En ese momento mi esposa y mi hija salieron a la puerta asombradas por lo que sucedía. De repente el agente de la Sijín sacó otro documento afirmando:

—Esta es una orden de captura para su esposa.

Cuando el policía dijo estas palabras, sentí como si mi corazón fuera a colapsar y al mismo tiempo me llené de rabia. Enseguida se acercó un hombre calvo que habló suavemente:

—Señor Realpe, yo soy el Fiscal del caso.

De igual manera se presentó el defensor del pueblo, quien me generó algo de confianza y empecé a hablar con él. Pero también, como salido de la nada se presentó otro hombre, que me miraba de una manera particular, y me dijo:

—Su captura es por el delito de concierto para delinquir con fines de narcotráfico internacional —dijo en tono alto el Procurador municipal.

Yo solo pensaba en qué sería de mi hija y de mi esposa, pues ella ya tenía prisión domiciliaria y por eso estaba siendo arrestada nuevamente.

Fue un momento confuso y amargo y más cuando a mi mujer la esposaron a mi brazo derecho. Nos miramos sin decir nada y caminamos hasta la patrulla de la policía entre hombres armados, gente curiosa y la prensa que no se perdía nada de lo que ocurría.

Subimos al vehículo, escoltados por oficiales. Por el camino iba pensando y veía cómo toda esta historia llegaba a su final, pero sin saber cómo terminaríamos mi familia y yo.

La patrulla se estacionó frente al hospital y allí bajamos para ser valorados por un médico. Luego fuimos conducidos a la estación de policía, a las oficinas de la Sijín. Allí fui separado de mi esposa. Nos encerraron a cada uno en una celda sin podernos comunicar. En ese momento empecé a sentir el frío de la soledad.

Esa noche no dormí, amanecí algo histérico, hacía mucho frío, pero en ese momento no importaba. Lo que en verdad me importaba, en lo que pensaba todo el tiempo era en que esta pesadilla tuviera un rápido final. Tampoco sentía hambre.

La verdad, sólo tenía sed de venganza, en mi pensamiento maquinaba sin cesar, pensaba: “¿Quién me habrá sapeado?”.

Llegó un policía y me dijo:

—Vamos al Palacio de Justicia para su audiencia.

Y el Fiscal argumentó:

—Usted ha construido un imperio de la marihuana en el Amazonas y exitosamente eludió a la justicia por cinco años, tiempo que llevamos investigándolo.

Así hablaba mientras yo lo miraba con expresión de asombro. Mientras él continuaba:

—Tenemos una serie de testigos, audios, totalmente comprometedores, además de las rutas que usaba desde el Valle del Cauca: Corinto-Cali-Bogotá-Leticia y finalmente Tabatinga en Brasil.

Al oír eso me sentí totalmente hundido y no dudé en aceptar los cargos por anticipado. El juez inmediatamente dictó medida de aseguramiento contra mí y contra mi esposa en la cárcel de la ciudad de Leticia.

Actualmente, me encuentro con una sentencia de más de siete años de prisión. Ahora recién comienza la historia de mi soledad penitenciaria y entre rejas sólo puedo ver a mi amada.



# MI CAPTURA

Nilson Jaime Manuyama Chota



El día 30 de septiembre de 2014 salí de la casa de mi suegra en busca de mi patrón. Era como la una de la tarde y caminaba por las calles de Leticia hacia donde Didier, mi jefe. Cuando llegué al lugar vi que no estaba y me senté a esperar. Me puse a chatear en mi celular.

Eran aproximadamente las tres de la tarde cuando llegó. Me asomé lentamente a su casa, él me vio, se acercó y me saludó con estas palabras:

—Hola, don Chota, ¿qué lo trae por aquí?

Yo le contesté:

—Patrón, estoy pelado, necesito platica.

Seguidamente, me respondió:

—Don Chota, estamos iguales, pero tranquilo...

Se metió la mano al bolsillo del pantalón, sacó cincuenta mil pesos y me dijo:

—¿Te sirve esto? Quedaron de darme ochenta mil reales para mañana.

—Bueno, entonces nos vemos mañana —le contesté.

Nos despedimos chocando las manos y luego como de veinte metros, escuché un sonido de motocicletas que se acercaban por detrás. Eran dos patrullas motorizadas de la policía. Me rodearon y gritaron:

—¡Alto las manos, no se mueva!

Se bajaron rápidamente de las motos y empezaron a requisarme. Uno de ellos me dijo:

—¡Su cédula!

Ellos empezaron a “radiar” y cuando les contestaron “tiene orden de captura” —se les notó una expresión de felicidad.

—Este es el que estamos buscando hace seis meses —se dijeron.

Seguidamente llamaron al carro de la policía para trasladarme a la estación. Me esposaron y uno de ellos me dijo:

—¡Ahora te vas a podrir en una esquina por haberte fugado!

Cuando llegamos a la estación, dos de los motoristas me condujeron al calabozo, me tomaron los datos y preguntaron:

—¿Tiene usted mujer?

—¿Por qué? —contesté alterado.

—Queremos llamar para que alguien se entere que está detenido, es nuestro deber informar para que le traigan algo de comida y algo con qué arroparse.

Entonces yo le di al policía el número de mi esposa. Ella llegó a la media hora. Cuando la vi llegar, me causó tal impresión que las lágrimas me bajaban por la cara, ella también se colmó de llanto y me dijo con voz temblorosa:

—Mi amor, ¿qué será de mí y de los niños?

Yo le contesté:

—Mi amor, solo Dios sabe de nuestros destinos.

Y con estas palabras nos despedimos hasta el otro día, cuando me legalizaron la orden de captura y me trasladaron al Inpec donde pago la condena por mis errores cometidos.

# DE LAS TINIEBLAS HACIA LA LUZ

Wilfredo Mercado Ferreira



Me llamo Wilfredo Mercado Ferreira.

Soy el único hombre entre ocho hermanas, mi madre es una humilde señora que lo dio todo por verme formado y realizado profesionalmente. Mi padre era un gran señor y Dios lo tiene en eterno descanso.

Fui puesto en prisión a los 14 años de edad. El destino quiso que así fuera para que yo aprendiera que solo hay un camino que seguir: el camino del bien y también para que supiera que en esa etapa de la prisión solo tendría un amigo verdadero: Dios.

A las autoridades no les interesó que fuera menor de edad. Solo tenían que tener un culpable, un delito y una prisión. Y ahí estaba yo. Un juez de menores me mandó a la cárcel de mi pueblo natal, Leticia, Amazonas, por el delito de tentativa de homicidio. Lo más trágico de todo esto fue que al juez, aun sabiendo que yo era menor de edad, no le importó ordenar que me metieran a una cárcel de mayores y no a una correccional. No le importó qué me podría pasar estando ahí adentro, con prisioneros que purgaban penas muy altas.

Así empezó mi calvario, pues fui sentenciado a 56 meses por mi delito. Luego me trasladaron para la penitenciaría El Barne, en la ciudad de Tunja, Boyacá. En un abrir y cerrar de ojos me encontraba en la cárcel más segura y peligrosa de Colombia, lejos de mi familia, mi madre y mis ocho hermanas, que son las personas que yo más adoro en esta tierra.

Era enero 18 de 1980. Al entrar en esa inmensa penitenciaría comprendí que tenía que ser duro con todos y conmigo mismo, ya que no había alcanzado a llegar al patio que me fue asignado cuando estaban sacando a un pobre muchacho con el cuerpo lleno de puñaladas. Esto fue impresionante para mí, pues jamás en la vida había presenciado cómo alguien le pegaba más de veinte puñaladas a otra persona.

De todas maneras ese no era mi problema —pensaba—. Ya estaba en el patio que me asignaron, el número 4. Fui conociendo a los demás internos en el transcurrir de los días. Ver matar a uno o a otro era pan de cada día, pues allí era todo muy delicado, hasta por una mirada te podías morir. Por eso aprendí a ser cauteloso y astuto, para no tener inconvenientes con nadie, ya que en esa penitenciaría había manes pagando condenas hasta de cien años y aún más. Por ese motivo no les importaba cometer otro delito dentro de la cárcel, ya que sabían que no tenían salidero de allí.

Para ese entonces las instituciones penitenciarias no pertenecían al Inpec, sino a la Dirección General de Prisiones. Los guardias no tenían la calidad profesional de hoy en día. El que quería ser guardia solo tenía que ponerse el uniforme azul y tener un palo en la mano. Con eso ya era un guardián con el salvoconducto para subyugar, marginar y hasta matar a un interno a punta de garrote. Fue por ese motivo que me tocó luchar en ese mundo de muertos vivos, donde nadie quiere a nadie.

La rutina en El Barne era estricta. Te levantaban a las cinco de la mañana para que te tomaras un baño obligatorio, muchos se hacían maltratar para no bañarse, ya que el agua allí no era fría sino congelada y por ese motivo hasta yo me hice llevar al calabozo. Después de estar bañados y arreglados nos sacaban a un salón con una especie de comedor para que recibiéramos el



desayuno, que constaba de un pan del grosor de un dedo y un vaso de agua de panela.

Después del desayuno te contaban de uno en uno para verificar que nadie se hubiera fugado. Al terminar la contada nos sacaban a trabajar: unos para carpintería, otros para zapatería, etc. Permanecíamos en los talleres de 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Después nos ingresaban a los patios para ser encerrados en las celdas hasta el siguiente día y así seguir la misma rutina.

Por mi parte yo fui aprendiendo a ser muy cauteloso en todo, ya que en esa prisión te quitan la vida sin la menor aflicción. Por eso aprendí a ser ciego, sordo y mudo.

Con el transcurrir de los días supe conseguir buenas amistades. Un parcero de nombre Horacio Ariza Burgos, condenado a 56 años por masacre; Ariel Herrera Charry, condenado a 107 años por diferentes delitos cometidos en la calle y otros en prisión, y otro gran amigo fue el viejo Gumersindo, quien me enseñó para ese entonces a hacer zapatos. Esos fueron los únicos amigos que tuve en El Barne. En esta penitenciaría no duré mucho tiempo ya que, llevando exactamente un mes allí, para febrero de 1980, una pinta del patio 6 que apodaban El Cuervo mató a mi amigo, el viejo Gumersindo. Todo porque el viejo no le quiso regalar un frasco de “bóxer” (que al inhalarlo, la persona queda en un viaje, o sea totalmente dopado).

Yo por lo general fumaba marihuana, lo hacía para estar con los ánimos bien abiertos y también por el inmenso frío que hacía. Para ese entonces un bareto costaba un peso. Eso era delicado porque si tú sacabas fiado un bareto y después no lo podías pagar, te quitaban la vida. Esa era la rutina de todos los días, heridos, muertos, drogas y negocios clandestinos con los guardias.

Pero bueno, íbamos con la muerte del viejo Gumersindo. Cuando esto pasó, todos quedamos a la expectativa de qué era lo que tenía que pasar, porque allá si te metías con uno, tenías que afrontar las consecuencias que se te venían encima.

Por eso entre el Loco Ariel, Ariza y mi persona tomamos la determinación de quién iba a matar al Cuervo, pues la muerte del viejo Gumersindo tenía que ser vengada. De esta manera

para no ponernos a lidiar tanto, lo tiramos a cara y sello. Qué les puedo decir, me tocó a mí, y eso ya era un compromiso muy serio, así que le pedí permiso al guardián de mi patio y me fui hasta el patio 6 donde estaba el Cuervo. Al llegar hasta la reja de la puerta lo mandé llamar con otro loco del patio y cuando el Cuervo llegó hasta el sitio donde yo estaba, sin rodeos le dije:

—¡Ve, parce, salga el domingo a misa para que nos matemos!

—¡Que no se hable más, parce, el domingo es todo! —me dijo.

Fue así que sin más preámbulo llegué a mi patio y les comenté al loco Ariza y a Ariel cómo iban a ser las cosas. Nos dimos a la tarea de alistar los cuchillos para el episodio que venía a continuación, ya que no sabíamos quién se iba meter a favor del Cuervo. Yo alisté mi cuchillo callejero “carbonero tres rayas” en puro acero, ya que sabía que el tropel iba a ser grande. De igual manera lo hicieron mis amigos.

El domingo a eso de las 8 nos sacaron a misa en una pequeña iglesia que estaba dentro de la penitenciaría. Me acuerdo de ese día como si fuese ayer. Era 14 de febrero de 1980. Nos encontramos el Cuervo y yo y, sin medir palabras, desfundamos nuestros cuchillos. Entonces nos cogimos como par gallos en una gallera, ante la presencia de cientos de compañeros y guardianas. Solo el Todopoderoso sabía quién iba a morir.

El duelo no duró mucho, ya que cuando uno estaba en una situación de estas no se podía jugar. Todos se hicieron a un lado, tanto internos como internas (porque para esos años allí también estaba la reclusión de mujeres). El caso fue que yo salí con toda, voleando un poncho que tenía en mis manos como muleta, lo mismo hacia el Cuervo, pero pasó lo que tenía que pasar: en un descuido que tuvo le mandé una puñalada con tanta fuerza que le traspasé la garganta de lado a lado. Inmediatamente lo tomé por el pelo y empecé a darle puñaladas por donde le cayeran, hasta que quedó muerto. Yo estaba tan enceguecido y lleno de rabia que no me había dado cuenta que esa pinta ya estaba muerto, porque lo que me despertó fue un garrotazo de un guardián de apellido Vargas, que en paz descanse. Al sentir el golpe

me di media vuelta y le mandé una puñalada. Y para mala suerte ese pobre hombre cayó de inmediato muerto, ya que el cuchillo que tenía no respetaba hueso. La puñalada que le di fue directa al corazón.

Todo fue instantáneo, tanto lo del Cuervo cómo lo del guardián, pero con una diferencia: cuando el guardián cayó muerto sus compañeros se me vinieron encima a golpearme, por lo que tuve que reaccionar de inmediato. Cogí mi poncho y con el cuchillo en la mano, les dije:

—Vea, mi cabo, no quise hacerlo, no fue mi intención, pero si alguno de ustedes me toca, es mejor que tiren a matar, porque con todo esto para mí la vida o la muerte es lo mismo. Ya no tengo nada que perder.

Así que los guardianes me vieron tan enceguecido y decidido que me dijeron:

—No, Mercado, nosotros no le vamos a hacer nada, ya pasó lo que tenía que pasar. Cálmese y suelte el cuchillo, porque de todas maneras lo tenemos que llevar para el calabozo.

Yo entré en razón y le dije al cabo Valencia:

—Vea, mi Cabo, yo voy a soltar el cuchillo pero si me tocan no respondo por lo que pueda pasar más adelante.

El cabo Valencia me dijo:

—Tranquilo, Mercado, nadie lo va a tocar. Yo le doy mi palabra.

Y en efecto así fue. Solté el cuchillo y me llevaron para el calabozo, que quedaba en un subterráneo con celdas pequeñas donde usted no sabía si era de día o de noche y sus mejores compañeras eran las ratas que parecían conejos.

Me castigaron con 60 días de calabozo y una condena de 30 años por homicidio múltiple. Durante ese tiempo no supe nada de mis compañeros, ya que cuando uno estaba encalabozado lo mantenían incomunicado de todo y de todos. Cuando ya llevaba un mes me sacaron y casi quedo ciego por el resplandor de la luz solar. Al salir el cabo Valencia me dijo:

—Mercado, lo sacamos del calabozo porque le llegó su traslado para la isla prisión Gorgona. Así que vaya hasta el patio y recoja sus cosas porque salimos en una hora.

Ahí fue cuando me di cuenta que a mis amigos ya los habían trasladado para Gorgona. Me llené de nostalgia porque con todos esos años de condena, sabía que por mucho tiempo no miraría a mi familia. De todas maneras empaqué mis cosas y emprendimos el recorrido hacia la Isla Prisión Gorgona.

Éramos 47 internos que íbamos en un furgón haciendo escala en otras penitenciarias para recoger a otros que también iban para Gorgona. El caso es que cuando ya casi no cabíamos en el furgón nos dirigimos con destino hacia Buenaventura, al embarcadero para la isla Gorgona.

Cuando llegamos nos estaba esperando un buque. Nos metieron a uno por uno en la bodega del barco, todos encadenados como en el tiempo de la esclavitud. Cuando el barco partió fue otro calvario, ya que más de uno se empezó a vomitar, pues no estaban acostumbrados a la marea.

Tuvimos un viaje de diez horas. Íbamos 200 hombres condenados a más de 100 años de prisión. Yo era el de menos condena, porque cuando me sacaron de mi pueblo natal, Leticia, mi condena era de 56 meses, o sea cuatro años y ocho meses. Pero por el inconveniente que tuve de matar al Cuervo y al guardián quedó en 34 años y 8 meses de prisión.

Cuando el buque arribó a la Isla Prisión Gorgona, nos empezaron a sacar a todos y nos hicieron formar en filas de diez por pelotón. Después de estar formados se presentó un Mayor de la Policía. Todos le decían Diciembre Negro. Más adelante les contaré por qué.

Al lado del Mayor se formaron un grupo de policías y bachilleres que iniciaban su curso para policía. En Gorgona no había guardianes, la policía era quien tenía el control sobre los internos. Cuando estábamos formados, nos quitaron los grilletes de las manos y los pies. El Mayor en voz alta pronunció estas palabras:

—Señores, bienvenidos a la Isla Prisión Gorgona. De ahora en adelante ya no serán llamados internos, les daremos una dotación de uniforme con sus respectivos números y serán llamados penados con el número que les toque. Aquí mandamos nosotros y recuerden bien, se les dará el trato que se merecen según

su comportamiento. De Gorgona no salen vivos si intentan una fuga, pues aquí tenemos nuestro propio cementerio y su nombre es famoso, se llama El Chamizo. Si tienen problemas con sus demás compañeros deben estar preparados para morir o vivir, porque la población más cercana a Gorgona es Guapí y allí no hay profesionales médicos para salvar sus vidas. Recuerden también que como en toda cárcel tendrán sus visitas, pero con una diferencia: aquí las visitas son cada mes, cuando llega el único barco que está autorizado para arribar a Gorgona. Por otra parte, los castigos por infracciones que ustedes cometan son muy drásticos, así que pórtense bien.

De inmediato el Mayor ordenó que se nos entregara la dotación de uniforme, botas y demás implementos de aseo. A mí me tocó el uniforme con la insignia que decía: Penado 737. Después de que todos estuvimos uniformados, prosiguieron a darnos patio.

La penitenciaria Isla Prisión Gorgona era similar a la de Alcatraz, con sus patios, dormitorios, garitas, mallas electrificadas y una alarma que cuando sonaba todos entrábamos en pánico. Por uno pagaban todos y los castigos eran drásticos, pues nos maltrataban físicamente y después de estos castigos venían otros y, a veces, era mejor estar muerto que vivo.

Yo era el más joven de todos los penados que estaban en Gorgona y me asignaron el patio 2. Al entrar empecé a mirar si de pronto aparecía alguna cara conocida, pero no fue así. Los demás compañeros empezaron a saludarse unos con otros, cuando de pronto se me arrimó un negro alto y acuerpado al que le decían el Negro Cuero. Él me dijo:

—Mirá, vé... ¿y vos a cuánto estás?

Yo le dije:

—Estoy condenado a 34 años y ocho meses.

Entonces el niche me dijo:

—Cogé tus cosas y te parchás en el camarote que está vacío en mi alojamiento.

Sin saber lo que iba a pasar, cogí mis corotos y me parché en el camarote que estaba en alojamiento del niche.

Aproximadamente a las 3 y 37 de la tarde empecé a ver cuando llegaban más penados que trabajaban fuera de la penitenciaría. Venían cansados y sudados por el duro trabajo que hacían durante el día. Para mi sorpresa miré entre los que llegaban a mi amigo Ariel, nos chocamos las manos y luego me dijo:

—Parcero, ¿dónde lo colocaron?

—Parce, ese niche que está ahí me dijo que me parchara en el alojamiento donde él está.

—Vea, parce, vaya y coja sus cosas y se pasa para mi alojamiento, allí hay camarotes vacíos. Ese niche hijueputa es un cacorro y lo que quiere es que usted sea su mujer —dijo Ariel un tanto enfurecido.

Yo quedé sin palabras, pero le hice caso a mi amigo. Fui al alojamiento del niche Cuero a sacar mis cosas, pero cuando iba a salir me dijo:

—¿Para dónde va, loco?

—Para el alojamiento de mi parcero, el Loco Ariel —le contesté.

—Vea, loquito, deje lo suyo ahí, ¡porque de ahora en adelante usted va a ser mi mujer! —me dijo con tono desafiador.

Yo lo miré y le dije:

—Vea, parcero, ya vengo.

Me fui para donde el Loco Ariel y le comenté lo sucedido. Entonces él me dijo:

—Tome esta platina y lo que es, es, parce. Usted tiene que pelear con ese hijueputa para que respete, ese marica hoy se muere en las manos suyas o en las mías.

Así fue que cogí la platina y me fui a donde estaba el Negro Cuero y le dije:

—Vea, parce, si lo tiene encima, pélelo para que nos matemos, porque para que yo sea su mujer usted tiene que matarme primero, gran hijueputa.

El Negro Cuero sin titubear me dijo:

—¡Que no se hable más, mariquita!

Y sacó su cuchillo. Sin medir palabras nos cogimos en un duelo que tan solo Dios sabría quién viviría o quien moriría.

La pelea con el Negro Cuero no duró más de diez minutos. El caso fue que en ese tiempo de pelea, el negro me pegó una puñalada en el brazo izquierdo y yo le pegué una en la parte de la vejiga. Allí el Negro Cuero (que en paz descansa), abrió unos ojotes, pegó un grito y cayó al piso desplomado. Fue suficiente para que ese hijueputa se fuera al cementerio El Chamizo.

Cuando la pelea terminó, yo me acerqué al policía que estaba de centinela en el patio y le dije:

—Comando, hágame el favor y me lleva donde el Mayor.

Cuando al policía vio mi brazo sangrando hizo sonar la sirena y de inmediato llegó el Mayor con centenares de policías. Entonces, yo le dije:

—Mi Mayor, yo, el penado número 737, me presento ante usted para informarle que acabo de matar al penado número 301, que le dicen el Negro Cuero.

El Mayor me miró y me dijo:

—Usted es un verraco, a ese negro nadie lo tocaba, pues ha matado como a unos veinte aquí en Gorgona.

De esta manera el Mayor ordenó que me sacaran al servicio de sanidad que había en la isla, me cosieron el brazo y me devolvieron para el patio. Cuando llegué allí mi socio el Loco Ariel me recibió y me presentó a otros penados. Así me gané el respeto de mis compañeros, pero lo más triste fue que tuve otra condena a 18 años más por la muerte del Negro Cuero.

Así empezó mi rutina en la Isla Prisión Gorgona, trabajando de 6 a 6 todos los días, por un lapso de tres años que permanecí en la Isla. Hubo muchos inconvenientes en mi estadía allí para que yo llegase a estar condenado a 120 años de prisión. Solo el recuerdo de mi madre y mis hermanas me daban fuerza para seguir luchando, pidiéndole a Dios que las cuidara, pues solo él podía bendecirlas y protegerlas. Jamás pensé que saliera vivo de Gorgona. La nostalgia me invadía y las lágrimas cubrían mi rostro al pensar en mi familia.

Pero Dios no se queda con nada, porque un día, el 13 de agosto del año 1983, llegó el magistrado Rodrigo Lara Bonilla a darnos la buena noticia: “Serán evacuados de la isla por orden

del presidente...”. Nos llenamos de gozo por estas palabras, nos íbamos a reencontrar con nuestras familias.

Amigo lector, este es un pequeño relato de lo que viví en prisión, ya que faltaría mucho para contarles, pues 38 años de prisión y estando en casi todas las penitenciarías de Colombia, uno tiene mucha historia.

Se me olvidaba una cosa. ¿Quieren saber por qué le llamaban Diciembre Negro al Mayor? Porque cada diciembre había más de 20 muertos por su causa.



# LIBRE Y PRESO, PRESO Y LIBRE

Soy de la verdad (seudónimo)



Esta es parte de la historia de mi vida. Cambió mi entendimiento y me quitó el velo que me impedía ver las razones por la que no evolucionaba de manera buena y exitosa. Justo en el momento en el que estaba frente a la cárcel de Leticia, antes de ingresar, con las esposas en mis muñecas, digo:

—¡Por fin sabré cuál es la verdadera causa de mi estupidez!

Cuando la policía me entrega en manos del Inpec, inhalé profundo para tomar un aire de libertad, miré al cielo y mi expresión fue:

—Padre haz de mí un instrumento de tu paz.

Estar dentro de este establecimiento me ha hecho ver y comprender las consecuencias de vivir con toda libertad y hacer lo que a uno se le antoja. He allí mi gran error. Nunca debí extralimitarme siendo libre, pues esto me llevó a una prisión espiritual, prisión que se empeoró a causa de la liberación de mis instintos. Ahora que me encuentro preso físicamente cuando comprendo que abusé de la libertad.

Estando aquí me dije:

—Borrón y cuenta nueva. Auto juicio y preparación para luchar por la liberación física y espiritual.

Que equivocado estaba cuando pensaba: “¿Puedo hacer lo que me dé la gana! ¿Y quién me va a decir que no lo haga?”. La rebeldía de nuestros actos nos cuesta y ahora siempre pienso: “¡La vida buena cansa y la mala amansa!”.

Dios es el motivo de mi cambio y cuando lo invoqué la respuesta fue inmediata. Aquí en la cárcel digo y afirmo que empiezo a tener y experimentar una nueva vida y un nuevo amanecer.

Les aclaro que tengan cuidado, que el verbo tiene poder. Si alguna cosa les sabe mal pues de ese mal saquen las cosas buenas, pues de eso se trata, de aprender de las cosas que no nos dejan evolucionar.

He comprendido que en la cárcel no solo se viene a pagar su delito terrenal, sino a saberlo pagar. En la vida hay muchas oportunidades y siempre llega un momento en el cual esas oportunidades se terminan. No permitas que tu vida se termine, aprovecha las oportunidades que se te presenten.

He tenido un encuentro espiritual conmigo mismo, esta experiencia me ha hecho madurar como persona. Es un agrado contar con este don tanpreciado, el cual muchos no saben qué es y para qué sirve. Mi lucha es estrictamente espiritual, no material, pues lo material te rinde culto a ti mismo, allí es donde están las prisiones. Estando aquí realmente me he sentido libre, pues cuando estaba en la calle me encontraba preso de mí mismo. Pero aquí adentro tuve experiencias de visiones y sueños con intervenciones de Jesús, quien se introdujo en mi vida espiritual. Él ha cambiado mi forma de llevar la vida. Les sugiero a ustedes que también lo conozcan así como yo lo he hecho, para que sean personas de bien de la mano con Dios.

# DEL LLANTO AL CANTO

Muralla (seudónimo)



Julio caminaba por el mundo  
como Pedro por su casa,  
siempre andando de caza.  
Nunca pensó que la vida le tenía un nudo.

Gozaba de buena libertad  
nunca pensaba en la edad  
ni que un día su canto  
se volvería llanto.

Aunque familia tenía  
era como si para él no existiera  
pensaba: en casa hay comida  
la familia está vestida.

¿Por qué me preocupo? Les doy lo que pidan.  
Nunca escuchaba lo que decían  
su mujer lo aconsejaba  
era como si no escuchara.

Lo que ganaba lo partía en dos  
entre el trago y el arroz  
no le alcanzaba para la ropa  
pronto se fue de popa.

A sus hijos al colegio mandaba  
pensaba que con eso bastaba  
que cumplía su deber de padre  
que el resto era de la madre.

De lo que ellos hacían, poco sabía.  
Consejo pedían, tampoco tenía.  
Se decía: del colegio salen educados,  
si respondo puedo estar equivocado.

Trabajaba de carguero  
bultos cargaba el día entero  
para poder ir de caza  
tenía que tomar cachaza.

Se enlagunaba, no sabía qué hacía.  
Cuando estaba sano, vergüenza tenía.  
Avergonzado decía: no lo vuelvo a hacer.  
De tanto errar, comenzó a perecer.

Un día ebrio perdió los estribos  
hay pocos borrachos que no son altivos.  
En el error había caído  
por tanto licor consumido.

Ni cuenta se dio cuando lo llevaron.  
Sano preguntaba por qué me encerraron.  
El tombo decía:  
¿No recuerda lo que hacía?

Al juez fue llevado  
a ser juzgado en el estrado

por haber fallado a la sociedad  
por andar entre la suciedad.

A la cárcel fue echado  
hasta que esto fuese pagado.  
Pronto todo había cambiado  
atrás la libertad se había quedado.

Llegó al mundo de llaves y rejas  
donde te la montan si te dejas.  
Ojalá no vayas a dar quejas  
ni modo de escapar por las tejas.

El cielo no es colorido  
solo se ve el techo corroído  
no se ven amaneceres  
aun menos los atardeceres.

Mañana y tarde nos cuentan  
por si escapar algunos lo intentan  
para pasar noches largas  
y pensar en lo que mañana hagas.

No volvió a ver más al amigo  
el que decía cuenta conmigo  
ese de trago y de parranda  
que cuando hay plata con uno anda.

Había cambiado lo mejor que tenía  
sus padres, casa y familia.  
De buena vida pasó a lo peor  
caro pagaba el error.

En la cárcel en su casa pensaba  
mujer e hijos no estaban.  
Buscó fuerza en su interior  
abandonó al hombre anterior.

Ante este panorama desolador  
volvió su rostro al Creador.  
Él siempre es consolador  
Es atento al oír el clamor.

Su arrepentimiento él lo vio  
las plegarias oyó.  
Él su dolor calmó  
paz y paciencia halló.

En su vida indagó  
respuesta encontró  
para no volver a caer  
del error aprender y crecer.

Cuando la puerta de reja se abrió  
nueva vida descubrió.  
De aquel lugar curado salió  
después de tanto dolor por fin sonrió.

El resto de sus días pasó  
con la que siempre lo acompañó.  
Con ella se casó  
a sus hijos amó y valoró.

Aquel error duro le dio  
pero de ello aprendió.  
Del mundo de perdición  
Dios lo sacó y lo colmó de bendición.

# LOS PELUDOS

Jairo Ochoa Torres



Mi esposa me dijo:

—Pensémoslo bien, adoptar el cachorro exige mucha responsabilidad. Mira a Betty, sus gatos no paran de darle dolores de cabeza.

A pesar de eso, el buen corazón de mi esposa no solo aceptó al manchado Orión, sino dio también cabida a Ébano, un labrador callejero que sacó la lengua por las rejas para lamerle las manos. Los del centro de adopción canino quedaron muy satisfechos.

Vivíamos en Bogotá y desde la llegada de los peludos, la casa fue menos fría. Tantos buenos recuerdos: los estragos de Orión, que por descender de perros atletas se la pasaba corriendo, chocando y quebrando cosas; su ojo azul parecía pedir perdón, mientras que el ojo rojo se reía de todo. Recordaba también el amor que profesaba Ébano por el agua (no perdía ocasión de zambullirse en alguna pileta cuando salíamos a pasear), su lengua siempre afuera, sus cabellos largos y dorados...

Son las 6:30 de la mañana, estoy parado sobre una silla, pues soy bajo y sin ayuda extra no alcanzo la ventana. A través de la reja se filtra el aire y lo puedo sentir en el rostro. Aunque el clima es muy diferente al de Bogotá y estoy solo y muy lejos de mi esposa, cada forma que me llega desde afuera me hace pensar en mis cosas queridas.

Ahora la banda de guerra que cierra el desfile del 20 de Julio pasa por la ventana enrejada por la cual observo. El muchacho del trombón es asediado por un perro callejero que no para de ladrar, cómo diciendo “para ya con la molestia”. Es inevitable recordar que a Orión también le desagradan los ruidos intensos y que por eso, y no por otra cosa, le ladró al niño de la trompeta...

El desfile empieza a alejarse y lo último que observo es a un militar que le da un puntapié al perro callejero y me digo:

—¡Nada ha cambiado!

En mi cabeza vuelve a repetirse aquella escena: el padre del niño insultando, los ladridos de Orión sumados a los de Ébano que fue a apoyar a su hermano, la sirena policial, el agente que se acerca con el arma en la mano, las dos detonaciones, el charco de sangre y mis peludos agonizando. Mi furia evidenciada en la punta metálica de mi paraguas que se hundió en el estómago del agente, mi entrega voluntaria, las lágrimas de mi esposa, el traslado inesperado y lejano...

Un compañero me avisa que se aproxima un guardián, rápidamente bajo de la silla y doy por terminado mi momento especial. Aspiro un poco de aire y con resignación me preparo a vivir uno más en la gran lista de los días que me quedan en este lugar.

Con nostalgia recuerdo a mi precioso manchado. Los dálmatas son perros que necesitan de mucho ejercicio. Proviene de Irlanda y en el siglo XVII eran escoltas de carruajes ya que podían correr en un día hasta 70 kilómetros. Además necesitan de mucho afecto, pues son nerviosos e inseguros. Sufren de sordera y cálculos en los riñones. Por su parte, Orión gozaba de muy buena salud y nunca sufrió de ninguna enfermedad.

Ébano tenía ojos amarillos con visos verdes, orejas, cola y patas grandes, además era muy inteligente y consentido y con sus ojos y cola parecía hablar. Cuando hacía daños o rompía algo, se echaba en un rincón regañado como un niño mimado y malcriado.

Hoy siento tristeza por mi amada Corita y mis dos hijos peludos, pues hoy hace siete meses que estoy en este lugar. No puedo describir lo que siento, pues son muchas emociones encontradas, solo percibo ese lazo tan fuerte que un día nos unió, sé que fuimos una familia y que éramos muy felices.



# ANTIOQUIA



Cárcel Municipal de Envigado

Andrés Delgado  
Director de taller



# SÁBADO DE RUMBA

Arley Santiago Hoyos Muñoz



Era una hermosa tarde de sábado soleada y estaba con unos amigos, planeando qué íbamos a hacer en la noche. Teníamos ganas de salir a rumbear, irnos de farra. Había varias opciones, pero no nos decidíamos. En ese momento sonó el celular de uno de mis amigos. “Quiubo, hermano, cómo estaba de perdido”. Era un “man” que se había ido del barrio. “Mijo, ¿qué van a hacer hoy? Les tengo un parche, en 20 días cumplo 18 años y voy a hacer la fiesta hoy en mi casa. Mi mamá se va de rumba y me quedo solo toda la noche”.

Esa invitación resultó perfecta. Nos fuimos a arreglar cada uno a su casa. A las 8 de la noche nos encontramos todos. Éramos seis amigos y nos dirigimos rumbo al barrio Boston. Bajamos a pie por las calles de Villa Hermosa, tomando trago. Cuando llegamos a la casa del amigo, había cinco chicas muy lindas. Entramos, mandamos por más trago y empezamos la rumba.

Estábamos bailando, era una noche muy agradable, cuando el parcero entró corriendo del balcón y apagó el equipo de sonido. “¡Todo el mundo agáchese, mi mamá está afuera!”.

Empezaron a abrir la puerta de la calle. “Suban a la terraza y se meten a la ducha del baño en el fondo y cierran la cortina”. Así fue. Llevábamos unos 10 minutos encaletados y estábamos muy asustados. Escuchamos a la mamá. Nos estaba buscando: “¿con quién estabas? Yo sé que aquí hay gente”.

Afuera del baño se escuchaban palmadas y estruendos violentos. Todo se puso silencioso. Abrieron la cortina. “Yo sabía, culicagado”.

La mamá llamó al papá: “esos gamines son los del barrio Manrique”. Tratamos de explicar, pero no entendían que su hijo nos invitó. Ya nos íbamos a ir cuando ella le pasó el seguro a la puerta. Forcejamos y tratamos de irnos cuando llegaron dos carros y una moto de los que se bajaron unos tipos y la mamá los dejó entrar a la casa: “¿cuál es el asado?”. Tenían pistolas en las manos y nos daban cachazos. Nos hicieron empelotar, nos requisaron y nos metieron una pela a todos. Luego nos vestimos y nos hicieron salir corriendo. Todo fue muy mal, estábamos muy ofendidos con el parcero. No queríamos volverlo a ver.

Qué linda fiesta nos metimos con pela incluida.

# LA FUGA

César Hernán Gómez Betancur



Un día salí temprano de la casa, como a las 6 de la tarde. Algo me soplaba al oído: escabúllete, no aguantes más disculpas de tu mujer. A ella le dio por conservarse y solo piensa en ejercicio y gimnasio, pero de lo otro nada. Me afeité, me arreglé y me di unos buenos chorros de loción. Saqué el carro y me aventuré a salir con el ánimo de levantarme una hembra y pasar un buen rato.

Bajé por el parque y solo se veía soledad y unas fufas muy feas. Cogí por la avenida Las Vegas y subí por el municipio de Itagüí, pero nada. ¿Será que el jueves no se “perrea” en este pueblo? De pronto sonó el celular. Mi mujer, muy arrepentida, me pedía el regreso a casa, para salir con ella. Yo me negué y le saqué en cara su mal genio y poca disposición en cuanto a complacerme. Terminamos discutiendo, decía que a mí solo me interesaba el sexo. Colgué y me dirigí al centro, resignado, riéndome de mi suerte. Bauticé el jueves como “el día de las putas feas”.

Más adelante, parqueé el carro y me tomé unas polas. Luego salí para la casa. Encontré almohada y cobija en mi sofá y, por

supuesto, mi mujer encerrada en la alcoba. Quién entiende a las mujeres. Me retiré a dormir, pero no podía conciliar el sueño. Salí despacio y pasito, cuando pasó un bus, abrí la puerta del garaje y saqué el carro apagado. Cerré y lo eché a rodar. Volví por la oriental, cuando aparece una niña Leydy, una parcerita que le caía bien y ya habíamos tenido sexo. Se subió, pero por ahorrar hotel la llevé a la fábrica que comparte el garaje con mi apartamento. Entré, abrí suave, impulsé el carro y lo metí al garaje. Ya casi corono, cierro y ya la iba a bajar para entrarme a la oficina, donde tenía un sofá grande cuando de repente mi perra, una Pastor Collie, ladra y empieza a olfatear el carro. Leydy estaba agachada, mi perra siguió ladrando y, claro, me pilló la mujer. Tuve que salir volado con la chica y me tocó pagar hotel.

# MI REGRESO A LA VIDA

Claider Andrés Ruiz Rodríguez



Un día como cualquiera me reúno con mis amigos y armamos parche de fuma. Nos fuimos a hacer piques de moto a las afueras del pueblo, a apostar a las carreras, relajados, con una traba ni la hijuemadre. Al pasar las horas, ya relajados, llegan unos “urbanos” que nosotros ya conocíamos.

Nos distinguen al llegar y comienzan a reparar a la gente, mirando caras. Uno de ellos nos ubica y se nos deja venir. Mis parceros y yo normalmente respondemos a las preguntas que nos hacen. Nos damos cuenta de que hace rato nos vienen siguiendo. Nos preguntan por unos amigos de nosotros, pero los evadimos porque sabíamos que preguntaban por personas calientes. Nos llenan de muchas preguntas.

Al pasar los minutos llegan más manes, nos rodean, nos pegan y amenazan. Había uno que era el líder. Nosotros al mirarlos ya sabíamos quiénes eran. Tomaron fotos y luego las mandaron al jefe. Sabíamos quiénes eran estas personas, sabíamos que no saldríamos con vida. Entre todos nos despedimos y luego hicimos una última oración al cielo.

Hacemos una fila, mirando de frente a la carretera. Nos iban a fusilar. Nos ordenaron que nos separáramos más unos de otros, para que no nos *chicletiaráramos*, es decir, para que no nos cayera la sangre del compañero vecino. Pero como no saben qué decisión toma el jefe, entonces nos hacen sentar.

Pasan más o menos 3 horas, ya nos han quitado los teléfonos y chequeado las llamadas que hemos hecho, los contactos que tenemos, las fotos, todo. Ya nos han esculcado y saben lo que somos y los amigos que tenemos. Nos hacen quitar la camisa y a cada uno nos dan tres juetazos con alambre.

Preguntamos por qué nos hacen todo esto y ellos dicen que la debemos.

En un instante mi vida se reproduce como una película. Pienso en mi madre y mis hijos. Algunos lloran, otros miran serios, pero todos pedimos que no nos fueran a matar. Uno de mis amigos se orinó en los pantalones del susto tan tremendo y el nivel de tensión y ansiedad.

Doy una mirada de 360 grados y veo la carretera destapada, la llanura, el Urabá antioqueño. Mis amigos también están muy confundidos por la golpiza. Nuestra suerte está de la mano de una sola persona: el jefe de ellos. Una persona que conocíamos y sabíamos que era sin tripas ni corazón. No le dolería matar a cinco más.

El hombre que manda en esta operación nos mira diciendo muchas cosas, nos mira con cara de burla y dice que no nos va a matar, pero que lo que pasó no se lo contemos a nadie. Antes de irnos les dice a sus cachorros que nos dañen las motos y nos despidamos con un par de cachazos y una pela con alambre de antena parabólica. Con un destornillador puyan las llantas de nuestras motos. Yo solo quiero salir de allí.

Todo ensangrentado llego donde mi familia, les doy un abrazo y conmovido por lo que pasó les digo que los amo. Y todo por estar en el lugar equivocado.



# MI PRIMERA AVENTURA

Jorge Humberto Mejía Orozco



Era una noche de un día viernes de 1991 a eso de las 11 de la noche. Subíamos rumbo a casa por las calles del pueblo, cuando mi compañero y yo nos encontramos a una mujer mona de 30 a 35 años de edad. Estaba un poco trabada, pero presentable y nos pone conversa. Luego de entrar en confianza nos propone que si le damos dos mil pesos se deja comer. Nosotros estábamos sorprendidos por la propuesta. Nos miramos llenos de curiosidad porque no pasábamos de los 13 años.

Pero esta mujer insistía, quería la plata para la traba. Nosotros nos mirábamos sin saber qué decidir. Pasados unos minutos, mi amigo Ñoño sacó de su jean un billete de mil pesos y monedas. Esta mujer aceptó la plata y nos llevó hasta un cafetal ubicado en la parte trasera de mi casa. Mi amigo, al ver que la mujer se acostó sobre unos helechos con los jeans a un lado, se bajó los pantalones y se comió a la vieja.

Yo me quedé asustado y me dediqué solo a poner cuidado de que nadie nos viera. Cuando me tocó el turno no quise hacer nada porque me dio mucho asco.

Salimos de ese lugar donde nunca más volvimos a ver a esta chica.



# LA PERSECUCIÓN

Kangri (seudónimo)



Y llegarle a la plata que hay en el próximo semáforo.  
Tapé la placa de la moto.  
Y le digo al socio: apure pues, Miso, que lo quiero hacer.  
Cuando llegué a la plata,  
miré primero lo que pasaba alrededor:  
un man en una moto con un maletín lleno de billetes.  
Páselo, pues, paaaa, le digo al hombre que va manejando.  
Ay, paaa, Kangri, me dice el Miso, no se le olvide la cadena.  
Le apunto con la tola  
y le quito todo al man:  
maleta con plata y cadena.  
Miro para atrás y veo a los tombos.  
Paaaa, le digo al socio, paaa téngase duro.  
Y me le paro en los tacos y les hago unos tiros.  
Mi socio mantiene bien parada la moto.  
Y le digo, bien paaa, así es.  
Ellos frenaron y nosotros a la lata, avanzando, avanzando.  
Más adelante le digo: vení, dejemos esa moto tirada.

El Miso me dice: metámosla al primer parqueadero que veamos.

Cuando llegamos al parqueadero, con susto, pero volados de los tombos,

contamos el efectivo y pesamos la cadena.

Mera bamba.

Y ya nos refrescamos a contar esa cinta.

Y a gozar la plata.

Cuando llegaron los tombos

iban a detenernos, pero arreglamos:

les dimos el morral con la plata, la cadena y el fierro.

Se fueron muy contentos.

Menos mal no nos echaron mano.

# LA MEJOR BROMA

Nandito (seudónimo)



Estábamos en mi pueblo, Armenia, Antioquia, en las Fiestas del Fianbre y el Geranio, en el mes de noviembre. Cuatro días de fiesta, de viernes a lunes.

Estaba con mis amigos, era lunes de desenguayabe y final de las fiestas. Eran las cuatro de la tarde en la fonda Horus Bar, al lado de la tarima principal. Nos encontrábamos tomando polas frías y contando chistes y comiendo grasa. De repente se me ocurrió “ponerle picante a esto”. Pensé en hacer algo para detener las fiestas.

Y ellos se burlaron y me dijeron que yo no era capaz y me tentaron. “Listo, yo lo hago, ustedes hagan lo que yo les diga”.

“Consíganme un Alka Seltzer. Y listos pues para cuando yo les diga. Cuando me tire al piso a convulsionar y a echar babaza por la boca ustedes gritan y tratan de ayudarme y no se pueden reír y además me consiguen transporte para llevarme al hospital”. Ellos aceptaron.

Había un grupo musical en la tarima, cantando y el parque del pueblo estaba lleno de gente. Entonces les dije: “se llegó la hora, todo listo”, y ellos dijeron: “todo listo”.

Entonces me metí la pastilla a la boca y me tomé unos tragos de cerveza y empecé a hacer espuma en la boca y me tiré al piso a convulsionar, a producir espuma y a echarla por la boca. Todos los amigos se tiraron de las sillas a ayudarme y a crear el pánico. La gente gritaba: “Nandito se está muriendo”. La orquesta paró de tocar y todo el mundo se concentró en lo que estaba pasando.

Unos gritaban, ¡cójalo! Otros: ¡no lo dejen morir! Yo seguía chapaleando en el piso. Otros: ¡un carro, un carro!

Mi hermana pasaba por el parque con sus maletas para viajar a la ciudad. Y alguien le dijo: “usted se va a ir y su hermano se está muriendo”. Y le mostraron el tumulto. Ella tiró las maletas y salió gritando desesperada. “Ayúdenlo, ayúdenlo”. Al llegar al lugar donde yo estaba, uno de mis amigos le dijo: “tranquila, es una broma”. Los otros amigos entraron al bar a reírse. Mi hermana no les creyó y les dijo: “hijueputas, qué clase de amigos, el muriéndose y ustedes riéndose”. Y los cogió a botella y los hizo esconder detrás del mostrador.

Yo, al ver esto, la cogí de una pierna a mi hermana y le decía “tranquila, tranquila, me estoy haciendo, es una broma”. Ella reaccionó, me miró y me dijo: “coma mierda, güevón, y muérase”. Y salió muy brava.

Yo seguía echando babaza por la boca y llegaron con una moto, me montaron y otro atrás para sostenerme, me llevaron al hospital y todo el mundo pasmado.

Antes de llegar, le dije al piloto que se devolviera que ya estaba aliviado. El parcero no me hizo buena cara y me dijo: “esta gonorra sí es muy payaso, y yo preocupado por usted”. Nos carcajamos y nos devolvimos hacia el parque. Al llegar de nuevo al bar donde estaban los amigos de la broma, me decían: “casi nos mata su hermana a botellazos por su culpa”. Les contesté: “yo qué iba a saber que ella iba a pasar por acá”. Nos reíamos y bebíamos y no me dejaban pagar, que ellos me invitaban. Así pudimos ponerle sabor a la fiesta.

Mi hermana duró dos meses sin hablarme y la dejó el bus. Mi mamá me echó mucha, pero mucha cantaleta. Y yo feliz y aliviado.

# LA CÁRCEL, EL CEMENTERIO DE LOS VIVOS (PRIMER DÍA EN LA CÁRCEL)

Faride (seudónimo)



“Bienvenida al infierno”, fue la primera frase que escuché al atravesar las puertas de aquel lugar. Era como una fortaleza, con paredes de concreto macizo grisáceo. Después de ser despojada de todas mis pertenencias (dinero, reloj y documentos) fui conducida desde la puerta principal hasta un pasadizo que llevaba a una dependencia llamada Reseña.

Mientras caminaba, podía ver varias edificaciones vecinas, todas del mismo concreto gris, con ventanitas muy pequeñas de color azul. En la parte superior de cada edificio, un enramado de cables, al parecer de alta seguridad.

De aquellas pequeñas ventanas, varias voces gritaban: “¡Bienvenida al infierno! ¡Bienvenida al cementerio de los vivos!”.

Sí, increíblemente, estaba en la cárcel.

Ya en reseña, me quitaron mi documento de identidad, me tomaron las fotos de rigor: frente, lado izquierdo, lado derecho, y llenaron la T. D. (tarjeta delincencial), con todos mis datos personales y domiciliarios. Qué ironía, si ya mi domicilio no era ese, sería la cárcel por tiempo indeterminado.

El sitio tenía un olor nauseabundo. Estaba dotado de seis calabozos en los cuales ingresaban los nuevos, mientras asignaban el patio de alta seguridad: su nueva residencia.

Ingresé a un calabozo donde había dos mujeres que, por fortuna para ellas, les había sido concedida la detención domiciliaria, por lo que este sitio, sería solo de paso.

La cárcel estaba cuidada por hombres y mujeres de la guardia. La mayoría con el grado de dragoneantes. Su uniforme era de color azul camuflado, botas negras al tobillo. En el cinto tenían arma unos y otros solamente un bolillo. La actitud de las mujeres era bastante varonil. Su hablar fuerte, recio, ausente de amabilidad, al parecer su educación era encaminada al tratamiento especializado, no de personas, sino de delincuentes.

Fuimos reunidas en un solo calabozo diez mujeres que estábamos en tránsito para el patio, con el fin de recibir la inducción sobre las reglas del lugar. El director de la penitenciaría, en compañía de un teniente, se encargó de darnos la bienvenida, si así se puede llamar a ese preciso instante. Nos informó que en este sitio encontraríamos a todo tipo de personas de diferentes culturas, etnias y estratos sociales. La prohibición de manejar dinero en efectivo. Todo se realizaría a través de una cuenta bancaria con manejo al estilo de una tarjeta débito, en donde se descontaría la línea telefónica y los diferentes productos que se vendieran en el expendio. Informó que para las dragoneantes todas las mujeres eran iguales: delincuentes. Y que por lo tanto no existían las llamadas “caciques” que quisieran venir a mandar o a manejar a otras. Toda la estadía estaría basada en el sumo respeto.

Terminada la charla de inducción, fui provista de una colchoneta de espuma y una cobija, las cuales tenían el mismo olor del lugar. Tal vez era el olor de la amargura, de la incertidumbre, testigo del homicidio cometido, del hurto, de la droga no entregada, de la violación o, como en mi caso, de la inocencia aún no probada. Así fue mi primer día en la cárcel.



# ANTIOQUIA



Cárcel Departamental de Yarumito  
de Itagüí

David Macías  
Director de taller



# ACERÍAS PAZ DEL RÍO

Carlos Alberto Aranguren Vargas



Soy de origen campesino, de la vereda Chaviagá, municipio de Pesca, departamento de Boyacá. Por comentarios de la gente supe que en Belencito, Boyacá, recibían a menores de edad que quisieran trabajar como ayudantes de albañilería, carpintería, soldadura y aseo. Entonces tenía trece años y no lo pensé dos veces; me subí a un bus de Pesca a Sogamoso y cogí otro bus de Sogamoso a Belencito para presentarme en la empresa.

El ingeniero me preguntó: “¿cuántos años tienes?”. Respondí que trece. Él me dijo: “Pero es para ya”. “Pero yo no tengo ropa para trabajar”, le contesté. Él me dijo: “no se preocupe, al frente hay un almacén de la empresa. Tenga esta boleta, llévela y se la entrega al almacenista”. El señor almacenista me miró y me preguntó: “¿Cuántos años tienes?”. Le dije “trece”, se sonrió y me dijo: “tenga mucho cuidado porque acá hay mucho cacorro y persiguen a los chinos de su edad”. No le contesté nada. A mí lo que me interesaba era trabajar y hacerme respetar, nada más. Me dijo: “firme acá”, y firmé en un cuaderno muy grande. “¡Ayude!”, me dijo con voz fuerte, pues yo estaba muy nervioso. Le ayudé a desempacar un bulto muy grande de ropa y guantes. Me dio

dos overoles, un par de guantes de cuero y un casco metálico de color blanco. Yo recibí las prendas, pero el problema era para dónde me las llevaba. Fui afortunado, pues se apareció un señor de nombre Parmenio, y me dijo: “¿qué hubo, chino? Veo que lo recibieron”. Le contesté: “Sí señor, pero no tengo para dónde llevarme estas cosas”. Me dijo: “vea, chino, yo tengo un apartamento en Sogamoso, le alquilo una pieza y la comida la arregla con mi señora. Eso sí, apenas reciba el sueldo me paga el arriendo y la comida”. Yo le dije: “Listo, señor, como usted mande, eso se va a hacer”.

Ese resto del día me lo pasé conociendo y mirando cómo se trabajaba, pero a las seis de la tarde, cuando se terminaba el turno de trabajo, todo el mundo ya estaba al pie de los buses de la empresa. Yo era al pie de don Parmenio y cuando me fui a subir al bus, el conductor me rechazó: “¡bájese, chino, que este bus no es de servicio público, usted se equivocó!”. Pero don Parmenio sacó la cara por mí y le dijo al conductor: “Yo respondo por él, y va a seguir viajando todos los días en los buses de la empresa porque lo acaban de recibir como ayudante de soldadura”. Oh, sorpresa para todo el mundo. Comenzaron a murmurar y a hacerme preguntas, que cómo había hecho, que quién me había ayudado para entrar tan niño a la empresa Acerías Paz del Río. Lo que pasaba era que todos ignoraban el convenio que la empresa y el gobierno de esa época (1964) tenían de dar trabajo, preferencialmente, a la gente oriunda de esa región, incluyendo a menores de edad. Solo se requería un tutor que representara al menor. Me consideré muy afortunado y de mucha suerte porque el señor Parmenio me respaldó y representó a mi padre que, aunque estaba vivo, permanecía en el campo y se me dificultaba la comunicación rápida con él.

A los dos meses de encontrarme trabajando ya volaba. Me di cuenta de que la empresa había extendido la ruta de los buses hasta Pesca, porque la ruta era normalmente hasta Sogamoso. Todos los días salía el bus de Pesca a las cuatro de la madrugada y regresaba por la tarde entre las siete y siete y media, eso dependía de la hora que saliera de la empresa por las requisas diarias. Entonces entregué la pieza alquilada y viajaba todos los

días para ahorrar lo del arriendo y la comida. Pero no faltaban las sorpresas.

Esto fue lo que me sucedió con pelos y señales:

Del campo donde vivía al pueblo de Pesca hay media hora a pie. Mi querida madre, que en paz descansa, se levantaba a las dos y media de la madrugada a prepararme el desayuno y el almuerzo para llevarlo en una coca plástica. Cuando no hay luna brillante, uno se ayudaba con un farol de vela en el camino, pero el día anterior un ventarrón muy fuerte hizo que se me quemara el único farol que tenía, y de mi casa al pueblo hay que pasar por un puente de la quebrada Capuchín.

Faltaba aproximadamente una cuadra para llegar al puente, cuando de repente vi un conejo hermoso que saltaba delante de mí. Me alegré mucho y extendí mi mano derecha para agarrarlo, pero cada vez que lo hacía, el conejo saltaba para el lado del puente, y apenas llegamos, el conejo se transformó en un perro muy grande de color negro y los ojos rojos de los que salía candela. ¡Qué susto! Yo había escuchado que cuando a uno lo asusten o se le presenten espantos, lo primero que debe hacer es meterse alguna cosa metálica con el fin de no quedarse mudo o perder el sentido. Tenía unas llaves en el bolsillo y ligerito me las metí a la boca, cerré los ojos y pasé el puente, a la vez que rezaba el credo en voz alta. Recuerdo que traté de perder el sentido, pero tosí muy fuerte y seguí mi camino pensando en mi trabajo y que el bus de la empresa me iba a dejar. Afortunadamente ese puente se encuentra muy cerca al pueblo y los rayos de la luz eléctrica me ayudaron para llegar.

Cuando llegué al parque el bus ya había arrancado. Sin embargo, alguien vio que yo caminaba como borracho y le gritó al conductor que me esperara. Pero los insultos y preguntas surgían de todos lados, especialmente de parte del conductor. Yo no podía ni hablar, me encontraba como sonámbulo y sentía gruesa mi lengua, como que no cabía en mi boca. Todo lo veía borroso. De Pesca a Sogamoso la carretera era destapada en ese tiempo, y el bus tardaba una hora aproximadamente. Cuando íbamos llegando, un compañero me dio agua y de esa forma pude despegar la lengua y logré contarles lo sucedido. Entonces

los insultos cambiaron, ya me dieron mucho ánimo y me felicitaron por mi valentía, pero me aconsejaron que me retirara de la empresa.

Me dolió muchísimo el retiro de Acerías Paz del Río, pero arriba de Dios no vive nadie.

# ARAUCA



Establecimiento Penitenciario  
de Arauca

Nelson Pérez  
Director de taller





# 8 Y 8

La Chata (seudónimo)



Sol y Alirio se vieron por primera vez en la Y, donde se partían los caminos para las casas de cada uno. Ese día Alirio invitó a Sol a comer guayabitas sabaneras y, sin darse cuenta, los cogió la noche.

Sol se asustó y se puso a llorar jipiado. Alirio la tomó en sus brazos y le dijo: “no llores, mi linda niña, que yo te acompaño y no dejo que te castiguen. Yo te voy a querer toda la vida”, y la estrechó en su pecho. “No tengas miedo que el lunes te llevo a comer guama”.

Esta fue la primera vez que Alirio se enamoró. A Sol se la llevaron para otras tierras. Años después el destino los cruzó, ya ambos tenían 14 años y seguía ese inmenso amor en el que había una promesa que Sol nunca olvidó.

Alirio vio el brillo en sus ojos, y cogidos de la mano se fueron a buscar guamas. Otra vez la noche llegó, pero Sol no tuvo miedo. Esa noche ninguno llegó a su casa, tal vez por eso los volvieron a separar.

Diez años después la vida los volvió a reunir. Alirio estaba casado y Sol se sorprendió al saberlo. En ese momento, Alirio se percató que el amor de su vida no era con quien se había casado.

Sol se fue, no se casó, estudió y trabajó.

Pero la vida los volvió a juntar una década después. Solo se saludaron porque Alirio estaba con su hija. El corazón de Sol estaba lleno de cruces y dolor.

Las vueltas de la vida llevaron a Alirio a una prisión. Su esposa lo abandonó y Sol nuevamente apareció: ella también cayó prisionera por un error.

Ahora viven entre rejas, en la misma prisión, pero el amor sigue, aún hoy, ese amor que jamás se marchitó.

# LOS ROLOS EN SU SALSA

José Antonio Toledo Rubiano



A la mitad de la década del 60 yo vivía con mi familia en un barrio al sur de Bogotá. Mi familia estaba conformada por mi mamá, mi papá y mis hermanos. Éramos tres varones y dos mujeres, todos bogotanos de pura cepa.

Recuerdo que mis padres hacían fiestas en la casa, y siempre, entre las cuatro y cinco de la mañana, se hacía un recreo y se repartía una especie de consomé con maní salado. En medio del recreo colocaban una música diferente a la que se había escuchado toda la noche. Entonces sucedía algo increíble: el salón quedaba despejado y la única pareja que bailaba esa música (más tarde supe que era tango y milonga) era mi madre con su hermana Betty, mi tía.

Ningún invitado se atrevía a bailar como ellas, para no quedar en ridículo, creo yo.

Mi hermana Noris era otra de las atracciones de la noche, ella era mayor que yo y le gustaba bailar Rock and Roll, que estaba muy de moda, y la gente que la veía bailar le aplaudía.

Llegaron los 70 y yo era un adolescente y también había elegido la música de mi hermana: el rock. Pero mi otra hermana,

Elisabeth, la mayor de todos, me hizo cambiar la inclinación musical por la salsa, pues fue ella quien llevó a casa este género. Fui aprendiendo a bailar, fue fácil porque tenía la profesora perfecta: mi queridísima tía Betty.

A partir de ahí mi tía se volvió mi confidente y protectora, me defendía de las muendas que me daban por desobediente, por no cumplir con las tareas del colegio o de la casa. Llegó al punto de suplantar a mi mamá cuando la citaban al colegio por mi mala conducta, pues a esa edad ya bebía algo de licor.

A los 18 años empecé a ir con mi tía a discotecas y a toda clase de fiestas. Ella era mi pareja oficial de baile. Dejé mis estudios de bachillerato porque necesitaba plata para ir a bailar y me dediqué a trabajar. La plata que ganaba la invertía en colecciones de discos de salsa. Me volví tan fanático que todo peso que ganaba lo gastaba en música y rumba. En las discotecas vi bailarines muy buenos y pude complementar lo que me había enseñado mi tía. Mi hermano menor siguió mis pasos y se convirtió en tremendo bailarín, tanto que ganó uno de los concursos de baile de salsa a nivel nacional, en Bogotá.

En 1981 tuve la gran idea de proponerle a mi hermano que convenciera a mi papá de montar una discoteca de salsa. En Bogotá solo existían seis discotecas de este tipo y los salseros eran muchos: faltaban sitios así. Comencé buscando un local y lo encontré en el barrio Santa Isabel, en un cuarto piso. La inauguración fue en septiembre. Creo que ahí empecé caer en el alcoholismo.

La discoteca se llamó Rumbaland, que significa *La tierra de la rumba*, un tema del gran puertorriqueño Noro Morales. Los sábados eran las mejores ventas porque se llenaba a reventar, hasta tocaba cerrar la puerta. Sin temor puedo decir que nuestra discoteca fue la mejor en la ciudad. Allí viví buenos momentos, hasta conocí a la que luego sería la madre de mis dos hijos, que durante mucho tiempo fue mi pareja de baile, porque mi tía Betty hacía años que, por cosas de la vida, se había alejado de mí.

Para este tiempo, yo ya era un alcohólico en potencia. Con mi mujer bailamos mucho mejor y esto me indujo a beber cada día más y más, hasta que empezaron los problemas por el

alcohol. Había días que ella se iba para donde la mamá con nuestros hijos, pero a mí me gustaba esa soledad porque bebía más. Luego vinieron las peleas con los clientes, con mis hermanos y hasta con mis padres. Me convertí en un paranoico y me daba terror salir a la calle en sano juicio.

Un día mi madre empezó a criticar mis borracheras, decía que hacía el ridículo, pero no creí hasta que en una fiesta me filmaron. Me llevé una sorpresa: todo lo que me decían era cierto. Verme me hizo llorar como un niño, no podía creerlo, estaba cayéndome al piso con mi pareja de baile, luego me fui encima de un baffle, casi tumbo el piano que tenía la orquesta. Mejor dicho, era el hazmerreír de la gente. De ahí en adelante moderé mi forma de beber, me fui alejando del trago.

En el año 96 vendimos la discoteca y ya no tenía la oportunidad de beber, pues me tocó salir del edificio donde funcionaba Rumbaland.

Luego intenté montar otra, pero al año ya estaba quebrado y tuve que venderla. Con los centavos que obtuve viajé a Tame, Arauca, pues mi hermana Elisabeth me dijo que era un buen lugar para hacer plata, pero las cosas no resultaron. Trabajé como empleado de mi hermana por seis meses, pero luego me vine para Arauca.

Otra vez monté una discoteca, pero perdí todo porque en Arauca no hay sañeros y me tocó dedicarme a otras cosas. Me puse a beber en distintos sitios, eso sí, me tocaba llevar mi propia música para que me la pusieran en los bares, pues de buena salsa conocen muy pocos. Nunca volví a encontrar una mujer que supiera bailar.

Ahora estoy solo, pero aún escucho mi música encerrado en mi habitación. A veces tomo en soledad porque estoy encarcelado, pero sonrío porque al menos me acompaña lo que más me gusta: mi salsa.



# AMOR Y LÁGRIMAS ENTRE REJAS

Bianneth Uscátiga Rodríguez



En la vida uno encuentra a una persona que al principio nos da alegría y al poco tiempo convierte esa alegría en lágrimas.

A mí me pasó cuando llegué a esta prisión, el 15 de julio de 2014. Al poco tiempo conocí a Pablo. Esa persona se encontraba agarrada a las rejas en ese momento en el que yo entré. Hubo un cruce de miradas, que con los días pasó a ser algo más.

Él empezó a escribirme y yo le respondí. Todo iba bien, pero no pensé que Pablo quisiera jugar con mis sentimientos. Está acostumbrado a mentir. Lo supe cuando le pedí que hiciéramos pública nuestra relación, que todos supieran, pero él me dijo que no, que era mejor que la guardia no supiera. Yo me sorprendí. Al poco tiempo supe que tenía a tres más. Fue una sorpresa total. Sentí que todo se destruía a mi alrededor, pero comprendí que en la prisión los hombres son más mentirosos que en la calle. Creo que la razón es que ellos buscan sanar una de tantas cicatrices que la vida les ha marcado.

Son tantas las cosas que se ven acá que son difíciles de entender. Es muy común ver a mujeres con maridos en la calle, a hombres con mujeres afuera, pero aquí hasta se juega con tres

amores a la vez. Además hay también bisexuales, o putos sexuales, porque no tienen otro nombre. Muchas veces me convenzo de que el mundo está loco o los que están en este lugar viven locos, por eso inventan tantas cosas.

A veces me pregunto para qué existen las cárceles. Para condenar a locos o para alojar la mente porque, por ejemplo, ese hombre de mi historia estaba perdido de sus buenos sentimientos.

Y lo peor es que afuera hay mujeres que trabajan honradamente para traerles detalles a sus esposos, y ellos, cuando llegan las palometas que entran a los patios hacen fila para ir con ellas. O cuando ven salir a las internas, se ponen como burros con garrapatas: caminan de un lado para otro, como si se les hubiera perdido algo. Pero a la vez lo hacen para pasar la oscuridad de las rejas que cada día se pasa al estar en este lugar.

Pero bueno, hay una fuerza y unas ganas de seguir sopor-tando la distancia de la familia y la vida cotidiana.



# EL DUENDE DE *EL ROSARIO*

Julio Tomás Colina Jara



Cuando estudiaba en el colegio Simón Bolívar, esperábamos las vacaciones de mitad de año. Mi familia tenía la tradición de mandar a sus hijos a pasar vacaciones en la finca de sus familiares. Nos mandaron en avioneta para el hato El Rosario, donde nace el río Cinaruco. Cuando íbamos a aterrizar vimos que una rama se movía de un lado a otro. Al tocar la pista un viento cerró la puerta de la avioneta, como si alguien quisiera encerrarnos a todos los que íbamos. Quedamos sorprendidos. El piloto dijo que era un caso muy extraño, tanto que necesitamos dos personas para volverla a abrir. Un frío escalofriante nos pasó por el cuerpo, nos dirigimos para la caballeriza y tanta fue la impresión que los caballos estaban asustados como si fuera un espanto que pasó por ahí. Al llegar a la casa, una tía llamada Iluria Rodríguez nos tenía preparado un exquisito sancocho de pato güire y pescado.

En la mesa estaban todos los obreros y nosotros, los que acabábamos de llegar. La costumbre era que la comida se servía en unas perolas diferentes. Cuando cada uno se sirvió, fue tan extraño que el sancocho sabía asqueroso, a bosta de ganado. Nos mirábamos unos a otros para tratar de descubrir quién era el de

la broma, pero el miedo vino cuando nos aseguramos de que nadie era culpable.

De repente, cuando estábamos discutiendo en la pieza de la casa, salió humo. Corrimos a ver qué pasaba y vimos un colchón en llamas. Lo raro es que en esa pieza no había nadie y de pronto un frío nos corrió por toda la cara. Mi tío nos pidió que nos sentáramos y él empezó a comentar que tenía problemas con un señor que era vecino de la finca y que le estaba robando el ganado y además lo había amenazado.

Mi madre Omaira le comentó a mi tío que miraba algo extraño en esa finca, porque todo salía mal: no dejaban dormir, se escuchaba bulla y aullaban los perros, el ganado bramaba, los caballos relinchaban. Por eso mi tía decidió llamar a un amigo para que la sacara de dudas sobre qué era lo que pasaba en el hato.

El señor llegó al hato y observó detalladamente la finca, invocó al espíritu y le dijo a mi tío que en el hato había un duende desde hacía más o menos dos meses —el mismo tiempo que mi tío había tenido el problema con el vecino—. Yo, Julio Tomás Colina, me di cuenta que realmente los duendes existen.

Mi tío convocó a una reunión con todas las personas de la finca. Nos reunimos en una de las piezas del hato. El señor que mi mamá había traído entró de último y la puerta se cerró sola. Todos nos dimos cuenta que allí había algo extraño. Entonces, el señor dijo: “Yo sé quién es usted, ¿por qué se ensañó con esta familia, si lo único que han hecho es ayudarlo? Yo le puedo hacer daño a usted. Lo puedo dejar en el limbo y su cuerpo quedará muerto donde esté. Yo lo que quiero es que usted deje de hacer daño. El señor del hato ya sabe quién es usted en persona, y no quiere lastimarlo. Espero que tome conciencia, que no asuste a las personas que vienen a visitarlo a la finca, que los deje en paz”.

Un escalofriante frío se encerró en el cuarto y la puerta se abrió y de un golpe se cerró. Al siguiente día mi madre hizo un gustoso sancocho y disfrutamos nuestras vacaciones y nunca se nos olvidará aquel duende de El Rosario que tanto susto nos dio.

# ATLÁNTICO



Establecimiento Carcelario  
de Barranquilla  
(La Modelo)

Ibeth Noriega Herazo  
Directora de taller



# NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

David Pizano Ospino



Era un viernes caluroso y salí como todos los días a vender mercancía a La Raya, zona de frontera entre Colombia y Venezuela.

Como a las 10 de la mañana llegó entre el aire polvoriento de La Guajira una camioneta negra, cuatro puertas, con placas venezolanas. Se bajaron dos hombres (uno alto, moreno y delgado, el otro más bien bajito pero mal encarado) y se acercaron al grupo de vendedores, transportadores y viajeros que buscábamos sombra bajo los pocos árboles que aún quedaban. Con voz gruesa nos pidieron que nos acercáramos y preguntaron quiénes éramos los mejores conductores, pues tenían una excelente oferta y agregaron que ganaríamos en un día lo que normalmente ganábamos en quince días de trabajo.

—Los interesados deben estar a las ocho de la noche frente al parque, deben ir con camisa negra y blue jean. Me llamo Cachito, solo dicen que van de parte mía —dijo uno de ellos.

Sin más explicaciones se volvieron a montar en la camioneta y se marcharon.

Al caer la tarde regresé a casa. Mi mujer me recibió diciéndome:

—Ya llegó el recibo del agua, el de la luz viene mañana y quizás también el del gas.

Con ese recibimiento se me quitaron hasta las ganas de comer. Me fui para el patio, me quité la ropa, me bañé y busqué el blue jean y la camiseta negra, tal como lo quería Cachito.

Llegué al sitio indicado faltando diez minutos para las ocho. Para mi sorpresa allí estaba la camioneta negra, me acerqué y un tipo me preguntó:

— ¿De parte de quién vienes tú?

Le dije de parte de Cachito, a lo que me preguntó:

— ¿Casachipomoria? (Que significa ¿cuál es tu nombre?).

Le respondí rápido y con una seguridad inesperada. Entonces sacó un papel del bolsillo de la camisa, después de leerlo hizo un chulito en uno de los nombres que estaba en la lista, me imagino que en el mío. Dobló el papel y volvió a guardarlo, me miró y estirando la mano, me dijo:

— Soy Pepe, primo, siéntese ahí, esperemos que lleguen los otros para llenar el cupo de la camioneta.

No pasó mucho tiempo, cuando al frente de nosotros frenó una Ranger, de la cual se bajaron dos hombres con la vestimenta requerida. Pepe les hizo las mismas preguntas, sacó el papelito, hizo los chulitos y dijo. “Ok, nos vamos, ya estamos completos”. Nos montamos en la camioneta y tomamos rumbo al desierto.

Después de haber recorrido ocho kilómetros llegamos a una bodega muy grande. Pepe pitó varias veces y salieron dos paisanos que lo saludaron y nos observaron detenidamente. Volvieron a entrar y abrieron el portón oxidado de la bodega. Al entrar parqueó la camioneta frente a una escalera que bajaba de un segundo piso, y luego nos dio la orden de colocarnos en fila frente a la escalera. De un pequeño cuarto que estaba arriba, salió Cachito escoltado por dos gorilas. Pepe le gritó:

— Patrón, voy por los otros.

Cachito le hizo un gesto de aprobación e inmediatamente encendió la camioneta y se fue.

Al terminar de bajar las escaleras, Cachito nos dijo:

— Hay varias camionetas, escojan la que mejor manejen y les diré lo que harán.

La mayoría eran Ford 350 y Ford 600. Cada quien escogió y luego dijo:

—Escojan entre ustedes quién irá a la cabeza.

Cogimos una moneda y lo hicimos a la suerte, yo gané. Cachito dijo:

—Ok, el líder sigue este mapa, ahí les indica cuál es el destino final.

Nos fuimos rápidamente. Siempre que manejaba me encomendaba a la Virgen del Carmen y esta vez no fue la excepción. Iba a la cabeza guiándome con el mapa, el recorrido estaba trazado con una línea roja. Mientras conducía pensaba en la sorpresa que le daría a mi esposa con el dinero que me ganaría. Tanta dicha duraría poco porque pasando por una trocha en Paraguachón, se clavó una astilla o un clavo en una de las llantas. Al mirar lo que me había pasado no paraba de maldecir, el único que frenó fue el que seguía después de mí, y solo lo hizo para pedirme el mapa. Veía cómo me sobrepasaban los demás vehículos y seguía maldiciendo. Me preguntaba por qué me pasaba eso a mí.

La respuesta llegó una hora después de haber cambiado la llanta y seguir el camino con lo poco que recordaba del mapa. A lo lejos pude ver una gran llamarada y delante un retén del Ejército. Sin dudarle un segundo giré mi Ford 350 y a toda velocidad me devolví a la bodega. Mi corazón latía furioso y el sudor mojaba el volante. Al llegar lo único que hice del susto fue pitar desesperado. Los hombres que abrieron antes se asomaron sigilosos y corrieron el portón rápidamente. Al entrar y bajar de la camioneta las piernas me temblaban, no tenía fuerzas para sostenerme. La imagen de la llamarada, el humo y los soldados daba vueltas en mi mente. Los hombres gritaron:

—¡Patrón, patrón!

Cachito salió del cuarto de arriba presuroso y alterado, me dijo:

—Todo bien paisano, ya me enteré por el escolta que mandé detrás de ustedes en moto, me avisó por el walkie-talkie. Y tranquilo, paisano, no se preocupe, hay días buenos y otros no, todo bien. Cuando todo se calme lo contactaremos para hacerles el gol a esos hijueputas de los aduaneros y del ejército.

Luego sacó un fajo de billetes del bolsillo y me dio la mitad de la paga.

—Esto es para que vea que en este negocio se cumple, ahora vaya y descanse.

—Gracias, señor —le dije nervioso, aún sin poder controlar el temblor de mis piernas.

Al llegar a casa me recosté con el susto en la garganta, no pude pegar el ojo. Al amanecer encendí el televisor buscando el noticiero para ver si decían algo de lo sucedido, y no me equivoqué. A los pocos minutos informaban que el Ejército había disparado a unos vehículos que no obedecieron el pare del retén, haciendo que perdieran el control. Los dos vehículos se volcaron y en cuestión de segundos estaban envueltos en llamas. Al ver las imágenes reconocí entre los hierros retorcidos las placas de los carros. En ese momento el vacío de mi estómago y el pulso agitado de mi pecho se incrementaron. Las imágenes de la noche anterior pasaban como ametralladoras en mi cabeza, el miedo crecía y solo pensaba en qué podía hacer: Cachito y su gente eran muy peligrosos. ¿Cómo decirles que ya no quería nada con ellos, que se olvidaran de mí? Sabía que el dinero que me habían dado no era por mi esfuerzo sino para mantener mi boca cerrada.

Mi mujer interrumpió mis pensamientos.

—¿Amor, qué te pasa? Estás muy raro y pálido. Ayer sentí que no dormiste y hoy te levantaste temprano a ver noticias, ¿pasa algo?

El miedo de saber que irían a buscarme atormentaba mi alma. Miré a mi mujer, la abracé y le dije:

—No pasa nada, solo pensaba en cuánto te amo y lo feliz que soy a tu lado.

Le di el dinero de los recibos y la comida, el resto lo guardé.

Pero todo ese temor se desvaneció a los pocos días y de la manera más inesperada, al escuchar en las noticias que una gran caleta de gasolina de contrabando había sido desmantelada por el Ejército, y que fueron capturados todos los integrantes de esta peligrosa banda llamada Los Goleros, dirigida por alias Cachito.

Mis oraciones a la Virgen sí fueron escuchadas, y pensé que no hay mal que por bien no venga.



# LA CASA DE LA ABUELA

Rafael Eduardo Álvarez López



Después de un viaje inesperado, llegué con mi madre a un lugar fantástico, casi mágico.

No lo podía creer, ante mis ojos se extendía majestuosa una gran casa. Empecé a recorrerla, con miedo al principio, luego con verdadero asombro. Un jardín inundado de colores y aromas era el preámbulo a una terraza inmensa como el mar. Se desbordaba hacia la sala y esta se fundía con el comedor hasta el infinito, luego las ocho habitaciones, universos todos sin descubrir que se desojaban de un pasillo interminable, pero lo mejor estaba por suceder.

En el patio los árboles frutales se mezclaban en una sinfonía de formas y olores. Desde ese momento iba a ser sin duda mi sitio favorito, el testigo silencioso de mis juegos infantiles. Era el lugar perfecto para mis hazañas de piratas, fantasmas y monstruos, allí guardé celosamente mis sueños y secretos.

Allí conocí a quien sería mi compañero inseparable, cómplice de aventuras imaginarias, siempre listo e incondicional con su lánguida cola zigzagueando por la alegría de estar juntos.

Ese gran patio era mi pequeño universo, en el cual me sumergía por completo, donde el tiempo se convertía en hojas al viento, hasta la comida pasaba a un segundo plano. Lo esencial era la tierra, los árboles, el escenario para las historias que nacían en mi mente inquieta. En ese espacio irreal, en el canto de los grillos y la voz almendrada de mi abuela quedaron los recuerdos dorados de mi infancia.

# SUFRAGIO

Rafael Obdulio Gamboa



En época de elecciones los caudillos arengan a los paisanos  
con lo más rudo de sus acciones.  
Todo es por la plata, el trago o las falsas promesas  
de un buen empleo,  
promesas que nunca el pueblo ve.

En la esquina de la plaza desfilaba  
un grupo político,  
aquel paisano valeroso, gritó  
el nombre del opositor caudillo.  
Los otros respondieron  
hundiendo los machetes afilados  
en el cuerpo lánguido del muchacho.  
Solo un viejito que observaba  
se acercó, se quitó el sombrero  
y estiro las piernas del paisano  
lo arropó con su ruana  
y le puso un Cristo en las manos.

El viejo al llegar a su casa  
ya en lo oscuro, a su vieja acarició,  
diciéndole:

su cachorro se ha ido lejos  
con la tropa se encontró,  
le di la ruana y se marchó.

Ahora, vieja, por las dudas  
y como el viaje es largo  
arrodíllese y pídale a Dios que  
no lo abandone, préndale  
unas velas que iluminen  
su camino a la eternidad.

# CUÁNTO VALE

Wálter Antonio Escobar Donado



Tengo tantas ganas de gritar.... y mi boca está cerrada.  
Ganas viscerales de ser libre, pero ¿no es un sueño? ¿Es acaso  
una pesadilla?  
Es la realidad. Mi realidad.  
Estoy preso en cuerpo y alma...  
Arrastro en mi abismo lo que más amo,  
mis hijas, mi esposa, víctimas también,  
encerradas en mi ausencia,  
tantos miedos, temores;  
perderlas, solo pensar en perderlas  
es mi mayor condena.



# SINFONÍA

Conrado Alberto Palacios Alvarino



Ahora tengo el alma  
musical de los cascabeles,  
he logrado entender el idioma  
de los pájaros,  
se mueve la vida  
al paso de las horas  
en tanto que mi alma  
retorna a su fuente primitiva.

...allá en la creación recién nacida.

Ahora veo sin ver  
a través de los sólidos,  
en la frecuencia en que vibramos  
la música y yo,  
no hay obstáculos,  
permanezco quieto  
mientras recorro el mundo,  
soy alguien que no está,

ni estará nunca  
en las manos del tiempo.

Libre en sueños y esperanzas,  
libre de patrias y fronteras,  
libre de historias y destinos,  
libre de mí.



# LOS TAJAMARES

Gary Enrique Mangones Fragoso



En mi juventud, esa época maravillosa, recuerdo que salía los sábados muy temprano con los amigos del barrio a pescar a Bocas de Ceniza, recorríamos los tajamares en el tren. Ferrocarriles Nacionales de Colombia, se leía en letras negras, majestuosas.

Llegábamos a la punta del tajamar, ese lugar mágico donde se unía el río con el mar, la gran mancha marrón invadía el azul, las aguas hervían, peleándose sin tregua.

Al final del tajamar, a la orilla del mar, vivía mi amigo Beto en una choza de tablas, carcomida por el salitre del tiempo. Siempre nos esperaba sonriente, nadábamos entre el sol y la brisa de la tarde, luego al pescar contemplábamos el paso de los barcos hacia el puerto, pesados, soñolientos como elefantes prehistóricos, era el progreso entrando a la ciudad.

Nos olvidábamos de todo, tanto que detrás de las risas, el día se desvanecía en un crepúsculo naranja, bañado por el horizonte y el zumbido de las sirenas anunciando su arribó al puerto de la memoria.



# EL CALOR DE HOGAR

Juan Carlos Mendoza García



Pasos de batalla corren por mi alma,  
lluvia floreado,  
fuego por tu ardiente temblor.

Nuevo resplandor, escondido, cálido,  
viejo teatro de amor.



# CRÓNICA DEL ADIÓS

Julián Yoneison Suárez García



Mi vida ha sido dura, aunque siempre he tratado de seguir adelante, pero hace un año todo cambió. Jamás pensé que algo tan terrible podría transformar mi existencia para siempre.

    Mi hijo, mi hijo... de 5 años, murió, se me murió.

    Nunca estás preparado para algo así, pero desafortunadamente me pasó.

    Mi hijo tenía parálisis cerebral leve, su desarrollo era lento, no podía caminar pero era un niño alegre, siempre se reía a carcajadas. Lo sacaba a pasear en la moto, le hacía cometas para que las volara en la puerta de la casa sentado junto a su hermano, lo ponía en la tierra del patio para que jugáramos juntos, le compraba carritos “play”, le daba todo, todo...

    Lo único que de verdad quiero, lo que más deseo... es volver a verlo, volver a escuchar su sonrisa.



BOGOTÁ, D. C.



Reclusión de Mujeres  
de Bogotá  
(El Buen Pastor)

Camilo Igua  
Director de taller





# MI GRAN AMIGO PELUSOS

Angélica Caballero Moreno



A comienzos de los 80 era costumbre en las empresas dar desayunos a los hijos de los empleados al final del año. Había fiesta, comida, animadores, juegos, niños y juguetes.

Adpostal se caracterizaba por dar buenos regalos, entre ellos el mejor: Pelusos. Recuerdo que una niña lloraba porque le habían dado a Pelusos, pero yo lo encontré atractivo desde que lo vi con su cara de malo, su cabeza pelada con unos chichones que simulaban pelo, ojos saltones con mirada perdida, barrigón, cuerpo de enano. Era realmente feo, pero a mí me parecía lindo y al ver a esa niña inconforme decidí cambiar mi muñeca.

Tengo dos hermanos menores y los tres conformamos una banda. Yo, la mayor, era la jefe de la banda y, por supuesto, Pelusos era mi hombre de confianza. Nadie lo quería, mi hermana le cortó sus deditos y le rayó la cara, se veía realmente malo. Yo lo amaba, le diseñaba ropa, lo bañaba y lo bauticé cuatro veces. Él tuvo muy buena vida al lado mío.

Las misiones de la banda eran vigilar el pan del desayuno, inventar bailes y cosas así. En nuestras rondas de vigilancia las armas de dotación eran Pelusos, un bate de béisbol y una capa.

Los golpes más contundentes venían de Pelusos, pero a todo superhéroe le llega su hora de jubilación. Como nadie lo quería, un día de aseo general que yo no estaba, mi mamá lo botó. Lo busqué por el barrio pero fue inútil, nunca lo vi. Escarbé la basura y no lo encontré. Yo creo que debe estar en otra casa cuidando a otra niña como yo. Pelusos será parte de mis mejores recuerdos y sé que si él pudiera yo también sería parte de los suyos.

# LOS DUENDES

Mary Cruz (seudónimo)



La casona de mi tía siempre me encantó, pero lo que más me gustaba era aquel inmenso salón donde el sindicato hacía sus asambleas. Allí el silencio reinaba por las noches, y se sentía una paz casi angelical. Sentada sobre la mecedora preferida de mi tía y bajo el viento refrescante de los doce ventiladores que colgaban del techo, me sentía en el mismo paraíso.

Por las noches perdía la noción del tiempo y, mientras todos dormían, podía mecerme en la mecedora con los ojos cerrados para sumergirme en mis sueños e ilusiones hasta el amanecer. Y así fue durante cientos de noches hasta aquella madrugada en que los fantasmitas me asustaron.

Yo había oído a mi abuela hablar sobre los traviesos duendes que deambulaban por el barrio haciendo de las suyas. Se hacían en los árboles de almendras y piropeaban a las muchachas bonitas que pasaran por el lugar. También cogían las tapas de las gaseosas, que en la costa las llaman las checas, y se las tiraban a los adultos o las tiraban sobre el techo de las casas del barrio. Aquella madrugada los escuché jugar con una roca inmensa que quedaba en el patio donde me sentaba de día a tomar el

sol. La roca pesaba toneladas pero ellos la hacían rodar por el patio cementado como si fuese una pelota de fútbol. Mientras lo hacían, escuché sus risas infantiles; esto me puso la piel de gallina y corrí a refugiarme en los brazos de mi abuela.

Desde aquel día se acabaron mis noches placenteras y bohemias.

# LAILA

Alondra de Jesús Rodríguez Mendoza



Solo se me viene ese recuerdo en el que mi papá me dice: fuiste bautizada por un capitán de la marina con el acta de libertad. ¿Por qué? Si te gustaba escarbar y brincar desde que aprendiste a caminar para salirte a la calle. Al mismo tiempo me sentí arrebatada y miserable. En ese momento, el miedo y el despotismo me hicieron ignorante. No acudí a nadie, quería resolverlo sola. Solo pensaba en tener de nuevo entre mis brazos a la pequeña sonriente, es que con una sonrisa se olvida todo el estrés. No quería más que recuperarla.

Las órdenes fueron: vas a viajar y tendrás a la pequeña. Mi cabeza decía sí, mientras mi cerebro estaba bloqueado. Esa noche fue lenta mientras pasaba ese resplandor. Al otro día tomé mis cosas, salí. Fui al aeropuerto, no pasaba nada. Yo seguía con ignorancia y el recuerdo de esa risa traviesa me hacía seguir. Yo pasaba, nadie notaba nada. Solo yo sabía que todo estaba mal. Se llegó la hora de viajar; respiro hondo. Todo transcurrió. Llegó: todo bien. Solo son dos días de hospedaje eternos. El regreso se llegó; lo miro y le dijo: “está mal”. Me dice: “tranquila”. Lo miro fríamente, está mal. Con una mirada de mil palabras me

da la orden: “traga la droga”. Mis ojos temblaban de pánico, mis manos pesaban y hago caso. Ahora me dirijo al aeropuerto, de regreso. Temo, pero demuestro estar tranquila. Entro, pido mi vuelo y noto que me esperaban... Llegó un hombre arrebatándome mis papeles.

Hoy he puesto mucha atención a lo que me rodea. Todo el mundo hablando dizque de algo nuevo y ahora a hacerse la sorprendida al saludar. ¿Buenos días?, ¿Cómo estás?, ¿Qué tal te va? Como si no supiéramos la rutina, pero bueno. ¿Qué hacer? Noté que la que dice ser mi mejor amiga es más déspota, esa altura que no existe. Y el foto-retrato puesto... No sé si decirle, o espero a que le digan, es lo mismo. ¿Qué digo? Que es cohibición de libertad no de ideas; como pensar en mundos paralelos. ¿Existirá solo el cariño o solo los ricos? Estoy donde todo existe y todos opinan distinto. Me imagino una mujer presidenta y un perro dando clases de idiomas. Bueno, ese es mi maestro en realidad; porque lo que tú no crees, en mi mundo sí existe. Esas razones pocas que no ves, a mí no me sorprenden. San Saori: mis papás me pusieron así por mi abuela que en paz descansa. Mi papá es diseñador y mi mamá comerciante.

Cada día es una rutina distinta. Si lunes es una; martes es otra. Pero en el mes deben ser otras que nos separen, así no nos aburrirnos y alentamos el espíritu a vivir. Si no, nuestra vida es corta. Yo soy una adolescente de 29 años. Mis abuelos me contaban que cuando la gente era de vida muy rutinaria ya a los 25 moría de todo. Bueno, yo estudio en preparatoria Bienes forenses y terminando quiero entrar al Ejército. Me gusta el ejercicio y estar explorando todos los lugares que muchos no se animan, como lo hace mi tía Amelia, hermana de mi papá.

Cuando llego a casa de ella, me quedo unos días a ayudarla. Un día cuando yo husmeaba las cosas de entre un cubo, pregunté qué era eso. Me dijo que era un planeta: “es el planeta Sion, el oro en una cueva en la cual no se le permite ya entrar a nadie y se desapareció”.

# CON UN NUDO EN LA GARGANTA

Fabiola Gutiérrez Reyes



Diario por la mañana es la misma rutina. Suena el despertador; lista para la regadera, disfrutar el agua caliente como crema en mi piel, porque me encanta el agua hirviendo. Preparando la maleta, escogiendo ropa: zapatos, ¿cuáles son mejores a donde me toca ir y para lo que voy a hacer? Ya. Listo, de repente suena el celular, cambio de planes. Necesitan que me quede porque hay muchos pendientes y tengo que cubrir. ¡Oh, cielo! Se ha pasado por alto los niños. Tengo todo para hacer mis labores de trabajo y no he pensado en mis hijos. ¿Qué les doy?, ¿a dónde los llevo?, ¿qué haré para compensar los días que no voy a estar allí para abrazarlos, besarlos? Y, sobre todo, la convivencia, el comer y disfrutar una comida por muy simple o lujosa que sea. No hay nada igual que estar en la mesa reunidos, comenzar a disfrutar el primer bocado y escucharlos decir:

—Mamá, tengo ganas de ir a vacaciones a la playa.

Otro dice:

—No, mejor montar a caballo.

Y no falta a quien se le ocurra:

—No, mejor vamos a comprar películas y no hagamos nada.

—Sí —contesta el más pequeño.

—Veamos tele con una pizza, palomitas y jugo.

Eso suena muy rico. Todos opinan y yo no tengo tiempo, qué tristeza. Ellos ya hicieron un plan para yo quedarme. No sé cómo decir: “no puedo viajar”. Tomo el teléfono, marco a mi jefe, no contesta. Bueno, sigo intentando. Contesta mi encargado, pido la palabra: “necesito quedarme más días, pero no es por el trabajo; los pendientes ya los organicé. ¿Es algo más importante?”. “No puedo esperar”, responde, “cuando regrese tiene que ser esta misma semana. ¿Qué es más importante que yo tenga que cancelar mi viaje de urgencia?”. “Son mis bebés. Ellos tienen ya mis días en la agenda solo para ellos y un plan para disfrutar esos días a su lado”.

Charros. Queda en silencio unos segundos. Les urge que yo organice los pendientes y viaje en cuanto quede todo organizado. Qué difícil es cambiar en este momento los papeles. ¿Por qué no viaja alguien más?, ¿por qué yo precisamente? Lo más difícil es seguir en la mesa, sentada en la silla y no hacer notar con gestos mis expresiones al escuchar a mi encargado que necesitan que yo viaje y que de regreso me tome unos días. No quiero viajar. Charros: ¿qué puedo hacer para que me reemplacen? Él me sugiere que lo piense y que en este viaje de regreso me vaya con mis peques a donde ellos quieran; que él se compromete a que me den unos días más. No sé. Solo sé que quiero quedarme con ellos.

Nunca me había sentido tan mal como hoy. El corazón me late más rápido. No puedo pasar un bocado. Ellos ríen y me ven con aquella alegría que yo no puedo ni sé cómo aguantar. Ese nudo en la garganta que me hace sentir que me ahogo y no puedo respirar. Solo sé que tengo que buscar las palabras necesarias para no hacerlos sentir mal, más de lo que yo ya me siento. Es muy difícil dejar de pensar en ellos; son todo para mí. Pero en este momento no se los puedo demostrar y sé que esto los va a hacer sentir muy mal y yo me voy más triste al no saber qué pasará por sus cabecitas y por la mía: angustia, tristeza de verlos así. ¡Oh, por Dios! Este es mi trabajo y ellos son los más importantes y lo mejor de mi vida.



Qué tristeza da viajar así. Tengo el corazón hecho pedacitos: ver sus caritas de seres felices en un segundo cambiar tan drásticamente de tristeza. Por más que yo insista en recompensar ese momento, da igual para ellos, no estaré ahí. Qué podría pasar, solo estaré 10 días lejos de casa.

No puedo mirar mientras subo al taxi. Trato de no ver sus rostros. Solo me despido desde el carro para no verlos llorar. Prefiero tragarme ese sentimiento que me hierve hasta el hígado y la garganta, con ese nudo que me deja sin respirar. Que estupidez es dejarlos, qué confusión. Trato de ser fuerte para no lagrimear dentro del taxi.

Pregunta el chofer:

—¿Qué difícil es dejar lo que uno más quiere por darles lo mejor?

—Así es —respondo.

Llegamos al aeropuerto de Guadalajara. Le doy las gracias y él con un gesto se despide:

—Que tenga un buen viaje.

Ya estoy aquí. La hora de abordar mi vuelo llegó. Aún por mi mente ronronean mis pensamientos: ¿por qué me siento tan vulnerable si este siempre ha sido mi trabajo, tan estúpido y rutinario? Hoy me he quedado con ese amargo en la garganta. Trato de no pensar más, hemos llegado a trabajar.

Cómo quisiera que los días fueran horas, las horas segundos y que los segundos no existieran en este reloj. Qué días tan, tan largos. Esto me está matando. El corazón no deja de latir tan rápido, parece que estoy en una carrera; no dan ganas de comer mucho de cenar. Qué desgastante es estar así; qué irónica es la vida: antes de viajar probaba un bocadillo que en familia sabe tan dulce y delicioso. Aunque todo el tiempo tengo amistades y salimos a pasear y probar cosas nuevas, hoy no tengo ánimo de nada. Solo de regresar a casa y endulzarme de ese banquete con ellos.



# LA SOLEDAD DE UNA MENOR

Marisol Ramírez Salgado



Yo era tan solo una niña cuando empezó mi sufrimiento porque me hizo falta el calor y el amor de mi padre. Nunca lo conocí y esto me afectó harto. Me quedé con el calor de una supuesta mamá, ella era todo para mí. Pero todo empezó a fallar cuando un mal hombre abusó de mí. Cuando se lo conté a mi madre, lo único que hizo fue golpearme. Yo tenía tan solo 5 años y eso me entristeció en todo el sentido de la palabra. Ya con el pasar del tiempo fui creciendo y mi mamá empezó a venderme a todo borracho que se le presentaba por unos cuantos pesos.

Estuve a punto de enloquecer con todo lo que me estaban haciendo y tenía mucho rencor en mi corazón y aún tengo mucha rabia por todo el daño que me causaron. Crecí y me fui de la casa con tan solo 10 años. Ya no quería estar más en el infierno donde me encontraba. Comencé a recorrer las calles hasta que encontré una señora que me llevó para su casa a trabajar, pero ella me maltrataba. Estaba tan desesperada con lo que me pasaba que intenté suicidarme. Yo tenía 15 años cuando empecé a ejercer como trabajadora sexual hasta que conocí a un hombre del que me enamoré y me sacó de ese sitio. Me fui a vivir con él y quedé embarazada.

Todo fue muy bonito hasta que me llevó a conocer a su familia. Casi me muero, pues resultó que él y yo éramos primos y ninguno de los dos lo sabíamos. Ya no pudimos hacer nada porque venía un bebé en camino. Me dio mucha rabia y me dolía, pero no podía dejar a mi hijo sin padre. Entonces seguimos juntos. El caso es que de esta relación quedaron tres hermosos hijos, me separé de ese hombre porque era una persona borracha y agresiva todo el tiempo. Tenía ocho días de haber dado a luz cuando llegó borracho y me golpeó hasta que me dejó en estado de coma. Cuando desperté en un hospital sin mi hija, con un poco de cables en todo mi cuerpo, habían pasado 6 meses de estar en esa cama tirada como un perro. Cuando me dijeron en dónde estaba le cogí mucha rabia. Él me había quitado la oportunidad de darle pecho a mi hija y de verla crecer. Me quitó todo el amor que yo le pude dar a mi bebé tan pequeñita.

Cuando salí del hospital me fui para Faca y ahí empecé a rodar con mi hija y a llevar del bulto. Entonces fue cuando llegué al punto de vender drogas y por eso llegué a la cárcel.

BOGOTÁ, D. C.



Complejo Carcelario y Penitenciario  
Metropolitano de Bogotá  
(La Picota)

Sebastián Gónima  
Director de taller



# GRACIAS POR TU AMOR

Luis Eduardo Cuéllar Bernal



Eres una de las mayores razones  
por la que soy feliz.  
Tener tu amor  
es un privilegio para mí.  
Porque en los buenos y malos momentos,  
siempre estás a mi lado.  
Porque me has enseñado que en la vida,  
no siempre es importante el detalle  
grande,  
pequeño.  
Tú vales mucho más.  
Gracias por compartir conmigo tu amor.  
Nunca olvides,  
que pase lo que pase  
nunca te voy a sacar de mi corazón  
y de mi mente.  
Siempre te voy a llevar conmigo.





# PARAJES MISTERIOSOS DE LOS LLANOS ORIENTALES

Miguel Alexander Morantes Rincón



Todo comienza en marzo de 1996, en un sitio llamado Aguazul, en Casanare, un lugar muy hermoso con sus sabanas vestidas de color verde y sus aguas blancas que recorren sus paisajes. Lo más bello de este paraje son sus mujeres, amables, cariñosas y simpáticas. En esa época estaba trabajando en la escuela Eduardo Román Bazurto, ubicada a cinco kilómetros del casco urbano, donde entrenaba a los alumnos. Dormían allí, era un internado.

Al llegar las horas de la noche esa escuela era un martirio. Según decían, asustaban. Se escuchaban gritos espantosos y risas tenebrosas. En una de esas, a la una de la madrugada, salí al patio que siempre quedaba retirado de los dormitorios. Escuché reír niños y con sorpresa (no creía que fuera cierto) los vi jugando en la cancha.

En mi pánico corrí hacia los dormitorios. En el trayecto me encontré con uno de los niños y me gritó con voz tierna: “¿Por qué corres?”. Logré detenerme, pero no le contesté. Me dijo: “me llamo Pedro”. En medio del susto le contesté: “me llamo Miguel”. En realidad no sé cuánto tiempo pasaría, pero

en un instante miré a los dormitorios y al siguiente el niño ya no estaba. Lo que más me impactó de Pedro fue su hermosura. Más o menos tenía 10 años, cabellos rizados, ojos de color azul y vestido de traje angelical.

A nadie le he contado lo que me sucedió. Después de 20 años lo escribo en las hojas de un cuaderno para los que la lean, la crean. Es una historia de la vida real.

Después del tremendo susto, como a los seis meses prestando guardia en un sitio llamado Brisas, a la orilla del río, cerca de la escuela pasó algo increíble. Mientras prestaba guardia, saqué mi termo para tomarme un tinto. De pronto pasó por un camino una mujer hermosa vestida de blanco, alzó su mano y se despidió.

Fue el tinto más largo que me he tomado en mi vida. Pareciera que se hubiera detenido el tiempo, sigo pensando que tal vez era un sueño, pero en realidad no era un sueño. Vi todo lo que me iba a pasar en la vida. Fue como una revelación.

Espero que el hechizo de esa mujer hermosa se rompa porque ver morir a los seres que amamos, padres, hijos, amigos y familiares, y seguir intacto como si no me pasara el tiempo es muy duro. Mi destino es vivir toda la eternidad. Mi historia, la de Miguel, no tendrá fin.

# LIBERTAD

Alexander Ávila Gómez



La libertad es algo muy bonito  
la vida que Dios nos dio.  
Solo nosotros que estamos presos  
sabemos qué es estar aquí,  
encerrados en estas cuatro paredes  
alejados de la sociedad totalmente  
sin saber cuántos años vamos a estar.  
Aquí pasan los días y las noches  
pensando en nuestras familias y libertad  
que ojalá sea pronta  
para recuperar el tiempo perdido  
con nuestros seres queridos  
un buen trabajo  
para poder seguir adelante.



# CENIZA ILUSA

Aladis (seudónimo)



Pienso en ti, María, en tus ojos gitanos, gatunos, prestidigitadores. Tu mirada fúlgida, mítica, recorre los resquicios de mi alma errática; en mi miseria trepas y en tu madura risa me refugio.

Me extasío en ti, perdido en ti, sentado en el retrete me siento como magistrado en sus consuetudinarias cagadas reiterativas, de la honorable corte de justicia, impolutos ellos, infalibles, en su fábrica de “Ieyes”.

Apabullado, casi desintegrado en polvareda cósmica, sórdido, perdido en el olvido ineluctable de la bendita muerte justiciera, en medio del auspicante tedio opresor, abrumador, sigo pensando en ti, María, en el vacío de la noche oculta, en la llenura del estómago, en la caricia de la bendita muerte.

Acudo y acudo a tu recuerdo, a tu impecable fuerza, a tu insomnio mío, a tu pureza innata para calmar esta sed de desespero.

Y aunque no hay que volver jamás atrás, al pasado que ata, que esclaviza y sataniza, retrospectivo me hallo en tu ausencia, ensimismado, absorto en tu recuerdo vivo.

Porque la vida es bella, y en su discurrir acuoso, acelerado, alienante, nos da y nos quita con su siserático ritmo circadiano. Navegamos tercetos, proclives al fracaso, ateridos y asustados trasegamos en el desván de la existencia, desvencijados, rotos, en busca de la amada libertad perdida, en el azaroso holograma de la vida, refundida, como el paraíso de Milton o el arca de la alianza, auscultando respuestas en el fondo de la caja de Pandora, asidos desesperados del reloj, del lecho del procusto, del inexistente empleo, de la televisión artera, de los vicios del transmilenio infame, del internet neo-dios, aferrados a migajas, a sobras, a estornudos.

Y si es verdad que la vida ha sido buena conmigo, es más verdad que ha cercenado los pasajes más sagrados, ha robado mi aliento, mis amores; cual Nosferatu bífido ha succionado mi energía crística, mi ilusión preclara, mi sosiego. Te perdí a ti, María, mi más bello tesoro, y deambulando por el laberinto de la vida que se esfuma a gotas raudas, en pos de ti, de tu olor, de tu quimera, he tropezado con el destino falaz, justiciero, innoble.

“Fata Morgana” que se cruzó en el camino de la vida, si no fatal, alcahueteado por los vecinos vocingleros, espurios enjaulados en el país del chisme, parapetados en las ignominiosas leyes del país *du sacre coeur*, enemigos de la verdad, de la felicidad, de Dios.

Y en el anfiteatro cósmico, arrinconado en la matriz del mundo, sumido en los grilletes que la sociedad globalizante aprieta, sin piedad ni compasión alguna, sigo concentrado en ti, María, en tu retrato insomne, con la conciencia libre, en tu infinita paz inverencial.

Y en mis ratos de ocio, en la tregua que tú me das a veces, pregunto al universo, a los gnomos, a las hadas: ¿la libertad existe? ¿Existe Dios? ¿Lo ha secuestrado el diablo? ¿El diablo es Dios?

La respuesta, mi amigo, está en el viento, la respuesta está sonando en el viento.

# POESÍA ERÓTICA

Edward Riascos Chaverra



Ayer pasé por tu casa  
me tiraste un vestido  
lo recogí creyendo  
que era tu hermana.

Al recogerlo palpé tu piel,  
me lo llevé a la nariz  
y con tu olor sentí  
mucho pasión por ti.

Porque sentí el aroma de tu cuerpo  
y abrí el vestido,  
y me lo llevé al pecho  
y así sentí el cuerpo encendido.

Mi amada, sentí tus senos,  
como si fueran luceros,  
y los acariciaba con mis manos  
y me apasionaba tu mirada.

Y al tener tu cuerpo esbelto,  
me corría la sangre,  
me emocionaba.

Y se me calentaba mi cuerpo,  
y lo sentía como si fuera real,  
y mi amor por ella,  
cada día crecía más.

Y parecía tan real,  
que soñaba estar en las nubes,  
y cada vez que tocaba el vestido,  
como tu amor enrojecía.

Si fuera su cuerpo apasionado,  
más y más.  
Y me desorbita el alma  
amada bella y querida,  
más y más.

Y me deslumbraba su amor,  
ese vestido con su olor,  
me la llevé su recuerdo a casa,  
y con él soñaba,  
con ella, en mi morada.



# LA HISTORIA DE ÑECO

Ricardo Escobar Rodríguez



Había una vez un niño llamado Jair, apodado por todos Ñeco. El padre trabajaba en la labor de la ganadería y la madre ganaba unos cuantos centavos lavando ropa y haciendo aseo en diferentes casas de un municipio del Meta. Ñeco era inquieto, hiperactivo y siempre pensaba cómo podría ayudar a sus padres para el sustento de la casa, porque eran dos varones y una mujer que estaban pasando necesidades.

Desde muy corta edad, Ñeco fue descuidado en el estudio. No le gustaba y sus padres nunca le exigieron. Cuando cumplió doce años les dijo que no quería estudiar más, apenas estaba cursando sexto grado de bachillerato.

Entonces sus padres pensaron que sería bueno que trabajara de ayudante en un taller de motos, como para que no los dejara y no se marchara de la casa y fueron donde el compadre, que tenía un taller de motos para saber si les podía colaborar.

—¿Le gusta el trabajo del taller, Ñeco? preguntó el compadre.

—Sí.

Entonces el compadre le dijo que se pusiera a lavar tornillos, ayudándole al hijo, Juan Carlos, que en ese entonces tenía 16 años. Con el transcurso de unos meses Ñeco se ganó la confianza del padrino, pues era mensajero del taller y un buen limpiador de piezas de motores.

Con el paso de dos años más, Ñeco y Juan Carlos se hicieron muy amigos. Juan Carlos le enseñó a montar moto y le tenía tanta confianza que hasta los vecinos y la gente allegada le decían que tuviera mucho cuidado, que dejara de ser tan loco en esas motos.

Resultó que Ñeco hizo más contactos con los gremios de los mecánicos de motos y se fue a trabajar a un municipio llamado Granada. Pero resultó que el dueño del establecimiento era un paramilitar. Ñeco estuvo seis meses trabajando en ese taller, pero como las compañías son a veces buenas o malas resultó metido en los grupos paramilitares.

Ñeco tenía 15 años cuando fue visto por primera vez en camuflado y andando en motos, patrullando zonas donde se veía mucha violencia. Con su primer sueldo pidió permiso para ir a visitar a la familia, llevándoles víveres y verduras y dándoles unos ahorros que había conseguido. Ese día compartió con su familia un delicioso almuerzo casero que la mamá le había preparado pensando que no se volvería a ir de la casa.

Pero los padres de Ñeco ya habían averiguado dónde era que su hijo estaba trabajando y empezaron a aconsejarle con los hermanos que se saliera. Pero como todo adolescente, escuchó por un oído y le salió por el otro. Ñeco solo duró dos días y se volvió a ir porque se sentía bien por estar en un grupo con armas. Tenía una pistola en la cintura y le habían dado moto: era lo mejor que le había pasado.

Un mes después llegó una represalia de los grupos paramilitares y todo joven menor de 18 años tenía que ir al campamento de entrenamiento para que fueran más hábiles en la cuestión de la guerra. Ñeco terminó en ese campamento, donde todos los días le exigieron mucha disciplina y como era tan joven no miraba las consecuencias que le podrían acarrear más adelante.

Y llegó el día de las sorpresas. Un viernes el grupo festejaba y contrataron mujeres de la vida fácil para celebrar y pasarla de

lo lindo. A eso de las 11 fueron sorprendidos por la guerrilla y lo que pasó... no más imaginémosnos que se podía escuchar plomo por todos lados.

En el campamento decían que había como 300 jóvenes, más 100 que los entrenaban, y unas 80 mujeres que habían ido esa noche. Todas esas personas fueron asesinadas por la guerrilla. Dicen que el enfrentamiento duró más de siete horas y esa noticia nunca fue revelada por los medios o noticieros.

Allí murió Ñeco y aquí no pasó nada.



# AUSENCIA

William Alfonso Forero Pulido



Durante estos meses que no estamos juntos  
solo pienso en lo más maravilloso  
que me regaló la vida y Dios:  
mis dos hijos  
que amo más allá del infinito.

Solo escucharlos  
sus voces tan armoniosas y suaves  
sus sonrisas  
me transportan al lugar donde están  
tus besos  
para abrazarlos.

Para decirles tantas cosas  
que me hacen mucha falta  
decirles que no nos vamos a separar jamás  
decirles cuánto los amo.  
Los quiero mucho.



# BOLÍVAR



Establecimiento Penitenciario  
de Cartagena  
(Tenera)

David Lara  
Director de taller





# EL LABERINTO

Bienvenido Herrera Castro (seudónimo)



A pesar de que el ventilador estaba en su máxima potencia, el calor era insoportable. Durante esa noche él se agitó y dio vueltas, padecía insomnio en medio de la oscuridad. Dos ratas se disputaban las sobras de la comida; un chillido hizo ahuyentar a uno de los roedores. Los fantasmas del pasado lo seguían torturando.

El ruido de una reja, que se abre en la lejanía, lo despertó y entre sueño y realidad despegó de su espalda la sábana empapada en sudor, un sudor agobiante y hediondo. Estaba acurrucado detrás de una puerta con barrotes de hierro, se le notaba el desespero salvaje e irracional por salir de esa jaula. Observó de soslayo a unos desconocidos durmiendo en sus camas de concreto. Una voz desgarrada brotó de sus entrañas: “esa maldita puerta, ¡cuándo putas la van a abrir!”.

El primer hilo de luz irrumpió en una habitación pequeña, de un verde pálido por los años de aficción y la cara de la luna. La ocupaban siete personas. Un hombre huesudo de cara dura, barba irregular y encenizada, brazos y piernas largas, se asomaba más de lo normal. Le decían Carepuño. No se logró conocer su nombre. Sus ojos estaban clavados en un punto de la pared y su

mirada no era de este mundo: observaba el vacío con la mente en blanco, aturdido por un silencio de muerte. Su rostro caía a pedazos por el piso rústico y retornaba al incomprendible desespero agónico y salvaje de la ansiedad. Trataba de unir las piezas del rompecabezas en que se había transformado sus sentimientos, pero el tiempo tortuoso no corría como debía. Cada día estaba más anciano, más marchito. Tenía unos cuarenta y tantos años, aunque aparentaba a un sexagenario pagando sus cuentas de cobro. Su color enaltecía a sus ancestros africanos. No había dónde colocar una cicatriz más en su lamentable humanidad. Decía que estaba cruzado, que no le entraba el plomo... pero sí el cuchillo.

Era huraño, lúgubre, calculador e indiferente, poco sociable. Hablaba de forma breve y cortante, de modo que cualquier conversación se agotaba por sí misma. No tenía color en sus ojos, escondía su mirada bajo un manto de inseguridad y desconfianza. Su alma se desvaneció unos años atrás cuando se olvidaron de él su esposa, sus tres hijos, su hermana y su padre. No volvió a ser el mismo. Era un hombre muerto y amargo. Aprendió del pasado a medir sus pasos con sigilo, atribuía a su intelecto la sensación indescifrable e indiscutible de no tener nada que deber a su vida. Las pocas neuronas que le quedaban eran estimuladas por su dependencia a la droga.

Logró cepillarse y mojar su cabello ensortijado. En ese instante, un guarda abrió el candado. Carepuño desplazó el cerrojo sin pronunciar ningún ruido. Salió presuroso, zigzagante, abriéndose paso entre la gente, como huyendo de los fantasmas de sus noches de insomnio interminables. Su corazón se quería salir. Se apropió de un rincón y sacó de su bolsillo raído y curtido una pipa rústica y con la otra mano temblorosa depositó ceniza de cigarrillo y un polvillo blanco dentro. Candelá. Aspiró dos bocanadas de humo. Su estado era absorto e hipersensible ante la eventualidad de un ataque y al rato retornaba a su infausta, desmedida, insulsa y vergonzosa existencia.

El sonido del tambor y la guacharaca provenían de una improvisada iglesia con cánticos y alabanzas. La excitación carcelera llegaba a su clímax. Se alcanzaba a descifrar el llamado

a Carepuño en medio de la bulla. Una voz altisonante e impaciente repitió: “¡Carepuño!, causa, ¿dónde estás?”. En medio de su turbación escuchó su llamado como un campaneó. Sus palabras estaban amarradas en su desgastado cerebro, sus cuerdas vocales no ejecutaban la orden; al segundo intento se esfuerza:

—¿Cómo fue, paisano?

Un amigo de oficio, impaciente lo buscó hasta dar con él:

—Préstame la pipa que me la voy a pegar —insinuó el necesitado.

Carepuño le cede el objeto artesanal sabiendo que tiene su recompensa por el traspaso.

La mitad de su vida la había sacrificado a la droga en todas sus manifestaciones, a los quince años fumó su primer tabaco de marihuana por curiosidad en la cuadra donde vivía. Ese sería su primer error que lo catapultaría a un universo ambiguo, perverso en la carrera hacia la criminalidad. Nunca trabajó honradamente. Visitó la mayoría de las cárceles por su prontuario delictivo y gozaba de cierto respeto por sus panas.

El Gordito, condenado por homicidio agravado, a sus treinta y siete años apenas llevaba tres años en el presidio. Se voló de un patio a este, buscando una dosis regalada porque estaba de cumpleaños. Se arriesgó sin importar la culebra que tenía ahí; llevó un cuchillo escondido y una toalla para enmuletarse por prevención. Caminó escalera arriba con ojos alertas, expectantes y maliciosos; escudriñaba los alrededores a paso seguro y osado.

En una de las celdas del piso de arriba dormía Pelambre, a quien no le faltaba su cuchillo en la cama. Eran las siete y treinta de la mañana cuando entró un paisano a decirle que el Gordito estaba en el patio, que se pusiera mosca. Como un felino dio un salto, se colocó sus zapatos Adidas y se armó de cuchillo y toalla, forrándose el brazo con ella. Dio dos pasos y se arrodilló. Rezaba en silencio, se encomendaba a su Dios. Cogió una foto colgada en la pared y besó a sus dos pequeños. Después, con cuchillo en mano, se fue en busca del Gordito. El tiempo se paró, su corazón latía más rápido y más fuerte. Todo se le olvidó, no había nadie más, en su cabeza solo existía el Gordito. A la distancia chocaron las miradas, soltaron chispas. El Gordito que fue por una traba de

marihuana, encontró a su ferviente enemigo. No había marcha atrás, la rotonda de cuatro por cuatro fue el epicentro fatal de dos gallos con sus espuelas. A dejarlo todo en la arena. La bulla fue reemplazada por un silencio tenebroso, de muerte. Extendieron los brazos con sus dagas, buscando el momento perfecto, resueltos a terminar de una vez por todo este problema. El golpeteo de los zapatos sobre el piso trataba de distraer tanto al uno como al otro. Ninguno piensa en el desayuno, quieren ver cómo sale la sangre de uno de los dos. Nadie podía perderse ese momento, tenía que quedar en sus memorias cómo murió fulano.

De entre la multitud alguien lanzó un grito de alarma: “Pelambre, cuídate, atrás”.

Los ojos del Gordito se enfocaron en los de él. La psiquis generaba desespero y nerviosismo, induciendo al error. En una de esas lanzadas, Pelambre se fue en blanco por el quiebre de cintura del Gordito y le dejó medio cuerpo descubierto. Una estocada en la arteria de su pierna derecha. Sangre salpica las paredes y Pelambre se desploma diciéndole a sus amigos de oficio: “no me dejen morir, mis hijos...”.

Poco a poco se fue apagando, no bastó el torniquete que le aplicaron, fueron segundos valiosos pero estaba hecho. El charco de sangre coagulada de un vino tinto quemado, impedía que las personas caminaran a sus celdas a guardar lo ilegal. Unos contra otros chocaban, se escurrían como si fueran serpientes evitando los obstáculos inevitables de su destino.

El luto invadió sus mentes, las caras de pesar, de zozobra, de...

Eran las ocho y media de la mañana. El Gordito viéndose descubierto se entrega a la autoridad inmediata. Pensó en su hijo que todavía no nacía, le faltaban dos meses y sería un padre cautivo, un padre ausente. Fue por una traba regalada y ganó otra condena de cuarenta años más.

Fue un día de castigo con un encierro temprano y con gas pimienta. Fue un día de luto extraño. El almuerzo lo repartieron a domicilio: sopa de alverja, un pocillito de arroz blanco y un pedazo de pollo paliducho. Caía la tarde con una llovizna

interminable. El bochorno era escandaloso y el sudor escurría por los cuerpos pegajosos. Carepuño en su labor habitual de limpieza de su pipa, logró vender su comida a cambio de una dosis de bazuco. Teme que su insomnio sea como el de la noche anterior.

Cae el manto nocturno, la oscuridad se apodera de todos los rincones. Nuevamente el insomnio infalible, denso, se apodera de Carepuño. Otra noche interminable.



# EL ALTO DE SAN ANTONIO

Anjomabe (seudónimo)



Una tarde llegó a mi consultorio una pareja. Eran muy jóvenes, ella podía tener unos veinte años y él como veintiuno. Mientras esperaban su turno lograron despertar la envidia de los demás pacientes que ahí se encontraban: se veían enamorados, pero a ella se le notaba tristeza en sus ojos y dos lágrimas corrían por sus mejillas. Él, con aquel amor que irradiaba, se las secaba con un pañuelo de seda y con la otra mano le acariciaba su rubia cabellera, y le decía: “tranquila, pronto pasará todo y vamos a estar mejor”.

Cuando llegó su turno entraron muy decididos. Al preguntarle cuál era el motivo de su consulta me llevé una gran sorpresa. La primera que habló fue ella y me dijo: “Doctor, queremos que nos ayude, hemos tomado una decisión. Queremos morir los dos el mismo día, a la misma hora y en el mismo lugar, pero no queremos que nuestra familia sufra”.

Al escuchar todo esto, y sin salir de mi asombro, les pregunté el porqué de tal decisión. Entonces ella empezó a contarme su historia:

“Soy de Villa Paraíso, un pueblo muy alejado de esta ciudad, hija de una enfermera que trabaja en el hospital y mi padre, un visitador médico. Ellos se conocieron allí y se enamoraron. Él es de San Martín, otro pueblo al sur del departamento. Tuvieron una relación por cinco años. Yo lo veía cuando por cuestiones de trabajo le tocaba ir a Villa Paraíso. Eso sí, nunca dejó de cumplir con sus obligaciones de padre, a pesar que no fui registrada con su apellido”.

“Un día mi mamá fue atropellada por un vehículo y quedó en silla de ruedas, lo que le impedía trabajar. Al ver la situación, una tía, hermana de mi mamá, me trajo para esta ciudad, para que terminara mis estudios y me labrara un mejor futuro. Aquí terminé mi bachillerato y entré a estudiar de noche en la universidad y a trabajar en un almacén. Con el sueldo que allí ganaba cubría mis necesidades personales y ayudaba con algo a mi mamá.

“En la universidad conocí a Juan, y empezamos a salir como amigos, al cabo de unos meses nos hicimos novios...”.

En ese momento, el joven le dice al doctor: “Mi historia es parecida a la de Lucía. Yo también soy de un pueblo llamado La Estrella, en el centro del departamento. Soy hijo de la secretaria de un médico y un comerciante de ganado que vive en otra ciudad, que de vez en cuando llegaba al pueblo a visitarme. Cuando terminé mi bachillerato, mi mamá me mandó a esta ciudad donde unos parientes, para que pudiera estudiar mi carrera de Contaduría nocturna; por el día le ayudaba a mis parientes en una litografía que aún tienen. Desde que conocí a Lucía supe que era la mujer de mi vida, y no la cambio por nada. Teníamos pensado ir de vacaciones a Villa Paraíso para conocer a la señora Virginia, la madre de Lucía, para pedir su mano formalmente y que ella supiera que a su hija yo la respeto y la quiero mucho. En las vacaciones de fin de año pensábamos ir a La Estrella para que mi mamá la conociera.

“Pero doctor —dice Lucía— en todo este tiempo, no volví a ver a mi papá. Hablábamos ocasionalmente por teléfono y hace una semana llegó, me llamó, y dijo que quería verme. Nos pusimos una cita y fui con Juan para aprovechar el momento y



presentárselo, pero aquí viene el problema. Cuando mi papá y Juan se vieron, entraron en *shock*. No entendía nada, miré a Juan y vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas y fue cuando mi papá dijo que esta relación no era posible porque éramos hermanos. Le dije que no podía ser porque el papá de Juan era comerciante de ganado. Mi papá nos explicó que hace mucho tiempo se había retirado de la visita médica y se puso a trabajar en la compra y venta de ganado. Dijo que a nuestras madres las había conocido cuando era visitador médico, pero que nunca nos había faltado nada. Dijo que su visita a la ciudad era para hablar de la existencia de ambos, pero por lo que veía era demasiado tarde. “No imaginé que en una ciudad tan grande pudieran coincidir, me siento irresponsable”, dijo. Por todo eso doctor, en vista de este gran dolor y que no soportamos vivir separados, hemos tomado esta decisión, pero no queremos que nuestra familia sufra, ni se sienta culpable. Por favor, aconséjenos”.

Entonces, les dije:

“Lo primero que deben hacer es calmarse y pensar bien las cosas. Les voy a sugerir un sitio para que dialoguen y resuelvan el problema entre los dos. A cinco kilómetros de aquí está el Alto de San Antonio. Les sugiero que lo visiten y aprecien el hermoso paisaje que desde ahí pueden ver. Es un panorama bello. La naturaleza es maravillosa como para pensar en la muerte. Tal vez allí cambien de parecer y se den cuenta lo bella que es la vida a pesar de todos los inconvenientes que nos trae”.

Juan le da las gracias al doctor, y se marchan más tranquilos.

Tres días después, la prensa publicó las fotos de una pareja que paseaba por el alto de San Antonio y fueron sorprendidos por una tormenta. Los dos estaban abrazados y en sus rostros podría pensarse que se insinuaba una sonrisa.



# QUE PASE PRONTO

Orlando Cadrazco Salcedo



Tantas veces en noches de plenilunio con lágrimas en los ojos te pedí que no te fueras: no te quería perder. Tu costumbre gitana me decía que eras un andariego, un nómada sin rumbo fijo. La señora Concepción Manotas, la última vez que me leyó las cartas, la ceniza del tabaco y el pocillo del café me lo anunció sin rodeos.

Estaba condenada como muchas mujeres de mi familia a envejecer sola. El día de tu partida nadie sospechó que te irías. Te levantaste como de costumbre, le diste de comer a los pájaros en el patio y acariciaste a Pablo, el gato jugueteón de la casa. Era un día encapotado con un tibio sol en la mañana y un sopor de humedad en el ambiente. Después del medio día, los habitantes del pueblo, como de costumbre, dormían plácidos la siesta. El sol arreció con sus rayos perpendiculares y salí a buscarte con la taza de café en la mano. Mecí tu hamaca y al sentirla vacía el cuerpo se me heló. Un mal presentimiento me recorrió.

Evoqué el momento de la tarde cuando con tu cuadrilla de gitanos desembarcaste con bártulos y sucias pertenencias al pueblo apacible, amodorrado y colonial donde había nacido y

aprendido de los míos las cosas de la vida. Nos enamoramos casi que a primera vista y creí tocar el cielo con las manos. Me llevaste al paraíso. Contigo aprendí a ser mujer feliz y realizada, hasta la tarde que debajo de una carpa, hablando con tu abuela me dictó la sentencia que hoy parecía cumplirse: “no te enamores de un gitano, nosotros no tenemos tierra ni sabemos lo que es el amor”.

Nunca lo creí, menos el día que toda tu gente se marchó y decidiste quedarte a echar raíces conmigo, contándome historias de piratas y barcos perdidos en las noches claras, mientras contemplábamos las estrellas desde la pequeña colina que da al atracadero de barcos. Soñabas con tener un velero y echarnos a andar por los siete mares buscando el destino al otro lado del mundo. Nunca pensaste en el futuro, jamás lo manifestaste. Un día apareció una lechuza en el techo de la casa con su canto lúgubre, te ensimismaste y me dijiste que los tuyos te necesitaban en algún lugar del mundo. “No te preocupes, irás conmigo”, me dijiste mientras veíamos llover desde los vidrios de la ventana. El pueblo se inundó, ese día hubo mar de levas y los pocos barcos anclados en el puerto partieron vacíos sin esperar sus cargas. El susto nos anegó el alma y los presagios me embargaron. Tu abuela me había contado muchas historias huyendo despavoridos de las torrenciales lluvias del trópico. Ese día tuve la certeza de que te irías, y al consultar a la pitonisa lo confirmé. También supe que yo no estaba en tus planes, que no habías hecho conmigo el pacto de sangre porque no era de tu raza.

La taza de café se me cayó de las manos, mi madre que a esa hora dormía, dio un alarido y dijo: “se marchó, busca cuanto antes una cinta amarilla y colócala detrás de la puerta para que regrese pronto, es una vieja costumbre celta que hace regresar a los ausentes”. No coloqué una si no cientos de cintas amarillas, llené la casa con la ilusión de tu regreso. Las cosas que dejaste no permití que se tocaran, todo quedó intacto hasta que el paso del tiempo las fue deteriorando. De tarde en tarde, me asomaba al muelle con una foto tuya en las manos, la que le mostraba a los marineros con la remota esperanza de que alguien me diera razones tuyas, pero todo fue en vano: los trotamundos, culebreros y vendedores de especias que llegaban de cuando en

cuando al pueblo nunca trajeron una razón tuya. Te perdiste en la bruma del tiempo.

Un día me dijiste que eras como el guerrillero sentimental que le gustaba el olor a pólvora y a tierra mojada. A ti te gustaba el olor a la carpa gitana y a la tierra desértica de tus ancestros. Te fuiste sin decir nada, no te despediste y eso resintió a mucha gente que te conocía, pero a ti todo te daba igual. El chofer del bus en el que partiste nunca supo dónde te bajaste, los pocos pasajeros que viajaron contigo solo atinaron a decir que te subiste pero todos, como yo, te perdimos el rastro. No sé qué será de ti, si volviste a comer los dulces que te gustaban o si acaso volviste a escuchar los tangos de Gardel y Piazzola, tu música favorita.

El pueblo perdió su esplendor, muchos se fueron, como tú, a buscar otros rumbos, regresan de cuando en cuando sin haberte visto, otros murieron y son recuerdos del pasado. Los barcos cambiaron de rumbo, el muelle murió de tedio y soledad. Concepción, la última vez que me leyó las cartas y el tabaco, me dijo que eras un caso perdido. Luego falleció. Mi madre, en su lecho de moribunda, me pidió que el día de su entierro tomara un puñado de arena y cuando el féretro bajara al sepulcro la tirara con la mano izquierda y, luego, gritara tu nombre para ver si oías donde estuvieras ese grito lastimero y decidieras regresar. Lo hice al pie de la letra y no regresaste ni escuchaste mi lamento. Te esperé como Penélope a Ulises, envejecí esperando un mensaje tuyo, vi caer muchas tardes y aparecer muchas lunas llenas. Pablo, el gato juguetero, envejeció y murió una mañana de febrero mientras a la distancia sonaba una tambora de carnaval.

Las ilusiones y esperanzas de mi vida se fueron diluyendo como agua tomada en las manos. El mar siguió golpeando fuertemente contra los acantilados, los niños que tomados de la mano iban en las tardes de domingo a comer helado al parque, crecieron, envejecieron o se fueron. Los matarratones y samanes que rodeaban la iglesia se desbarrancaron una noche huracanada. Supe que no regresarías más. La tarde que Cristóbal Jerez llegó a mi casa con su indumentaria y arreos de santero, y en su lengua bantú me dijo poniéndome la mano en la cabeza: “ecue yambao, no regresará, los gitanos no tienen Dios, ni ley, ni tierra”.



# EL CUARTO DE MI INFANCIA

Rafael Reyes Gómez



Era pequeño con cornisas inclinadas. La casa en Villa de la Paz era alta. Fue donde dormí entre mi infancia y adolescencia.

Primero estuvo decorado con animales hechos de madera del bosque de los sueños y un león de peluche fabricado por mi mamá. Gradualmente volví ese cuarto mío; el contenido cambiante reflejaba mi identidad, mis intereses y mis aspiraciones mientras evolucionaban a lo largo de mi niñez.

Algunos de los personajes importantes de mi cuarto incluían figuras de acción que había comprado en una miscelánea (a cien pesos cada una) y un carro de Batman, por el cual supliqué a unos amigos de mis papás. A los nueve años me dieron la responsabilidad de escoger una alfombra nueva. Escogí una de nailon rojo de rayas negras y blancas, de la cual estuve muy orgulloso en el momento, pero que fue motivo de vergüenza cuando era adolescente.

Cuando tenía diez años estaba obsesionado con un programa musical de la época y usaba las hojas de revista *Americanhits* para decorar mi alcoba. Inicialmente le dediqué una pared a Madonna y otra a Michael Jackson. Estas fueron sustituidas por

afiches del Ejército, después por imágenes de fútbol y chicas de calendario. Mi cuarto era mi reino personal.

Hoy, encerrado entre estas cuatro paredes, pienso en mi cuarto de infancia, sobre lo significativo que había sido durante mi niñez y cómo reflejaba lo que yo era, lo afortunado que había sido por haber tenido mi propio reino para dormir y crecer.



# HISTORIA DE UN CAMPESINO

Algemiro Ruiz Baldovino



Durante la creciente de 1970 que sufrió el país, en el municipio de Sucre (Sucre) vivía un hombre con su esposa Sara y cuatro hijos.

La creciente iba acabando con los cultivos de pancoger, los días se veían nublados, acompañados del ruido de los mosquitos que muchas veces los desvelaba. Este hombre día a día meditaba sobre esta creciente y pedía a Dios que le mostrara un nuevo horizonte, una nueva tierra productiva donde él pudiera estar con los suyos en una mejor situación. Un día en tertulia con su compadre, este le dijo que había tierra nueva para el cultivo, la cual no estaba muy poblada y era tierra fértil. Sin pensarlo dos veces se alistó con su compañera y sus hijos y partió con mucha fe y grandes expectativas a esta nueva tierra.

Y fue cuando llegó al corregimiento de Tiquisio Nuevo, hoy convertido en un pequeño municipio del sur de Bolívar. Este humilde trabajador empezó de inmediato a darse a conocer con todas las personas de esta población y al mismo tiempo comenzó a cultivar dicha tierra.

Este hombre campesino en el aprovechamiento de la tierra y en su veeduría diaria empezó a explorar nuevas siembras. Hizo un buen cultivo de arroz que le cambió la vida y a su familia, gracias a una producción abundante que lo motivó a realizar otros negocios productivos: leche, suero y productos de la ganadería.

Al mismo tiempo y gracias a estas regalías, sus hijos fueron creciendo acompañados de una buena educación y formación en colegios privados lo cual los motivó a querer quedarse en este pueblo ya que eran muy conocidos y queridos por todos. Allí eran conocidos como los Ruzes, ya que sus apellidos eran de familia Ruiz.

Al pasar de los años lograron comprar una finca en el corregimiento de Hamaca, vecino de esta población y cerca de la cabecera municipal de Tiquisio. Vivió 20 años en esta tierra de paz, hasta que llegó un grupo al margen de la ley, los guerrilleros conocidos como ELN (Ejército de Liberación Nacional) que se llevaron a uno de sus hijos. Pero luego, gracias a Dios, fue dejado en libertad en un corregimiento llamado Puerto Coca, cercano a esta población.

Por este motivo, decidieron comprar casa en el municipio de Magangué, Bolívar, donde iniciaron una nueva vida, recibiendo allí grandes bendiciones. Los hijos de este hombre luchador formaron nuevos hogares.

Alfonso es el nombre de este hombre luchador que se adaptó al cambio que le obligó la vida y, a pesar de las dificultades, superadas hoy, vive en tranquilidad y felicidad al lado de su esposa Sara, de sus hijos y nietos.

# CARTAS DE AMOR Y LIBERTAD

Albert Isaac Galileo (seudónimo)



## I

Querido papá:

Te extraño mucho, desde lo más profundo de mi corazón, los días sin ti no tienen sentido. Te esperaba en las noches cuando venías del trabajo y nos traías las frutas. Sé que pronto estarás con nosotros, pues Dios permitirá que todo se aclare y la justicia fallará a tu favor. No te desesperes, sé persistente.

Mi hermanito menor me pregunta diariamente dónde estás y le hemos dicho que el Altísimo te ha llevado a una misión, en donde vas a fortalecerte como persona, acrecentando tus valores, para ser un mejor padre, esposo y ciudadano.

En estos momentos de dificultades, quiero que sepas que siempre serás mi máximo orgullo, el ejemplo a seguir. Todo lo que nos has enseñado lo pondré en práctica. Añoro entre otros, los paseos, los partidos de baloncesto y el juego de bingo que compartíamos.

A mamita le ayudo y aunque ante nosotros se muestre fuerte, en más de una ocasión le he sorprendido llorando y ella argumenta que ha tenido que “pelar cebollas”.

Te amo con todas las fuerzas de mi ser,

DULCE MARÍA

## 2

Inocencio:

El hielo de mi sangre se derrite ante tu ausencia desde tu partida, ya nada en nuestro hogar es igual. Cómo habría de serlo, si eres el motor de nuestra familia, la fuerza que nos impulsa a seguir, el camino que nos fortalece y nos hace ser mejores personas.

Por supuesto que por tus principios estoy convencido de que eres ajeno a todo eso que te acusan. Me parece injusto que nosotros enseñándoles a nuestros hijos valores como la honestidad, el respeto y el amor al prójimo, tengas una investigación jurídica pendiente.

Creo en la justicia divina y será ella la que ponga las cosas en su lugar, posibilitando que nuestra familia siga unida y próspera.

Intento suplir tu ausencia con la ejecución de los oficios domésticos y meditando en todos los momentos agradables que hemos vivido. En mis pensamientos los recuerdos se confunden en el tiempo hasta el punto que soñé que la cena de bienvenida a Ángel de Jesús, en su nacimiento, era la misma cena navideña que mis padres te brindaron cuando aceptaron nuestro noviazgo.

En cuanto a los niños, están asistiendo normalmente a clases. Dulce María me ayuda con su hermanita, quien no se cansa de reclamar por la supuesta misión que Dios te encomendó, presiento que ellos no se comen el cuento de que estaba “pelando cebolla” cuando me han sorprendido llorando.

Tu amor por siempre,

AMOROSA DE ARCO

## 3

Amada amorosa:

La soledad de este encierro se disipa con tu carta y la de la niña. Conoces bien mi ética y mi proceder, así que no necesito

decirte el error jurídico que se está cometiendo. Hice las diligencias respectivas con mi abogado defensor y al igual que tú estoy convencido de que el Todopoderoso me ayudará.

En este lugar la convivencia no es fácil; sin embargo, como es de tu conocimiento mis niveles de tolerancia son bastante altos. Los primeros días fueron difíciles y me hallaba desubicado y desadaptado, pero me he sorprendido con mis niveles de tolerancia. He sabido sortear con éxito dificultades que se me han presentado e incluso con la posibilidad de persuadir a compañeros internos que entran en conflicto.

En un principio no estuve de acuerdo con la “mentira” que le dijeron a Ángel de Jesús. Después reflexioné y entendí que no era una “mentira”, pues Dios me trajo a este lugar a cumplir la misión de valorar la libertad, la familia y la comprensión hacia personas en estado de vulnerabilidad que nunca imaginé compartiría momentos de vida con ellas.

Al igual que tú, llegan a mi memoria recuerdos del pasado y del futuro. Sí, del futuro porque visiono a nuestros hijos como ciudadanos de bien profesionales reconocidos y hogares bien establecidos. Llegaremos juntos a viejitos y felices, además.

Tu amor eterno,

INOCENCIO

#### 4

Amado papito:

¡Me dijeron que pronto regresas a casa!

Nuestros corazones no caben de dicha. Te confieso que fui a la iglesia a reclamarle a Dios por la misión que te había encomendado: le manifesté que tú no necesitas tales excursiones, pues eres un modelo de padre y un buen ciudadano, además en casa te estábamos necesitando.

Creo que me dijo que en poco estarías conmigo y me alegró saber que fue rápido. Para la próxima me llevas contigo.

Te adelanto un secreto: ya tenemos listo el pesebre navideño como siempre te ha gustado, pues fue hecho por nosotros de manera artesanal. No me vayas a delatar con mi mamá y mi hermana y cuando lo veas, por favor, has un acto de sorpresa.

Queriendo al mejor papá del mundo,

ÁNGEL DE JESÚS.

# AÑORANZAS

Gustavo Luis Castro Simancas



En una mañana de invierno me levanté lleno de alegría, y no encontraba el motivo. Me imaginé que podría ser por la lluvia, pero me puse a pensar y recordé un sueño que había tenido la noche anterior y en él estaban muchos de mis amigos de infancia. Entonces, no lo pensé más, alisté el maletín con dos mudas de ropa, agarré una sombrilla y salí rumbo a la terminal de transporte. Tomé un bus y me fui a mi pueblo, tierra linda, Corozal. La ciudad de las cuarenta y cinco mil sonrisas y mujeres bellas. Era para ver a mis compañeros con los que solía estudiar.

Comencé a sentir el olor a mi tierra, al bollo cafongo, ese que mi abuela hacía dos veces por semana, un bollo delgado, seco, y con un picantico muy rico. En esos momentos me acordé de Jorge Navarro, de Eduardo Mileth, –los que más reglas llevaron del profesor Pérez–. Al recordarlo se me eriza la piel, pobre de aquel alumno que no fuera el domingo a misa, porque el lunes a primera hora estaba desfilando por la rectoría donde él lo esperaba con la regla en la mano. Y no era cualquier regla, pues medía como un metro.

También recordé a David Tirado aquel estudiante bueno, me han dicho que es abogado y que anda por el mundo entero. Cuando éramos peñaos le decíamos el Político, porque no había reunión evangélica o de líderes cívicos y marchas estudiantiles en las que no participara. También recuerdo el idilio de Pablo Castro y Juanita.

En la tienda de Atilio era el punto de la cita. Se sentaban sobre unas piedras que estaban bajo de un palo de matarratón, aprovechando su sombra. Se daban unos abrazos que parecían pan de cachito. Todo el que pasaba, le gritaba: “Pablo parece un burro captivo, no más se te ve una oreja”.

Y recuerdo los amores que tuve con María. Yo mandaba las razones con Francisco, y la Negra me las retornaba. Esos fueron mis primeros amores, amores escondidos, porque su mamá no gustaba de mí y como la casa quedaba en una esquina y el patio era grande que daba con la otra calle, aprovechaba por la noche, y cuando ella salía al patio, yo me metía por un portillo. Detrás de unas matas de plátano me le robaba los besos y me transportaba al infinito con solo sentir sus labios.

Y al gran César Chamorro a quien le decíamos el Chicho. Íbamos a bañarnos a la poza del Chorro. Hacíamos muchas maromas, hasta el día que el Chicho se cortó con un vidrio. No regresamos más por la muenda que nos dieron.

Recuerdo a Samuel Arrieta, Carlos Pérez, a quien le decíamos el Gato, y a Lambraño, el Cabeza de Puerco, cuando hacíamos esas fiestas en casa de Petarro. Eso era una parranda corrida toda la noche con sancocho de gallina robada donde Abelina, hasta que el doctor Solano abría el consultorio y Jaime con su acordeón nos ponía a bailar tocando *El amor amor*, y *El lucero espiritual*. Él era un virtuoso del Acordeón.

Por estar concentrado en el pasado no me di cuenta que ya habíamos llegado. Sentí que me tocaban el hombro, abrí los ojos y era el ayudante del bus que me decía: “Amigo, usted compró pasajes hasta Corozal, y ya hace un buen rato que llegamos, vamos ya de salida, para Sincelejo”. Me bajé del bus y me puse a contemplar la vieja torre de la iglesia, cuántos recuerdos pasaron por mi mente en esos momentos y me dieron ganas de llorar: en



esa iglesia me bautizaron. En el centro del parque permanece aquel viejo kiosco con tejas partidas de color ladrillo y aún está aquel “chancero” ya bastante entrado en años y con su caminar lento y encorvado. Frente al parque, lo que antes era el colegio La Anexa, hoy está convertido en un granero de unos paíisas. Frente al Palacio Municipal había una romería de personas y pensé que eran los empleados públicos en paro, pero me dijeron que estaban esperando a los políticos para pedirles puestos porque aquí el que no tiene cargo político, le toca vender en casino. Miré a lo lejos esa calle que del parque sale hacia Betulia, vi esas casas viejas y con esa pintura amarillenta que parece que no las hubieran pintado en años, con sus techos de zinc oxidados.

Mi pecho estaba que explotaba de tanta emoción. Esas son las añoranzas de mi pueblo.



# ¿Y AHORA QUÉ?

Alejandro Molina (seudónimo)



Yo trabajaba en una empresa de transporte de mercancía en los puertos de Cartagena. Alardeaba de mi seriedad y mis jefes me tenían confianza, hasta que por cosas de manejo me vi directamente involucrado en un tema de narcotráfico. Sí, narcotráfico, unos de los delitos más comunes en Colombia que me llevó no solo a quedarme sin trabajo, sino que también acabó con mi gran alegría, que era tener una buena reputación ante mis padres, hijos, familiares y amigos.

¿Y ahora qué? Esa pregunta me la hice por primera vez en la celda de la URI a la que me llevaron y en donde no entendía lo que estaba pasando, ya que como lo plasmé anteriormente, estaba totalmente seguro de la persona que era. Mi cabeza no asimilaba un delito como el que me estaban imputando, no sabía qué actitud tomar, el desespero no era por mí, sino por mis familiares que desde la reja de este edificio me esperaban con angustia y se asomaban cada dos segundos con la esperanza de verme y saber que estaba bien.

¡Pero cómo estar bien! A mis treinta y dos años nunca pisé un CAI, nunca tuve nada que ver con un policía ni siquiera de tránsito. Mis amigos con voz de aliento y para alegrarme me mandaban a decir: ¡que esté tranquilo, qué narcotraficante ni qué nada, si ese machucho nunca gastó nada!

En las audiencias, el abogado me decía: “tranquilo no te preocupes esto pronto pasará”. Y yo en mi cabeza decía: ¿y ahora qué? Por razones de leyes que uno siempre desconoce hasta que le pasan, el juez concluye que soy un peligro para la sociedad y que me trasladaría a un centro de detención; es decir, no solo para ellos era narcotraficante sino adicionalmente, un peligro para la sociedad y entonces pregunté: ¿dónde quedó esa persona de bien que me caracterizaba?

¿Y ahora qué?

Llegó otra vez a mi mente esa pregunta cuando me vi en una celda, en un centro de reclusión en donde todos me decían: “tranquilo, paciencia y confianza en Dios”. Mis oídos escuchaban por inercia, mi mente no dejaba de pensar en el desespero de mis familiares, de mi gente amada y de ver cómo en cuestión de días cambió toda mi vida.

Esta nueva etapa que estaba viviendo recluido, el estrés por pensar logró lo que los gimnasios en años no lograron: en menos de dos meses bajé diez kilos. Primera cosa positiva en toda esta tempestad. Esto me motivó a buscar más cosas positivas, debido a la situación en la que me encontraba. Por ejemplo, empecé a aprovechar el tiempo y me inscribí en todos los programas educativos con el fin de aprender más a diario. A pesar de todo lo bueno que creía ser y que me caracterizaba, me di cuenta que no era así: no le dedicaba tiempo a mis padres; ahora, por esta situación, los llamo todos los días, ayudo a mis hijos con las tareas (sí, aunque parezca increíble, por teléfono se puede), aprendí los nombres de los compañeros de colegio de ellos. También aprendí a aceptar las formas de hacer las cosas de las demás personas, de las que pensaba que si no las hacían a mi manera no estaban bien hechas.

¿Y ahora qué?

Pues solo me queda cambiar de actitud frente a las cosas, pedirle a Dios que se aclare esta situación pronto y, mientras tanto, seguir aprendiendo día a día. La conclusión de esta situación es que sigo siendo la persona que describí al inicio, esté donde esté y que así como el número doce no es doce si no está el diez, todas estas lecciones de vida harán parte imborrable de la construcción de mi nuevo futuro que, estoy seguro, será de éxito.

# EL FINAL DEL OCASO

Luis Carlos Rodríguez Ramírez



Eran las 5 de la tarde y ya se veían venir las llaves. Esas que cada mañana y tarde nos ponen alerta y nos indican que ya viene la encerrada. Con su sonidito de trin-trin.

Me encuentro caminando, dando las últimas vueltas de un día de rutina carcelaria.

Subo las escaleras y llego a la celda donde ya estaban mis otros cuatro compañeros. Parecen metidos en una caja de fósforos. Llegan las llaves nuevamente con su sonido petulante trin-trin, cumplen con su trabajo. Dentro de la celda, miro para todos lados y solo veo la pared, y los barrotes de la ventana.

Como a las siete, tiramos nuestros lechos y solo queda mirar por la ventana, el cielo y las pocas estrellas que se ven.

Cierro los ojos y le doy gracias a Dios por todas las cosas que pasan y que nos ayude a salir pronto. Así espero que se cumpla el final del ocaso.



# TAJADA

Óscar Humberto Galvis Gonzales



Esta es la historia de un amigo apodado Tajada, un gordito cabecepelado más alborotado que una abeja africana, embajador de la garrucha, territorio de extensos cafetales, y montañero de pura cepa de corazón pujante. Estas son tierras habitadas por montañeros que usando su peinilla al cinto y su camisa con un nudo en la parte del ombligo, recorren las laderas de estos cafetales. Hombres alegres y de un humor nato.

En Manizales se reúnen en tiempos de cosecha recolectores de todas partes, de las fincas pasan a recogerlos para llevarlos a los cuarteles y de allí a los surcos de café. El transporte en estas veredas se hace en jeeps que cargan bultos de café y plátano. Van llenos también de pasajeros. Chupan aguardiente como buenos paisas y en las cantinas forman disputas de viejos rencores. En la vereda La ira, ocurren toda clase de peleas a peinilla y a cuchillo.

Una mañana se formó la machetera. Después de algunos minutos un amigo de Tajada apodado “Gancho” cayó al suelo con un machetazo en la clavícula, la sangre brotaba por montones llenando de angustia a sus amigos. La pelea se intensifica, eran los de la Garrucha con otra vereda. Hay un dicho muy popular

de ellos: “el que quiere cosa se le da cosa”. Botellas van y vienen y empiezan a salir heridos de todas partes. Después de un rato comienza la calma, cabezas partidas y toda clase de heridas.

Ahí va Tajada por el sendero lleno de historias amorosas, amigo de nobles ideales, paísa de raza, amoroso y sencillo, fiel a sus principios, orgullo de su gente. Gloria, su amada, y Alejo, su retoño, son su orgullo de lucha cotidiana.

Una tarde Tajada esperaba turno para llevar a unos pasajeros a la vereda La Rochela, ese día estaba lloviendo bastante, en ese sitio hay muchas pendientes y bastantes abismos. Tajada arrancó con el cupo lleno. Iba mucha gente tomada, entre ellos, Tajada. Todo el mundo estaba haciendo algarabía cuando de pronto en una pendiente el carro pierde fuerza y se devuelve en reversa, los que venían colgados comienzan a tirarse del carro. Rueda por el abismo con Tajada adentro y otros pasajeros. Después de rodar algunos metros el carro queda llantas para arriba, hay varios heridos, entre ellos Tajada, se ha partido una pierna y tiene una herida en la cabeza. Los otros pasajeros están bien, los que lograron saltar bajan en su ayuda y comienzan a auxiliarlos. Tajada y los otros son llevados al centro de salud, gracias a Dios no hay pérdidas humanas, se murieron algunos cochinos que venían amarrados, la remesa que traían quedó esparcida.

Tiempo después Tajada se ha recuperado, aprendió la lección: no volver a manejar tomado. Fue una tarde gris.

Dadivoso con su gente, noble de corazón, sencilla mirada, hombre honesto y luchador, buen hijo y buen hermano. Tajada rumbo al horizonte buscando lo sublime.



# CUNDINAMARCA



Cárcel de Policía  
de Facatativá

Sebastián Gónima  
Director de taller



# LA MALDICIÓN DE LA ISLA OLVIDADA

Salomón Rodríguez (seudónimo)



En la mente de Kala está la imagen de lo ocurrido días atrás. A sotavento, una barcaza desvencijada y a punto de hacer agua, con lúgubres y raídas velas se va despidiendo del fondeadero, en medio de un atardecer lacónico y fúnebre. Recuerda Kala ver la cetrina figura del joven que hasta un día antes era el pomposo fútil y vano señor feudal, ahora caído en desgracia y a la espera de la decisión del rey de enviarlo a otras tierras como un vil siervo, forma eufemística de llamar a los hombres sin recursos, a los venidos a menos a fuerza del destino y a los parias, para evitar llamarlos por su verdadero nombre: esclavos.

Vuelto en sí, el jefe de la guardia de la pequeña isla dispone a sus hombres para recibir con honores al nuevo señor feudal. Se acomoda para atracar en el muelle una barcaza bruñida y de velas blancas e impolutas que transporta a tan esperado personaje, un hombre maduro con experiencias reflejadas en su curtido y adusto rostro, de cabello entrecano que ha heredado por disposición del monarca la regencia de aquella roca solitaria. El cargo ha dejado una larga y lúgubre saga de nobles desventurados

por la maldición imperante sobre quienes debían orientar los destinos de aquella roca que sobresale en el mar.

De otra parte, junto con un pequeño séquito de cortesanos, se podía observar un personaje de ojos sombríos y pérfidos, cubierto por una máscara de mansedumbre, palabras, gestos y modos gentiles y lisonjeros. Azazel está entrando en la madurez, es brillante, astuto y hábil en el manejo de la isla. De hecho todos saben que es él quien en verdad ha gobernado por muchos lustros, que habiendo sido en sus años mozos un personaje honesto y de límpido corazón, engañado por promesas de un antiguo rey creyó que podía llegar a gobernar la isla sin ostentar el demandado título nobiliario para tal fin, pero que los eventos y mentiras le arrebataron este sueño y lo tornaron en el oscuro protagonista que estaba ahora allí, a la espera de su próximo lacayo, en el puerto.

Su corazón odiaba a los nobles, perseguía a los guerreros de la guardia valiéndose de espíritus inmundos que los espantaban permanentemente; atormentaba a los siervos que eran sometidos al oprobio llevando una vida mancillada, destruía sus chozas, atacaba a sus familias, envenenaba sus aguas, quemaba las cosechas, les negaba alimentos que llegaban esporádicamente en remesas desde el continente, se adueñaba de sus animales y bienes, pero para evitar hacerse evidente en su maldad siempre se valía de sus cortesanos que como perros de presa se envilecían y retozaban en su sórdida labor de destrucción y perversidad.

Claro. En muy escasas ocasiones, provenientes de la silente distancia, allende el mar, los gritos de desespero, lamento y angustia se oían en la corte y el rey enviaba embajadores que percibían superficialmente el problema, ya que no tenían contacto con los siervos o los guardianes, pues eran rodeados permanentemente por los cortesanos que les mostraban lo que Azazel quería que se viera. Y si era necesario sacrificaba la cabeza de un guardia o un siervo para acallar el afán de “justicia” e inquietud de la corona.

Una vez posicionado, el nuevo señor feudal, mientras recorría la isla que con su presencia empezaba a reverdecer como si la primavera hubiese llegado a esas frías tierras, cavilaba en la maldición que rondaba a quien rigiera los destinos de esas

tierras de la corona, aunque pensaba que con él sería distinto. Las nubes se apartaban para dar paso a los rayos del sol que hasta entonces se habían tornado en recuerdos para los habitantes de aquel lugar. La guardia se mostraba diligente, los siervos veían una esperanza para librarse de la perversidad de los cortesanos y su malvado líder. Había de nuevo una ilusión en sus corazones que cargaban con el peso de deudas que debían pagar, en muchos casos impuestas en condiciones de extrema injusticia.

Pero esto era solo eso, una ilusión. Tal y como lo había hecho durante muchos años, Azazel había desplegado de nuevo su estrategia para someter a sus designios al nuevo señor para lo que le suministraba infusiones diarias de Tártaro, una hierba que crecía entre las ruinas de una vieja casa de madera que quedaba al sur de la isla, en el lado más húmedo y sombrío donde la leyenda ubicaba encuentros nocturnos de brujas para realizar sus aquelarres. El Tártaro producía la pérdida de la voluntad del que consumía la bebida haciéndola prisionero de quien proporcionara el brebaje.

Ángel, un anciano siervo encargado de servir la mesa del amo aprovechaba para advertir, en los escasos momentos en que los cortesanos se alejaban del señor, y con abiertas muestras de temor por lo que pudiera pasar en su contra y la de los otros siervos por sus revelaciones, sobre las perversidades que Azazel y sus lacayos cometían, pero tal como a Casandra en Troya, aquella bella sacerdotisa que profetizaba pero a la que nadie creía como castigo impuesto por el dios Apolo al haberlo rechazado, nunca fue escuchado por el noble que con esto selló su destino fatal.

La hierba actuaba sobre mentes débiles e inexpertas, pero en el caso del señor feudal las cosas no salían como Azazel esperaba, pues aunque su víctima empezaba a verse aletargada no cedía por completo a sus deseos, lo cual hizo explotar un incontenible resentimiento destructor sobre todos los habitantes de la isla. El cortesano mayor se hizo más tenaz agitando las lúgubres vidas de los guardianes a quienes espantos indecibles atormentaban en las horas de custodia en las atalayas y les ahuyentaban el sueño reparador en sus escasos descansos. Con los atormentados siervos no había tregua: les aumentó el sufrimiento, allanaba sus vetustas chozas, ordenaba torturar de mil maneras a quien

por desgracia se atravesaba a su paso. El diablo andaba libre y turbador por las tierras del señor feudal sin que este lo percibiera claramente.

Azazel tramó un plan contra el veterano noble: destruiría su imagen ante el rey. Valiéndose de otros oscuros cortesanos próximos al soberano empezó a enviar mensajes sobre supuestos actos que iban contra la corona, traición, conspiraciones, contubernios, que solo como "rumores" fueron escuchados por el soberano. La verdad, todos estos hechos corruptos denunciados eran ciertos pero tenían su origen, maquinación y obra en Azazel y sus esbirros, que los evidenciaban a su acomodo ya que las empresas evidenciadas eran prescindibles pues no ofrecían más réditos a sus hacedores.

El monarca sintiéndose traicionado, cometiendo el error de muchos ostentadores de poder, actuando impulsivamente, sin preocuparse por confirmar una sola de las noticias, decidió castigar al "traidor" y expulsarlo de la nobleza tornándolo como a los anteriores señores feudales en un desventurado siervo. Una tarde, a pocos meses de su esperanzador arribo, a sotavento, en una barcaza desvencijada y a punto de hacer agua, con lúgubres y raídas velas, se despedía del fondeadero el señor feudal víctima de la maldición de Azazel. En medio de un ocaso lacónico y fúnebre el noble caído, atormentado por convertirse en un esclavo, se despide de aquella roca solitaria que se encuentra en medio de las frías aguas del místico océano, tratando de entender cómo ese cortesano pudo derrocar a tantos nobles y seguir incólume e inmerso en lo pútrido de su ser.

Mientras tanto, en espera del nuevo señor feudal, Azazel contempla con incompleta complacencia, en adoración al señor de la oscuridad, su poder, pero en el fondo de sus pensamientos su ser y su corazón le demandan el terrible fin que le fuera reservado desde el principio de la creación: El parálito ha de llegar y le devolverá en justicia y con creces uno a uno el pago por todos y cada uno de los mezquinos actos que contra los siervos desprotegidos e indefensos ha cometido y por todos los momentos que valiéndose del poder de la tenebrosidad actuó en contra de quienes le rodeaban.

# UN TINTO POR FAVOR

El Lastre (seudónimo)



En un lugar demasiado reducido ya aparte del encierro vivido en esa prisión, tomarse un tinto era toda una odisea. Lo primero era conseguir tapitas plásticas de gaseosa, por lo menos unas cinco tapitas, también había que conseguir plástico, el cual lo recogíamos cuando podíamos conseguir las envolturas de los six pack de gaseosas 3.5 litros (esas que tiramos a la basura o a la calle con cierto desagrado por no ser fáciles de quitar) lo picábamos para tenerlo listo; se requería también conseguir una botella plástica go pack de gaseosa pequeña, con tapa a la cual se le hacía un orificio en el centro... eso porque es claro que no permiten elementos metálicos, sería esta botella la “olleta”. Entonces con la olleta y montada la “estufa” lo que teníamos que hacer con mi compañero era encargarnos de calentar el agua para lo cual a esta botella se le amarraba una cuerda en la boquilla, se colocaba la tapa con el orificio y con el extremo de la cuerda se amarraba a un palo de escoba izando la botella como una caña de pescar por encima de la llama de las tapitas y el plástico. Yo me encargaba de mantener encendida la “estufa” arrojando el plástico picado. Una mechera costaba 5.000 pesos, no podíamos desperdiciar el

fuego, era vital tener el plástico suficiente para calentar el agua de la llave. Un sobre de tinto costaba 100 pesos.

“Si queríamos acompañar ese tinto con algo más, debíamos esperar cada ocho días para poder hacer cuatro empanadas. ¿Y por qué cada ocho días? Bueno, cada ocho días servían sancocho en el almuerzo del cual guardábamos la carne y las papas, o sea no almorzábamos. Para estas onces convidábamos a otro compañero que podía ir hasta las instalaciones del rancho central de la prisión y lograba coger cada día un puñado de Areparina para poder hacer la masa. También podía conseguir aceite usado de las cocinas y guardarlo en un frasco; faltaba entonces una sartén donde freír las empanadas. Para eso teníamos al cuarto invitado de estas onces, quien trabajaba en la parte externa del pabellón y escondía entre el pasto una lata de sardinas que solo podíamos entrar cada ocho días pues no la podíamos esconder o dejar en la celda, si la encontraban seríamos castigados con una severa “rascada” y para terminar este convite, se construía una especie de mesón donde colocar el “sartén”. En los baños, a los sanitarios les quitábamos dos adobes o ladrillos donde estaban montados y colocábamos la lata de sardinas, el aceite y por supuesto, las cuatro empanadas.

La próxima vez que diga ¡un tinto por favor! Lo haré con humildad, recordando el valor de la libertad, hasta para las cosas más sencillas de la vida.



# RELATO

Jimmy Arley González Reyes



Hola, soy un hombre de 30 años, una persona como cualquier otra, pero con una diferencia: me encuentro cerca pero a la vez lejos de los seres que amo. ¡Sí! Me encuentro privado de mi libertad por errores de otros, pero soy consciente que fui llevado a un camino que el creador no quería que siguiera. No sabía el daño tan inmenso que le causaba a mis seres queridos, aunque no quería lastimarlos. Mi vida era maravillosa, ya que contaba con el apoyo desinteresado y amoroso de mi núcleo familiar, también disfrutaba la compañía de la musa de mis sueños, y materialmente poseía todo sin que me faltara nada, contando con un empleo que me satisfacía ejercerlo a diario, ya que mi anhelo era ayudar y proteger a los colombianos, así sea cuidando una parte del mismo.

Un día como cualquier otro, mientras las personas compartían y disfrutaban sus vidas, yo recibiría la peor noticia que puede recibir una persona, aparte de enterarse del fallecimiento de algún ser querido. Fui notificado de mi captura, aprehendiéndome inmediatamente las autoridades enteradas de mi caso. En ese momento me convertí en una de esas personas que siempre

perseguí incansablemente y no quería ser, desmoronándose mi vida y a ella se unía la vida de las personas que me querían. Para completar estando en el claustro judicial, mi padre me dice unas palabras que nunca se me van a olvidar.

—Se me torció, mijito. ¿Usted no me decía todos los días que me sintiera orgulloso de usted?

En ese momento me quedé mudo y estático, pareciera que todo mi cuerpo no me respondiera a las órdenes que le impartía. Con un esfuerzo monumental lo único que pude hacer fue agachar la cabeza y cerrar los ojos. Ahí comenzó el viacrucis de mi vida.

La decepción y la tristeza de mi familia fue tan grande como un iceberg, la relación con la ninfa de mis bosques encantados terminó. Mis compañeros de trabajo ya no me veían como uno de ellos, al contrario, pareciera que mi problema judicial me había convertido en un ser de otro mundo. Y para completar de redondear mi percance fatídico, los supuestos amigos y conocidos se alejaron de mi vida sin decirme siquiera adiós.

Poco a poco fui tocando fondo hasta sentir que mi vida estaba acabada, pensé muchas veces en segar mi existencia, hasta que me di cuenta que en el trascurso de mi estadía en prisión mi familia nunca me dejó solo, al contrario, me han apoyado en todo y ellos han suplido todas mis necesidades. Ellos son mi motor, que me da fuerza para seguir adelante todos los días, y sé que cuando el Todopoderoso me dé la oportunidad de salir de la prisión, voy a aprovechar el tiempo perdido con mis seres queridos. También ayudaré a las únicas personas que realmente me apoyaron en esta contrariedad y me dieron una mano desinteresada y amorosa.

# EL PODER DE LOS LAGARTOS

José Vicente Castro



La Hormiga es un país ubicado en la parte más estratégica de la tierra, con elevaciones naturales de gran altura, extensiones de terreno con ligeras ondulaciones, una amplia alfombra verde con árboles de toda clase, cuatro arterias fluviales que irrigan todo su territorio, una exquisita y amplia riqueza mineral como oro, plata, esmeraldas, platino, cobre, níquel y carbón, agrícola con cultivos de caña de azúcar, café, flores, algodón, plátano, banano, sorgo, maíz, arroz, palma africana, papa y yuca; poblado por aves, roedores, peces, lagartos, insectos, hienas, zorros, ovejas, perros guardianes y burros, entre otros.

Su gobierno, el de los zorros, animales astutos y tramposos que pueden llegar a matar por mantenerse en el poder, les otorgó a los lagartos el poder único e independiente para juzgar e impartir justicia y a los perros guardianes les asignó la misión para proteger a las ovejas, rebaños que se encuentran en todo el territorio.

Todos los seres vivos que habitan en la tierra tienen problemas y este país no es la excepción. Es allí donde se encuentran las ratas gigantes que se autoproclaman como defensoras

de los derechos de los animales y pretenden tomarse el poder por medio de artimañas, es por ello que durante mucho tiempo han venido explotando la tierra en forma indebida, sembrando la mata que mata y extrayendo los minerales contaminando la tierra y los ríos con los químicos que arrojan, realizando todo tipo de acciones feroces contra las manadas de La Hormiga.

Una oscura noche del cerdo, según el calendario hormiguense, ingresó una manada de roedores a la aldea del Abejorral, de amplio dominio suyo, quienes con sus continuas invasiones han segado la vida a varios perros guardianes, saqueado el comercio y raptado más de 2.500 corderos que los han convertido en sus esclavos. Con esta atroz acción ocasionaron un incendio en toda la aldea, quemando vivas todas las ovejas que allí estaban.

En la aldea del Abejorral, un lugar muy apartado de la civilización, no hay presencia de perros guardianes, tampoco cuentan con medios de transporte, ni medios de comunicación, no hay presencia del Estado, no les brindan ningún tipo de servicio público y todas las ovejas que habitan esta aldea, están intimidadas por las ratas, nadie dio aviso y es por ello que no se pudo salvar una sola oveja.

En La Hormiga, al igual que en todo el mundo, se cuenta con una justicia pronta y expedita bajo el poder de los saurios, quienes ordenaron abrir la investigación después de varios años de haber ocurrido los feroces hechos, y como es política del Estado: “es preferible condenar a un inocente a que no hayan responsables”, buscaron testigos para que los condujeran al esclarecimiento del problema, pero los roedores, seres siniestros enviaron a dos de sus integrantes, Hilario y Herodes, para que mintieran y así desviarán el rumbo de la investigación. Estos dos testigos cumplieron su cometido, como hienas crueles y despreciables, rieron y manifestaron que el responsable de los hechos era el roedor con el mote de El Payaso y dieron su descripción física que coincidió con la de Ovidio, manso carnero de gran talante, de frondosa y abundante melena, con muchas cualidades y valores, que solo tenía el día y la noche para conseguir el sustento para su esposa y ocho hijos.

El proceso fue adelantado por el dragón de Komodo Leopoldo, un saurio arrogante, codicioso y ambicioso por acusar

a quien le cayera en sus mandíbulas, quien se contactó con Hilario y Herodes, dos avezados cacos que ansiosos por lograr beneficios, estaban dispuestos a todo, y como si hubieran recibido un libreto rindieron versiones en varias oportunidades, las cuales no coincidían. Sin embargo para Leopoldo esta era una investigación totalmente perfeccionada, envió a Ovidio a juicio y posteriormente a la cárcel.

El juzgamiento le correspondió al cocodrilo Leonardo, un saurio astuto, taimado y hábil para el engaño, con su verde levita, talante correcto y con un aparente aire de catedrático, de familia de castas honestas y justas, valores que este no heredó; la verificación de un juicio justo y ceñido a la verdad la hacía la lagartija Lucrecia, un reptil taimado y sagaz y Ovidio por su parte contrató los servicios del lagarto satánico Laureano, un viejo zorro que alardeaba de su experiencia como miembro de las altas castas de la justicia, defensor de los derechos de los animales y acusador especializado.

El juicio fue manejado por Leonardo a su acomodo, negó todas las pretensiones de la defensa al igual que los recursos a que tenía derecho. Laureano actuó como un improvisado novato y no hizo absolutamente nada para defenderlo. Lucrecia actuó como una vieja zorra astuta y avaló todo lo actuado y Leopoldo con su imponente arrogancia, se jactaba de lo alcanzado y con su impetuosa voz sentenció a Ovidio a verse en la audiencia decisoria, palabras que más temprano que tarde tuvo que tragarse porque irónicamente era un hábil delincuente impartiendo justicia, porque no había terminado sus estudios profesionales y había optado por falsificar su diploma y su tarjeta profesional para ostentar ese cargo, y al verse descubierto aceptó cargos y fue condenado a una pena mínima de prisión. Lucrecia al conocer lo ocurrido decidió apartarse del proceso y a Laureano le fue cancelado el contrato y fue reemplazado por el caimán de anteojos Lalo, joven, consagrado estudiante y honesto en el cumplimiento de su deber.

Aunque a estos saurios se les derrumbó el castillo de naipes, Laureano continuó con su plan macabro para condenar a Ovidio, no concedió las nulidades solicitadas por lo ocurrido

con Leopoldo. Lalo interpuso los recursos correspondientes ante las castas superiores de los lagartos, uno de ellos los negó argumentando que Leopoldo había sido legalmente nombrado y las demás castas no los admitieron porque según ellos, hasta ese momento no le habían causado ningún daño a Ovidio, a pesar de encontrarse encerrado en un corral, restringiéndole su libertad física.

Laureano continuó con las audiencias, Leopoldo fue reemplazado por la anaconda Lucila, una despistada y comprometida reptil para acusar, siguiendo con el plan para mostrar resultados, sin importarle a quién se condene. A los testigos Hilario y Herodes fue necesario que los condujeran por la fuerza, porque temían que su plan se les cayera. Entonces preferían no asistir. Laureano con frecuencia incidía en las diligencias para lograr que las mismas responsabilizaran al confinado, pero los testigos como hienas solo reían y expresaban ideas que no comprometían a nadie. La despistada Lucila solo atinó a solicitarle condena, expresando que las pruebas recaudadas demostraban su participación y por supuesto su responsabilidad, Ovidio fue condenado a cuarenta años de prisión, condena confirmada por las demás castas que le dijeron que todo se había hecho conforme a la ley.

Pasaron más de cinco años del calendario hormiguense, cuando los perros guardianes sostuvieron una enconada zambra con los roedores, donde mataron a la rata con el mote de “El Payaso”, responsable de los hechos del Abejorral. Una vez Ovidio se enteró de estos hechos procedió a solicitar una revisión de su proceso, a lo que le respondieron que ese era un caso juzgado y que ya no había nada más que hacer. Ovidio había probado que era inocente, que el verdadero responsable era quien había acabado de morir, con lo que le cercenaron sus sueños y los de su familia, aislándolo de todo su rebaño, confinándolo en un corral al abandono y a su muerte en vida.

En el ambiente denso y frío de su corral, Ovidio en su soledad cabila: “Alguien bueno con poder procura mucho bien, en cambio alguien malo con poder puede hacer mucho mal, incluso puede arrasar con todo, por ello hay que tener cuidado de los poderosos, más aun si reciben consejos de los maliciosos”.

# ¿QUÉ TOMAS?

Marlon Javier Duarte Mayorga



Me dices que tomas por mí  
¿qué tomas?, cerveza, aguardiente  
toma mi corazón.  
Así sé que no te va a hacer daño  
mi corazón es cero alcohol, solo amor.  
Así que te propongo cambiar la cerveza  
por mi corazón.  
¿Quieres? ¿Qué dices?  
¿Cómo sería solo tuyo?, ¿lo has pensado?  
Yo sí, pero no te puedo decir.





# HUILA



Establecimiento Penitenciario  
de Neiva

Betuel Bonilla  
Director de taller



# SOMBRAS VERTICALES

Érika Tatiana Rodríguez Girón



Son las diez de la mañana. Miro a mi alrededor y veo muchas caras, pero no la que anhelo ver.

—Señorita, ¿lo busca de nuevo?

—Sí —contesto.

—Se encuentra en la oficina.

Me dirijo a la escalera. Me detengo por un segundo y cierro los ojos. ¿Por qué estas cosas pasan por mi mente? Él siempre causa esto en mí. Toco la puerta, abro y allí está, sentado en su escritorio.

—Hola —le digo.

—Pasa, no te quedes allí parada, ¿qué necesitas?

Solo lo observo y pienso: “Si supieras que necesito lo mismo que tú”. ¿Qué necesita un hombre que fue abandonado por su madre, que toda su vida vivió humillado por un plato de comida, que por su esfuerzo y trabajo tiene todo lo material pero su corazón está lleno de sombras de dolor y cicatrices que marcaron su cuerpo cuando era una simple niña?

Vuelvo en mí y digo:

—Solo necesito un poco de dinero, ¿me lo darás?

—Dinero, dinero, dinero —repite en voz alta y baja—. Toma lo que necesites y vete.

Tomo el dinero. Una lágrima baja por mi mejilla y me alejo. Allí queda ese ser al que tanto amo, al que anhelaba darle un abrazo, allí queda mi hermano. Camino sin rumbo, con la mente en blanco, suena el móvil.

—Aló, ¡oh, qué sorpresa!

Es un viejo amigo. Ahora tengo una cita.

A las dos de la tarde un automóvil se estaciona. Es mi amigo. Subo al auto y lo saludo, luego del saludo vienen muchas preguntas.

—¿Quién te hizo eso? ¿Quién te marcó? ¿Quién dañó tu infancia?

Mis ojos se cristalizan, se inundan de dolor y contesto:

—Un malnacido.

—¿Quieres matar ese recuerdo?

—Sí...

Llegamos a una casa, salen dos jóvenes y gritan:

—Patrón, ¿qué necesita?

Él responde:

—A uno de ustedes y tres hermosos bebés.

“¿Bebés? ¿Para qué necesitamos bebés?”, me pregunto. Él sonrío. El joven sube al carro con una manta donde traen los supuestos bebés. ¡Uf, vaya sorpresa!, son tres Smith and Wesson, calibre 38. Nunca en mi vida había visto algo así.

—Coge uno, el que te guste, va a ser tu vengador —me dice mi amigo.

Sonrío y con entusiasmo cojo el arma, la guardo en la pretina de mi pantalón y digo:

—Llegó la hora.

Llegamos a un bar, compramos licor y algo de comida. Falta poco tiempo para acabar con el recuerdo que ha marcado mi alma. Se acerca el final.

A las seis de la tarde mi cabeza da vueltas, no sé cuánto licor he bebido, mis manos tiemblan y mi corazón palpita a mil por segundo.

A las ocho de la noche no sé qué ha pasado. Estoy aquí, entre cuatro paredes. Solo puedo ver una luz, una luz que al final del día se entristece.

Pasan los días. De repente escucho mi nombre, se abren las puertas de este lugar y entre varias personas uniformadas se encuentra él. Sus ojos están opacos, sus manos tiemblan. Corro, me lanzo entre sus brazos y allí, entre ese apretón de amor, las imágenes vuelven, los recuerdos rondan mi mente y de nuevo un suspiro sale de mi ser. Es imposible evitar las lágrimas, el silencio y el llanto se apoderan de nosotros. Cruzamos miradas y dice:

—¿Qué hiciste?

—Nada —contesto—. Solo me dejé llevar por el dolor y la tristeza que habitan mi alma. No me justifico, pero si me hubieras dado lo que en realidad necesitaba aquel día que salí de tu oficina, a esas sombras que nos atormentaban les hubieran entrado rayos de luz, porque el dolor y el sufrimiento solo se curan con amor, y mi amor eres tú. Pero ahora convivo con ellas, ahora me encuentro entre sombras verticales. Solo le pido al Dios del cielo que cada día que pase en este lugar me haga mejor para ti. Te amo, Fercho.



# EL ÚLTIMO ADIÓS

Fernando Vanegas Delgado



Sucedió hace mucho tiempo, en el Caquetá. Ese día mi madre viajaba hacia Neiva porque, según ella, la casa que tenía en esa ciudad iba a quedar sola. De paso, haría unos trámites a mi padre, de los impuestos de los dos carros que él tenía. Cuando llegué a la casa, hacía media hora había salido en la aerovans de Coomotor Florencia. Mi padre me dijo: “Mijo, yo le dije a su mamá que no se fuera por Florencia, pero usted sabe lo terca que es esa mujer, y no hizo caso”.

Como a eso de las cuatro y treinta de la tarde llegó un amigo y nos dijo: “¿Ya escucharon las noticias?”. Le contesté: “No, ¿por qué?”. “Hubo un retén de la guerrilla y le dispararon a una buseta”, dijo alarmado. Estábamos conversando cuando oí por la emisora que entre los muertos había un tal Ernesto Delgado. Fue tanta la impresión que yo le dije a mi padre: “Esa es mi madre”. Él me miró y me dijo: “¿Es que es pendejo, no oye que dijeron: Ernesto?”.

Cuando la emisora volvió a anunciar la noticia me levanté de donde estaba acostado, prendí la camioneta y salí como un

diablo. Una de las cuñadas que estaba ahí me dijo: “Fercho, lléveme con usted”. Y la llevé.

Gasté como una hora hasta donde había sucedido el atentado. Cargaba mi dotación, ‘Micaela’, como la llamo, una pistola Sig Sauer 9 milímetros. Llegué al sitio y ya había autoridad, pero no me querían dejar pasar. Me dio tanta rabia que les dije que la que estaba allí botada era mi mamá. Fue muy impresionante cuando la vi acostada sobre el pavimento cubierta con una sábana blanca con manchas rojas. Quedé de una sola pieza, de verdad era mi madre, con dos tiros de fusil atravesándola de derecha a izquierda. El primero entró por las costillas del lado derecho, bajo el seno, y le impactó el corazón. El segundo perforó un riñón, saliendo del lado izquierdo.

Su muerte había sido instantánea. El levantamiento duró varias horas pues eran seis muertos y otros heridos. Se la llevaron al hospital del municipio de Puerto Rico para hacerle la necropsia, y empezaron a bajarla como un animal. La enfermera me dijo: “Señor, sálgase”. Yo le contesté con tono brusco: “Qué pena, ella era mi madre”.

Ví cómo le sacaron todo el menudo, luego empezaron a revisar el corazón que, según el forense, tenía el trayecto de la bala que había producido el deceso de mi madre. Luego extrajeron el resto de los órganos. Transcurridas varias horas llegó la familia y les conté lo que había sucedido, o mejor dicho, lo que había visto al momento de llegar al sitio de la tragedia.

El vehículo estaba a un lado de la vía, pinchado, la parte delantera algo quemada y la trasera toda tiroteada, como un colador. Me preguntaron por las pertenencias de mi madre y yo les dije que estaban en la inspección de policía, bajo custodia. Mi hermano menor no podía creer lo que le contaba, y los otros dos no hacían si no llorar por la tragedia que le había acontecido a nuestra familia. Lo peor de todo era que a nuestra querida y adorada madre nos la habían masacrado. Uno no entiende por qué la vida a veces nos da esta clase de sorpresas.



# UNA BATALLA CON EL PUTAS

Johana Figueroa Castro



María se levantó con los cabellos enmarañados, los ojos legañosos y saltones, bostezando como si fuera a comerse el mundo. Su boca dibujaba una sonrisa pícaro y a la vez tierna.

Ella tiene una personalidad única. Es divertida, aunque algo ordinaria. Grita más de lo normal y es la última en bañarse porque el agua y ella no se llevan muy bien. De todas formas, hace el mayor esfuerzo por conservar su feminidad.

María lleva treinta y tres meses en la reclusión, y aunque cuenta ya con el tiempo suficiente para irse en libertad, no lo hace. “Tengo miedo de volver a la calle, de recaer. No tengo a nadie, esta es mi casa”, nos ha repetido en varias ocasiones.

—Buenos días, Inge —me dijo dejando ver sus dientes de piraña, como le digo yo en forma de burla.

—Mire que tuve un sueño —me dijo recién levantada—. Soñé que me encontraba en la cama alta mirando las estrellas por los huequitos de la malla. Era una noche oscura, pero brillaban mucho por el contraste con la negra oscuridad. Estábamos usted y yo. Las miramos largo un rato, sin cruzar palabra. De repente, yo le dije a usted: Inge, he ido al infierno y he visto al pirobo diablo.

Fue una noche que andaba en Las Ceibas, debajo del puente, “El refugio” le llamamos los parceros. Yo estaba más trabada que el putas. Había fumado marihuana, bazuco y me había pegantiado de lo lindo, cuando vi un caballo negro, muy grande, con los ojos rojos. En lugar de cascos tenía garras. Echaba fuego y humo por todas partes el hijo de puta. De repente se me arrimó, poco a poco. De su jeta chorreaban babas espesas que caían directo a mi boca, lo que me producía asco y un miedo espantoso. Me pateaba muy duro, cada vez más. Estaba paralizada. El muy pirobo quería que yo lo montara para llevarme derechito al infierno, pero yo me le escabullía, porque así fuera el mismísimo putas, yo tengo más mundo que él. Me dolían sus patadas, sus garras me arañaban y mi batalla no cesaba. Por un momento me dejé llevar por ese monstruo: ¡Ahí sí que sentí los rigores del infierno! Mi cuerpo ardía y se quemaba entre las llamas. Me dije: “Este es mi final”. En ese justo momento oí una voz: “Socita, Socita, qué le pasa, despierte. ¿Qué hace durmiendo en pleno rayo de sol, en mitad de la calle?”. Era Tripaseca, mi socito que regresaba a aquel lugar. “Pirobo” —le dije— “acaba de libramme de una fiera batalla con el putas”.

# A TODO TUERTO, MANCO Y COJO, ÁBRALE EL OJO

Luis Fonsi (seudónimo)



Es otro día de los 710 transcurridos en la cárcel de Rivera, en el Huila. Hay un despertar natural bajo el trinar de las aves que sobrevuelan de reja en reja buscando el banquete que Dios les provee diariamente. Es el trinar de agradecimiento por el pan que recogen, es mi reloj despertador. Elevo una oración de plegaria al Creador por el milagro de un nuevo día. Salto del segundo piso del camarote haciendo el menor ruido posible, evitando no despertar a Martín, el Mocho, apodo que recibe por faltarle su pierna derecha, la que perdiera, según cuenta él mismo, en una de sus tantas borracheras por sinvergüenza, ebrio al amanecer en la moto, cuando buscaba una bandida que le satisficiera su deseo desenfrenado.

Desciendo de mi cama al primer piso y procuro caminar pausado para no pisar al Gordo John Jairo que ronca como una morsa, pues duerme en carretera —como suele decirse en la cárcel— por ser el último en llegar a la celda. Es decir, la pluma, el más antiguo, que en este caso es el Mocho, tiene el privilegio de dormir en plancha baja. En mi caso, por ser el segundo en antigüedad, duermo en plancha alta.

Me cepillo y me afeito a oscuras, con el tenue reflejo de luz que entra por la reja de la ventana que da al baño. Luego, con el agua de un balde que he recogido como provisión del día anterior, me ducho sentado en la taza del baño, para que el agua al caer no despierte a mis compañeros. A oscuras conecto el churrusco, hiervo el agua para el café, cuyo delicioso aroma provoca el primer bostezo de el Mocho y seguidamente la estirada del Gordo John Jairo, quien como por costumbre o instinto natural se pega su primer revolcón en señal de querer levantarse.

Como veo que es la hora de levantarnos intento encender la bombilla, pero la energía se ha ido. Menos mal alcancé a hervir el agua para el café. Al no haber fluido eléctrico, dejo el café del Mocho junto a su repisa y el del Gordo John Jairo en el suelo, junto a su almohada. Al ver que la energía no llega, subo a mi plancha y me estiro nuevamente. Cuando despierto oro a Dios, hablándole de lo importante que es para mí el cuidado de mi familia, especialmente el de mi santa madre Lupita de 86 años de edad, quien gracias a su poder maravilloso, luego de la amputación de su seno derecho, hoy los galenos se encuentran sorprendidos. No se explican cómo es que el cáncer no se ha dispersado o ha hecho metástasis en otras áreas de su cuerpo, si cuando extirparon el tumor no les fue posible extraer todas sus raíces.

Ahora planeo mi labor de instructor, tarea por vocación con la que redimo pena desde el segundo mes de haber llegado a este lugar. Pienso cómo voy a sorprender con un nuevo tema a mis alumnos de Inducción al Tratamiento, de qué manera y con qué sabiduría redactaré el oficio para remitir al Vaticano, al papa Francisco, todo lo que hemos avanzado en la creación de la Fundación Construyendo Vida (Funcovida) que ayudará para que tanto penados como pos penados, junto a sus familias, puedan, con el apoyo del SENA construir Pymes (pequeñas y medianas empresas) para que cuando retornen a la libertad sean reinsertados de nuevo a la sociedad de manera productiva.

De repente veo cómo el Mocho con rabia intenta prender la bombilla. Al no lograrlo descarga su odio de manera ofensiva e insultante: “Gonorreas, treinta hijos de puta, pirobos muertos

de hambre, como la madre no les dio de jartar vienen a cocinar a la cárcel”.

El Mocho sabe que cuando son conectados muchos churruscos al mismo tiempo, el taco se salta, quedándonos unos minutos sin el fluido eléctrico hasta tanto el ordenanza o la guardia de turno lo suba nuevamente. Soy consciente de que no soy culpable del apagón y sé que es costumbre del Mocho enviar este tipo de mensajes subliminales tratando de dañarle el día a cualquiera. Minutos más tarde llega la energía y tanto el Mocho como John Jairo se encuentran listos para que la guardia nos permita salir al patio central.

Cuando el Gordo se va y quedo a solas con el Mocho, le digo: “Martín, ese gonorraea treinta hijos de puta, pirobo muerto de hambre, a quien la madre no le dio de jartar y que viene a cocinar a la cárcel: soy yo; quien por tratar de hacerles mejor el día, les hizo esa deliciosa taza de café que se acaban de tomar”.

El Mocho enmudece sin saber qué pensar ni qué decir y murmura con voz entrecortada: “Yo no lo dije por usted, don Luis”.



# MI TRASLADO

Jimmy Antonio González Cabrera



El sábado 10 de enero de 2010, en horas de la mañana, en la cárcel El Buen Pastor, de la ciudad de Bogotá, me disponía a desayunar cuando llegó a la reja “la Señó”, como normalmente llamamos a la guardia, y dijo: “Esas que se peinan”. Todas las internas quedaron paralizadas. En ese instante sí se acordaron de Dios, diciendo: “Que no me llamen a mí, que no me llamen”.

Fui la primera en la lista de cinco mujeres. Me puse a empacar pues tenía algo muy valioso y necesitaba guardarlo bien. Una amiga me dijo: “Caqueteña –como me apodan en el patio–, china, regáleme eso que de pronto se lo pillan y se mete en problemas”. Se reía. Yo, burlándome, le dije: “Primero le dejo una teta que esto, marica, es mío y me lo llevo”. Cogí dos hojas de papel carbón y puse una boca abajo y la otra boca arriba.

“Listo, llegó la hora de la verdad”, dije. Saqué mis pocas cosas y guardé lo más querido, que ya estaba bien seguro. Cuando nos íbamos a montar en el bus, nos requisaron como siempre, pero eso iba muy bien guardado, y sin ningún problema pasé el primer susto.

Uno no dice que no le da miedo; el que diga que hará algo malo y no sienta miedo, es mentira. Fue un viaje de cinco horas

sin agua ni comida y en un sitio muy estrecho. Llegamos al destino desconociendo que era la cárcel de Neiva. Nunca había estado en esta zona. En el bus veníamos quince hombres y cinco mujeres. Nos bajaron, nos dejaron en una recepción e inmediatamente procedieron a separarnos. Como toda caquetteña, soy muy alta, de 1,80 de estatura, busto grande y ojos color miel. La guardia a la que le tocó requisarme solo se fijaba en mis pechos. Me miró fijamente a los ojos y me dijo: “Qué ojos tan lindos tienes”. “Gracias”, le contesté. Pensaba que era lesbiana y me reía por dentro.

No me requisó muy bien por estar pendiente de otras cosas. Estaba encantada con mi busto, tanto que lo cogió muy duro y dijo: “Esto es para ver si no traes nada”. “Lo único que traigo es hambre”, le respondí. Estuve muy tranquila, como siempre, y sonreía pícaramente porque sabía que no encontrarían mi juguete, pues lo había podido coronar.

Llegué a mi nueva celda y tuve que dormir con un grupo de once mujeres en un ambiente muy incómodo. Donde vivía era más amplio y solo éramos cuatro, pero como dependemos del Inpec me tocaba adecuarme. Hice un inventario mirando alrededor y no había ninguna conocida. A la hora de la encerrada nos pusieron un tornillo para cerrar la puerta. Luego, a las ocho de la noche, apagaron la luz. Saqué mi juguete y todas sorprendidas preguntaban: “¿Cómo hizo para ingresar ese celular?”. “Para eso tenemos nuestros atributos”, contesté. Les dije a las muchachas que me hicieran el favor de poner cuidado a la puerta mientras yo saludaba a mi familia, y luego les prestaba el juguetito. Pasamos toda la noche hablando. Mientras una hablaba, las demás escuchábamos. Nos llevamos más de un sustico, pero de ahí no pasó más. Amaneció y una me dijo: “China, ¿cómo te llamas?”. “Me puedes decir caquetteña”, le contesté. “Pilas, porque aquí no hay nada de eso y hay muchas envidiosas, y uno no es monedita de oro para caerle bien a todos”, me sugirió antes de darme la espalda.

Nos arreglamos y para el patio. Llegó el desayuno. Mientras comía, las guardias entraron a la celda y la requisaron. Yo estaba sapiada. Se perdió el juguetico que con tanto esfuerzo había coronado. No duró más de una noche. ¡Cómo es la envidia y cómo ha cambiado la cárcel...!



# PROMESA CUMPLIDA

Luis Ernesto Farfán



Todo ocurrió una de aquellas noches en mi trabajo nocturno como expendedor de sustancias psicoactivas en sitios estratégicos de la ciudad de Neiva. Aquella noche parecía especial, quizás porque marcaría mi vida para siempre. Extasiados de contemplar la belleza del paisaje nocturno, interrumpí el silencio de Aída:

—¿Qué harías si por cosas del destino uno de estos días soy capturado y llevado a la cárcel?

Sin mediar palabras respondió:

—De inmediato me haría capturar para seguir a tu lado, mi razón de vivir eres tú.

Sin dar crédito a su espontánea respuesta, reiteradamente formulé la misma pregunta con la esperanza de que quizá no me hubiese entendido el mensaje, pero ella, muy segura, me confirmó su decisión.

Días más tarde, como si lo dicho anteriormente fuera una premonición, fui capturado. Me detuvieron el 23 de octubre del 2010 y de inmediato fui remitido a la cárcel de Rivera. Allí fui aislado en un frío calabozo al que llaman “la Perrera”. Entre las rejas alcancé a divisar, irracionalmente, la silueta de mi mujer.

Evocaba la promesa de mi esposa, la misma que quizá quedaría en el olvido, puesto que es ilógico que alguien siquiera piense en llegar a un lugar tan lúgubre como este.

No obstante, el 19 de noviembre del mismo año, casi un mes después de mi captura, me enteré de que a mi esposa la habían capturado sin oponer resistencia alguna. Lo único que dijo mientras le leían sus derechos era que la llevaran cuanto antes donde estaba su esposo.

Pocos días después, Trabajo Social nos concedió una entrevista. Ella se abalanzó hacia mis brazos y con los ojos llenos de lágrimas por la felicidad que la embargaba al verme, con su voz dulce y tierna, casi con un grito me dijo:

—Luis, te cumplí la promesa.

# MELISSA

Moisés Torres Olarte



Naciste como aquel lirio del campo,  
o como aquella hermosa flor de orquídea.  
Fue el día aquel, once de mayo,  
momento de alegría, amor y encanto.

La vida fue pasando lentamente,  
te criaste como una hermosa orquídea,  
no tuviste ningún juguete bueno  
con semillas del campo te entretenías.

La riolina para ti nunca sonaba,  
las muñecas ¡no las conocías!  
La pobreza aún nos agobiaba  
pero tú, como ángel, sonreías.

El trinar de los pájaros del campo  
fue tu música preferida.  
Lo siento, hija mía, nunca te di  
el juguete que a ti te gustaría.

El amor y la dulzura de tu vida,  
tu tierno caminar a la deriva,  
tu sonrisa y el suave jugueteo  
son el motor de nuestras vidas.

Los lirios sobreviven de la nada,  
pero lucen hermosos cada día.  
Así eres tú, princesa primorosa,  
que luces con amor y alegría.

Aquí pasa el tiempo y yo, sin verte,  
se me hace amargo cada día,  
mas el dulce reflejar de mi esperanza  
se detiene en el rumbo de mi vida.

Siempre seré el pionero de tus sueños  
con el duro trabajo de mi vida  
y haré para que todo se te cumpla  
y nada se convierta en agonía.

Viajaré hasta el fondo del océano,  
buscaré el tesoro escondido,  
lucharé, si es preciso hasta que muera,  
pero nunca te abandonaré, mi hermosa orquídea.

Estar prisionero no me importa  
desolado, derrotado por la vida;  
sólo quiero que pase ese momento  
y pueda volverte a ver mi bella niña.

# AMANECER EN EL ESTERO

Wilmer Arney Velandia Velandia



Por lo regular, a las 4:30 de la mañana un llanero alza la vista para contemplar el amanecer. Espera ansioso la salida del sol. En lo profundo del horizonte se observa el morichal con una diadema de garzas blancas sobrevolando el hermoso azul del cielo. Y, como siempre, a las orillas de la laguna asoman una babilla o una bandada de chigüiros. Cuando el astro rey sale del todo, anaranjado y redondo, mostrando su poderío, es porque llegó la hora del desayuno. Aparece entonces, en manos de la catira, una taza de café molido, sin azúcar, al que los llaneros llamamos tinto cerrero. Luego, sigue un buen baño en el jagüey. Eso era lo que hacía yo.

Mientras tomaba mi baño, echándome agua con el conuco, recordé la vieja escopeta de mi papaíto. Qué error tan grande haber recordado esa escopeta. La saqué, la limpié y mientras lo hacía le hablaba: “Remington calibre 16, nos vamos de cacería, mi amiguita. Estoy antojado de un chigüiro asado, o de un cachicamo”.

Esperé que fueran las tres de la tarde para atravesar la palizada. En mi mochila llevaba un pedazo de panela. A la carabina

le metí seis cartuchos y puse un cuchillo en mi cintura, como buen llanero que soy. No le dije nada a nadie. Salí calladito, de frente al estero.

A las cinco de la tarde divisé el venado sobre un espinero. Era grande, corpulento y con una cornamenta enorme que asustaba, pero no le temí. Como la emoción y el ansia me ganaban, me alisté. Puse una rodilla en tierra y tendí el cañón ligero. Al reventar el fogonazo, el animal se quedó sereno. Lo miré detenidamente y vi que sangraba del guargüero. Entonces, le hice un segundo disparo, y después el tercero. Como si nada, el bicho se me vino encima, bajito contra el terreno. Decidí apuntarle una cuarta vez, con los nervios a mil, pero como ya estaba encima, el tiro dio contra el suelo. Empecé a caminar hacia atrás y metí el pie en un bachatero. El animal llegó hasta mí, me golpeó en el pecho y pingoniamos el suelo. Me acordé entonces del cuchillo, lo saqué como pude en medio del desespero, y lo acuchillé muchas veces, pero ese animal no dejaba de pegarme en el suelo. Pitaba cada vez que me golpeaba, hasta que perdí el sentido.

No sé qué tanto dormí, pero estoy seguro de que fue poco. Me despertó mi perro, no sé de dónde apareció, solo sentía que me lamía el rostro y aullaba lastimero. Como pude me levanté y corrí hasta la finca. Ahí, en la casona, estaban algunos de los vaqueros y el caporal. Ninguno me creyó la historia. Sin embargo, me dijeron: “Vamos a buscar el venado y le sacamos el cuero, lo asamos y nos lo comemos, compa. La cabeza la arreglamos y la colocamos en el mosquitero de la sala”.

Éramos siete cabalgando hacia el espinero. Cuando llegamos no había rastro del animal, solo charcos de sangre aquí y allá. La carabina estaba partida, lo mismo que la blanca hoja de acero. Los perros temblaban y aullaban. La noche hacía su ingreso. Ninguno pronunció palabra al regreso. Cada uno tomó por su lado en medio del desconcierto. El tema no se volvió a tocar en casa hasta que hablé con mi viejo. “Peleó con el diablo”, me dijo, “tal como lo hizo Juan Hilario”. Sonrió y cerró los puños, mostrando su orgullo.

Desde luego, me prohibieron la cacería.

# EL ÚLTIMO DESEO

Yurley Zamary García Piñeres



Me encontraba a eso de las seis y treinta de la tarde encerrada en la celda número 1 con mis nueve compañeras luego de un día muy estresante. Además de la mucha visita a otras internas, estábamos aburridas porque de diez que somos en la celda, no más una tiene visita los días sábados.

A ella, mi vieja amiga, me encantaba verla tan alegre el día viernes en la tarde, pues toda desesperada de la felicidad empezaba como loca a gritar a compañeras de otras celdas para que le prestaran ropa, zapatos, maquillaje y plancha para el cabello. Hacía todo lo posible para que su marido, el padre de sus dos niñas, a quien amaba tanto, la encontrara siempre diferente, más hermosa de lo habitual.

Ese sábado, cerca al mediodía, en un descuido de ella, se me acercó su esposo y me hizo una pregunta que me puso a pensar toda la noche, pero que no tuve la valentía de contarle a mi amiga. Algo andaba mal, pensaba yo.

Al siguiente sábado ella estaba muy hermosa, de cabello ondulado, con un vestido negro, ajustado a su cuerpo y lucía zapatos de tacón muy elegante, también negros. Por sus labios rojos y mejillas rosadas podíamos notar la alegría del rostro. Un brillo en los ojos se reflejaba en el reloj plateado, al cual miraba con desespero cada diez o cinco minutos.

Eran ya las once y media y aquel hombre guapo que ella esperaba nada que llegaba. Se acercó a los teléfonos y marcó con rapidez su pin y el número del celular de su esposo. La llamada se iba de inmediato a correo de voz. Entonces se acercó a la guardia y le preguntó preocupada: “Seño, ¿ya no entra más visita?”. Y la dragoneante le respondió: “No, así que te dejaron lista y con los crespos hechos”.

Muy desilusionada se volvió a acercar al teléfono. Otra llamada y no había señal de él. Pasaron dos días y ella, muy desesperada, no sabía nada de sus dos niños ni del hombre de su vida. Yo no le había contado de la pregunta que me había hecho su esposo, al cual yo le había respondido que tenía que solicitar un permiso al juzgado que la tenía a ella.

El miércoles en la mañana la llamaron a la guardia y la seño le dijo: “Póngase un pantalón que tiene una entrevista”. Ella se preguntaba: “¿Pero yo... con quién?”. No molestaba con nadie de otros patios ni tenía ningún familiar recluido en la misma cárcel. No obstante, acató la orden. Se puso el pantalón y se presentó a la guardia. La seño le dijo: “Tiene quince minutos”.

La sacaron del patio y la llevaron a la oficina del director. Por medio de los espejos que cubrían la oficina observó que llegaba un carro negro, muy lindo. No se imaginaba de dónde venía ese carro, lo cierto fue que se estacionó y de este se bajó un amigo del esposo. Ella salió de la oficina corriendo, abrazó al señor y le preguntó: “¿Qué haces aquí? Nunca pensé que fueras a venir a verme”. Él contestó: “En realidad, vengo a cumplir con la promesa que le hice a tu marido, pues él ya se fue a descansar para siempre. Esta es la última vez que lo verás”.

Abrió el baúl del carro y ahí estaba el hombre de su vida. Después ella entró al patio, me abrazó fuertemente, lloró y gritó con desesperación. Yo, con el dolor en el pecho, llena de lágrimas y con un nudo en la garganta me sentí mal, pues no le había contado que su esposo me había preguntado el sábado anterior que si en caso de que a él lo mataran, otra persona podía traerlo y hacer que su mujer lo viera por última vez.

Solo me preguntaba: ¿Será que yo hubiera podido hacer algo para que esto no hubiese sucedido?



# NARIÑO



Establecimiento Penitenciario  
de Pasto

Allan Gerardo Luna  
Director de taller



# LOS DÍAS QUE UNO TRAS OTRO SON LA VIDA

Amparo Aguirre

(Con aportes de Zamira Vásquez, María Fanny Gómez  
y Marta Liliana Ávila)



Así es nuestra vida: soportar y adaptarse o no adaptarse y sufrir lo indecible. Ver la lenta caída de las hojas del almanaque y alimentar con terquedad la esperanza de mejores días.

Aquí, apreciado lector, te queremos contar cómo es nuestra vida en el pabellón de mujeres del Establecimiento Penitenciario y Carcelario de Pasto, en el departamento de Nariño, en este año 2015.

Si llegas a Pasto y subes por la calle del Calvario, atraviesas el barrio Corazón de Jesús, llegas a la Esperanza. Ahí encuentras esta reclusión.

Hoy como ayer y anteayer nos hemos levantado a las cuatro y media de la mañana. Por turno, las seis mujeres que ocupan mi celda nos bañamos y esperamos que nos saquen al patio; un rectángulo de aproximadamente veintidós metros de largo por ocho de ancho y donde en este momento debemos permanecer, la mayor parte del día, ciento veintinueve mujeres.

En el patio hay tres baños, hay veintiséis mesas, cada una tiene entre cuatro y ocho sillas, además de la zona wi-fi de las

usuarias del Cripí, el Dragón, la Famosa y la Matancera. La semana pasada una compañera que estaba con mal de estómago se hizo en la ropa porque dos parejas de amantes tenían muy ocupados los baños. No sé si sea posible, pero creo que unas cuantas cámaras en los baños, el patio y la cocina, ayudarían a poner orden en este laberinto.

Para calentar el agua del desayuno hay que recibir de doña María Fanny un turno y hacer la cola. No falta la desconsiderada que saca su olla y no avisa, la dormida que se deja quitar el turno, y las avionas que se lo rapan y arman pelea. Una vez hasta se echaron la comida en la cabeza.

Hay una situación realmente molesta, y es que cuando una interna comete una falta es sancionada con aislamiento; no solamente la sancionan a ella, sino a todas. Nos quedamos sin poder hacer uso de las dos aulas que se disponen para los cursos que nos vienen a ofrecer, pues aquí no existe una unidad de transición o celdas de aislamiento. Un aislamiento le ocasiona a la sancionada una anotación que le representa perder descuentos, visitas, hasta las conyugales, e incluso hacerse acreedora de una demanda.

El otro día conversábamos sobre la tortura que es el traslado a las audiencias. Deben adecuar las instalaciones del palacio de justicia para que los transportes ingresen al interior y no sometan al detenido al escarnio público. Hay gente que opina que eso es parte del castigo, pero ¿y si el acusado resulta inocente?

La práctica del lesbianismo era algo muy molesto para mí, pero a medida que pasa el tiempo voy tolerando y comprendiendo esas manifestaciones de deseo y de afecto. Lo que sí no deja de inquietarme son ciertas formas de “trabajos” de hechicería que hacen algunas internas.

Aunque muchas personas piensen lo contrario, un gran porcentaje de nosotras valoramos el trabajo del capitán Luis Fernando Daza Castaño, el director de esta reclusión. Doña María Fanny nos ha explicado lo difícil que es solucionar problemas sin presupuesto. Desde hace cinco años la partida asignada para cada interna es de un millón doscientos ochenta mil pesos, y eso es mucha plata, si la reclusión tuviera el cupo racional: si son

19 celdas y cada celda tiene dos camas, el número de internas debería ser de 38, pero... somos 129. Y de estas, sólo 42 ya tienen sentencia.

El 14 de agosto tuvimos una jornada deportiva y recreativa: nuestros “Juegos Olímpicos”. Que al final se redujeron a unas divertidas pruebas por equipos, que consistían en pasar todas las del equipo por un aro de hula-hula, llevar de ida y regreso unos globos de goma llenos de agua, y luego una bola de ping pong sobre una cuchara sostenida en la boca. Luego vino la atracción central: El partido de fútbol cinco entre “las Divas” y “las Ideales”. Hay cuatro equipos conformados y que entrenan una o dos veces a la semana. Los otros dos son “las Cautivas” y “las Pet Bulls”.

El profe se extrañó cuando le contamos que muchas compañeras no habían visto el cielo, ni caminado sobre la hierba en meses, que algunas preferían quedarse en el patio y no salir a un potrerito pequeño al que pomposamente se le conoce como: la Cancha.

El capitán Castaño pronunció unas palabras para iniciar la jornada y nos habló de algunos reclusos que pasaron a la historia como Miguel de Cervantes Saavedra, que en las difíciles condiciones de una cárcel del siglo XVII escribió su inmortal obra *Don Quijote de la Mancha* (¿dónde conseguía el papel y la pluma, y la tinta?); Oscar Wilde, el autor de *la Balada de la Cárcel de Reading*; de Álvaro Mutis, el amigo de García Márquez, prisionero en la cárcel de Lecumberry, en México.

También nos contó de tres reclusos que él había conocido en las cárceles de Medellín, Palmira y en esta de Pasto, que en su reclusión habían aprendido un oficio y cuando recobraron su libertad no solo se desempeñaron bien en su trabajo, sino que también supieron corresponder a la confianza de sus empleadores, obteniendo una posición que tal vez no hubieran logrado sin esta dura experiencia.

Para las “Seños” (las guardianas) también es difícil esta convivencia con nosotras, y sin embargo, hay algunas que se han ganado nuestra gratitud y aprecio.

Queremos agradecerle a la primera dama del municipio, a la Secretaría de Género y al Ministerio de Cultura el haber participado de este taller del programa “Libertad bajo palabra”, que dirige el escritor José Zuleta a quien tuvimos el privilegio de conocer.

Bueno, quiero terminar invocando a nuestra Madre, la Virgen de las Mercedes, cuya fiesta celebraremos dentro de algunos días, para que nos ayude a sobrellevar esta prueba y nos proteja a nosotras y a todas las mujeres que en el mundo estamos en una reclusión.

# YO SOY...

Orquídea azul (seudónimo)  
Biografía-crónica



## I

Mis recuerdos de infancia, como los de todos los niños que nacen y viven en la vereda de Santa Cruz del municipio de Policarpa, departamento de Nariño, están teñidos de sol, lluvia y el olor de la tierra acariciada por el azadón. Me gustaba salir con mi madre y otros niños a recoger cacao en pepa o a ordeñar las vacas. Me gustaba ver a los peones llegar cargados de caña al trapiche, donde la molían para sacarle la miel y hacer el guarapo. Y también el charuco, que los mayores y los muchachos grandes tomaban en las fiestas, donde se bailaba con la música de los “lonpleyes”, unos discos negros y grandes que se ponían en una radiola de pilas. La música de los “Lonpleyes” está unida al recuerdo de mi padre, sus borracheras y las palizas que le daba a mi madre por no haberle dado un hijo varón.

Yo era muy traviesa. El más temprano de mis recuerdos es el del día en que mi mamá luchaba para que yo desayunara rápido y poder bañarme. Entonces, cogí la taza de café con leche que ella estaba tomando y... ¡me bañé! Mi mamá me dio tres fuetazos con la correa de mi papá.

Fuetazos y papá están juntos en mi memoria. Él quería que por lo menos su primer hijo fuera varón y yo fui su única hija. Nunca me lo “perdonó”. ¡Como si eso fuera algo que tuviera que perdonarse!

## II

Cuando tenía seis meses mi abuelo llegó para llevarme a su casa. Mis padres nunca me dijeron la razón para aceptar una larga separación, pero creo que tuvo que ver con que mi padre no podía aceptar que una niña fuera su mayorazgo. Fue tanto el tiempo que permanecí con mis abuelos, que cuando mi mamá volvió por mí realmente me costó “entender” que ella era mi madre. Desprenderme de mis abuelos fue un nuevo dolor.

De Santa Cruz nos fuimos a vivir a la vereda Peñas Blancas, asentada entre montañas por donde corrían dos ríos grandes donde mi papá iba a pescar, lo que ayudaba a mejorar la alimentación. Los víveres tocaba traerlos del pueblito, a dos horas a caballo. Cuando cumplí los seis años, mi papá vendió la finquita para comprar otra cerca de una escuela en donde me había matriculado. Había que caminar más de media hora para llegar a ella. Le pagó a un vecino para que me diera posada y comida, pero en esa casa había unos niños que me peleaban mucho. Aguanté dos meses y una tarde salí muy triste de la escuela; llovía, el cielo estaba muy oscuro y el viento traía un frío que mordía. Decidí regresar a mi casa. Llegué empapada, cubierta de barro hasta la cabeza, asustada y llorando. Mi mamá también lloró cuando me recibió entre sus brazos, pero mi papá apenas llegó de trabajar me dio fuetazos con su correa y a la madrugada me llevó a la escuela. Yo me agarré de sus piernas y le rogaba que no me dejara allí, pero él me apartó y me amenazó con un castigo muy feo si no me quedaba.

Acepté quedarme en la escuela, pero no en la casa del amigo de mi papá. Mi mamita me levantaba bien temprano, me ponía mis botas, mi capa y mi portacomida con el almuerzo. En esos tiempos en las escuelas no había restaurante y mi profesora me



ayudaba a calentar la comida. A veces me caía y entonces me tocaba aguantar hambre hasta que volvía a la casa.

Un día mi papá llegó con un ahijado y le dijo a mi mamá que iba a vivir con nosotros para que yo no tuviera que ir sola a la escuela. Una vez, salimos de la escuela y al pasar por una quebrada ese niño se quedó haciendo volar piedras sobre el agua. Yo le decía que dejara de jugar que se nos hacía tarde, y como él no me hizo caso le escondí los cuadernos. Él salió corriendo para la casa, le contó a mi papá lo que yo había hecho y por eso apenas llegué me recibió a fuetazos.



# ¿CÓMO DEBEMOS DECIR?

Lucía Lorena Riascos Dávila



Esa mañana en que recuperé... ¿cómo debo decir?, ¿mi libertad? o ¿La Libertad? Bueno, esa mañana llegué a “mi casa” —así entre comillas— porque no encontré a mi hijo ni a mi esposo. Los dos se habían ido, peor todavía, me habían dejado. Arrendaron la casa y se fueron. Llegué a donde mi hermana Helena y nos tomamos unos tragos. Helena revendía fruta en el mercado del “Potrerillo” y le iba bien pero no estaba contenta, porque ahora que ella tenía cómo pagarles la universidad, el Braian y la Leidi, mis sobrinos, eran unos vagos y andaban en malas compañías, cosa que nadie entendía, porque los muchachos eran avispados.

Helena prometió presentarme con los distribuidores de fruta y ayudarme a empezar con una venta ambulante.

Dos días después la policía allanó la casa de Helena y encontró kilo y medio de basuco y cuatrocientos gramos de pasta de coca. Ahora mis viejas compañeras de patio nos dan la “bienvenida” —así, entre comillas— a mi hermana y a mí. Sentadas bajo el cielo enrejado Helena y yo tratamos de pensar en cómo debemos decir... ¿nuestra libertad? o ¿La Libertad?



# CORAZÓN COMPARTIDO

María Fanny Gómez Urbano



Él se llamaba Luis Eduardo Zapata y tenía un perro que se llamaba Mateo. Vivían en Bogotá. Luis tenía un buen trabajo en una empresa de telecomunicaciones, donde era bien apreciado. Vivía solo con Mateo, desde el día en que murió su esposa.

Su único propósito era superar esa pérdida que marcó su vida para siempre, dejándole una amarga frustración. Su carácter y fortaleza permitieron que su vida continuara avanzando en medio de la oscuridad que por instantes cubría sus días.

Pensando siempre en el bien común y obsesionado con que la muerte le podía llegar en cualquier momento, y después de pensarlo muy bien, Luis Eduardo tomó una decisión muy importante: un día llegó a una clínica especializada en el programa de donación de órganos; en la recepción lo atendió una secretaria que detalladamente le explicó el protocolo, y Luis firmó un documento, convirtiéndose en donante oficial.

Una mañana de domingo salieron a pasear. El agradable calor del sol, un helado para cada uno, una bella melodía, la sonrisa y el saludo de don Carlos, el dueño de la tienda de la esquina, hacían de la caminata un verdadero placer. Repentinamente

Luis Eduardo se derrumbó ante el desconcierto de Mateo: una bala perdida había roto el hilo que le unía con las cosas que se mueven en este mundo.

Como Luis portaba sus documentos, las autoridades lo trasladaron a donde figuraba como donante. Gracias a la cercanía de la clínica y a la poca congestión del tránsito Mateo logró llegar con Luis. Dos ambulancias ingresaron al mismo tiempo. En una llegó el cadáver de Luis y en la otra, llegó Sofía Vargas, una joven universitaria de 19 años cuyo corazón colapsaba.

El corazón de Luis fue trasladado al pecho de Sofía.

Durante las cinco semanas que duró la recuperación de la joven, Mateo, sucio de polvo y humo, permanecía en el andén de la clínica o en el separador de la avenida. Un muchacho que trabajaba de mesero en una cafetería cercana notó su persistente presencia y en ocasiones le daba agua y los restos de la comida que antes tiraba en el balde de los desperdicios. El perro mantenía una constante vigilancia sobre la puerta de la clínica. Una noche atravesó a toda carrera la calle porque creyó haber visto a Luis Eduardo de pie en el andén llamándolo con la mano, pero no era él, era un empleado de la clínica que estaba llamando un taxi.

Un día, Mateo vio un grupo de personas que salía del edificio rodeando a una joven en una silla de ruedas, y movido por un extraño impulso llegó hasta ella. Alcanzó a lamer su mano antes de que los escandalizados familiares de la muchacha lo apartaran.

Unos metros más allá de donde estaba el grupo, Mateo se detuvo y tendió hacia Sofía la mirada, con una intensa carga de inquietud en la que se iba haciendo cada vez más fuerte un mutuo reconocimiento. Sofía percibió que el corazón que latía en su pecho saludaba al perro que la miraba y Mateo no entendía lo que veía, pero tenía la certeza de que el corazón de Luis Eduardo estaba frente a él.

En medio de las protestas de sus familiares, Sofía hizo que subieran a Mateo a la camioneta que la llevaría a ella y a su nuevo amigo rumbo al hogar.

# NORTE DE SANTANDER



Complejo carcelario y penitenciario  
metropolitano de Cúcuta

Norwell Calderón  
Director de taller





# LA HISTORIA DE SAHORÍ

Laura Ubieli Vallejo Lizarazo



Desde su niñez, Sahorí siempre quiso tener mucho dinero. Fueron pasando los años y tomó la decisión de irse del lado de sus padres. Consiguió un trabajo, pero no le gustaba hacer nada, todo lo quería fácil. Con el paso de los años también quería otras cosas, como operarse para tener senos más grandes, tener casas, carros, y como no le gustaba hacer nada, tomó la decisión de prostituirse. A Sahorí le pareció más fácil, no tenía que hacer nada, solo acostarse con hombres que le pagaran por su cuerpo. Pasando los años se operó y cada día tenía más y más dinero, y quería más.

Un día uno de sus clientes le hizo una propuesta que ella aceptó. Cuando llegaron a la finca del paseo a la que la invitaron, todo era bonito. Así pasaron varios días, pero una mañana cuando todo estaba calmado, la piscina limpia, los pájaros cantando y el cielo azul, llegaron unos hombres que les dispararon. Habían rodeado toda la finca, y fue tanta la plomacera que murieron todos los hombres del que la había contratado, y eso que eran como cincuenta.

Mientras disparaban, Sahorí corría y lloraba. Se tiró al suelo para pedirle a Dios que la guardara y Dios la oyó. Sahorí recibió dos disparos, pero quedó viva. Cuando ya pasó todo, se le acercaron dos hombres para mirar si también estaba muerta, pero no, solo lloraba pensando que los tiros eran graves. Los hombres se presentaron: “Somos del C.T.I.”. Ella preguntó qué estaba pasando. Ellos le respondieron: “Este tipo con el que usted estaba tenía orden de captura y lo teníamos en seguimiento desde hace años, pero no se nos presentaba la oportunidad”.

A Sahorí la llevaron a una clínica, y pasados cinco días pensó que todo había pasado ya, pero no era así. Preguntó qué le pasaría, y le respondieron que iría a la cárcel. Ella lloraba sin creer del todo que eso era cierto. “Yo no maté a nadie”, se decía, y miraba al cielo, pero esa vez Dios ya no la escuchó.

Ahora llora en su rincón. Por la vanidad su vida terminó en la cárcel, lejos de su familia, sin tener nada, solo un cuarto oscuro y el vacío en su corazón. Ahora Sahorí lo único que quiere es ser niña y estar con sus padres para darles el amor que nunca les dio.

# EL COSTEÑO MALUCO

María Inés Torres Monsalve



Desde los cuatro años conozco lo que es el caos: mamá se separó cuando yo tenía año y medio; papá se fue y por la misma puerta en que se fue entraron las necesidades. Éramos cinco y ella estaba embarazada. Jesús, el mayorcito, no llegaba a los 14 años. Mamá lavaba y planchaba, hacía turnos en restaurantes y ni así la plata alcanzaba. Una o dos veces al año teníamos un vestido nuevo, no teníamos nevera ni nada, tampoco mucho que echar a la barriga.

A mis cuatro años mamá consiguió otra pareja, se llamaba Arnold, y fue terrible para nosotros, pues se enamoró perdidamente y llegó al límite de dejar que él nos golpeará con correas. Mi padrastro era brusco, altanero, maluco, mantenido, de todo tenía y todo era malo. Era joven, alto, moreno, simpático, de voz gruesa y temperamento fuerte. Mamá se enamoró y veía por los ojos de él. Los siguientes tres años fueron terribles y mamá lo dejaba hacer lo que quisiera.

Por esa época mamá y mi padrastro discutían todo el tiempo, y mamá lloraba. Así fue hasta que nació Juan, el séptimo de nosotros. Para las fiestas del día de la Virgen del Carmen yo tuve que ir corriendo por alcohol y gasa, porque mi mamá se

parteaba ella sola. Me demoré mucho y cuando regresé Juan ya lloraba en brazos de mi hermana mayor.

Ya éramos un ejército y nos tocó irnos a una invasión con un nombre que nada tenía que ver con la realidad: se llamaba “El paraíso”, aunque solo eran tres casitas de tabla. Ahí nació otra niña, hija de ese costeño maluco.

Con el nacimiento de Amalfi todo se puso peor para mí. No podía mover ni un ojo, porque si Amalfi se caía el costeño maluco me arreaba a manguerazos. Me pareció que el tiempo se había detenido y todos los días eran iguales, hasta un día en que mamá fue a trabajar y yo a chismear, quería saber para dónde se iba todos los días mi padrastro.

Esa vez salí detrás de él, sin que me viera. Lo vi cruzar el patio, entrar a la casa de Severiana, la vecina a la que mamá tanto ayudaba. Como dejó la puerta entreabierta entré y lo vi encima de Severiana moviendo sus nalgas. Yo me asusté y salí corriendo.

Le conté a mamá y ella me gritó “mentirosa”. Y me dio una pela que terminó cuando me rompió la boca con una chancla. “Usted y sus mentiras nos van a meter en problemas. Pobre Arnold, no sé por qué le tiene bronca. ¡Dios mío!, qué tal que don Dionisio la escuchara”.

Luego el tiempo volvió a detenerse porque todo era igual: mi hermano mayor trabajando en un chircal y el otro vendiendo pasteles, mamá trabajando como mula, ahorrando para montar un restaurante, y Arnold montando a la vecina cada vez que mamá se iba. Así fue hasta un sábado. Yo estaba buscando agua para hacer el desayuno cuando él me gritó: “María, haga rápido el caldo para la niña”. Me asusté y monté la olla mirando que mi padrastro estaba revolcando el escaparate en la pieza de ellos. Agarró una tula, alistó unas cosas y en la tula echó la plata del ahorro para el restaurante. Se despidió de Amalfi con una lágrima, me miró con rabia y salió. Yo no entendía bien qué pasaba.

Mamá llegó por la tarde, me preguntó por el costeño y yo le dije que se había ido temprano. Mi madre se sentó a esperarlo hasta muy noche y no se pellizó sino hasta el día siguiente, cuando todo estaba listo para el paseo de los domingos, y él no

llegaba. Mamá fue hasta el escaparate y no encontró nada, escuchó los gritos del vecino, Dionisio, que estaba todo borracho quejándose porque la mujer de él, Severiana, tampoco había llegado. Fue ahí que mamá entendió todo. Se sentó en la cama y lloraba como un bebé, lloraba tan triste que creo que en ese momento las matas, las flores y hasta los animales empezaron a marchitarse, como luego se marchitó ella por culpa de ese costeño tramposo, engañador y maluco.



# EL VIAJE

Ana María Gómez Abadía



Lisímaco colgó la llamada y miró serio a Sinforosa.

—Ve, amor, me voy para Cúcuta donde tía Mary, para hacer una obra con Yemayá.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó su esposa.

No pasó ni un segundo para que él le respondiera:

—No, voy solo.

—Te caíste de la cama o sos bobo —dijo furiosa la mujer—, vas conmigo o te vas soltero.

Desde sus impresionantes dos metros de altura, y como de costumbre, Lisímaco reconoció el dominio de su esposa, aunque esta vez se atrevió a advertirle:

—Estás loca. Empacá tu maleta y después no te quejés.

El resto del día lo pasaron en vueltas de santería: compraron una gallina, unos dulces, y se fueron a la casa del eleggua para ofrecer la gallina y los dulces al santo dueño de los caminos. Le entregaron las ofrendas a José, que hacía de padrino de la casa santoral, y sostuvieron el ave que él degolló para regar la sangre sobre el santo y luego ofrecer los dulces.

—Los caminos están abiertos —dijo Lisímaco en voz alta—, mi baba eleggua me protege.

El padrino José puso sus ojos tiernos en Lisímaco y cruzó sus brazos regordetes antes de decirle:

—Cuidado, sobrino, usted tiene osogbo achelú.

—No, tío, yo no tengo problemas con la ley.

Sinforosa los vio gesticular como si discutieran y se acercó cuando volvió a escuchar que José le advertía a su esposo que no lo fuera a meter en problemas. Entonces se enfrentó a Lisímaco.

—¿Cómo así que osogbo achelú? Qué está pasando. ¿Vos volviste a voltear con la gente de cámbulos o qué?

—Nada, nada. Mi padrino lo que anda es paranoico.

El plan era pasar un día en Cúcuta y regresar a Cali. Nos llevaron más de dos maletas que mantuvieron junto a sus pies mientras tomaban Pony Malta en la cafetería. Sinforosa chateaba en su celular y de vez en cuando levantaba la vista para mirar a Lisímaco. Un año y cuatro meses juntos no habían mermado su amor por el gigantesco Lisímaco. No le importaba su ojo adormecido, ni la leve desviación de su mandíbula. Para ella él era perfecto. Las únicas sombras venían del lado de sus cambios repentinos, sus rabias y sus delirios de persecución.

Justo ahora lo veía afeitado, mirando a todos lados con su típico gesto de rascarse la nuca. De un momento a otro se quedó quieto, mirando hacia la entrada que estaba a su izquierda. Siguiendo su mirada, Sinforosa también miró hacia allí. Un hombre muy alto, con casi el tamaño de su esposo, se había detenido en la entrada con los brazos abiertos. El abrazo de los dos le causó extrañeza a Sinforosa. Los vio saludarse con excesivo afecto y se acercó para ver quién era ese hombre que tanto abrazaba a su esposo. El otro gigante preguntó casi gritando:

—Entonces qué, pri, ¿listo pa' el viaje o qué?

—Sí, parece.

Luego miró a su mujer con cara de enamorado y sonriendo a Sinforosa dijo:

—Le presento a mi esposa.

El saludo entre los presentados fue diferente: el de ella frío y distante, el de él, de falsa alegría. Sinforosa nunca había oído



hablar del tal primo Jerónimo, y de entrada le cayó como patada al hígado. Sinforosa ya estaba de mal genio, porque al llegar a la terminal tuvo un disgusto al tropezarse con una pelirroja que estaba atravesada mientras revisaba unas maletas. El tropezón casi hace caer a Sinforosa y eso le había arruinado el rato.

Ya en el bus Sinforosa le reclamó a su esposo:

— ¿Quién es esa gonorra? A mí no me meta el cuento de que es su primo.

—Usted si es visajosa, mujer —le dijo Lisímaco, fastidiado—, ese es el hijo de mi tía Mary. No ve que trajo las maletas de ella.

Luego la calló con un beso y compartieron las closapinas que llevaban para el viaje. En menos de 20 minutos ya estaban dormidos. Sinforosa pasó varias horas despertando y volviendo dormir, nerviosa, viendo a ratos el paisaje bajo la luna grande y redonda que lo iluminaba todo. Ya habían viajado mucho cuando almorzaron en un restaurante de páramo. Sinforosa calmó sus nervios fumando un tabaco a los muertos. Preguntó al chofer cuánto faltaba para Cúcuta y creyó escuchar que eran algo más de tres horas. Volvieron a discutir en el bus porque ella llevaba la blusa abierta. Por eso cuando lo abrazó por su aniversario, él le gritó:

—¡Qué aniversario ni que nada. Tápate esas tetas, más bien!

Molesta, Sinforosa se puso a chaquetear hasta que, más de una hora después, Lisímaco la abrazó y se disculpó. Y abrasados entraron a Pamplona. Todo volvía a estar bien, Sinforosa sentía que todo estaba bien, menos ese hueco con casas en medio de la neblina al que acababan de llegar. Cerca al terminal bajaron a tomar algo, mientras algunos pasajeros que se quedaban en el pueblo sacaban sus maletas. Al salir, Sinforosa se tropezó con la misma mujer del pelo pintado de un rojo intenso que le había fastidiado el viaje antes de subir al bus, y la bruja estaba otra vez agachada, pero esta vez tratando de acariciar un perro pastor alemán que le valió un buen susto. Un policía le dijo secamente a la pelirroja:

—Déjeme quieto al perro, que es de la Policía y no se debe tocar por extraños.

Sinforosa se rio para que la pelirroja la escuchara y se apartó para que el perro pasara a su lado. Era bonito y grande, con una cola esponjosa que iba batiendo de lado a lado. Sinforosa lo siguió mirando cuando pasó a su lado y se acercó al bus para pararse justo frente a las maletas de la tía Mary, las maletas que les había dado el tal primo Jerónimo, y vio cuando el policía se acercó y ordenó:

—¡Abran esa maleta!

Alcanzó a mirar a Lisímaco, y al verlo supo que el viaje había terminado. Después todo fue como una cascada, una corriente que la empujó entre los policías, la fiscalía y el juzgado, agarrada a la esperanza de que el juez entendiera que los dueños de la droga eran Lisímaco y claro, el tal Jerónimo. Un remolino en el que muy tarde comprendió las palabras del padrino baba: osogbo achelú.

# EL DOLOR DE UNA PARTIDA

Rosa María Flórez Pabón



Comenzó al amanecer de un nuevo día, un lunes, y comenzó con entusiasmo y felicidad. A las seis de la mañana mi madre me llama: “Hija ¿no va a mandar los niños al colegio?”. “No, mi gorda —le contesté—, tengo pereza y no los voy a enviar. A las diez me llama otra vez: “Hija, no haga almuerzo, yo ya encargué”. Al mediodía subo por los niños, y ella, amorosa, me dice: “está listo, mi muñeca”. Son las doce y cuarenta, y de nuevo me llama: “Mami, ya están los almuerzos”. “Yo voy por ellos”, le digo, pero ella me responde: “No, deja, yo los envío”.

Minutos después tocan la puerta, abro y es la niña de los almuerzos. Los recibo y cierro la puerta, y no pasa un minuto cuando escucho unos disparos. Al instante tocan a mi puerta apresuradamente. Pienso en la niña de los almuerzos y abro con temor de verla herida. No es la niña, es una vecina. “Mire —me dice enredándose los dedos— a su mamá la hirieron”. Corro desesperada, casi llevo a la puerta de mamá, tupida de gente que me repite “Yo siento”. No les entiendo nada, corro, corro como si el corazón se me estuviera saliendo, corro al interior de la casa.

Mi madre, la mujer que me dio la vida, está tirada en la sala, muerta.

No recuerdo mucho, me dicen que caí de rodillas, miré al cielo y exclamé: “¡Por qué, Dios!” “¿Dónde estabas cuando me quitaron a mi madre?”. Me arrancaron un pedazo de mi pecho dejándolo destrozado y la vida acababa para mí. De la mano de mis hijos tuve que enterrar a la mujer más maravillosa del mundo.

Ese día juré que algún día tendría el poder para vengar su muerte, y lo esperé, pero por estar buscando esa venganza me enredé en lo que no tenía que hacer y eso me trajo a este lugar.

Ahora veo el holocausto de la noche y solo pienso que si Dios hubiera estado ahí, ese día, nada de esto hubiera pasado, mamá estaría viva y yo libre, con mis hijos. Entonces tengo derecho a preguntar: ¿dónde estás, Dios? Aunque nada me responde.

# UN SÁBADO ESPECTACULAR

Ruth Soraya Ávila Jaramillo



Ese sábado, a las diez de la mañana, estaba vendiendo los porta-CD en pleno centro, como todos los días. Era un sábado espectacular, con mucho pueblo en las calles. Las aceras estaban llenas de vendedores, casetas de venta de ropa, calzado y bisutería. El sol parecía una bandeja reluciente, y yo sudaba como caballo.

—Mire, campeón, le tengo el porta-CD especial para usted.

Así les decía a los clientes. Los miraba, y dependiendo de su personalidad (que sabía por su forma de vestir, por sus lentes, y sobre todo por los zapatos) les ofrecía la calidad del porta-CD o les ponía el precio.

Era un sábado espectacular, ya lo dije. De repente alguien gritó: “viene el avión”, que es como le decimos los vendedores de la calle al camión de la policía. Yo como que escuché, pero estaba complicada con un cliente que quería comprarme tres docenas y estábamos regateando el precio. Por eso me demoré en recoger la sábana donde los estaba exhibiendo.

Cuando ya los vi fue encima. Uno de los bachitombos me agarró el manto de la mercancía (el manto sagrado, sagrado para mí, porque ahí estaba mi plante y la comida de mi familia). Pensé

en ellas, en mi madre y mi hija, y me le tiré al manto. Forcejeamos un rato: en la brega se cayeron los porta-CD, me le atravesé al policía, que era jovencito, para que no subieran mi mercancía al camión, y luego nos sacamos a bailar las madres, nos boleamos groserías y nos prendimos a lengua y tirones. Y el bachitombo estaba furioso, pero no me podía quitar la sábana y la mercancía.

Los aguacates estaban regados por todas partes, levantando la mercancía de todos los que vendíamos en el centro, y como el bachitombo se sintió perdido, llamo más compañeros.

Es que había mucha gente y la gente gritaba: “No le peguen, no le peguen, déjenla trabajar”. El gentío cada vez estaba más cerca, haciendo un círculo. Entonces supe que le estaba ganando al policía.

Hubo un momento en que mi cara morena quedó cerquita, frente a frente, con el flaco y largo muchacho. Yo lo miré como a una palma de coco, porque era bien alto, y preparé el tirón final para agarrar mi bulto y perderme entre la gente. Entonces sentí que me ardía la espalda, me volté y vi a otro policía, también jovencito, que tenía el bolillo listo para darme un segundo garrotazo. Y de pronto llegaron todos, como si estuvieran en una manifestación de aguacates. La gente gritaba defendiéndome, pero yo me había caído con el segundo bolillazo y lo único que veía eran caras, cascos y bolillos lloviéndome por todos lados.

La gente me paró del piso (estaban rabiosos) y fueron capaces de enfrentar a los policías y les gritaban: “Péguenle a su madre, hijueputas cobardes”, y cosas por el estilo. Pero yo estaba derrotada, apaleada, sin mercancía. Me senté a llorar.

Siguieron los quince minutos más largos de mi vida, en los que no era capaz de pararme en la soledad del andén, aunque todavía había mucha gente a lado y lado. No sé cómo llegué a la casa, pero el día siguiente fue peor. El dolor era como tener un tractomula encima, como estar electrocutada con una cuerda de luz, como un rayo que me partía el alma.

Después vino lo del médico, las radiografías, las medicinas, la camilla de urgencias, el vómito de sangre por seis días, el desespero, las noches sin dormir viendo llegar a los heridos, la peor pesadilla del mundo estando despierta. Y luego más exámenes,

y sentir que me llevaban en una carrera, en camilla, mientras las luces del pasillo pasaban por encima. Después solo recuerdo la mascarilla de oxígeno.

Todo porque ese bachitombo, porque esos policías en manada, tan jóvenes, tan bonitos, tan bien presentados, me partieron la cadera, me reventaron por dentro y la infección me llegó al corazón, pero de verdad, la infección me llegó al corazón y casi me mata. Y por último, ese sábado espectacular, ellos también me desprendieron: ¡el riñón, los sueños y la vida!





# OJIZARCO RONDALLA

Y. M. C. R. (seudónimo)



Este cucho sí está bueno, ricototote.  
Así le dije a mi amiga ahoritica, cuando pasabas.  
Te miré de arriba hasta los zapatos  
la presencia de hombre.  
Luego me quedé estúpidamente mirándote,  
y los monitores que vinieron contigo a dar clases  
también me miraron  
con cara de pervertidos.  
Me empelotaron con sus miradas,  
y me gustó  
porque soy vanidosa y tengo presencia.  
Y tú también me miraste,  
ojizarco,  
alto,  
acuerpado,  
del color de la galleta rondalla.  
Estás como para saborearte delicadamente,  
mordiéndote de a poquito,  
para que no te me acabes.

Ojizarco rondalla,  
si te viera en la calle te haría:  
pish, pish  
te chuparía a besos,  
besos lanzados desde mi verja,  
besos apasionados,  
ricos como una ensalada de frutas  
con bastante leche condensada,  
con mucha lechera.  
Aunque ahora no puedo intentar probarte,  
porque tengo una fiera al lado (que es mi pareja)  
y porque aquí no se puede hacer nada  
y porque... como decía papá: "el respeto ante todo".  
Pero me queda el recuerdo de esos cinco minutos,  
ojizarco rondalla.  
Como regalo de cofrecito que uno conserva  
te voy a llevar hasta el último día  
como una cosquilla abaj...  
arriba del estómago.

# ERA LA MEJOR DE LA ESCUELA

Yeini Lisbeth Giraldo Durán



Mi nombre es Heidy, tengo 21 años y estoy acá por delincuente. Recuerdo que cuando era niña, como los 9 años, era una de las mejores alumnas de la escuela. Aún no me maquillaba ni me había puesto *pírsin* en la lengua, la nariz, la oreja y el ombligo. Era una niña de bien. Luego mi mamá empezó a viajar y me dejaba con la empleada y mis hermanas. Ellas eran rumberas, locas, y me dejaban sola porque la empleada también se iba con ellas.

Cuando mi mamá llegaba de viaje le ponía las quejas, pero nunca me creyó. Al final, yo salía regañada y de paso mis hermanas me pegaban. En mí fue creciendo un odio lento y tan grande hacia ellas que empecé a rebelarme, a no hacerle caso a ninguna, ni a mi mamá.

La única vez que mamá me dio un abrazo y un beso fue un día en que se acercó a la escuela a preguntar cómo iba yo. De resto, siempre fue indiferente. También recuerdo que mis hermanas me castigaban hasta que un día me escapé de la casa.

Me fui donde Nubia, que en paz descansa. Era la mamá de Daniela, una niña a la que yo ayudaba en la escuela y por eso la señora me quería. Nubia era bandida: cuando vivía en su casa y

hacíamos las tareas con Daniela, cada vez que me asomaba por su cuarto la veía colocando balas en cruz al frente de una virgen, junto a una pared llena de fotografías y una pistola encima de la cama. Una vez se dio cuenta de que la había visto, porque salí corriendo y me senté con Daniela en la mesa, temblando. Al ratico la vi venir y me llamó aparte. Me dijo muy bajito: “No te asustes, simplemente es mi trabajo. Lo hago porque necesito y porque me gusta. Daniela no sabe nada, júrame que me vas a guardar el secreto”. Después me cortó el dedo con una hojilla y ella también se lo cortó, unió nuestros dedos y me dijo que eso era un pacto. “Yo no soy mala persona, simplemente es mi forma de ser. Ahora seremos las mejores amigas”.

Nubía siguió llevándonos a Daniela y a mí a la escuela, pero me daba miedo que mi curiosidad hiciera que me cortara otro dedo para otro pacto. Una noche, cuando dormían, me fui y busqué a mi papá. Ya hacía rato vivía separado de mamá, porque le pegaba mucho a ella.

Él tenía dinero, una casa hermosa, grandísima, con muchas empleadas y hasta un chofer que lo llevaba a todas partes. Allí me pasé los primeros días nada más viendo televisión, comiendo crispetas y metiendo tres dedos dentro de un pote gigante de arequipe para luego chuparlos. Era tan rico que aún me acuerdo, pero me aburría porque no tenía amigos ni libertad para salir a hacer cosas de jóvenes. Ya tenía 12 años y empecé a ser vanidosa, me maquillaba, usaba shores y faldas cortas, me quité esa tonta palma de coco que mamá me hacía en el pelo y también boté los zapatos de charol, los vestidos largos de ruedo ancho y las medias gruesas.

Papá también se dio cuenta de mi cambio y dijo que me estaba poniendo tan linda como había sido mamá de joven. Entonces decidió meterme a la academia de modelaje “Best Mode”. Ese año aprendí a caminar en tacones, a maquillarme, a combinar la ropa moderna, clásica, deportiva y elegante. Aprendí a expresarme mirando a las personas a los ojos. Aprendí mucho, pero sabía que había otras cosas que iba a tener que aprender más allá del modelaje.

“Haga las maletas, que nos vamos de viaj”, me dijo papá cuando llegué a casa, después de la graduación en la academia. Él

no quiso ir, pero me estaba esperando en la sala. Luego me dijo: “Nos vamos para Medellín, de gira”. Me quejé por mi estudio y me respondió bravo: “Allá la pongo a estudiar”.

En dos meses fuimos a Medellín, Manizales, Pereira, Villavicencio, Tuluá, y no recuerdo cuántos lugares más. Hasta que llegamos al hotel Magdalena, de Bucaramanga, donde me agarró el dengue durísimo, por tres días. La ropa de los dos se acumuló y papá se puso a lavarla, la colgó y de pronto salió sin decir nada. Regresó al rato diciendo que nos cambiábamos de hotel. Echó la ropa húmeda en la maleta y me hizo caminar una cuadra hasta otro hotel, más grande y lujoso. A mí ni me importó porque estaba enferma y me sentía destruida y fea.

En la habitación, de noche, él sacó la ropa de la maleta y la puso en una de las dos camas, y la cama se humedeció mucho. No había forma de dormir en ella. “No importa”, me dijo, “dúchese y se acuesta acá conmigo, en estas camas caben dos perfectamente y así mejor puedo estar pendiente de la fiebre”. Apenas me acosté me puso la mano en la frente y se preocupó. Vio que estaba ardiendo de fiebre y me dijo: “Espéreme, tranquila, ya vengo”. Cuando volvió traía una inyección lista. “No te va a doler nada”, me explicó y sonrió cuando tuvo que decir “bájate la piyama”, pero me dolió mucho y sentí dormirse mi nalga. Luego me fui yendo lentamente en el sueño.

Desperté sola, temprano, intenté pararme de la cama y no pude. Me dolían las caderas, las piernas, todo y en todas partes. También tenía chupones y arañetazos. Como pude me arrastré al baño y al sentarme en la taza vi caer eso, esa especie de colbón blanco y espeso. Oí caer una gota grande. Nunca olvido ese sonido, esta es la hora y no lo olvido.

No esperé a que él regresara, no quise verle la cara ni oír su voz. Abrí su maleta y lo robé. Como pude viaje a Cúcuta, busqué a mamá y no me creyó. Tan solo mi madrina me creyó y me llevó a denunciarlo. Él está preso hace cinco años, pero saldrá libre. En cambio yo estaré presa de esto para siempre.

Yo estoy acá por delincuente, soy Heidi, pero esa ya es otra historia.



# NORTE DE SANTANDER



Establecimiento Penitenciario  
de Pamplona

Johanna Rozo  
Directora de taller





# LA ABUELA

Edison Alexander Rico Parada



La abuela era la persona que más significado le daba a mi vida. Recuerdo mucho cuando era muchacho y yo llegaba del colegio triste, ella era la única de la casa que sabía que algo me pasaba, no tenía necesidad de contarle nada. Me tomaba del rostro y me miraba brevemente a los ojos y así me esculcaba el alma. De inmediato se ponía a cocinar cosas muy ricas: tortas, postres o galletas, y cuando yo comía y empezaba a sonreír, ella también era feliz. Luego me daba plata para ir por los mandados y me dejaba los vueltos para que fuera a jugar video-juegos. Ella hacía lo que fuera para que yo estuviera feliz, lo que fuera. Pero le faltó reprenderme, sus mimos me trajeron hasta aquí.



# EL NIÑO Y LA ESTRELLA

Juan Carlos Gutiérrez



Te contaré una historia que mi abuelo me contó:

Había una vez una niña que vivía en el campo. Un día su mamá se enfermó y la tuvieron que llevar lejos para curarla. El padre de la niña trabajaba muy duro para cuidarla y esperaba que su esposa regresara. En medio de esa tristeza la niña rezaba todos los días, le pedía al Ángel de la Guarda que no desampara a su mamá y lo que más deseaba en el mundo era que ella sanara.

—No es Navidad, no puedo pedir un deseo, o un regalo, el niño Dios está ocupado —pensaba.

Preocupado, el Ángel de la Guarda acudió al señor y le dijo:

—Padre, esta pobre niña sufre porque su mamá no mejora.

Cree que no la escucharás por no ser Navidad.

—¡Jamás! Yo siempre estoy disponible.

—Mándale una señal para que su corazón rebose de alegría y sepa que su madre regresará sana a casa.

El Poderoso tomó con los dedos una pequeña bolita de luz divina y la lanzó sobre el cielo.

La niña en la ventana vio correr una estrella que dejó un camino de luz a su paso. Su corazón dio un salto, cerró los ojos y pidió:

—Señor, que mi madre se cure y regrese pronto.

Abrió los ojos y vio la estrella que surcaba el cielo...

El Ángel sonrió.

Dios está muy contento, ya que la niña supo que siempre podía contar con él y que cuando viera una estrella correr, podía pedir un deseo.

# EL SOMBRERO NUEVO

Jhonathan Duarte Pinzón



El señor José Buenahora, muy bien parecido, acaba de comprar en el almacén del pueblo un sombrero de cuero con un símbolo no muy conocido. Caminando por las avenidas se encuentra con doña Bequí, quien le da la mano pronunciando con una voz muy suave: “Qué bonito sombrero”. Don José, dando un paso a su lado, como queriendo decirle algo, agacha su cara y sigue su camino, mientras la señora Bequí se queda paralizada, con un brillo en los ojos, al saber que José comenzó a gustarle, como si hubiera intervenido Cupido.

Don José siguió su camino hacia su casa pensando en la oportunidad que tuvo al saludarla. Dentro de casa prepara una taza de café, suspirando con la imagen de aquella mujer tan bella. Cierra los ojos y al abrirlos Bequí se encuentra frente a él.

Su sombrero cumplió un deseo y le hizo una buena jugada.



# BOSQUE

Duván Estivenon Becerra Rey



En mi caminata por el bosque, meditando y observando, vi en un árbol una mariposa de colores hermosos y alas grandes. Me acerqué cuidadosamente, me subí a recorrer el bosque, me llevó la brisa que susurraba en mi oído, mi corazón acelerando sus latidos, lágrimas brotaron de mis ojos, con sus alas me envolvió y me consoló. Aquellas alas eran tan suaves, como la piel de aquella mujer que un día amé tanto y solo encontré en sus brazos consuelo. Me dijo: “¿La amas?”. “Mariposa” le dije, “si mis pensamientos has leído, tú sabes la respuesta”. Me retrocedió en el tiempo a aquellos días tan hermosos, y entre sollozos le dije: “No lo puedo soportar”. Me dijo: “Espera un momento, algo te tengo que mostrar”. Me llevó a ese día donde con gran cobardía a mi amada insulté. Me preguntó: “¿Te acuerdas?”. Este es el motivo de mi agonía, que me consume día tras día y no me deja vivir. “Una nueva oportunidad tendrás”, me dijo, pues tu amada volverá. Ella también te espera y te quiere perdonar. Del sueño desperté, y al lado encontré a mi amada. Con lágrimas en los ojos, la desperté y le dije: “Perdóname”.





# EL VIAJE

Juan Jesús Acevedo Mogoto



Mi amigo tuvo ese día la popular idea de viajar. Era una locura desde el principio, nos tocaba a pie, no teníamos ni un peso. Llegar a Cúcuta caminado era difícil, son dos horas en carro, calculen cuánto sería a pie. En el camino unos perros nos corretearon, y llegamos al pueblo más cercano: Pamplonita. Entonces pasó un camión e hicimos señas para que nos llevaran. Nos preguntó a dónde íbamos y a qué, pero después del interrogatorio nos dejó ahí parados. Seguimos caminado, agarrando frutas para el hambre y la sed. En la mitad del camino, agotados nos sentamos a pensar si era mejor devolvernos o seguir en este viaje.



# SIN ASUNTO

Simón Adrián Jaimes Ramón



Hola, mi amor: ¿Cómo estás? Llevo mucho tiempo pensando en ti cada día y cada noche desde que estoy aquí. Trato de no pensar mucho para no torturarme por tu ausencia. Quisiera tenerte a mi lado, contarte muchas cosas de lo que estoy viviendo y decirte que todas las noches rezo por ti y por mí.

Y le pido mucho a mi Dios que te guarde y te ilumine. Que las cosas no cambien, ya que son muchos años, pero te extraño y espero encontrarte igual cuando salga. Ya sabes que quiero conformar un hogar contigo. Me estoy formando para ser mejor persona. Esta es la décima carta que te escribo. Aún espero tu respuesta.



# EL CREADOR

Édgar Capacho Gamboa



En una isla remota se encontraban un grupo de animales amigos, el tigre, la jirafa y el león. Este último tenía el don de curar y la jirafa estaba muy preocupada ya que uno de sus tres hijos se encontraba grave de salud, después de haber comido de los frutos de unos árboles. La jirafa le preguntó al león: “Amigo, dime qué puedo hacer, mi hijo se encuentra mal de salud”. De inmediato, el león sacó su bolso, buscó tres recipientes, los mezcló y se los dio a tomar a su hijo. Y le dijo a su amiga la Jirafa: “En el transcurrir de 10 minutos tu hijo se levantará y gritará, bailará y todo se lo deberemos a nuestro señor y creador de Dios”.



# QUINDÍO



Establecimiento Penitenciario  
de Calarcá  
(Peñas Blancas)

José Rodolfo Rivera  
Director de taller





# EL PASADO NO SE OLVIDA

John Jamer Rivera Rosero



Hace más o menos seis años trabajaba instalando equipos de aire acondicionado en las oficinas de la ciudad. En uno de esos trabajos de instalación, como novedad, me tocó desplazarme hasta un bar en las afueras de la ciudad. Como soy muy amigable, me hice a cierta confianza con el dueño del bar, al punto de que nos reuníamos ciertas ocasiones a tomarnos unos tragos en su establecimiento. Días después robaron el local, y como yo guardaba la herramienta de trabajo en el local, el dueño decidió demandarme por robo.

Decidí hacer caso omiso a aquella demanda, me alejé de aquel lugar y de aquel supuesto amigo, y traté de seguir con mi vida. Algunos años después, en una requisita que hacía la policía, me informaron que tenía una orden de captura por robo. Recuerdo aquel día como si fuera ayer: me temblaba todo y no pude evitar llorar por rabia e impotencia.

Nunca he cometido ningún delito, no le he robado nada a nadie, pero bueno, aquí estoy, en este lugar que me cambió la vida, sobre todo con mi familia. Estar encerrado aquí, con personas de diferentes estratos sociales y diferentes formas de

pensar, me ha dejado muchas enseñanzas, que trataré de poner en práctica cuando salga. Por ahora, ya llevo dos años y me faltan dos. Ya llegará mi anhelada libertad para estar de nuevo con mi familia. Por ahora, mi vida y mi camino están en pausa.

# UN VIAJE VIVIDO

Jonathan Varón Quiroga



En el año 2012, del mes de agosto, el día 16, me encontraba trabajando como papayero. Llevaba en este oficio cinco meses hasta que una mañana, el día del pago, tuve un pequeño inconveniente con un compañero al que le decimos el Muerto. Entonces, por evitar entrar en choque decidí irme para la tienda del caserío que se llamaba Santa Rosa. Allí atendía una mujer hermosa llamada María Cristina.

A la hija de ella me le robaba los picos, pero la que más me gustaba era la mamá, porque prefiero las mujeres mayores. Sin embargo la hija era la que se portaba mejor conmigo. Cerca de la tienda había un río grande por donde había un túnel, y ahí me encontraba con Isabela para hacer de las mías o, mejor, hacíamos de las nuestras.

Todo iba muy bien con Isabela, hasta que llegó don Cristian, el patrón, que nos llamó para lo del pago. Ya estaba enterado de mi problema en el trabajo y como yo era el más nuevo ese mismo día me dijeron que ya no trabajaba más. Supe que tenía que irme, pero como tengo la manía de ser muy impulsivo,

no me podía ir sin que él se saliera con la suya. Me acerqué a la mesa a donde estaba sentado y le descargué un puño en la cara.

Nos agarramos a golpes, yo manoteaba todo lo que podía, porque tenía que demostrar que nadie me ofende ni me humilla. Después de calmarnos nos quedamos esa noche en la finca y empecé a beber con el Muerto. Terminamos hablando y arreglando las diferencias, y así hasta muy tarde en la noche.

Al otro día llegaron unos señores que según dijeron, venían de la Paz, Casanare, y nos preguntaron que si éramos papayeros, a lo que les respondimos que sí, aunque apenas si estábamos conociendo el cultivo. Entonces nos pidieron que viajáramos a Yopal a encontrarnos con ellos. Y como yo no tenía trabajo, pues acepté, y nos fuimos con un compañero que era de allá. Nos recogieron, nos dieron comida y hospedaje.

Al otro día, siendo el 18 del mes de agosto, como a las diez de la mañana, partimos para la Paz, Casanare. Y entonces vimos que en el recorrido hacían unas paradas, más bien algo sospechosas, por los lugares donde entraban. Ahí fue que me entró la espinita de que algo no andaba bien. Llegamos como a las cinco de la mañana a una finca donde no se veía ningún cultivo, más bien como montañosa, y empecé a confirmar que nos habían llevado para otra vaina.

Nos dijeron que nos quedáramos en la finca, que al otro día nos recogían a las seis de la mañana. Me dije: “¿Por qué nos traen acá y se van?”, si hasta la señora que nos sirvió la comida se marchó. Yo le dije a mi amigo: “Socio, esto no es nada bueno, me huele a engaño”. Por fortuna, como tengo buena retentiva, pude grabarme el camino de regreso, por si algo, y tarde en la noche regresé a la carretera. Y me di cuenta de lo que estaba pasando: algún grupo armado, guerrilla o paracos, nos querían reclutar. De una fui y le comenté a mi socio: “Tenemos que empezar a maquinar nuestra huida, lo haremos a las tres de la mañana”. Y así lo hicimos: nos escabullimos atravesando la maleza, casi nos ven, pero supimos camuflarnos. Anduvimos mucho monte hasta llegar de nuevo a Yopal. Fue una travesía de cinco días a pie, a punta de panela, limón y agua, pidiendo comida en los

restaurantes. Atravesamos muchos pueblos hasta llegar a Cundinamarca, donde arribamos casi sin fuerzas.

Llegamos a la casa de un señor llamado Luis Ávila, que nos ofreció posada. Mi amigo se fue primero, pero yo me fui después, como a las dos semanas. Regresé a Armenia, pero como volví a los malos pasos me cogió la policía con ocho bolsas de perico. Así fue como, después de una larga travesía, llegué a la cárcel, desde donde escribo esta historia, la historia de mi vida, de una parte trágica de mi vida.



# UN DÍA ARRUINADO POR LA GUARDIA

Víctor Alfonso Londoño Hincapié



Era un diecisiete de marzo del presente año. El sol, como siempre, resplandecía aquella mañana por la pequeña ventana que hay en nuestra celda, que nos avisaba que era hora de levantarnos para un nuevo día. Nos duchamos rápidamente para organizarnos y salir lo más pronto al patio, porque si nos demoramos mucho, entra la guardia ya malhumorada, nos echan gas pimienta y nos dan garrote.

Salimos a buena hora al patio. Estando allí, como a eso de las siete de la mañana, llegó el desayuno: caldo de menudencias con tostada, café con leche y una naranja. Estaba ya comiendo, cuando se escuchó una fuerte voz que nos informaba sobre la hora de la jornada educativa. Salimos a clase y nuestra jornada terminó sin contratiempos. De nuevo en el patio esperamos la llegada del almuerzo. La tarde ya caía sobre nuestros hombros y el sol ya no era tan fuerte y luminoso como en la mañana.

El cansancio ya se notaba en nosotros y queríamos que nos entraran en las celdas para descansar de otro día rutinario. Y así fue: nos llaman con lista en mano y pasamos a nuestra respectiva celda. Estando ya dentro, relajados, se abre el comercio;

algunos venden comida, otros se rebuscan y venden minutos. Y estábamos todos tan tranquilos, cuando de repente se activa la alarma y en el patio todos empezaron a silbar, pues los guardias se metieron a requisar: incautaron droga, dinero, celulares. Nos dejaron mal, pues los celulares son nuestra única forma de comunicarnos con los seres queridos.

Luego, cuando los guardias se fueron, quedamos algunos tristes, otros furiosos, mirándonos entre nosotros, con el vacío de la impotencia y el encierro en nuestros ojos.



# CAMINO A LA MUERTE

José Yhilet Ríos Grajales



La rutina diaria de Charly transcurría sin ninguna novedad. De lunes a jueves dormía hasta tarde. No se preocupaba por estudiar, trabajar, ni ayudar a la familia en los oficios caseros. Siempre fue un chico rebelde, sus movimientos y ademanes eran como el viento que sopla sin ningún horizonte. Prácticamente era considerado un zángano, para decirlo de manera vulgar.

Lo más triste era que su señora madre, una mujer humilde, de raíces campesinas, vendedora de arepas, sí trabajaba con ahínco para complacerle los caprichos a su hijo. No contento con eso, Charly le exigía ropa de marca, buena comida, dinero para comprarse su porro diario y para salir de paseo. Todo para aparentar lo que no era.

En cierta ocasión, un amigo le propuso que se fueran a trabajar como chicos prepago a las grandes ciudades como Cali, Medellín, Bogotá, Bucaramanga o Pereira. A Charly la idea le gustó, pues era un trabajo acorde a su personalidad. “Dinero fácil”, pensó. Y comenzaron a viajar todos los viernes en busca de dinero, a frecuentar los prostíbulos más populares y a vender el cuerpo al mejor postor. Los dos se tomaron el trabajo muy en

serio. Las primeras noches les iba muy bien, su físico les ayudaba mucho.

Llegaba de nuevo a su casa vestido con ropa carísima y buen dinero en su billetera. Comenzó a mentirle a su familia diciéndoles que estaba trabajando como coterero y que por este motivo le tocaba viajar a menudo. Sin embargo, su madre no le creía, pues su sexto sentido le decía que algo raro estaba escondiendo. Los comentarios en el barrio no se hicieron esperar: se decía que Charly andaba en negocios raros, que estaba robando, sicariando o transportando droga.

Empezó a tener muchos problemas por sus mentiras, hasta que tomó la decisión de irse de su casa para evitar que se siguieran entrometiendo en su vida y poder hacer lo que quería sin que le dijeran nada. Tomó en arriendo un apartamento en la ciudad de Armenia, para sentirse al fin libre.

Charly empezó a transitar en lujosos carros, comía en restaurantes caros y miraba a los demás por encima de los hombros, creyéndose superior. Así fue como poco a poco se olvidó de su familia, hasta de aquel ser que le diera la vida. Conoció a mucha gente de estratos altos y se involucró más y más en el mundo ilícito.

Nunca se imaginó que su cuartico de hora se acabaría, que se derrumbaría su castillo: fue contagiado con sida y su salud empezó a deteriorarse. Tuvo que refugiarse y pasar sus últimos días aislado del mundo. Murió en la vereda El Placer, finca El Porvenir, en el municipio de Quimbaya, en compañía de su madre.

# RISARALDA



Establecimiento Penitenciario  
de Pereira

Mauricio Quintero  
Director de taller



# VIAJE TRAS LAS REJAS

Carlos David Duque Rodríguez



Creo que todo comenzó cuando yo era tan sólo un niño. No sabía, en medio de mi inocencia, qué sería de mi vida; no tenía conocimiento alguno del mundo que quería conocer y no sospechaba que la vida nos podría ofrecer tantas cosas. Finalmente es uno quien elige su destino. Hurtos, muertes, drogas, todo lo que se puede ver en el lado oscuro de la vida lo aprendí, no solo en el diario vivir, sino también mediante la historia patria tan oscura que nos antecede.

Lo que más me llamó la atención fueron las drogas, las exquisitas pero tan malditas drogas. Nunca he conocido peor demonio ni tan preciado tesoro. Las conocí a la edad de 12 años; comencé con la marihuana, las pepas, los pegantes, el bazuco, la heroína y el perico. Muchas de las drogas hoy existentes han pasado por este paladar de 23 años, que ha saboreado tantos sinsabores de las impurezas de la vida.

Al final, después de probarlo todo en materia de sustancias alucinógenas, solo me gustó la marihuana. Nadie se puede imaginar que una inofensiva planta, fruto de nuestra tierra, pueda ocasionar tantos estragos en las manos de un ser pensante.

Desde entonces, he consumido marihuana. Es algo que me ha ocasionado demasiados problemas con mi familia y amigos, en mi entorno social y en lo personal. Esto me llevó a estar pagando una condena de 4 años en la cárcel La 40, de Pereira, por llevar conmigo 7 kilos de cripi.

Las travesías no empiezan por el final, eso es muy obvio. Cuanto tenía 15 años dejé el hogar de mis padres para realizar mi vida y conocer las calles. Empecé como campanero en ollas, luego como vendedor, después como distribuidor, y así sucesivamente fui escalando posiciones en una vida delictiva sin parar. Llego a un punto donde me cansé de trabajar para otro e inicié mis propios ideales, revelándome a una organización delinencial que tenía el monopolio de la droga en la mayor parte de la ciudad.

Empecé haciendo algunos contactos. Investigando e indagando me encontré con una persona de Pradera, en el Valle, que me presentó a un amigo de él, quien sería el proveedor: Wilmer Noscué Pilcué, un indígena del cabildo, una persona a simple vista como cualquiera, pero que en realidad el veneno de sus entrañas se alimentaba de dinero sucio, drogas, muerte, milicia y lealtad al mal.

Fue allí donde me di cuenta de la gran influencia guerrillera que hay en nuestro país. Este personaje que vive en Corinto Cauca, me invitó un día a su casa, y con mucha desconfianza emprendí mi primer viaje desde Risaralda hasta allá, sin saber a dónde iba a llegar.

En esta primera ocasión me fui en un bus hasta la ciudad de Cali, donde abordé una buseta intermunicipal que me llevó hasta Corinto Cauca. Me demoré en todo este trayecto cuatro horas, tiempo en que me dirigía a un infierno disfrazado de tranquilidad.

Cuando llegué me bajé en la única avenida principal que tiene ese pueblo, con solo un hotel que se llama El Siglo XXI, pero que no se parece ni tiene nada similar al siglo en el que vivimos. Me quedé esa noche allí pagando 15.000 pesos, que me parecieron demasiados para tan pocas comodidades. Esa noche me fue imposible dormir, ya que a la altura de la madrugada

empezaron los hostigamientos guerrilleros hacia las tropas del ejército, y viceversa.

Al otro día me comuniqué con Wilmer, nuestro proveedor en potencia. Nos encontramos en una panadería cercana al hotel, donde desayunamos y dialogamos un poco para conocernos. Entonces, le pregunté:

—Dígame, Wilmer, qué me puede ofrecer.

—Tengo lo que necesite: marihuana regular, cripi, base de coca, perico, heroína, bazuco, lo que necesite y en la cantidad que lo necesite. También tengo armas, material de intendencia, chalecos antibalas, lo que sea.

—Bueno, comencemos por el cripi, que es verdaderamente por lo que estoy aquí.

—Tengo desde el más bajo o básico, hasta el más fuerte, puro y exquisito.

Extasiado por lo que había encontrado, lo seguí a los cultivos de cripi. Allí me di cuenta de que no son cultivos sino invernaderos, donde las plantas están a unas temperaturas muy bajas para evitar su deterioro.

Me sentí verdaderamente en un paraíso, no solo por las intenciones con las que iba, sino porque jamás había visto tanta marihuana junta.

Después de un largo recorrido por aquel campo, me dice Wilmer que nos tenemos que dirigir donde su jefe, “El Señor Upegui”. Llego a una casa improvisada de madera, me siento en una silla, y para mi sorpresa me amarran y me amordazan. Sorprendido y asustado quedé inmóvil en medio de la nada, dándome cuenta de que mi vida está en manos de estas personas.

Al cabo de estar dos horas, llega “El Señor Upegui”, un comandante de las FARC. Me quitó el vendaje y empezamos una conversación que duró más de medio día. Al principio lo noté un poco prevenido, pero después me percaté de que no es para menos, ya que controla gran parte de la producción cocalera y de marihuana en la zona, una persona muy inteligente y que entre sus discursos no es capaz de hablar diez minutos sin citar algún escritor, filósofo u hombre de ciencia.

La vida guerrillera ha vuelto un poco loco a este hombre. Sus ideales hoy en día, después de 20 años de subversión, se han ido distorsionando. Lo que empezó siendo un pensamiento de lucha por igualdad y libertad, ahora es una vida dedicada al narcotráfico y la acumulación de dinero.

Luego, ordena que me desaten y me pide amablemente que lo acompañe a realizar un recorrido en sus dominios. Nos empezamos a perder en el monte, entrando a un mundo de hombres armados y uniformados que defienden la propiedad de alguien que se hace rico para su propio beneficio, a costillas de un ideal perdido y del trabajo de más de 2.000 hombres engañados, hombres que luchan contra su propia tierra. Wilmer sonríe y dice que es algo maravilloso que no me haya orinado en la ropa, pues de lo contrario me habrían asesinado, ya que hubiera demostrado que era una persona con miedo, y que con alguien así no era posible trabajar.

En medio de estos dos locos infelices, entiendo que soy de su agrado y que lo peor había pasado, pero no era así. Llegamos a un campamento guerrillero donde pasamos la noche, porque a esa altura del día ya era imposible devolvemos debido a los patrullajes que se hacen en la zona para evitar la presencia del ejército.

Al amanecer, nos dirigimos a uno de los mejores cultivos y hacemos el negocio. Compró 10 libras de cripi, cada una empaçada al vacío, prensada y sobre envuelta con un sellamiento de mostaza para evitar que lo huelan los caninos de la policía o los del ejército. Luego, me dirijo al pueblo, Corinto, donde después de un suspiro doy un vistazo hacia las montañas. Entonces, pienso que no muchas personas tienen el privilegio de entrar y volver a salir de ese lugar.



# PIPO Y EL ÁGUILA

Julián Fernando Bedoya Londoño



Pipo fue un regalo de una familia muy ocupada. Era un loro maicero del Caquetá, verde, con bonito plumaje de varios tonos, algo extraño por pequeño y por su defecto de no poder volar, pero era rápido en tierra y en las cuerdas de la luz o donde se secaba la ropa. Se acercaba a uno y al segundo estaba en el hombro dando pequeños picotazos en la oreja. En las tardes frías se arrimaba al cuello buscando calor. Solo dormía en su jaula, para poderlo proteger de un gato o alguna fiera que pudiera cazarlo; todos aquellos que visitaban la finca querían llevárselo, me sobraban ofertas para comprarlo, pero se morirían mi esposa y mi hijo Santiago donde llegara a aceptar. Los dos llevaban tres años viendo, escuchando y jugando con Pipo. Era un miembro más de la familia y hasta Manolo, mi perro, se acostumbró a él. Una vez le perdonó la vida, y después cuando lo veía en el suelo corriendo como un ratón, solo lo observaba, le ladraba en ocasiones, pero nunca lo atacaba.

Un día, mientras nos encontrábamos cada uno en sus oficios, yo venía del galpón de las gallinas con Manolo, mi perro. Pipo estaba en unas cuerdas que llevaban la energía eléctrica a

los corrales y al galpón. Emitía los silbidos que alertaban a todos, hablaba, pero su lenguaje era poco entendible, como un gringo aprendiendo español con una papa en la boca. De repente, los tres nos quedamos inmóviles por lo que sucedió: muy cerca, en uno de los linderos de la finca, había unos pinos por donde habitaba un águila que todo el día sobrevolaba buscando su alimento, pequeños roedores, pollos, pájaros pequeños o lagartijas. Era maravilloso ver cómo se lanzaba en pos de su presa y nunca fallaba. Aquella tarde, el águila enfocó sus ojos en Pipo y en cuestión de segundos, un golpe certero llegó hasta el lorito y lo tomó con sus garras. Los tres la vimos volar rauda hacia el galpón. Gloria gritó señalando con una mezcla de incredulidad y tristeza, viendo cómo el pequeño Pipo se alejaba en las garras de aquella águila hambrienta. Giró entre los árboles de la parte baja de la quebrada, por donde hay un enorme guayabo, y casi al tiempo, corrimos hacia donde voló el águila, los tres con el corazón en la mano. Gloria gemía llorando, Santiago con apenas cinco años, comprendía que algo muy malo sucedía con Pipo.

Nos sentamos exhaustos, tristes e impotentes al no poder hacer nada para recuperar a Pipo. En esos momentos todo quedó en silencio: las gallinas, los pollos de engorde, hasta los cerdos intuyeron la difícil situación. Después de media hora de recriminaciones y llanto, nos levantamos y caminamos hacia la casa llenos de amargura. Y fue cuando vi al águila volviendo al pino. “¡Maldita!”, pensé, quería tomar mi escopeta y pegarle un tiro, pero no, fue nuestro descuido, ella buscaba su alimento, no era fácil aceptarlo, pero así funciona nuestro planeta, depredador y víctimas se ven a cada instante. De nuevo tomé el camino hacia el galpón, ya había pasado una hora y Gloria estaba sentada en el andén de la casa secando su llanto. Crucé por un lado del galpón y me ubiqué al lado del cerco de púas, el lindero con la finca vecina, y de pronto percibí el silbido de Pipo. Yo dudé y lo llamé como acostumbrábamos:

—¡Pípoo, Pípoo! —grité.

Y claramente le escuché contestarme. En ese momento Gloria y Santiago estaban a mi lado, ellos también lo habían escuchado. Saltamos el cerco y corrimos hacia el guayabo. Cada vez

se oía más cerca, hasta que Gloria lo vio saltando entre la maleza, un poco desplumado pero con energía y ganas de vivir. Pipo era un pequeño guerrero que se había salvado por su pericia, coraje, y también por la ayuda divina. No era su hora de partir.

Y desde ese día Pipo volvió a nacer, para seguir haciéndonos la vida más alegre con su ternura y su gran cariño.



# EL PRISIONERO DE LA CELDA 202

Mario Alberto López



Del prisionero de la Celda 202 no hay mucho que decir. La prensa local anunció su llegada con un artículo de primera página en la que narraba los acontecimientos por los que se le acusaba. Al parecer, era un reconocido músico de la ciudad y estaba sindicado de abusar de una jovencita, por lo que fue condenado sin ninguna prueba a 16 años de prisión.

Cuando llegó, fue asignado a la Celda 202 del Pabellón 4, en la cárcel municipal. Allí se le vio entrar con una pequeña bolsa y una vieja guitarra.

Pasaron los días y casi no se le veía salir de su celda, en cambio ensayaba con su guitarra, hasta altas horas de la noche, sórdidas melodías que brotaban directamente de su alma desgarrada y que trastornaban a sus compañeros de celda, al punto en que uno a uno fueron perdiendo la cordura y tuvieron que ser trasladados al hospital mental de la ciudad con claros signos de demencia y ausencia total de esperanza.

La Celda 202 se fue quedando solitaria hasta contar con tan solo un huésped, al que el resto del penal comenzó a atribuirle poderes diabólicos. Ya nadie se acercaba a aquel calabozo,

y hasta los guardianes lo evitaban. Solo iban rápidamente a realizar el conteo habitual y a dejar un plato de comida en la reja de entrada.

Un día ocurrió algo inesperado: En la mañana, cuando el guardia de turno se acercó a la Celda 202 para realizar la contada matutina, sólo halló la vieja guitarra en un rincón oscuro.

Nunca se supo nada del prisionero, y dada el aura diabólica que lo acompañaba, tampoco hubo mucho empeño en saber su paradero; algunos decían que las ratas lo habían devorado, otros que era el mismo diablo y se había marchado a su averno, o que la guardia lo había desaparecido. En fin, cada uno especulaba a su manera. Lo único cierto es que el pabellón entero fue clausurado, ya que en las noches se continúan escuchando las macabras melodías emanadas de la vieja guitarra que estaba en un rincón de la Celda 202 que, según aseguran, hace perder la cordura a todo aquel que las escuche.

# LOS OJOS MÁS BELLOS

Foronda (seudónimo)



Huyeron dejándolo todo atrás, solo se llevaron los recuerdos de los años tranquilos, cuando todo era bello desde el amanecer hasta el atardecer, cuando reinaba la alegría y los niños recorrían seguros el camino polvoriento hasta la escuelita para aprender a leer, para jugar a la rueda cantando los coros de Pinocho, recitando los versos del Renacuajo Paseador. Era un eco hermoso escuchar aquellas vocecillas infantiles que se unían con solemnidad al murmullo del riachuelo que atravesaba el sendero.

El viento lleno de fragancias del bosque, el olor a tierra recién arada, el aroma fascinante del sancocho cocinado en leña, desaparecieron de la noche a la mañana; ya no sale humo de ninguna chimenea, ya no cantan los gallos ni cacarean las gallinas, ya los asnos no rebuznan, no vuelan las palomas ni los perros anuncian ladrando las visitas. La última visita trajo consigo la tragedia, la miseria, el destierro y el olvido. Los pocos sobrevivientes no pudieron llevarse nada más que sus vidas traumatizadas por el poder fatal del ejército de insurgentes.

Marina yacía abrazando a sus dos pequeños, sintiendo el horror sembrado ya en sus entrañas, las ráfagas ya no se oían,

cesaron horas atrás. Sin embargo, ella esperó hasta el amanecer. Se puso de pie temiendo por su vida, no abrió sus ojos; ninguna ráfaga de balas trazadoras de M60 desgarró su pecho, aunque esperaba con amarga resignación que así fuera. Entonces abrió sus ojos, se quedó allí, pasaron casi tres minutos, tres infinitos minutos sintiéndose en la mira de francotiradores asesinos, imaginaba que pondrían en medio de su frente un tiro de gracia y eso le producía un cosquilleo entre sus cejas, al tiempo que temblaban sus rodillas y dientes. La vida entera le pasó por la mente en segundos, estaba segura de que moriría ahí parada y que sus dos pequeños serían probablemente torturados y violados por aquellos desmembradores. Tanto era su temor que por cuarta vez se orinó en sus mal enresortados cuquitos; luego, abrió sus párpados, la de los ojos más bellos de aquel remoto poblado, contempló una macabra escena de terror indescrip-  
tible espanto: todo a su alrededor era destrucción y silencio.



# SANTANDER



Establecimiento Penitenciario  
de Bucaramanga

Miguel Castillo  
Director de taller



# ME ACUERDO

María Faysuly Moreno Pineda



Me acuerdo de cada mañana de mi infancia cuando mi madre me llevaba un tetero tibio y delicioso a la cama.

Me acuerdo de cuando tenía siete años y en un paseo a unas piscinas le dije a mi madre que yo ya sabía nadar para que me dejara entrar a la piscina más honda. Salté tan pronto crucé una registradora. Después de mucho esperar a que saliera, ella desesperó y comenzó a gritar por ayuda, hasta que dos señores grandes y corpulentos me salvaron.

Me acuerdo de cuando cumplí tres años. Vivía con mi abuela en Pereira y mi abuelo me regaló un caballo blanco, grande y hermoso, de nombre Palomo.

Me acuerdo que cuando mi hija nació, miré el reloj y eran exactamente las 10:50 de la mañana. Sonreí y lloré de felicidad.

Me acuerdo de cuando mi hija dijo sus primeras palabras y dio sus primeros pasos.

Me acuerdo de cuando salí a bailar a una discoteca por primera vez.

Me acuerdo de la primera vez que lloré por culpa del amor.

Me acuerdo de cuando la policía me detuvo en el aeropuerto.



# ME ACUERDO

Milena González González



Recuerdo tardes acompañada de muchos de mis compañeros. Solíamos encontrarnos para jugar tejo apostando la botella de aguardiente.

Recuerdo mi primer beso a través de las rejas de una ventana. Fue muy incómodo.

Recuerdo una vez que herí a mi hermano, tenía tanto miedo a que me castigarán pero no pasó nada, porque fue a él al que castigaron por estar molestándome.

Recuerdo un pollo que maté. Cerré los ojos y empecé cerca del pico y terminé en el buche.

Recuerdo el día de mi captura: estaba más preocupada por la vergüenza que sentía, que por el problema en el que me metí.



# LA CAPTURA

Lisandra Vega Pérez



Recuerdo que el día de mi captura me sentí como esas aves que no pueden alzar vuelo y no pueden sentir la brisa golpear su pecho, como lo hacen las demás cuando extienden sus alas. Eso fue muy duro, especialmente en el momento en el que unieron mis alas para amarrarlas con un par de esposas y finalmente meterme en esta jaula de dolor.





# ME ACUERDO DE MI PADRE

Sonia Milene Barbosa Sarmiento



Me acuerdo de cuando era niña y me padre me llevaba a la peluquería.

Me acuerdo de cuando mi padre me sentaba en sus piernas para darme consejos.

Me acuerdo de cuando mi padre me pedía que le arrancara las canas.

Me acuerdo de la sonrisa de mi padre.

Me acuerdo de mi padre cuando nos llevaba al parque, mientras mis hermanos y yo jugábamos, él oía con atención en su radio las carreras de ciclismo.

Me acuerdo del día en que me dijeron que mi padre había muerto.

Me acuerdo de cuando vi por última vez a mi padre. Estaba en un ataúd y el dolor que sentí fue tan grande que aun hoy lamento no volverlo a ver.

Me acuerdo de cuando iba al cementerio a visitar la tumba de mi padre y pasaba horas enteras sentada junto a su osario.

Me acuerdo de cuando soñé que mi padre me consolaba por su muerte.



# SUCRE



Establecimiento Penitenciario  
de Sincelejo

Libardo Carballo  
Director de taller



# UN PUEBLO QUE RENACE

Arcelio Rafael Viloria Martínez



A la una y cuarenta de la tarde iba hacia el pueblo bajo un sol resplandeciente que hacía hervir la tierra.

Transitaba por un camino pedregoso, de esos por donde uno no camina si no que va saltando. A la distancia vi que se acercaban dos mujeres. Al tenerlas cerca las reconocí, Marina y Zoila, las veloces del pueblo. Marina no llegó donde yo estaba porque se desmayó. Zoila se acercó con la barbilla titiritándole, más asustada que mujer con hemorragia por un aborto provocado. Babeaba como perro envenenado. Se limpió la boca con un pedazo de tela que tenía para echarse fresco y secarse a la vez el sudor. Jadeante y con voz entrecortada que al parecer no le salía de la faringe si no del ombligo me dijo: “¡Se quema el pueblo!”. Corrimos y no nos importaba caernos, levantarnos y volver a caer en el mismo lugar.

Al llegar, mis ojos contemplaron un pueblo en llamas, parecía el infierno del más allá. La gente lloraba mirando al infinito, como esperando que Dios les mirase. Gritaban: “¡El fuego salió de la casa de Nando!”. La casa era la primera del pueblo.

De la casa del carpintero salían potes de tiner convertidos en bolas de fuego y luego caían en las otras casas de palma y bahareque, con lo que las llamas se avivaban y se esparcía más rápido el fuego. Mirar la calle era como mirar al sol, que te quita la visión. Todos corrían para escapar del fuego y la confusión era tan grande que no nos reconocíamos y nos atropellábamos. Cada quien quería protegerse a sí mismo.

Al atardecer llegó un poco la calma. Miré a mi alrededor y observé que la gente se veía como venida de otra galaxia, todos tiznados, con los ojos rojos por el humo y el calor de la candela. Andaban temblorosos por el cansancio, hambre y sed. Al mirar hacia el arroyo observé al compadre Jiche sentado a la sombra de un caracolí. Junto a él, su compañera, la Caribe, una perra que, según decían en el pueblo, le hacía el amor. Conversando con él estaba Carlos, hablaba con voz fuerte, decía que él sabía que el pueblo se iba a quemar porque lo había soñado tres noches antes y al despertar los perros estaban aullando y como todos saben, eso es ruina.

Esa noche nadie durmió, lamentaban lo ocurrido. Los niños lloraban por el hambre y había mucha gente quejándose por las quemaduras.

Al día siguiente todo era humo, carbón con olor a carne quemada de cerdos, gallinas, perros, gatos y toda clase de animales domésticos. Todos quedamos en la ruina, sin ropa, techo, comida, ni medicinas.

A los pocos días llegó el alcalde, el cura y otras entidades a prometer ayuda. Nadie cumplió. El pueblo se levantó solo de las cenizas, y ha ido reconstruyéndose poco a poco de nuevo.

# INOCENCIA

Jesús Manuel Flórez



Sucedió una vez que había un niño muy pobre. Su abuelita para vestirlo sacaba cortes de tela que los vecinos le regalaban y hacía sus pantaloncitos. Vendía cafongo y almojábanas de maíz. Con ese dinero sobrevivían los dos.

Pasó el tiempo, el niño creció y se dio cuenta de que tenía un vacío e iba a seguir esclavo de su pobreza. Quería estudiar, así que buscó la manera, pero le tocó irse del pueblo. Con dolor en el alma abrazó a su abuelita y se despidió. Se fue rumbo a la ciudad sin saber si iba a aguantar hambre o frío. Al llegar no conocía nada, pero estaba decidido que pasara lo que le pasara no daría marcha atrás.

Duró un tiempo vagabundeando por las calles, hasta que encontró un taller donde ayudaba a reparar vehículos y le daban permiso para dormir. Tras un tiempo, el celador del lugar se conmovió de él y lo llevó a su casa para colaborarle. Esa acción fue algo maravillosa, sintió que la vida le sonrió.

Como iba bien en el trabajo el dueño del negocio lo entró a estudiar en una escuela. Sin embargo, sentía que algo le faltaba,

pensaba mucho en su abuela. Intentaba ahorrar para visitarla pero el dinero no le rendía, la vida en la ciudad era muy costosa.

Viendo que el dinero no le rendía para ir donde su abuela, pensaba buscar otro trabajo. Un día, estando en el taller unos señores que no conocía le ofrecieron un poco más de dinero de lo que ganaba. Sin pensar ni preguntar qué tipo de trabajo le tocaba desempeñar aceptó. No vio nada extraño en entregar bolsos a otras personas cuando lo mandaban. Acumuló ese dinero y regresó donde su abuela.

Cuando llegó, sus familiares lo recibieron, pero él solo quería saludar a su abuela. La buscaba entre los que estaban, pero no la veía, así que preguntó por ella. Todo quedó en silencio y dijeron que estaba en cama, que no se podía parar. Fue a la habitación, la abrazó y la besó. Ella le dijo que lo estaba esperando porque no quería irse sin verlo antes. Luego sonrió, dio un gran suspiro y cerró los ojos. Él reventó a llorar y a lamentarse por haberla dejado sola tanto tiempo.

Una vez concluido el entierro y las nueve noches de velación, regresó a la ciudad. Al llegar, se encontró con la noticia de que los patronos que tenía estaban detenidos por tráfico y que lo estaban buscando. Pensó huir pero la ley lo agarró antes.



# LA LUZ DE SANTO TOMÁS

Arnovis José Mercado Sarmiento



Salí de la casa como a las seis de la tarde a pescar, agarré mi canoa y me dirigí mar adentro, a un punto muy bueno. A eso de las diez de la noche el mar estaba muy oscuro y temeroso, corría una muy fuerte brisa fría. Me paré en la canoa y miré hacia la orilla para ubicar el sitio de donde salí y regresar a la casa. Pero vi algo muy extraño, un pequeño haz de luz redondo que corría kilómetros de un lado a otro en segundos. Yo miraba la luz, no le quitaba la mirada, era algo que nunca había visto. Me senté en la canoa y agarré mi linterna. Alumbré la luz, al hacerlo se engrandeció y se alzó con una agresividad muy extraña. Se dirigió hacia mí dando un reflejo como de cien metros a la redonda. Apagué la linterna, agaché la cabeza y temeroso no miraba por miedo de perder la vista, estaba muy asustado, era una luz muy extraña. Al segundo, se desapareció entre el mar y el cielo. De nuevo todo quedó muy oscuro y silencioso. De una recogí mis cosas y empecé a remar a la orilla.

Cuando llegué a la casa, le comenté a mi abuelo Miguel lo sucedido. Él me respondió: “Mijo, esa luz la llaman Santo Tomás, es una luz que no tiene paradero y recorre las aguas del

mar y toda la costa, se desaparece y vuelve a aparecer, es como el espíritu de las aguas, pero solo se ve en las noches y no se puede alumbrar con otra luz porque se viene como en busca de compañía”.

# SUEÑOS QUEBRANTADOS

Carlos Mario Oviedo Jaraba



Juan era un muchacho humilde, respetuoso, amigable, serio, responsable y decidido, aunque de vez en cuando recochero. Nació de unos padres humildes y trabajadores, era el menor de tres hermanos. Desde que era muy pequeño, sus padres trabajaban en una finca de propiedad de un señor Arnoldo. A los cuatro años estudiaba en un colegio que quedaba en una vereda cerca de la finca, donde su padre se enamoró de una muchacha más nueva. Su padre con la liquidación que le quedó del trabajo en la finca se puso a negociar ganado por los mismos lados de donde trabajaba anteriormente, y siguió los amoríos con la muchacha. Su madre se enteró y pasaban peleando, hasta el punto que se dejaron. Juan ya tenía 8 años y su padre se fue a vivir con la muchacha, mostrando poco interés por él y sus hermanos.

Para sostener a la familia su madre hacía ajonjolí para vender por la calle. Mientras ellos vendían empanadas y arepas de una señora, pero la plata no alcanzaba. Después de un año su madre se fue a Venezuela, Juan y sus hermanos, Duban de once y Emilio de trece años, quedaron solos. Los hermanos trabajaban limpiando fincas y cortando arroz. Por ser los mayores les

tocó aprender a trabajar, pero Juan aún no trabajaba, era muy pequeño, lo que era motivo de pelea constante con sus otros hermanos porque según ellos él era flojo. Cocinaban y no le daban comida, la comida la escondían en el cuarto, pero Juan acosado por el hambre se les metía escondido y comía, cuando ellos se daban cuenta le pegaban. Su padre iba de vez en cuando, le lavaba la ropa a Juan y de paso le dejaba unos cinco mil pesos para la comida, y eso era más motivo para que sus hermanos se enfurecieran, porque según ellos lo querían más a él que a ellos.

Pasó un año y ya cursaba quinto de primaria. Un día a la profesora le tocó visitar casa por casa a cada uno de sus estudiantes, llegó a la de Juan y conoció su historia, supo que se iba sin comida para el colegio. Entonces, ella le llevaba el desayuno y le daba para comprar el almuerzo en el mismo colegio. Él no siempre le recibía porque le daba pena con ella y con los mismos compañeros de clase. A pesar de todos los problemas iba muy bien en clases, sobresalía en casi todas las materias, menos en español, porque la profesora que la dictaba era una persona incomprensible y arrogante, siempre le exigía presentación personal, el uniforme, los zapatos, que la camisa estaba rota, que el pantalón ya le quedaba “corre puercas”, que las medias, los zapatos estaban rotos; de lo mínimo se pegaba para calificarlo mal.

Su padre al ver el abandono de sus hijos se fue para Venezuela a buscar a su ex mujer y se la trajo. Juan terminó el año, pasó a sexto. Sus padres volvieron a estar juntos pero en constante pelea, y sus hermanos, como dicen por ahí, ya le tenían la mala, salían de pelea por los oficios de la casa. Juan se encerraba en el cuarto a pensar que un día tenía que tener mucho dinero, ser millonario para no dejarse echar vainas de nadie.

Al frente de su casa había una cantina con unos billares, se iba para allá a ver jugar, aunque algunas veces también jugaba. Allí lo llamaban “Cantinflas” porque según ellos se parecía a este personaje, y como era flaquito, se le podía ver cualquier hueso, sin necesidad de una radiografía, le hacía dar risa a los demás. Del “Cantinflas” quedó en “Canti”. A mitad del año escolar le tocó salir del colegio debido a que los problemas continuaban en su casa y estaban mal económicamente. Juan se puso a

trabajar con Daniel, un señor evangélico. Lo llegó a ver como su segundo padre debido a los consejos y a las ayudas que le brindaba, tanto que cuando se encerraba en el cuarto a soñar que algún día llegaría a tener mucho dinero le compraría un camión nuevo a Daniel, quien tenía cuatro hijos, todos menores que él, pero eran muy buenos amigos, jugaban y lo invitaban a la iglesia, Juan iba de vez en cuando.

Cuando Juan cumplió once años, se fue para la Cauca, Antioquia, con el deseo de ganar mucha plata, porque escuchó por medio de un vecino que allá se ganaba mucho dinero. Él con ganas de cumplir sus sueños de ser millonario le preguntó al vecino que si podía llevárselo y él le contestó que sí, le preguntó qué cuánto costaban los pasajes, le dijo que salían en veinticinco. En ese entonces consultó con sus padres, le dijo que se quería ir, ellos le dijeron que no, que él estaba muy pequeño para trabajar. Además, ellos habían escuchado que esa tierra era muy peligrosa; pero sus ganas de conseguir dinero y la presión que ejercían sus hermanos sobre él eran más grandes que la obediencia a sus padres. Para conseguir el dinero de los pasajes se ofreció pagar los servicios de la casa, luz, agua y gas. Cuando supuestamente salió a pagar los servicios se rompió los bolsillos del pantalón y regresó donde su padre diciéndole que la plata se le había perdido y enseguida le enseñó los bolsillos. Ya había mudado un pantalón con un suéter y una hamaca para donde el vecino. Se fueron un viernes temprano, el vecino se lo llevó porque vivía al lado de su casa y se daba cuenta de los maltratos y los insultos de sus hermanos.

El sábado se fueron a un parque a donde llegaban a buscar a los trabajadores. En el primero que consiguieron demoraron solo tres días porque el patrón dijo que Juan no sabía trabajar. Bajaron al pueblo y consiguieron un nuevo trabajo, pero pasó lo mismo, porque Juan aún no se ganaba un jornal de trabajo completo. Después de dos días consiguieron otro trabajo de machetero, pero en este las cosas cambiaron porque ya había más personas conocidas de su tierra nativa. Ahí demoró unos quince días, ganó cerca de ciento cincuenta, en ese tiempo y

para su edad, bastante plata, y más porque no estaba acostumbrado a ver dinero.

Después de la paga, un fin de semana salieron al pueblo, el cual era alegre cualquier día de la semana. En una sola calle había más de diez bares, a lado y lado del parque había una cantina, de la parte de atrás había otra, y al frente estaba la iglesia, que cuando el cura estaba de ganas ponía música mundana ya fuera vallenato o champeta. Después de eso el trabajo se puso duro y sus compañeros se fueron regresando a su tierra, inclusive el vecino que lo llevó, pero Juan se quedó por no tener plata para los pasajes y porque tenía que ganar plata para llevar a su casa. A los pocos días le salió un trabajo donde un señor de nombre Rogelio, hombre muy serio y comprensivo. Le enseñó a trabajar y le dio muchos consejos, demoró sin salir al pueblo unos seis meses, ganando un salario de ocho mil pesos por día.

Cuando volvió a salir al pueblo se encontró con otro vecino de la casa y apenas vio a Juan se le salieron las lágrimas y lo abrazó: “Mijo, usted dónde estaba, a usted lo hacían muerto porque nadie sabía de usted, llame enseguida a su madre que no hace más que llorar por usted”. Entonces llamaron. Al hablar con su madre, ella soltó en llanto y le pidió a Juan que regresara, él al ver el desespero de su madre y contando con lo que se había ganado regresó a su pueblo natal. Al llegar, su madre le comentó que a ella le habían dicho que él se había metido a los paracos y como en esos tiempos hubo un combate de los paracos con la guerrilla, donde murieron muchos paracos, se regó la noticia de que Juan lo había matado en ese combate y que su cuerpo lo habían tirado al río. Juan dijo que él estaba era trabajando y que se estaba ganando ocho mil pesos por día; su hermano Emilio le preguntó si podía haber trabajo para él también y él le dijo “pues sí”. A los pocos días Juan se regresó para la Cauca. Se llevó a su hermano Emilio, se lo presentó al patrón y este le dio trabajo, pero a los dos días de estar trabajando Juan tuvo una diferencia con Emilio porque a Juan como era un peño le pagaban ocho mil pesos y los otros trabajadores se ganaban diez mil. Entonces Emilio le decía a Juan que él era el culpable de que estuviera ganando menos. Con el tiempo se distanciaron y Juan se metió

a las montañas donde ya había estado, pero ese ya era territorio peligroso, además el patrón con el que se fue a trabajar esa vez tenía problemas con la guerrilla y Juan no lo sabía.

Una mañana nublada se escuchó una gran explosión acompañada de rafagazos de fusiles. La casa quedaba bajo el pie de tres cerros, al lado de dos quebradas que se encontraban, una quebrada más grande que se llamaba San Agustín, y la otra que era más pequeña y se pegaba con la antes mencionada. Estos tres cerros eran divididos por la quebrada, uno a cada lado. En los picos de los cerros se podía observar a personas vestidas de negro con fusiles en las manos: era un combate entre guerrilla y paracos. Juan con el resto de los campesinos corrieron por la quebrada pequeña para esconderse entre las piedras y guarecerse de las balas que caían como lluvia en la casa. Esa vez Juan se enteró del problema que tenía su patrón con la guerrilla, que por no pagar extorsión prefirió aliarse con los paracos y eso lo había sentenciado a muerte a él y a seis trabajadores. El combate persistió casi todo el día. Al día siguiente, fueron los paracos donde estaba Juan y los otros trabajadores para que les ayudaran a sacar los heridos. Fueron ocho, algunos los traían en hamacas, otros en mula, y los muertos atravesados en bestias. Cuando iban de regreso con los heridos y los muertos subiendo un cerro se escucharon cuatro tiros de fusil muy cerca. Juan vio caer dos cuerpos negros que cargaban a uno de los heridos. Lo siguiente que vio fueron luces chispeantes que derribaban uno por uno a los que iban con él. Hasta que llegó su turno.





# MI RELICARIO DE AMOR

Humberto Reyes Hoyos



Has dejado en nuestro lecho imborrables manantiales, atrapados en un relicario sollozante de amor. Dime, amor, si es que alguien aparte de este alpinista de arrecifes hechos con gran pasión podrás encontrar debajo del sol. Sé que no.

Evidente es que solo yo he explorado cada parte de ti. Los peldaños que tú posees en mi poder está el mapa de cada tesoro, guardado para este cazador de invaluable reliquias, talladas en preciosos materiales, sacado de dos corazones.

Con propiedad estas palabras exteriorizo, porque solo yo he contado tus pétalos cuando en una avalancha de pasión por mí, tomas apariencia de flor.

Quién podría evitar que yo sea para ti y tu para mí como el mar y el firmamento, ambos son espejos uno del otro, imposible que puedan dejar de mirarse.

Así como el mar y el cielo reciben sus lágrimas entretejidas con amor envuelto en una esfera echa por nuestro creador.

Me encuentro preso en la cárcel del amor, hecha con barrotes de pasión, de imposible visión y su límite es otra dimensión donde somos guiados por nuestro creador.



# MUJER

Sigilfredo León Vega Durango



Obra maravillosa de la creación eres,  
por causa de Adán, de su costilla Dios te hizo,  
con belleza, amor y ternura  
dueña y señora para disfrutar del paraíso.

Emprendedora con fuerza de valiente  
tu hogar sostienes con labor y cariño,  
día y noche luchas sin reproche  
al llamado deseoso de tus niños.

Nunca dices no, aunque cansada estés  
no te dejas vencer de la fatiga, ni estrés  
pan sacas de tu boca, que a tus hijos das,  
cuando el hambre los provoca, aunque sola estés.

Tu galardón, es comprenderte y quererte  
para el hombre de Dios el de mejor suerte,  
su cariño y pasión te entregue siempre  
antes que el tiempo te quite del presente.

Mujer, gracias te doy por lo que soy  
en este instante y presente,  
del hijo de tu regazo  
con amor, este regalo de mi mente.

# AMISTAD

Wilmar Hincapié Hernández



Había una vez un árbol bien frondoso y verde, plantado cerca de un camino central, a la entrada de un pueblo, por donde pasaba la gente de la región. A veces se sentaban en la raíz del árbol a descansar. También llegaban muchos animales a alimentarse de sus frutos o a fabricar su hogar. Las abejas se alimentaban de las flores, los pájaros hacían sus nidos y sus polluelos alegraban al árbol, quien se sentía alegre con la compañía de los animales. Ellos lo querían mucho, tanto que en tiempo de verano le traían agua para que no se marchitara. Él les decía: “Ustedes son mis amigos y nos ayudamos, estaremos juntos”.

Cierto día, pasó un señor que se sentó en la raíz, y después de un rato se pusieron a hablar. El árbol le preguntó:

— Señor, ¿tú quién eres?

— Yo soy de esta región, soy agricultor y trabajo sacando madera de los árboles.

El árbol se sorprendió, se puso triste y le preguntó:

— ¿Para dónde va?

— Para mi casa, vengo del pueblo.

El árbol se puso a pensar: “Este fue el que terminó con mis hermanos y por eso estoy solo”. Continuó hablando con él con mucho pánico hasta que se fue, y pensó: “Este es enemigo”.

Al día siguiente llegaron las aves, las abejas, y les contó del sujeto que destruyó los otros árboles para venderlos y sobrevivir. Los otros animales le respondieron que estuviera tranquilo que allí estaban ellos para ayudarlo y defenderlo. El árbol pensativo les preguntó: “Pero... ustedes, ¿cómo me defienden?”. Entonces ellos respondieron: “La unión hace la fuerza”.

Unas semanas después estaban reunidos cuando escucharon unos pasos, un silbido, alguien que cantaba. El árbol miró bien y vio que era el señor que él les había comentado.

—¡Es él, ya viene, tengo miedo! —dijo el árbol sacudiendo todas sus hojas.

—Amigo árbol, no se preocupe —respondieron los animales.

El señor se acercó y le dijo:

—Señor árbol, vengo por ti, tengo necesidad, lo tengo que derribar para llevármelo, y así sacarle leña y madera del aserrío. Usted es muy rentable.

—¡Señor, busque otra manera para sobrevivir, no me haga daño! Mire que estoy solo, hago parte de la naturaleza, las aguas se están secando, los animales están muriendo, ustedes ya están acabando con la naturaleza. ¡Deben cuidarla! Deben sembrar más árboles para que recoja frutos. No termine con la vida ambiental que es lo más lindo y necesario para el hombre —suplicó el árbol derramando savia por su tronco.

— ¿Crees que con esas palabras me vas a convencer? Eso a mí no me importa, yo lo que necesito es dinero —respondió el señor al momento que alzaba su hacha.

—¡Auxilio! ¡Amigos ayúdenme! —gritó el árbol llorando. Las abejas se abalanzaron sobre el señor, lo picaron, y los pájaros lo picotearon. No le quedó de otra que salir corriendo, dejando el hacha abandonada. Los animales se reían muy contentos y el árbol muy feliz los abrazó a todos.

# VALLE DEL CAUCA



Establecimiento Penitenciario  
de Buenaventura

Jefferson Perea  
Director de taller





# ÉRASE UNA VEZ EN BUENAVENTURA

Gully (seudónimo)



Aquel día de agosto llegué a mi casa cansado. Me recosté y me quedé dormido. De pronto sentí la necesidad de orinar. Era un día hermoso, se apreciaba el ocaso. El cielo era de color amarillento. Cuando terminé de orinar encendí el televisor, estaban pasando una noticia de nuestro país hermano: Perú. Las noticias presentaban la tragedia de un terremoto de 7.5 grados en la escala de Richter y lamentaba un sin-número de muertos y desaparecidos. Consternado con tanta muerte, cambié a un canal nacional. También habían noticias y de última hora: Una ola de gran magnitud se dirigía al país. El ministro del Interior, Carlos Holguín, anunció que el Gobierno ordenó evacuar Tumaco, Buenaventura, Bahía Solano y Guapi, ante la inminencia de la llegada de un maremoto. Se esperaban olas de como mínimo 10 metros de altura, generadas por un terremoto en las profundidades del mar de Perú.

Salí desfavorido en busca de la camioneta, que es propiedad de la empresa en la que yo trabajaba. Llegué hasta la casa de mi madre y le pedí que se subiera, era urgente, teníamos que evacuar la ciudad y llegar hasta un punto alto donde pudiéramos estar a salvo.

—Yo de aquí no me muevo, no va a pasar nada, miijo —respondió.

—¡Mamá, vámonos! No tenemos mucho tiempo y tengo que recoger a mi hija Paula y a mis otros cuatro hermanos —le dije.

Pero ella seguía firme:

—De aquí salgo, pero muerta.

Con un dolor en el corazón por no poder llevar a mi madre, tuve que partir. Recogí a mis cuatro hermanos y emprendí la salida de Buenaventura lo más rápido que pude. Observé que la gente que iba a pie pasaba más rápido, el trancón era terrible, era un caos total. La gente gritaba y corría. En la radio anunciaban que la primera ola tardaría más o menos unos treinta minutos en llegar a Buenaventura. Llegué hasta el puente del Piñal y fue peor, pues de lado a lado se ve el mar, hasta que por fin pude llegar al final del puente y subí el separador. Me metí en contravía con el riesgo de estrellarme. La camioneta estaba llena de gente que yo no conocía. Se habían subido sin mi permiso al plantón para salvar sus vidas. Tomé la vía alterna interna y salí despavorido. Recogí a mi hija y solo pensaba en mi madre, ¿qué iba a pasar con ella?

Llegué hasta un lugar llamado el Palacio del Coco, considerado un punto alto de la ciudad. Los dejé a todos allí y me devolví por mi madre. Todo el pueblo abandonaba la ciudad, era triste pero necesario. Yo estaba seguro de convencer a mi madre de evacuar. Al regreso observé carros abandonados y estrellados. Sentí temor, mucho temor, sin embargo estaba dispuesto a entrar, así me tocara morir. Cuando llegué al puente del Piñal la radio anunciaba que faltaban 10 minutos para la llegada de la primera ola. Llegué hasta la casa de mi madre y me saludó como si no estuviera pasando nada. Se veía tan segura, que me tranquilicé. Me ofreció café.

—Siéntate, que no pasará nada —me dijo.

Cuando miré mi reloj habían pasado 16 minutos. Algunas personas que tampoco quisieron abandonar su tierra, gritaban: “¡No pasó nada, no pasó nada!”. En la emisora decían: “Sólo subió el mar unos centímetros más de lo normal”.

Entonces pude regresar por mi familia al Palacio del Coco. Mi mamá me acompañó.

# DÍA INOLVIDABLE PARA NO OLVIDAR

Carlos Alberto Campuzano



Carlos pertenece a una de las familias más distinguidas de Medellín. Es un gran empresario. Tiene todo y un poco más de lo que un hombre necesita para codearse con algunos ricachones. Un día cualquiera recibió una llamada de la empresa en la que trabaja. Le asignaron un par de conferencias en Buenaventura. La llamada lo puso contento ya que podía llevar a su familia y disfrutar de unas cortas vacaciones.

Cuando estaba a punto de salir recibió la llamada de Juan, un amigo de infancia, que fuera de ser loco y bohemio ha recorrido y conoce casi todo el país. Le recomendó visitar la galería de Pueblo Nuevo y disfrutar de la gastronomía del Pacífico. Cuando llegaron a Buenaventura se hospedaron en el hotel Estación, que deslumbra a la mayoría de turistas con su imponente estilo neoclásico, pero sobre todo por la vista que da al mar. Es perfecto para la gente de la posición social de Carlos.

Comenzó El lunes su conferencia mientras la familia disfrutaba de la piscina. El hotel tiene programadas excursiones todo los días a las diferentes playas: Juanchaco, la Bocana, Ladrieros y Pianguita. La familia disfruta todos los días en medio

de brisas y mar, mientras Carlos dicta conferencias. Carolina, la hija mayor, le cuenta a su padre lo bien que la han pasado y del espectáculo que ofrecen las ballenas yubartas.

Es domingo y la familia está armando las maletas para retornar a su ciudad de origen. Carlos escucha la voz de su amigo Juan que le dice: “No te vas a ir de Buenaventura sin pasar por la galería”. Entonces enciende su automóvil y avanza por toda la calle primera. En el trayecto puede observar el cambio de estrato social, gente muy humilde que transita por la mitad de la carretera y cuando está en la parte más alta desde donde se observa la bahía de Buenaventura, su niña, la más pequeña le señala el barco que va entrando. Parquea el carro sin medir las consecuencias del lugar en el que están. Mientras esa grandiosa máquina, hecha por el hombre, navega lentamente, él y su familia están sumidos en la más gloriosa contemplación. “Miren cómo se ven de pequeñitas esas lanchas en las que fuimos a ver las ballenas”, dice Carolina. La niña, la más pequeña, está concentrada mirando un paisaje totalmente distinto: observa un grupo de niños que se bañan desnudos en la marea. Mira las casitas palafíticas que parecen mecerse con el viento fuerte y las olas que golpean sus bases, que también son de madera. Carlos escucha el grito de su pequeña, se acerca asustado: “Papi, papi, ¿esos niños por qué viven así?”. El padre le explica que son familias muy pobres. “Es hora de irnos”.

En la galería la gente corre. “Es normal en todas las galerías de Colombia”, piensa Carlos. Conduce despacio, pregunta cuál es lugar donde venden la comida. Un grupo de niños se cuelga de las puertas del carro, Carlos se asusta. Mientras los niños gritan: “Yo lo vi primero”; un hombre negro, alto, de contextura gruesa, con su delantal impecablemente blanco se acerca, saluda y le indica dónde parquear. Cuando Carlos se baja del carro siente un mal olor, el hombre del delantal le explica que ese mal olor se debe a los desechos de la galería y la zona pesquera. Carlos piensa que su anhelado almuerzo se ha perdido por culpa de esos malos olores y se mete de nuevo al carro, pero el hombre del delantal lo convence.

Lo lleva a donde doña Cleo, una señora negra con sonrisa de crema de coco: “Qué desean comer”, les pregunta. Y luego agrega: “Tenemos encocado de cangrejo, pescado salado, sudado de pescado ahumado, sudado de camarón, sudado de tolo, sancocho de ñato, seco o guiso de jaiba, sudado pateburro, sudado de piangua”. Carlos no sabía qué pedir. Miró a su esposa de reajo, pero ella parecía una niña en medio de un parque de atracción. Carolina y la niña estaban recelosas. “Podemos probar de todo”, preguntó la esposa de Carlos. “Claro que sí”, respondió doña Cleo. “Le voy a servir dos platos triple de diferentes presas y los comparten con las niñas”.

Cuando Carlos llevó a su boca la primera cuchara de sudado de piangua, algo en su interior le agradeció a Juan. Las niñas comieron como nunca habían comido. La esposa de Juan estaba contenta, observó a los lejos cómo las plataneras destripaban el pescado y miró a su esposo como diciéndole que ese era el mejor lugar del mundo donde había almorzado.



# MU JÉÉP-MI TIERRA

José (seudónimo)



Wajapha Sim mu Jéép  
Mu Jéép ooimu sim  
Jéép dókhéu  
Jéép nempom sim pámaar  
Waisim  
Wajapha Sim dochaardam  
Phúás nemtheegta veéjem  
naag mawai ewag veéjem,  
Jéép gaai negoon thunum  
maai mugua wounan thunum  
amach meukhaar once aujém  
amach currulao gaaita jenkhaajem  
awaeerit gaaita jenkhaajem  
somber khatar duita júájem jenkhaag  
nemkho ee mach amit nemkhoo  
Wajapha sim mu jeep  
Wajapha sim dochardam  
Mu jéé ooimu sim  
so

Que linda es mi tierra  
Mi tierra tropical  
Tierra chocoana  
Tierra de grande flora y faunas  
Que linda es mi tierra  
Que lindo es mi San Juan  
Con sus olas que vienen y van  
Tierra de negros e indígenas  
Con su currulao y aguacerito  
Sus sombreros de piquiwa  
que remeda la fiesta de la virgen del Carmen  
que linda es mi tierra que linda es mi San Juan  
tierra chocoana  
tierra tropical..





# LISSETH

Nelson Hurtado Caicedo



Estoy parada en el piso 20 del edificio del Café. La fuerza de la gravedad me atrae, pero antes de hacer lo que ustedes se imaginan, voy a contarles por qué y para qué estoy aquí.

Me llamo Lisseth, tengo la piel trigueña como el padre que nunca conocí, soy gordita y de estatura baja, pero bonita.

Ahora, obsérvenme en el pasado. Tengo 16 años y vivo en El Poblado, un barrio de Cali, muy peligroso por cierto. Vivo con mi mamá, mi abuela y otros familiares. Soy la única hija. Mi mamá me ha depositado toda su confianza y ruega que me cuide, que no vaya a salir preñada, porque con mucho dolor me echaría a la calle. Me lo dice a comienzos de septiembre y, en octubre, ya estoy en embarazo. No puedo creer lo que está pasando, se me viene el mundo encima.

Le cuento a mi novio la noticia, pienso que se va alegrar, pero me dice que ese hijo no es de él. Entonces, le cuento a mi mamá. Ella pega el grito en el cielo y con insultos y gritos dice que me vaya de la casa. Sola, con un primero de bachillerato, lo único que me pasa por la cabeza es abortar. Entiéndanme, por favor. ¿Cómo puedo quitarle la vida a esa pequeña criatura

inocente que llevo por dentro? Lo voy a tener contra viento y marea, aunque me toque criarlo sola. Esto no será un impedimento para que mis sueños se cumplan. Hablo con Johana, mi mejor amiga. Ella vive con el marido. Le cuento lo que me está pasando y decide apoyarme. Me aloja en un cuarto, me da empleo. Trabajo en la mañana y estudio en las noches. Termino el bachillerato acelerado.

Me enamoro por segunda vez de Andrés David (parece que las mujeres nunca aprendemos). Pero eso no es todo: tengo que abandonar la casa de mi amiga porque el marido de ella me acosa, se mete a mi cuarto en las noches. Me voy a vivir con David a una pequeña habitación. Yo no tengo ojos para otro hombre: somos el uno para el otro, al menos eso es lo que yo pienso. Era un amor incondicional. No le gustaba que yo trabajara para que no saliera a la calle. Con el tiempo cambiaron las cosas. Estaba tan enamorada que las traiciones las hacía frente a mí. Y todo fue terminando porque había otra mujer en su vida. Peleábamos todo el día, dormía en la calle, hasta que tomé la decisión de separarme de él.

Continué el camino con mi hija. No sé cómo lo hacía, pero mi comida y mis gastos los conseguía.

Entré al SENA, donde pude capacitarme como secretaria por un periodo de dos años, gracias a Jehová Dios. Repartí muchas hojas de vida y no conseguía nada. Llegaban momentos en los que maldecía: ¿Por qué no me llaman? ¿Qué harán con las hojas de vida que entrego? ¿Será que se limpian el trasero con ellas?

Una mañana, inesperadamente suena el celular.

—Hola, ¿con la señorita Lisseth? Por favor presentarse a la empresa Palmolive, hoy a las dos de la tarde.

—Gracias, ahí estaré —respondí.

Voy a la entrevista. Me atiende la psicóloga y el gerente Jean Carlos (a propósito...es muy amable conmigo). Paso todos los respectivos test y tengo un periodo de prueba por tres meses. Me ganaré la mitad del mínimo, esto no es suficiente para sobrevivir, pero no tengo elección. Quizás si paso el período de prueba ganaré lo suficiente. El gerente me sonríe muy a menudo, creo

que le gusto. Cada mes me premiaban como la mejor impulsadora. Ahora soy la secretaria. Pero no todo en la vida es color de rosas, tengo problemas con una compañera que me tiene envidia y creo que ya no aguanto más, pero debo soportar, Valentina y yo lo merecemos.

En este preciso instante, después de tres años de lucha, logros y fracasos, creo que allá abajo, en el quinto piso de este edificio, en la oficina de Palmolive, los empleados están muy contentos. Por fin lo voy a hacer, mejor, lo vamos hacer: Jean Carlos y yo levantamos nuestras copas y brindamos por nuestro compromiso matrimonial.



# RÍO CAJAMBRE

Robinson Rentería Castro



Era viernes, tres de la tarde. Carlos y Camilo nadaban como de costumbre a orillas del río Cajambre. Camilo se pasó al otro lado del río donde había un palo de guaba y se trepó. Cuando estaba a punto de abrir su fruta favorita observó a lo lejos una bolsa extraña, de muchos colores. La cogió y la abrió. Se quedó aterrado por la cantidad de billetes que había en el interior. Llamó a Carlos, su mejor amigo. Cuando Carlos vio la cantidad de dinero se sorprendió. “Carlos con todo este dinero saldremos de la pobreza, le compraremos una casa a tu mamá y una a la mía en Cali, ¡en Cali, manito! Después nos vamos para los Estados Unidos, como siempre lo hemos soñado. Cojamos esta plata y la llevamos pa’ la casa y la guardamos”.

“Y ¡si esta plata es del Visco?”, dijo Carlos, “vos sabés que ese man es malo y nos busca por cielo y tierra y nos “pela”. Mejor dejemos esto aquí y vámonos rápido”

Al otro día, cuando salieron a nadar, como de costumbre, se enteraron de la noticia que a Sergio y al hijo de doña Juana los hallaron muertos en el mismo lugar donde Carlos y Camilo vieron el dinero.



# VALLE DEL CAUCA



Complejo Carcelario y Penitenciario  
de Jamundí

Miguel Antonio Ramírez  
Director de taller





# SORPRESA *POST* *MORTEM*

Adriana Segovia Pérez



“Amor, prométeme que recogerás mi cuerpo donde caiga”, eran las palabras que él siempre le decía. Era un hombre atractivo, alto, piloto de vuelos comerciales, buen trabajador, casero y muy callado. Era el amor de su vida. Ana lo conoció en un viaje de vacaciones y quedó prendada de su gallardía. Le gustaban el orgullo y las ganas de progresar que él tenía, y se fue enamorando poco a poco de aquel hombre que luchó por hacer su sueño realidad: ser piloto.

Él era muy feliz al lado de ella. Ana es una mujer de ojos grandes, dulces como aquellos ojos de las muñecas de porcelana antigua, cabello claro, labios carnosos y piel blanca. Él amaba su elegancia y su inteligencia. Se casaron y tuvieron un hermoso niño. Fueron muchos vuelos hasta que llegó la fatal noticia: el avión que piloteaba chocó en fronteras colombianas. Todos los pasajeros y tripulación... muertos.

Ana se queda un poco pensativa. A pesar de los años conserva esa mirada un poco infantil y la nostalgia impregnada en sus ojos.

“Me acordé de sus palabras, tenía que recuperar, como fuera, su cuerpo. No podía dejar sus restos sin sepultarlos, siempre se lo había prometido”.

Armó el viaje y después de innumerables trabajos consiguió llegar al sitio de la catástrofe. Era un abismo. “Tenía miedo pero hice que me bajaran con cuerdas. Con ayuda de los rescatistas logré que me entregaran lo que quedó de mi esposo. De sus 1.86 m pasó a unos pedazos carbonizados que envolví en mi chaqueta. Lo amarraron con sogas a mi pecho y me subieron junto con él”.

“Lo llevé a mi país como le había prometido. El día del funeral todo estaba bien preparado, pero luego sucedió algo que destrozó mi alma y 16 años de amor y seguridad...”.

Ana interrumpe un momento su relato y sonrío tristemente. Mira sus blancas manos y continúa:

“...vi que llegaban unas mujeres que nunca había visto. Lloraban y me miraban fijamente. Se veían de un estrato pobre, un poco vulgar. Lentamente fui comprendiendo la realidad: Eran sus otras mujeres o amantes, incluso tenía algunos hijos con ellas”.

“Comprendí que el amor de él había sido una triste farsa de comedia y traición cuando una de ellas me entregó una corona de flores. Levanté mi barbilla con orgullo, apreté mis ojos deteniendo las lágrimas y las recibí con una fría sonrisa. Yo era la señora y la reina. Después deposité las flores en su tumba. Fueron las últimas que llevé en mi vida”.

# ALBERTO, UN PLAN MAESTRO

Jennifer Paredes Rodríguez



Suena el despertador y rápidamente Diana estira su brazo para alcanzarlo. Este se cae de la mesa de noche. De un salto queda en pie, levanta el reloj, son las 7:30 de la mañana. Corre a la ducha y en ocho minutos se da un baño. De su clóset tomó un vestido negro, unos zapatos y se vistió ágilmente. Besó a su esposo que aún no se había levantado y se marchó. De camino a su trabajo, mientras se maquillaba y conducía a la vez, se pasó tres semáforos en rojo. Para terminarla de amolar se le quedó el celular. Piensa: “Sí, este será un mal día”.

Ya en su consultorio descansó un poco y luego reanudó sus labores cotidianas. Era pediatra, con una excelente reputación. A eso de las 10 de la mañana, su esposo había llamado varias veces al consultorio pero sin resultado. Le dejó un mensaje de voz donde le hacía una invitación a cenar a las 8 de la noche. Lo escuchó y en su rostro se dibujó una sonrisa. Al cabo de unas horas, más o menos a las 2:30 de la tarde, un mensajero toca la puerta de su consultorio. Hay un hermoso arreglo de flores frente a ella: margaritas, girasoles y una caja de chocolates —sus preferidos—, tarjeta violeta con la dirección y lugar de encuentro.

Continuó con su labor hasta las 5:30, dialogó unos cinco minutos con sus colegas en la cafetería de la clínica y se despidió.

De camino a su casa arrimó a una tienda de licores, compró una botella de vino para no llegar con las manos vacías. Quiso llamar a su esposo pero recordó que su móvil se le había quedado en casa. Cuando al fin llegó a su hogar, corrió muy feliz por el pasillo que llevaba a su estancia. Miró a través de su ventana. “La noche es perfecta”, pensó. Se bañó y se acicaló, quería verse muy linda, dio un vistazo al teléfono que estaba en la mesa de noche, tenía un mensaje pero no lo escuchó. No le pareció importante hacerlo. Ella solo pensaba en su cita romántica. Salió rumbo a cumplirla. Buscó en su bolso el celular para enviarle un mensaje de voz. Ahí se percató por qué se le había quedado el celular: había llevado el bolso equivocado. Mientras meditaba en ello, llegó un mensaje que decía: “Amor, te espero con ansias, no tardes”. Ella llegó sin dificultad.

Una cena romántica en el último piso del hotel Los Delfines. A la entrada un caballero bien vestido los recibe.

—Señor, su reserva está lista.

En el interior las mesas estaban vestidas con manteles rojos y blancos. Madera barnizada hace parte del bar. Bajo la repisa de este, un hermoso acuario, lámparas bien distribuidas y grandes ventanales. El piso contrasta con el bar, quinqués grandes y medianos de cristal, materas rectangulares al frente, algunas con figuras diferentes, estratégicamente separadas, al igual que los arreglos florales. Un camino hecho con pétalos rojos bordeado por velas aromáticas. De fondo música en vivo y, por supuesto, el vino que llevaba Diana. Desde la ventana contemplaba una impresionante vista con el cielo despejado, adornado por una luna llena y maravillosas estrellas; al horizonte un alumbrante y magistral anochecer de la bahía de Buenaventura. Sin duda, un lugar propicio para hacer el amor.

Después de una conversación larga, amena, pasadas por piropos, halagos y risas... aunque las manos suaves que acariciaban la tensa y delicada piel de Diana parecían desconocidas, le gustaba cómo él la apretaba contra sí, besaba apasionadamente su pecho y parte de su espalda mientras sus manos se deslizaban

poco a poco por debajo de su vestido hasta llegar al triángulo de las Bermudas. Brusca pero sensualmente le da una vuelta y quedan frente a frente. Ella, con rudeza tira de la camisa, y queda a la vista el pecho varonil de su amado que recorre con su lengua. Luego, sus labios se unen mientras ella le quita el pantalón, entre tanto él la despoja de su atavío, un bodi del color de las cerezas adornan su cuerpo. Escote profundo en “V” dejan ver sus preciosos pechos, la tela suave de su prenda, contrasta bien con el tono de su piel bronceada que brilla como el oro. La sensualidad de sus delicados movimientos lo estimulan, él se muerde los labios mientras levanta una ceja y hace un gesto morboso que deja entrever el deseo que tiene de poseerla, piernas delgadas bien tonificadas que cualquier hombre desearía tocar. La suspende, ella entrelaza sus piernas en las caderas de él, dan algunos pasos y la sienta en una de las mesas del lugar. Dejan que la pasión se apodere de ellos y sus cuerpos entrelazados se piden uno al otro con movimientos rudos, afables como las suaves y bruscas ondas del mar...

“Fue la mejor noche que he tenido en mucho tiempo”, pensaba Diana.

De camino a la casa no hablaban, solo se comunicaban con sus miradas que pedían más de aquello que fue tan maravilloso y especial. Llegaron, pisaron el umbral de la habitación, no pudieron contenerse, de nuevo el amor salía por los poros sin dejar nada guardado. A la mañana siguiente el despertador sonó, ella estiró su brazo para apagarlo. Se levantó mientras él dormía, revisó el contestador automático, la grabación decía:

—Amor, tuve que salir con urgencia de viaje. Por más que te llamé al consultorio, no pude comunicarme contigo. Quería avisarte que mi hermano Alberto llegaba y se quedaría en nuestra casa.

Si no fuera porque su esposo y su hermano Alberto son gemelos, Diana jamás se habría entregado en cuerpo y alma a Alberto.



# LUCIANA

Luz Marina Giraldo Mora



Recuerdo que mi padre nunca me quiso, nunca me vio como hija. A todos mis hermanos les daba regalos en Navidad y les celebraba cumpleaños, pero para mí solo había rechazos y desprecios. Mi padre era un hombre soberbio y borracho que llegaba a maltratarnos a mi madre y a mí. Siempre me gritaba que yo no era su hija y así fui creciendo. Cuando tenía tan solo 9 años fui violada por mi hermano. Nunca le conté a mi madre porque mi hermano era el consentido de ella, pero más de mi papá y si le hubiera contado nunca me lo habrían creído. Así que me tocó no solo callar sino soportar que lo siguiera haciendo. Eso me volvió muy rebelde, pero a la vez muy temerosa de que mi padre se diera cuenta y hasta me llegara a matar.

Pasaron los años y mi hermano se cansó de abusar de mí y se fue.

Yo también me fui de la casa porque me cansé de los golpes de mi padre y los desprecios de mis hermanos. Me cansé de todo y quise salirme a vivir mi vida, ya tenía 18 años y lo podría hacer. Entonces, empecé a recorrer el mundo. Yo era bien bonita y tenía muchos pretendientes. Empecé a tomar trago y drogas y,

como no sabía hacer nada, me prostituí. A los 21 años tuve mi primera hija. Pero ni esa, ni ninguno de los otros seis hijos que tuve fueron suficientes para dejar el vicio del trago y las drogas. Realmente hoy me arrepiento, porque aunque no hice nada de lo que me acusan, sí sé que descuidé mucho a mis hijos, les di mal ejemplo, pues ellos me veían borracha y drogada.

Muchas veces llevaba los clientes a la misma habitación donde estaban mis hijos y ahí tomábamos y fumábamos de todo, enfrente de ellos. Como ironía de la vida me iba a tomar con los clientes a la pieza para “cuidar” de mis hijos, sin saber que les estaba causando más daño. Varias veces cambié de pieza por eso, porque los dueños me echaban por hacer mucha bulla.

Mis hermanos y mi mamá nunca me iban a visitar ni yo tampoco volví a verlos. Tanto así, que mi padre murió y yo no me enteré. Yo misma estaba construyendo con mis manos la destrucción, no solo de mi vida sino la de mis pequeños. No sé por qué no pude cuidar de mis hijos si mi madre fue tan buena.

Mi vida es una tragedia, a veces no sé para qué nací. De los labios de mi madre ha sido de dónde he escuchado un “te amo”, nadie me ha querido y yo tenía que querer y cuidar mis hijas pero no lo hice. Quisiera devolver el tiempo, sentir el abrazo cálido de mi madre, no volver a cometer los mismos errores con mis hijos y ser una verdadera madre para ellos. Recuerdo perfectamente que todo empezó el 25 de junio de 2009.

Un día, con Toño, estábamos en una tienda bebiendo unas cervezas. La tienda quedaba frente a un parque, así que las niñas estaban jugando. Pasaron las horas y como a eso de las 8 de la noche nos fuimos para la habitación que alquilaba en una casa de inquilinato. Las niñas entraron y Toño y yo nos quedamos en la puerta, sentados en el andén tomándonos otras cervezas.

En esas estábamos cuando llegó mi hermana, que nunca iba por esos lados. Pero ese día sí fue y me preguntó por las niñas. Yo le dije que estaban adentro, ella me regañó por estar borracha y entró a ver las niñas. Estuvo adentro unos minutos y salió muy furiosa. Me pegó un grito en la calle, que cómo permitía que ese borracho anduviera enamorando a mi hija mayor de 13 años. Empezamos a discutir muy fuerte y al final se fue muy enojada.



Yo me quedé con Toño ahí, sentada en la calle, pero él ya estaba muy ebrio. Entonces le dije que se fuera, pues ya estaba tarde y también yo estaba bastante borracha.

Toño se fue molesto porque quería quedarse conmigo esa noche, pero yo estaba de mal genio. Así que me entré para la pieza y levanté a mi hija mayor para preguntarle qué había hablado con mi hermana. Ella se levantó de la cama muy brava y empezó a gritarme de todo lo que había visto desde niña a causa de mis borracheras. Transformó la mirada, me miraba con odio, como si fuera su enemiga y no su madre. Al final, por tanto alboroto, los dueños de la casa llamaron a la policía. Cuando llegó la patrulla, mi propia hija les dijo que yo la quería vender para la prostitución.

Y yo seré todo lo que quiera, grosera, borracha, drogadicta pero no les haría una cosa de esas a mis hijas. Lo juro por mi madre. Pero los policías no me creyeron. Le dije: hija, por qué dices eso, y ella me gritaba: porque usted es una prostituta y quiere que yo también lo sea.

De este modo se inició el proceso judicial. Las niñas inicialmente quedaron en un hogar sustituto. Todo se derrumbó para mí..., más cuando la trabajadora social me dijo que las niñas iban a quedar en situación de adoptabilidad el 31 de julio de 2009. Fue la última vez que vi a mis hijos. Los recogió el Bienestar y me quitaron todos los derechos sobre mis bebés. No puedo ni saber dónde ni cómo están. Jamás volveré a ver a mis hijos.

Por tres años busqué ayuda para recuperarlos porque solo es presunción de violación, no hay pruebas físicas de nada, pero ningún abogado quiso ayudarme. Estoy sin amigos, sin familia, sola en este lugar... pues hasta mi madre murió y mis hermanas no me dijeron nada. Eso me llevó más al fondo del abismo de las drogas y el licor.

Al final llegué a la reclusión en Jamundí donde todo ha sido un karma, porque aquí saben que estoy por un delito contra mis propias hijas y todas me maltratan psicológica y físicamente, tanto internas como guardianas. Por tres meses estuve en celda de aislamiento, soporté que patearan la puerta, me escupieran la comida y me tiraran bolsas con orines dentro de la celda.

Recuerdo que la guarda se quedaba solo mirando como si se alegrara de mi desgracia.

En las noches le pido a Dios que tenga misericordia de mí, que proteja a mis hijos, pero sobre todo que me perdone por lo malo que hice en mi vida, que me dé la oportunidad de un día volver a ver mis a nenas, pedirles perdón y que sepan que mi intención no fue dañarlas. Solo espero que estos años pasen para salir a buscar un nuevo comienzo, no digo que con mi familia porque no tengo a nadie.

\*\*\*

De verdad que tengo un nudo en mi garganta. No sé qué siente pero en sus ojos hay una nube negra de dolor, tristeza, una profunda soledad, una vida vacía, sin rumbo ni propósito, sin ilusiones. Luciana es un ser que vive por vivir, lo único que atino es a darle un abrazo y cuando lo hago rompe en llanto. Guardo silencio y siento sus lágrimas en mi hombro. No podría describir lo que sentí, pero Luciana necesitaba ese abrazo, necesitaba saber que yo no quería saber de su vida para juzgarla ni para salvarla, solo quería escribir sobre ella. Luciana es una mujer muy inteligente, pero con una autoestima por el piso. No podía creer que le di un abrazo. Al final cuando se calmó me dijo:

—¿A usted no le da asco abrazarme?

Realmente no lo sé, porque su aspecto no es el mejor, porque me vienen a la mente los comentarios sobre su morbosidad: dicen que se masturba en las duchas para que la vean. En todo caso, con cara de asombro le respondí:

—¿Por qué habría de darme?

—No sé, todas me tienen asco, ¿usted no? —me pregunta.

# DÉJÀ VU

Adriana Patricia Castañeda Castañeda



Mientras Tomás colgaba el teléfono, la única esperanza de volver a ser feliz se venía abajo. Sus ilusiones y el amor de su vida. Todo desaparecería. En menos de dos días perdería lo único real para él. Pero aquel hombre era tan orgulloso y arrogante, solo poseía una cualidad: se había enamorado por primera vez.

Mientras caminaba de un lado al otro pensando en lo que haría, su mente le decía una cosa, pero el llamado del corazón lo dejaba sin excusas. Se sentía muy agotado. Recostado en su cómodo sofá venían a él los recuerdos de su infancia hasta aquel triste día. El recuerdo más especial era el de su madre. Una dulce mujer que lo amaba y, del otro lado, un duro y arrogante padre que solo pensaba en sus empresas y en hacerse cada vez más y más rico. Cuando tenía seis años su madre murió de cáncer. Entonces, Tomás se quedó solo. No tenía ni hermanos, ni tíos, ni familiares cercanos. Solo su padre, quien meses después de la muerte de su madre lo envió a estudiar muy lejos del país para que adquiriera conocimientos y pudiera administrar aquel imperio que le dejaría por herencia. Estudió por veinte años y durante todo este tiempo lo visitó solo cinco veranos hasta cuando regresó

hecho todo un profesional, con excelentes calificaciones y títulos de doctorado. Tomás llegó convertido en algo más frío que un iceberg. No sabía lo que era el amor. Nunca lo tuvo. Solo vagos recuerdos tenía de su madre. Inmediatamente tomó el control de los negocios de su padre ya que este sufría de una rara enfermedad.

Su vida transcurría en torno al trabajo, entre juntas, reuniones y cierres de negocios. El día de la muerte de su padre, ni una sola lágrima derramó su corazón. Era un trozo de hielo.

Habían pasado tres años desde la muerte de su padre y el corazón de Tomás se hacía cada vez más duro, no era social, no tenía amigos. De vez en cuando salía con mujeres que nunca tomaba en serio, pues en sus planes no estaba formalizar una familia ni menos casarse. Lo único que lo apasionaba era comprar pinturas. Solía visitar exposiciones y galerías de arte y pintura. Un día, al acostarse tuvo un sueño. Estaba sentado en un columpio, el viento le rociaba la cara y sentía una gran paz. Mientras el viento recorría su rostro se hizo una pregunta: ¿quién tira del columpio? Solo veía niños y alcanzaba a ver un gran arco gris con impresiones indígenas grabadas. De pronto despertó con la sonrisa en su rostro y continuaba sintiendo calma y paz. Desde la muerte de su madre ningún sentimiento había vuelto a tener su amargo corazón.

Aquel sueño lo dejó muy pensativo. Pasaron años cuando volvió a soñar lo mismo, con la única diferencia de que él se veía allí parado frente a aquel columpio. Era como si su alma hubiera salido de su cuerpo. Podría ver quien lo empujaba en el columpio. Era una mujer muy hermosa de vestido blanco resplandeciente con cabellos largos y rubios, grandes ojos verdes y una flor en el cabello. Ella sonreía mientras mecía el columpio. Entonces despertó muy confundido porque era la segunda vez que soñaba lo mismo. Tiempo después viajó por primera vez a Latinoamérica. Todo salió bien, como siempre Tomás era un hombre muy exitoso y reconocido por sus millonarios negocios. Aquel día cambiaría la vida de aquel hombre duro de corazón y comenzaría a creer en algo...

Cuando salió de la junta de trabajo estaba muy inquieto. Necesitaba tomar aire puro y caminar en aquella tarde calurosa; solo veía carritos de helados. Llevaba años sin comer un helado. Compró uno. Miraba todo, pues era un país diferente, con culturas distintas, pero comenzó a sentirse identificado con los lugares por donde pasaba, era como si ya hubiera estado allí. Una cuadra más adelante se sorprendió al ver el arco como el que había soñado. Era el mismo. No podía creerlo, pero era un dejà vu. ¿Qué me querrá decir el destino? Entró y se hizo debajo de aquel enorme arco, escuchó muchos niños y se dio cuenta de que el arco era la entrada a un enorme parque. Al entrar vio lo que nunca pensó ver, el columpio tal y como lo vio en el sueño. Era real. Había muchos niños corriendo de un lado a otro, se sentó en una banca a mirar detenidamente todo. Pasó horas allí sentado. Quería montarse en el columpio, cayó la tarde y llegó la noche, creía que alguien le empujaría en el columpio. Pero nadie lo hizo. No entendía por qué todos esos acontecimientos llegaban a él. De pronto, un viento comenzó a remover la basura del parque, hojas y papeles giraron y algo pegó en su pecho. Cuando se dispuso a retirarlo era una invitación a una exposición de pintura. Sus sentidos quedaron paralizados al ver que el folleto mostraba tres de las pinturas que formaban parte de la exposición. Una de ella era ese parque, el columpio y la mujer que aparecía en sus sueños. Era la misma, con el mismo vestido y la flor en el cabello.

Guardó el folleto y regresó al hotel, preguntó a los receptionistas por la dirección de la galería. Amablemente le respondieron que quedaba a 5 cuerdas de ahí. Esperó con ansias el amanecer. Quería preguntarle al pintor de dónde conocía a la mujer del cuadro.

Al entrar a la galería notó algo particular. Casi todos los cuadros tenían un ángel. En un ambiente muy espacioso, con mucha luz, estaba la pintura de aquella mujer. No tenía dudas, era la mujer de sus sueños. Un hombre se le acercó y le dijo:

—Es una gran pintura, es mi preferida.

—Usted, ¿trabaja acá? Estoy interesado en comprar este cuadro.

—Lo siento, señor, pero no está a la venta.

—No me interesa, pagaré lo que me pida por ella, solo diga un precio.

El hombre le dijo que le podía enseñar otras pinturas. Tomás insistía en que quería esa.

—No me interesa ninguna otra. ¿Dónde está el autor de la obra?

El rostro del hombre se entristeció, con ojos llorosos le respondió que no estaba.

—¿Cómo puedo contactarlo? Solo quiero preguntarle algo, es que usted no me entiende, pensaré que estoy demente.

—Fabián está muerto.

El semblante de Tomás cambió.

—Lo siento —dijo.

—¿Qué quería preguntarle?

—Ya no importa.

—A mí sí.

—¿Por qué le interesaría a usted saber?

—Porque Fabián era mi hijo

—Siento haber sido grosero con usted, solo quería preguntarle a su hijo de dónde conocía a la mujer de la pintura. El viejo le respondió con una sonrisa:

—Mi hijo era ciego de nacimiento y siempre hablaba de ella, decía que era un ángel. Una vez, cuando tenía 16 años dijo que quería dibujarla y esta es su primera pintura. Por eso no tiene precio, disculpe cuál es su nombre.

—Tomás.

—Mucho gusto, Héctor.

—Señor Tomás, ella no es real, solo existía en la imaginación de Fabián, él hablaba de ella, decía que le daba paz, tranquilidad. Pero ¿usted por qué quiere saber si es real?

—Porque yo he soñado con ella tal y como está en la pintura de su hijo.

—Señor Tomás, yo creo que usted ha experimentado un dejá vu. Hay cosas que ni nosotros podemos explicarnos.

Se despidieron. Tomás salió consternado pero decidió quedarse en aquel país unas semanas más y tomarse unas

vacaciones. Todos los días pasaba por el gran arco, preguntándose quién podría ser aquella mujer.

Un día, el cielo estaba iluminado por millares de luces piro-técnicas, cuando preguntó a qué se debía, le contestaron que era el Día de la Virgen y sus ángeles y que cada luz era un ángel enviado a la tierra para cumplir una misión. En el parque hay una exposición de pintura de solo ángeles.

Se dirigió al parque, la fiesta era mágica, había velas y todos los objetos estaban iluminados. Le llamó la atención el traje de una mujer. Era igual a la de la mujer de la pintura: cabello rubio y largo, ella observaba una pintura. Se le acercó muy despacio y pudo ver de lado la flor en su cabello. Era ella, la mujer del cuadro era real. No pudo contenerse y le habló, cuando ella volteó para verlo, tenía lágrimas en los ojos. Tomás solo supo decir:

—Tú eres la mujer de la pintura.

—No, no lo soy, le respondió sonriendo. Estoy muy sorprendida de ver esta pintura, no entiendo, creo que es mi abuela.

—¿En serio?

—No estoy segura, pero se parece tanto a ella. Si lo es, ella solía traerme al parque cuando era una niña, me columpiaba justo en aquel columpio. Un día ella se desplomó y murió allí en el columpio, delante de mí. Hoy es su cumpleaños. Por eso estoy acá, trayéndole sus flores favoritas. Todos los días ponía una en su cabello, le gustaba su aroma.

Tomás extendió su mano y se presentó, ella estrechó la suya y le dijo:

—Soy Luz.

—¿Te puedo invitar un café?

Continuaron hablando de su abuela, de lo especial que fue para ella. Tomás la escuchaba atento, emocionado con todos los acontecimientos que estaba viviendo en esos últimos días. Había algo en aquella mujer que le daba mucha paz a pesar de lo opuestos y distintos que eran.

—¿Por qué estás en este país? ¿No eres de acá?

—Vine por negocios, pero debo regresar pronto a mi país, tengo negocios que atender allí.

De repente apareció un hombre muy ofuscado:

—¿Dónde te habías metido?, por fin te encuentro, estábamos muy preocupados por ti. Tenemos que irnos, no debes andar sola es peligroso, tú ya lo sabes. La cogió por el brazo.

—Es mi hermano —le alcanzó a decir mientras él la jalaba.

—Quiero volver a verte.

Mientras se alejaba de él, le alcanzó a gritar.

—Mañana nos vemos en la entrada del arco, a las 6.

—Allí estaré.

Mientras él escuchaba cómo el hermano la regañaba y la llevaba a regañadientes.

A la hora de la cita a la entrada del arco la esperó más de tres horas y Luz no aparecía. Comenzó a enojarse y desesperarse. Quizás nunca más volvería a verla, no sabía dónde buscarla ni quién le diera razón de ella. Comenzó a alejarse muy despacio con la esperanza de que apareciera, cuando a lo lejos escuchó que alguien gritaba su nombre. Volteó a mirar y era ella, se veía simplemente bella con un vestido blanco y en su cabello aquella flor.

—Discúlpame, tuve muchos inconvenientes para venir, pero lo importante es que estoy acá. Pensé que ya no te encontraría. Qué bueno que no te marchaste.

—Me alegra tanto verte.

Pensó que era la primera vez que esperaba a alguien con tantas ansias y que lo hubiera hecho esperar por tres horas. Estaba sorprendido de él mismo. Muchos acontecimientos estaba viviendo en aquel país.

—¿Dónde quieres ir?

—Al parque donde nos conocimos, me gusta ese lugar.

En aquel momento, Tomás notó que su corazón estaba dejando la frigidez que desde niño lo acompañaba y que un poder ejercía aquella chica. Sabía que se estaba involucrado demasiado y esto lo dejaba pensativo.

Todos los días se veían, conversaban y reían todo el tiempo. Era algo que nunca pasaba en la triste vida de Tomás. Se estaba enamorando. Un día ella le preguntó:

—¿Por qué siempre estás de saco y corbata? ¿No te cansa vestir así? Vamos al parque y caminemos, quítate esos zapatos



Aunque dijo que nunca había caminado en el pasto descalzo, ella lo convenció.

—Es verdad, se siente bien, me gusta, ¿por qué no lo había hecho antes?

Luz llevaba siempre un libro de poemas y cuentos que leía. Tomás la escuchaba detenidamente sin perderla de vista ni un solo instante. Le gustaba oír-la, ver-la reír, vivir. Se sentía feliz a su lado.

—¿Por qué eres tan diferente?

—El diferente eres tú, le contestó riendo, ¿cómo es que nunca has pisado descalzo el pasto? Vamos al lago. Pero tenemos un problema, estás de traje. Qué te parece si vamos al hotel donde estas hospedado y te cambias de ropa para que estés más cómodo.

—¿Qué ropa? Siempre visto así.

—Debes tener unos *shorts*, tenis, camiseta. No necesitas más.

—No tengo nada de eso porque este era un viaje de negocios corto y además, no compro ropa así, mi vida solo gira en torno a juntas y negocios. Qué te parece si nos vamos de compras y tu escoges lo que me puede quedar bien.

—Sí, vamos, genial.

Pero cuando estaban de compras, nada le gustaba a Tomás, Luz terminaba por convencerlo y compraban lo escogido por ella.

—Eres muy complicado para vestir, ¡vaya que me has dado trabajo para convencerte! Pero ya tienes todo. Con gran satisfacción al fin pude convencerte de cambiar todo el guardarropa... Él la miraba dándose cuenta que no solo estaba cambiando su guardarropas, sino su vida. Luz se había convertido en parte de él y ya nada sería igual sin ella. Él había tomado la decisión de confesarle sus sentimientos, pero aún tenía en su corazón cosas de las que no se podía desprender y solo buscaba el momento apropiado para confesarle el amor que sentía por ella. Además tenía que volver a su país a atender sus negocios. En sus planes estaba quedarse con Luz, mil preguntas tenía sobre ella. Nunca hablaban de su familia, lo único que sabía era lo que había ocurrido con su abuela el día que se conocieron.

—Eres muy importante para mí, pero tengo que regresar. Volveré por ti en dos semanas, ¿quieres, Luz, que regrese?

—Sí, claro, anhelo que vuelvas lo más pronto posible.

Al día siguiente partió Tomás, pero los asuntos por revolver eran tantos que se demoró más de dos semanas. Cuando ya todo lo tenía listo, recibió una llamada del hermano de Luz pidiéndole ayuda porque ella había sido secuestrada con otras personas de la aldea y no sabía nada de ella, estaba desesperado.

—Iré en seguida a tu país.

Miles de pensamientos pasaban por la cabeza de Tomás, pensando que quizás no volvería a ver a su amor. Abordó el primer vuelo, llegó a casa del hermano quien le contó que un grupo armado muy peligroso que se querían apropiarse de sus tierras, se los habían llevado.

—Pagaré lo que pidan por su libertad.

—Pero aún no se han comunicado conmigo, no sabemos dónde los tienen.

De repente sonó el teléfono. El hermano de Lucy le hizo señas, “son ellos”.

—¿Qué quieren? —preguntó Tomás en el teléfono.

Escuchó con atención las indicaciones exactas para el rescate. El lugar donde entregarían el dinero y el sitio de la liberación.

Tomás comenzó a recordar lo que su padre le había enseñado, el egoísmo, el amor al dinero y no tener ningún sentimiento afectivo con nadie. Pero él ya no era ese hombre. Luz había cambiado su vida.

—Tenemos dos días para reunir la cantidad que ellos piden.

Tomás estaba asustado porque la policía estaba al tanto de todo. Él solo quería que todo saliera bien y nada le pasara a su amada.

Todo estaba preparado, solo esperaban una nueva llamada de los secuestradores para que dijeran dónde entregarían el dinero. El lugar elegido fue la entrada del arco en la noche. A última hora cambiaron el lugar, sería en la mitad del parque, muy cerca de donde Luz y Tomás se conocieron.

Entregaron el maletín, Tomás escuchó la voz de Luz, que gritaba y corría hacia él. Se abrazaron y por primera vez se besaron. Nunca más volverían a separarse de ella.

—Siéntate en el columpio. Tomás cerró los ojos mientras ella lo columpiaba. Tenía la sensación de haber estado antes, de haber sentido la misma paz y tranquilidad. Se escucharon muchos disparos y al lado de Luz, cayó Tomás. Mientras el alma de Tomás se elevaba, el recordó el segundo sueño donde veía cómo lo columpiaban y veía a aquella mujer tan parecida a Luz. Entonces entendió que él había visto el cuadro de su muerte. De repente escuchó la voz de Luz que decía:

—No te mueras, regresa, tú volviste por mí, ya estamos juntos. Entonces sintió que alguien le cogió la mano. Cuando miró, era ella, la mujer del sueño. Ella le dijo:

—Aún no es tu hora, debes regresar al lado de mi nieta. Tomás abrió los ojos y Luz estaba allí, a su lado.



# CRÓNICA DE UN CORAZÓN DELATOR

Astrid Carolina Londoño Pérez



Cuando Loreanna llegó ese cuatro de diciembre a la cárcel de máxima seguridad de Jamundí, lo primero que pensó fue que era una cárcel grande. Venía de Guanayilla, su ciudad natal, en República Dominicana, un país con menos habitantes que Bogotá.

“Aquí en esta cárcel es tan larga la historia, tan triste y penosa”, me dice ella con su hablar pausado y su tono de voz solemne mientras mira al frente sin enfocar la mirada, como recordando lo vivido. Las bromas de novatos son famosas en universidades y colegios, pero en Colombia se acostumbra a generar miedo a las reclusas nuevas. Todas hemos pasado por eso. “Mañana se baña conmigo, mami”, “tú vas a ser mi mujer”, “mañana me lava el porta”, “lengua de camello asoleado”, son algunos de los más sencillos y respetuosos gritos que escucha una mujer cuando llega a la cárcel. Con ese miedo infundido en la estación de policía llegó Loreanna a la 1:30 de la tarde. Cuando entró a la cárcel trató de estar relajada, pero cuando el guardia

le dijo que se preparara para la toma de fotos, Loreanna entró en llanto.

—Yo estaba bien, Astrid, estaba como estás tú, tranquila, pero pensé estoy perdida, me quedó una ficha, un expediente.

Estaba desesperada. Y sus palabras fueron interrumpidas por Dalía quien con un leve codazo y un extraño movimiento en los ojos le indicó que jugara póker con sus cartas dado que ella iba a llamar. La norma a seguir en cualquier centro penitenciario es la misma, cuando llega un interno nuevo se hace toma de huellas, toma de fotos y revisión médica. En mis 17 meses dentro de este frío lugar he visto muchas fotos de reseña, de mujeres inocentes, culpables y de mujeres indiferentes. Loreanna sale con el cabello negro, tan corto que roza apenas la parte inferior de las orejas. Con los ojos hinchados y lágrimas escurriendo por sus mejillas. Luego me explicaría que en su país, la foto es equivalente a su pasado judicial.

Dos horas después de su llegada a COJAM; Loreanna era llevada a la UTE, la unidad de castigo, donde permanece la “carne fresca”, ¡mujeres nuevas!, por un tiempo aproximado de 8 a 15 días mientras se les asigna un patio.

“Me imaginé que iba a llegar a un patio normal, cuando veo la celda sola y ya tú sabes me sentí muy mal”, dice y me distrae un poco el lunar pequeño que como un agujero negro en el espacio se deja ver en sus piernas gruesas y bellas, gracias a la poca tela del short de jean. La llamaron a revisión médica. “Solo me preguntó si tenía cicatrices y me hizo desnudar para comprobar que no, y pensé: esto es mal”. Voltea su cuello para ver el televisor. Después de 54 años, la bandera de Estados Unidos se iza en Cuba y me dice entre risas que dejan ver el espacio entre sus dos dientes superiores que “cree que Fidel preferiría estar muerto”.

Después de ver al médico volvió a la UTE. La soledad y el dolor eran su compañía durante la noche, además de zancudos, un nuevo testamento y un lápiz con el que llenó toda la pared de mensajes: la novena completa al Divino Niño y uno menos elaborado, “nada es casualidad”. Cierra los ojos, pasa los dedos por su frente deslizando el pulgar y el índice hasta sus sienes.

—Lo peor de casi nueve meses que llevo aquí fue la incertidumbre de pensar que mi familia no sabe nada de mí.

Sus ojos pequeños y sus escasas pestañas vuelven a mis ojos y hace conmigo lo que hace con todas, empieza a hablarme de Alex y Gaby y sus lágrimas duelen por dos. Brotan sin esfuerzo, se deslizan por sus mejillas y finalmente se absorben en su buzo rosado.

Todas las compañeras la definen como una mujer respetuosa y amable, siempre habla con el mismo volumen y tono de voz típico de las odontólogas; sin embargo, en una ocasión levantó a su mejor amiga que dormía en el suelo sobre un par de cobijas de un puño en la espalda porque fue a llamar y no tenía un solo minuto en su clave personal. Dejó que ella se pusiera en pie, la atacó. “Loreanna me hubiera preguntado primero”, me dijo Kelly con tono de reproche.

La rabia le ganó la batalla a la cordialidad permanente de la dominicana y volviendo a la celda de castigo esta vez como una sanción de mala conducta sintió por primera vez lo que es estar presa en otro país. La recibió una guardiana que le dijo, “la dominicana ya sacó el país”. Seis palabras que le dolieron más que mil. Con ambas caras arañadas y después de varias explicaciones volvieron a ser las mismas amigas de antes.

Días después Loreanna me comentó que su viaje salía de Palmira con escala en Panamá y destino Guanayilla. “Yo pensaba que me iba a quedar en Panamá porque todo iba bien. Había viajado varias veces y te lo juro por la salud de mi hija que yo le dije a Alex: no voy a llegar a Dominicana. Me miraba, Astrid, me miraba el pecho, yo sentía que la blusa se levantaba con cada latido, yo me miraba el pecho para ver si se me notaba que estaba acelerado”.

En República Dominicana las cárceles tienen profesionales encargados de preparar los reclusos, y desde el primer día de ingreso están obligados a estudiar y a trabajar. Los extranjeros ingresan a un patio exclusivo aislados de los nativos. “Mi país puede ser una mierda, pero allí se respetan primordialmente los derechos humanos, aquí no encuentro nada bueno”. Estira sus piernas y pone una sobre mi silla de uno de los dos comedores

grises, gris como las paredes, el piso y el corazón intranquilo de una mujer presa.

En Colombia las cárceles son rompecabezas sin piezas, los presos tenemos derecho a estudiar o a trabajar, sin embargo, debido a la falta de infraestructura, personal de seguridad y organización administrativa, en nuestro patio hay 32 celdas y 156 internas de las cuales solo salen a realizar estas actividades 43. “Traen a la gente aquí pero no la ocupan, ya tú sabes, no le enseñan a hacer nada y cuando salgan van a seguir delinquiendo”.

—Panchito estuvo 6 años en la cárcel, lo único que sabía hacer desde pequeño era robar, ahora se gana la vida haciendo pasteles y bocadillos. Panchito dice que le da gracias a la cárcel porque fue ahí donde aprendió a hacer algo. Es lo que debe ser una cárcel, como en Dominicana —dijo todo esto en voz baja, para sí misma, no sé si quería que la escuchara.



# ARRIBA DE TI

Karen S. Martínez



Siento cómo se acelera tu pecho. Tus ojos grandes y tiernos me invitan una vez más, tus sentidos están totalmente despiertos y tu cuerpo rígido me dice que estás preparada; aunque seas muy grande para mí. Ya lo he hecho antes y sé que puedo. Intentaré subir una piernita..., de pronto... si me apoyo en tu cuello... ¡Ya está! Sé que esto va a doler pero... ¡lo logré! Estoy arriba.

¡Quédate quieto caballo tonto, hoy es paseo dominical!



# LA LLEGADA DE JESÚS

Ofelia Puentes Rodríguez



Con mucho tiempo se les informó lo que podría suceder si no entendían las señales que por tiempo se nos presentaban, pero muchos padres de familia en especial el hombre, el padre de la familia Smith, quien no era capaz de poner orden a su propia vida ni mucho menos a los de sus hijos, en especial a la pequeña Saray la cual era su consentida. Y digo consentida ya que era padre también de Brandon. Aquí comienza la historia del fin de la familia Smith.

Era una tarde de sábado y el señor Smith no había llegado de su larga jornada adicional de fin de mes. Siempre alegaba y se quejaba de esto pero al llegar el cheque de pago con su extra lo olvidaba y todo volvía a ser igual. Era un hogar de estrato medio-alto. Era Sara, esposa y madre, una hermosa mujer dedicada a su hogar, amante de la palabra de Dios y fiel seguidora cada domingo del reverendo Jackson en la hermosa pero pequeña ciudad de Harlem. Un lugar tranquilo, lleno de árboles frondosos que en la primavera llenaban de diferentes colores el hermoso parque principal. En una esquina queda la capilla del reverendo Jackson. Sara y Brandon asisten cada domingo. Solo ellos dos, ya

que la pequeña Saray y el señor Smith no lo hacen. Él siempre le dice a su amada esposa: “Sé que tú oras por nosotros”.

Sara se levanta cada domingo, hace el desayuno, viste al pequeño Brandon y sale hacia la galería, despidiéndose de su amada familia. Este domingo 23 de octubre no sería uno igual a los otros. Este sería el diferente, “el día de la llegada de Jesús” y la vida para la familia Smith no sería nunca más igual, todo cambiaría ese día.

Sara y Brandon junto a 90 feligreses y el reverendo Jackson estaban en un tiempo hermoso de alabanza cuando todo se iluminó. Era una luz hermosa, celestial y de ella salía una voz como de trueno y decía: “Hijos míos, han sido fieles conmigo y con mi hijo, y mi hijo y yo seremos fieles con ustedes. Venimos a llevarlos a un lugar hermoso donde no hay odios, no sentirán hambre, ni frío, ni calor, ni dolor, ni angustia, todo será alegría y bienaventuranza”.

Sara con un *collage* de tristeza y alegría porque en el momento pensó en su amado esposo y su hija preciosa Saray. Pasó por su mente que todo el tiempo que había rogado a su esposo para que llegara a los pies del señor. Sin embargo, pensó que no podría hacer ya nada, que ella y su hijo estaban a salvo y que intercedería por su amado esposo y su pequeña hija Saray.

Luego de pasar esto por todo el mundo entero, una experiencia hermosa y maravillosa para los fieles seguidores de Dios, los que no creyeron, los que no hicieron caso a las señales, no supieron qué paso, no entendieron, solo quedaron sorprendidos, mirando hacia el cielo, confundidos mientras unos decían: nos mostraron las señales y no las vimos. Saray en medio de los brazos de su padre y tan solo con 6 años dijo: “Papá, es la llegada de Jesús”.

# VALLE DEL CAUCA



Establecimiento Penitenciario  
de Tuluá  
(Hombres)

Walter Mondragón  
Director de taller



# EL RIBIEL

Carlos Julio Valencia Solís



Salimos una vez a pescar desde Guapi hacia la isla Gorgona. Íbamos seis tripulantes y llevábamos seis días pescando a viento y marea, cuando una tarde se vinieron fuertes tempestades. En la noche seguimos pescando y, de pronto, vimos unas luces grandes y potentes. Pensábamos que era un faro costero, pero empezó a acercarse. Y cuando estaba bien cerca escuchamos un relámpago. El mar se quedó frío y el barco estaba casi encima (vimos una bandera pirata ondeando, pintada con calaveras sobre dos huesos cruzados y estrellas de cinco puntas entrelazadas) y, de pronto, desapareció.

Era un barco fantasma que navega por el océano. El tío nos contó que ese susto tan grande, a veces trae la muerte.





# LA NIÑA ENAMORADA

Edilberto Hernández



En mi niñez no tuve padres y por eso me crié con mis abuelos, pero ellos me daban mucho maltrato. Así que nomás cumplí los diez años me fui de la casa para darme mi propia vida. Arranqué para un pueblito llamado Yumbo (Valle), y allá me puse a trabajar en el matadero, pero ese trabajo me cansó y me retiré.

Luego, encontré una familia muy buena. Ellos tenían una panadería y me dieron trabajo hasta que cumplí los 18 años. Entonces me aconsejaron que me fuera para el Ejército a pagar servicio militar. Pues, sí señor, les hice caso y me presenté. Cuando pagué servicio volví y les dije: “me voy a buscar horizontes nuevos”. Mi amigo Carlos me regaló 5.000 pesitos, que en ese tiempo siempre era plata.

Ahí fue que llegué a Tuluá y me surtí una chacita para poder sobrevivir vendiendo dulces. Con eso pagaba la pieza y comía. De tanto voltear me encontré un restaurante donde todo era más barato. El dueño del restaurante, don Laureano, tenía una niña muy bonita pero de muy poca edad y cuando no estaba él, no me cobraba las comidas y me decía: “Amor, consígase otro trabajo para que no se mate tanto”. Pues, sí señor, le hice caso

a Jackeline, y me coloqué de campanero en una “Olla” que se llama “El Paraíso”. En todo pensaba, menos en que ella estuviera enamorada de mí, hasta que un día de tantos llegó y me dijo: “¿A usted es que no le gustan las mujeres?”.

—¿Por qué? —respondí.

—Porque yo estoy enamorada de usted.

El problema era que Jackeline tenía solo doce años, era una niña y a mí me daba miedo.

Llegó el momento en que me fui a vivir a la casa de ella, pero para mí era una tortura porque cuando los padres salían a hacer alguna vuelta ella se metía a la pieza y me provocaba. Llegó el día en que me tocó irme de ahí, por miedo a un canazo.

Pero llegó el momento en que no aguanté la tentación de ir a almorzar allá. Se presentó la ocasión en que su padre se fue a hacer una vuelta y ella se arrimó y me dijo: “Amor, usted no se me escapa, algún día usted tiene que ser mío”. Y yo risueño le dije: “si usted quiere ser mi novia tiene que ser al escondido de sus padres, porque usted es todavía una niña que apenas está estudiando y yo no quiero problemas con ellos”. Y ella me respondió: “A mí el estudio no me importa, me importa es usted”.

Pues sí señor, llegó el día en que me tomé unos tragos y me fui para donde ella y no vi a ninguno de los cuchos. Le dije: “Mami, regálame un beso”, y ella ni corta ni perezosa me lo dio. Pero la falla fue que se quedó amañada y cuando menos pensamos estaba el viejo detrás de nosotros, y le dijo: “Ve, esta culicagada que todavía no sabe ni lavar los calzones y dizque ya con novio”. Volteó y me dijo a mí: “y usted, jediondo, se me va de aquí antes de que lo saque a machete”. Pues yo salí a correr del miedo porque nunca había hablado con un suegro. No había caminado cinco cuadras cuando me sonó el celular. Era ella, diciéndome: “Mi amor, mi papá me aporreó muy feo y me reventó la boca porque le dije que a usted nunca lo voy a dejar por nada de la vida, porque usted es el hombre que yo amo”. Entonces yo le contesté: “Mi amor, vuélase para que hablemos a ver qué hacemos. Nos encontramos en La Nancy. Ahí me espera o la espero”.

Estaba ya cansado de esperar y nada que llegaba, ya había acabado la gaseosa para irme cuando ella llegó. Tenía sus bellos labios hinchados y la cara toda colorada de los golpes que le había dado su papá. Como el viejo era tan jodido yo le propuse que dejáramos todo así, a lo que ella respondió: “Pues si usted no hace nada por mí, yo me voy con el primero que aparezca, porque esta vida no me la aguanto más”. Así que le dije: “Mañana me espera a la salida del colegio para que nos vayamos. No lleve nada de ropa que luego conseguimos”.

Muy a las once del día llegué en un taxi por ella. Y hasta hoy hemos sido muy felices, gracias a Dios.



# BREVE BIOGRAFÍA DE MI INFANCIA

Hainnes Macías



*No me preocupa el ridículo, pero si me seduce el riesgo.*

Mario Vargas Llosa

Nacido el 27 de diciembre de 1976, en Cali, Hospital Universitario, 4 de la mañana, criado en un hogar tradicional (mamá-papá-abuelo-abuela). Estudios de kínder, primaria y bachiller.

Tres hermanos con los cuales se compartía todo. Bautizado a los ocho años (creo que tarde).

Primera comunión a los once años, una niñez normal sin contratiempos disfrutando cada momento con mis hermanos. A los seis años ingresé a estudiar kínder (dicen que lloraba cuando me dejaron solo). A partir de ese momento fui destacado en mis estudios.

Por eso, por mis bases, nunca imaginé estar en ese lugar.



# LA HUELLA DE LA PATA SOLA

José Jair Beltrán Sánchez



Yo estaba de vacaciones en una finca de mis abuelos. Era un día martes del mes de septiembre, día lluvioso. Estaba en la finca de mis abuelos sentado en una silla de mimbre, en el zaguán de la casa, cuando de un momento a otro apareció una huella en el piso del zaguán y todos los que nos encontrábamos en ese momento quedamos asombrados de la presencia de la huella.

Entonces nos dimos cuenta que era la huella de un espíritu maligno, pues según los abuelos nos dijeron, era un mito que se hace llamar la Patasola.





# RÍE EL DUENDE EN MI CASA

Ricardo López Tascón



Estábamos viviendo en una casa muy antigua. Éramos dos muchachos de una edad entre cinco y seis años de edad, cuando en la noche después de dormir, siempre lo escuchaba riéndose en la cama, parte de la cabecera, tocándome el cabello, enredándolo, haciéndome trenzas y yo le contaba a mi mamá pero no me creía. Le conté a mi papá y él me decía que el Duende no existía, nunca me prestaban atención. El otro niño era el que creía porque él también lo escuchaba y hablaba con él. Me contaba que le decía muchos cuentos y se quedaba riéndose por todo un día. Otra vez, dormidos, sonámbulos, aparecimos en la calle riéndonos y hablando entre nosotros, y nuestras mamás nos vieron y ante lo que pasaba ya nos prestó atención. Al lado de mi cama ella colocaba un Cristo y unas tijeras abiertas, y cambió la posición de la cama.



# LA GIGANTONA

Omar Leandro Rincón Molina



La Santa Cruz es un barrio donde la violencia ha generado maldad, brujerías y rezos diabólicos.

La noche del miércoles de Semana Santa mi amigo Alex salió con su madre a visitar a otros familiares que vivían en la parte de afuera del mismo barrio. Alex era un joven rebelde y desobediente con su madre. Esa misma noche se enojó con ella porque quería salir a andar la calle y su madre se lo prohibió. A la medianoche, le dijo que la esperara para que se fueran juntos pero Alex, ofendido porque su madre no le complacía sus gustos, decidió marcharse con indiferencia y patanería. Cuando pasaba por el parque del barrio vio que en el centro había una mujer sentada de espaldas, una mujer que se veía muy atractiva.

La curiosidad de Alex por ver aquella extraña belleza a esa hora de la noche, en medio de tanta soledad, se acrecentó. Se le acercó para hablarle y si era posible seducirla, pero la mujer permanecía con la cabeza agachada. Ya estando más cerca ella se levantó y lo miró, pero su rostro era una calavera. El *shock* por un momento lo paralizó y cuando pudo reaccionar se dio a la “gufa”. Mientras Alex corría este espanto lo seguía y crecía más

y más, hasta tomar una altura cercana a los ocho metros. Alex sintió desmayarse por el mismo miedo, hasta que se esfumó la mujeraza esa.

Lo cierto es que no supo cuándo llegó a su casa. Ya relajado le contó a su madre lo que le pasó, y está le dijo que el susto se lo dio la Gigantona.

# VALLE DEL CAUCA



Establecimiento Penitenciario  
de Tuluá  
(Mujeres)

Walter Mondragón  
Director de taller



# DE LA IMAGINACIÓN A LA REALIDAD

Flor de invierno (seudónimo)



Esta niña tenía una madre cariñosa, un hermano tierno y un padre muy estricto. Era bastante hiperactiva y, por lo general, hacía lo que no debía. Cuando cumplió los cinco años se fueron de la ciudad natal rumbo a Pereira, a una finca donde la niña era dichosa.

A su padre le gustaba la cacería y a ella también. Apenas cumplió los siete años aprendió a disparar escopetas y armas de bajo calibre. Ella se imaginaba disparando a los ladrones y a las malas personas.

Pasado un tiempo cambiaron de residencia y se dirigieron a una ciudad del Valle del Cauca. Ya tenía once años, conocía más de la vida y tenía muchas inquietudes. Conoció gente nueva y empezó a relacionarse con personas que consumían drogas. Su mamá siempre quería lo mejor para ella, pero la niña no le hacía caso. Pasado cierto tiempo se consiguió un novio que se dedicaba al sicariato y él empezó a abrirle más puertas del mundo a aquella adolescente. Su madre le suplicaba que se alejara de ese hombre que nunca le traería nada bueno, pero ella en su terquedad solo decía: “yo sé lo que hago, mamá, no me moleste”.

La señorita empezó a consumir drogas, a ir a fiestas y a deslumbrarse con las armas de su novio y sus historias de asesinatos. Empezó a guardar armas y drogas en su casa, dejó a un lado los estudios y simplemente se dedicó a delinquir.

Cuando tenía dieciséis años tuvo la idea de querer saber qué se sentía matar a alguien y como tenía aquel “maravilloso” novio, todo era más fácil. El desgraciado, sin importarle nada, le entregó un arma y una moto.

La niña salió a cometer tal crimen y asesinó a un pobre hombre que vivía en la calle, un hombre que no tenía culpa de nada, ni siquiera de su existencia. Terminado aquel evento volvió a la casa de su novio muy pensativa, pero a la vez “orgullosa”. Su novio le celebró aquel acontecimiento como si fuera algo hermoso. Desde aquel momento la adolescente se dedicó a sicariar y a hacer el mal.

Años después seguía su vida “loca”, sin pensar en las consecuencias que aquello le traía, y día a día, sin que le importara ver sufrir a su madre, continuó delinquiendo. Sin embargo, una orden de captura le quitó su libertad.

Ahora, esa niña con 22 años, se encuentra recluida en la Cárcel de Tuluá, sin familia, sólo con los recuerdos de una buena niñez y un pasado oscuro que no la deja vivir en paz.



# EL MATRIMONIO FALLIDO

Maira Alejandra Gonzales



Con un novio que tenía llevábamos 20 días no más y ya lo compartíamos todo. Un día me fui a trabajar dejándolo en casa y, antes de regresar, me fui con unos amigos que me convidaron de paseo.

Se fue el tiempo y llegué como a las ocho de la noche. Lo primero que me preguntó mi novio era dónde estaba, que por qué había llegado tan tarde. Yo le contesté que había salido a esa hora del trabajo. Él no me creyó, empezamos a discutir y a lo último le dije que no me celara tanto, que yo solo estaba con él. Sin embargo, siguió con el alegato y al final me fui para donde mi mamá.

Pasaron los días y me lo encontré en el centro de la ciudad. Iba con una expareja y yo me escondí a ver qué estaba haciendo. Entonces los vi darse un beso y fue en ese momento cuando salí y le di una cachetada a él y unos puños a ella. El muy canalla salió en su defensa. En ese instante pasó un amigo y le pedí el favor que me comprara un pintadito con pan. Luego los vi sentarse en un andén, me fui hacia allá y de la ira que tenía les tiré el pintadito caliente a los dos; ella era más grande que yo y me iba

a tirar, pero él no la dejó. Había mucha gente y se metieron para que no peleáramos.

Jefferson, mi exnovio, era flaco, alto, cejón, pestañón y de una cara muy agradable, pero muy mujeriego. Más de una vez lo vi con mujeres que decían ser sus amigas, pero un día lo pesqué in fraganti con una de esas supuestas amigas, una que yo conocía desde niña, que sabía que era coqueta, eso sí, muy bella. Ella se lo chupeteaba detrás de la fábrica donde él trabajaba. Esa fue la penúltima vez que me aguanté.

Después de que lo cachetié junto a esa exmujer, dijo que la había dejado por miedo a mí. Pero yo me enteré que se había conseguido otra. Él había vuelto a buscarme y yo no lo quería ya, pero insistió y me pidió perdón, y lo perdoné. Me invitó a un motelito que se llama El Metro, que queda cerca al viaducto. Ese día le dije que si me la volvía a hacer me tiraba del viaducto, pues de ahí se ha tirado mucho suicida, pero ¡qué va!, era mentira, yo no me iba a tirar de ninguna parte.

Bueno, en el motel pasaron muchas cositas, nos reconciliamos como era, pues en la cama se arregla todo: Él me juró que jamás lo volvería a hacer y yo le decía: “pajudo, pinocho, pajudo”. Y él se moría de risa.

De ahí en adelante volvimos a vivir juntos y las cosas parecían mejorar, hasta cuando lo pillé con otra que era fea, refea: gorda, con cara de vieja y un pelito corto que parecía macho. Me dio asco cuando lo vi con ella, tanto que no le dije nada. Además, no se dio cuenta que yo lo estaba viendo, por lo entretenido que estaba metiéndole la mano a las tetas. Me fui para la pieza y comencé a empacar. En eso llegó él y me dijo:

—¿Y eso?

Y yo le respondí:

—No, pues que me voy.

—Uyyy, usted está viendo visiones.

—¿Visiones, yo? ¡Cochino degenerado, yo te vi con estos ojos que se los han de comer los gusanos!

Él me decía en mi cara que no, que eso no era cierto, que todo era una mentira mía para dejarlo. Yo le respondí que no más falsedad y ahí fue cuando le pregunté quién era ese

escaparate viejo con el que andaba. Y sin inmutarse comentó, como haciéndose el pendejo:

—Ah, esa... ¿una gorda? Cómo se te ocurre, si esa es la mujer de un amigo que me pidió el favor que le acomodara la blusa porque se le salieron los botones y quedó a teta voleada. Y por accidente quedé con las manos en las tetonas de ella... pero nooo, ¿cómo se te ocurre?

—Qué verraco tan mentiroso —le repliqué—, si no fuera porque te conozco tanto hasta me comería ese cuento. Pero hasta aquí llegamos, se acabó este noviazgo, pico y chao. Espero que la mujer de tu amigo no vuelva a perder los botones y te dé más que yo.

Él insistía en que todo era imaginación mía, que siguiéramos, que me amaba mucho. Y yo soy tan débil que esa noche en medio del llanto (porque me agarré a chillar), me sedujo y me hizo cosas espectaculares.

Esa fue una noche de pasión y satisfacciones como si fuera la última, me dio como a rata. ¿Y qué más? Ah, sí, al día siguiente me propuso que nos casáramos. Y de una acepté, aunque las pensaba para casarme con ese maldito tan mujeriego y consulté con mi mamá. Ella me dijo que yo ya estaba muy grandecita como para saber lo que hacía. Pero que si ella fuera no lo haría, puesto que a ese zumbambico no lo llevaría ni a la esquina de la calle.

Empezamos a hacer los preparativos de nuestra boda que sería por la iglesia. Yo me soñaba toda vestida de blanco, con unos zapatos altos de Cenicienta, un súper peinado y que los pajecitos fueran mis hijos.

(Se me olvidaba contar que yo había tenido una relación con un viejo que me dejó dos hijos, aunque yo vivía sola porque se los había dejado a mi mamá mientras conseguía algo para sostenerlos).

Cuando todo ese sueño se hizo realidad, él, no sé cómo, se consiguió mi vestido y la plata para pagar la boda y la fiesta. Ya estando en el altar cuando el cura preguntó: “¿Quién se opone a esta boda?”, llegó la mujer a la que yo le había arrojado el pintadito, cogida de la mano con sus seis hijos y ante nosotros exclamó:

—¡Yo, señor cura! ¡Yo me opongo! Mire, todos estos hijos son de él.

Yo quedé en “stop” y salí corriendo y llorando para la calle. Mi familia lo quería matar.

# LA TRISTE HISTORIA DE MI HERMANITA

Sandra Johanna Rico Colorado



Esta es la triste historia de mi hermanita Viviana Rico. Ella y yo, para el 2004, salíamos a rebuscarnos la vida en las cantinas. Cada fin de semana, desde los jueves, nos íbamos para Cali, Chinchiná, Putumayo y muchos otros lugares, hasta que conocí el rebusque en la calle o sea en los moteles. Me paraba y cuando los hombres pasaban yo los llamaba, y nos entrábamos al motel. Me gustó eso, más que irme para un chochal, y ganaba más plata.

Una vez, un miércoles, llegó mi hermanita que era dos años mayor, y me dijo: “Johanna vamos a salir esta semana a trabajar”. Yo le dije que no porque tenía plata, me había ido muy bien y no quería ir de nuevo a un chochal. Bueno, al otro día ella se fue con tres supuestas amigas para un pueblito llamado Ceylán, por Bugalagrande. El domingo se emborrachó la hija de la dueña del negocio, una cacorra que vestía como hombre. Mi hermana tuvo un problema con ella y la llevó a uno de los cuartos donde las mujeres estaban con los hombres, y allí la mató.

Le dio treinta puñaladas. Eran como las 11:30 de la noche.

La escondió ya muerta, y el día lunes las amigas no la encontraban y la buscaron y la buscaron, y como a eso de las nueve de

la mañana la encontraron al lado del chochal. Me fui de una para ese lugar y encontré a mi hermana con más de 30 puñaladas. Tenía los ojos hinchados y una puñalada en la garganta que, para mí, fue la que finalmente la había matado. A mí el cuerpo se me desprendía a pedazos, sentía que el alma se me iba. Averigüé qué había pasado y nadie sabía nada.

Y lo mejor fue que mi hermana me mostró en sueños todo lo que había pasado.

# LA INTEGRANTE DE LA CASONA

Soledad Mayuri Rojas Carmona



Hace muchos años nuestra familia se cambió de vivienda y llegamos a una casa en donde vendían madera que, por lo general, mantenía abandonada. La casa era casi del grande de una manzana y al llegar allí nos instalamos en un solo salón y el resto seguía abandonado, pero todas las noches escuchábamos cómo se abrían y cerraban las puertas.

Mi madre, siempre con la duda, se la pasaba por las otras piezas revisando para ver si aún los candados estaban allí y cuando miraba adentro no se lograba ver nada que nos hiciera saber que hubiera personas allí. Así transcurrieron muchas noches y mi mamá, con la curiosidad, empezó a soltar las chapas que sostenían los candados y entraba a los cuartos, asegurándose de que en realidad nadie más, aparte de nosotros, habitaba la casa.

Luego nos fuimos acomodando en las habitaciones y, poco a poco, la casa se fue organizando como un hogar, pero los ruidos seguían todas las noches y mi mamá seguía con sus rutinas de inspección sin poder descubrir qué era lo que hacía sonar así las puertas. Con el tiempo sucedieron situaciones más inquietantes

porque empezaron a aparecer cosas de un lugar en otro. A mi madre le contaban los vecinos que el anterior ocupante llevaba mujeres en la noche, y que ellas también escuchaban ruidos, pero que las cosas no se movían.

Entonces, se llegó a creer que como el lote era tan grande, quizás podían haber dejado un entierro o algo así. Un día se empezó a escuchar correr agua y su sonido se prolongaba. Luego, se oía un ruido como si soltaran grandes montones de tierra en el piso; se escuchaba también como barrían los corredores y, al amanecer, descubríamos que algo (o alguien) cogía las materas de la casa y vaciaba su contenido en el suelo; la matica que allí estaba sembrada la habían colocado a un lado de la tierra sin lastimar sus hojas.

Mi madre recibió la casa con escrituras, por parte de su hermano, pues la habían heredado unos abuelos que hacía mucho tiempo habían muerto allí. Desde eso estaba deshabitada y la familia la alquilaba para el local de las maderas y nada más. Mi madre vendió parte del solar a un vecino cercano y empezaron a mermar los sonidos y las materas volteadas.

No sabemos qué pudo haber pasado allí ni qué sería lo que escuchábamos, pero de vez en cuando vemos unas sombras muy oscuras cuando pasan por la mitad del patio. Mamá dice que salen de la pared de atrás y se internan en otra que queda a un costado de nuestra casa. La sombra es de forma femenina y aunque ignoramos el por qué se nos aparece, ya no nos atemoriza sino que la vemos como un integrante más de aquella casona vieja.



# PASÉ UN GRAN SUSTO EN MI NIÑEZ

Yuri Rengifo Gutiérrez



En 1992 vivía en Sopetrán, un pueblo de Antioquia, con mi madre y mi hermano mayor. Yo tenía cinco años y él era quien mantenía pendiente de mí, mientras mamá trabajaba. Tanto mi hermano (q.e.p.d), como yo, teníamos un poco de libertad y por tal motivo él podía salir a darse roces con los amigos, y yo podía jugar cerca de la casa con mis amiguitas; nos gustaba mucho jugar a la “Candela del Diablo”, quemar palitos de bombón, hacer comitivas, en fin, juegos de niños.

Cierto día mi madre me mandó a comprar una libra de arroz para hacer la comida. Mientras iba saliendo de la casa se fue la energía, y a mí me dio un gran susto porque todo quedó totalmente oscuro y no sabía si devolverme o seguir. Llegando a la esquina de mi casa para seguir el trayecto a la tienda (era la parte más oscura), el miedo se apoderó cada vez más de mí; cuando por fin llegué tronó durísimo y yo pegué un gran grito porque le tengo terror a los truenos y a los rayos. Traté de salir corriendo cuando una nube oscurísima se me atravesó e hizo un fuerte ruido como de trueno. Yo quedé aturdida y más duro grité, salí corriendo rapidísimo cuadra abajo, hasta que llegué a

la tienda. Ahora el problema era devolverme para la casa, pues pensaba en que quizá la nube estuviera aún ahí, en el mismo lugar esperándome y la luz no llegaba, por lo que tardé muchísimo para subir de nuevo.

En el trayecto de regreso volvió la energía, pero mientras iba subiendo vi a dos hombres que estaban hablando y tratando de ocultar algo dentro de un tubo que salía de un andén. Ante mi inocencia y a la vez un poco de inteligencia, esperé a que ellos se alejaran de allí. Me acuclillé y con susto, porque de pronto me salía una rata, metí la mano dentro del tubo muy al fondo, cuando sentí un taco, lo saqué y lo destapé. Había mucha plata y de inmediato salí corriendo, pasé por la esquina a una gran velocidad para que la nube no me volviera a asustar y llegué a mi casa, donde mi madre me esperaba para darme un gran regaño por mi demora; me iba a castigar pero yo le pedí que me escuchara. Después que le conté, comprendió y luego le pasé lo que me había encontrado. Se alarmó mucho porque en mi inocencia había cogido eso, que igual pudo haber sido algún artefacto explosivo, pues en esos tiempos Medellín estaba en guerra.

En fin, después de todo el susto que pasé, mi madre contó el dinero que sumó \$56.000. En ese entonces era buena plata, tanto que con eso me compró muchas cosas: hasta un perro lobo de peluche que yo quería.

Bueno, por lo menos valió la pena el susto que pasé, pero ojalá que jamás en la vida me vuelva a pasar algo así.

# LA FUGA CON RETORNO A LA ESTACIÓN

Ana María Calderón Tejada



Yo me acuerdo que un día, cuando apenas tenía trece años, me salí de mi casa con unas amigas. Nos fuimos a fumar y otra niña me convenció de ir a robar en el centro, y claro, como yo necesitaba plata, le dije. “¡Hágale, mami... lo que sea!”.

Nos entramos a un almacén de aquí de Tuluá, a robarnos unos pantalones. Yo salí de primerita ganada con la mercancía, pero estaba sana de que a mi socia, la Pimpi, la habían capturado. Al notarlo me devolví y me dirigí por todo el supermercado bregando a escapar, pues no quería que me linchara la gente. Logré cruzar el centro comercial cuando ¡pumm!, siento es que me coge un policía. ¡Uyy, no qué pena! Sentí mucha vergüenza con toda la gente, y más en ese sector donde se encontraba un amigo de mi barrio, alias “Chapeto”, que en paz descanse.

Bueno, nos llevaron para la estación de Aguaclara y como las celdas estaban llenas de hombres y no nos podían meter con ellos nos esposaron alrededor de un árbol plantado en medio del patio. Hacía mucho calor y si la una se paraba la otra no se podía sentar.

De tanto clamarle a la policía nos dejaron sentar en una banquita con la condición de que no nos fuéramos a mover, pero no más ese policía dio la espalda nos salimos corriendo por el cañal que se encontraba a unos metros de la estación policial.

Lo que más risa me da es que de tanto correr y correr... fuimos a parar de nuevo a la puerta de la estación. Y ahí sí que nos la aplicaron el doble. Yo no quería llamar a mi casa, pero me tocó.

Mi mamá me dio una pela con pringamoza que nunca se me olvidará, puesto que debido a eso duré enferma una semana.

# ¡EL DÍA DE MI CAPTURA!

Angélica Saldarriaga Henao



Cuando eran las 5:45 de la mañana del día 23 de junio, agentes del CTI allanaron mi casa en Pereira. Llegaron buscando pruebas de algo que me inculpara y como no encontraron, pasaron al siguiente paso que fue leerme mis derechos y así capturarme. Ya en la estación del CTI me dijeron el porqué de estar allá, pero fueron ciertos errores de otras personas por los cuales me tenían allá.

Es incierto mi destino, no sé si tengo abogado, y lo peor es que mi familia no tiene dinero para colocarme uno. Desearía tener la oportunidad de defenderme; mi intención nunca fue hacerle daño a nadie pero lo peor es que ya no puedo cambiar mi destino. Solo ruego a Dios todos los días que me dé la oportunidad de seguir adelante y demostrar que fui utilizada y que tal vez, por querer tener un poquito más, estoy pagando una gran condena que es perder mi libertad.

A mi esposo llevo nueve días que no lo veo, ya que él está pasando por lo mismo, espero que esté bien. En esto caemos tal vez por sí solos o por alguien más, lo que sí sé es que cada día es peor la zozobra de si tendremos una oportunidad, una luz, una esperanza. Solo Dios está con nosotros y es nuestro verdadero juez para juzgar.



# LA NIÑA DESOBEDIENTE Y EL PERRO QUE ECHA CANDELA

Bilma Gisela Torres Pino



Había una vez una niña que vivía con sus padres en el campo. Se trataba de una nena muy grosera y respondona, así es que cuando la mandaban a traer la leña, no le gustaba ni cinco y rezongaba.

Un día cualquiera la mandó su mamá a recoger una leña y ella le respondió muy grosera. Su mamá la reprendió diciéndole que dejara de ser así, que toda niña que es patana por el camino se le presenta el diablo. La niña, levantaba los hombros como diciendo y a mí qué..., no le creía a la mamá.

Pero refunfuñando entre dientes se fue, por fin, a buscar la leña y de repente en mitad de camino le salió un perro que echaba candela por la boca, la nariz y los ojos.

La nena muy asustada no podía siquiera gritar porque hasta la lengua se le entumió del miedo y de ver ese perro atravesado en su camino saliéndole candela por todas partes. Pero, sacó fuerzas de donde no las tenía y salió corriendo y gritando: “¡Mamá, mamá! Perdóneme, yo no vuelvo a ser grosera. Es cierto lo que usted me decía: se me acaba de presentar un perro grande

echando candela por los ojos, la nariz y la boca, en mitad de la carretera”.

La niña, muy asustada, le pedía perdón a su madre por desconsiderada con ella y le prometía que, en adelante, le haría caso en todo cuanto fuera a mandarle.



# LAS EDADES DE MILENA

Diana Milena Bermúdez Sánchez



Cuando yo tenía nueve años era muy peleonera. En la escuela me reñía con todos mis compañeros de clase, me suspendían a cada rato, me volaba de clases para irme con los niños o con un noviecito que tenía que me gustaba mucho; jugar con los niños era lo mío.

A los doce años me volé de mi casa con mi hermano; duramos dos días perdidos y en esto nos pusimos a llorar por allá sentados en un andén porque no encontrábamos la casa ni a nuestros padres. Una gente vino y nos llevaron a una estación policial, para buscar a mis papás. Demoraron como cinco días para poder dar con nuestros padres. Cuando llegaron ellos a la estación no nos dijeron nada, pero cuando llegamos a la casa nos dieron una pela de amor dormido que nunca se nos olvida, pero ni así dejamos de ser tremendos, o yo por lo menos seguía dándole la guerra a mis viejos. Ya ni a lo último me ponían cuidado: era súper maldadosa con todo mundo, mejor dicho era más tremenda que Daniel el Travieso.

A mis catorce años fue que vine a cambiar; ya me volví una niña seria ya me daba pena todo, es que ni novio tenía ya.



# MI PADRE ERA MI TODO

Katerine Acevedo Arboleda



Recuerdo que cuando estaba muy pequeña pasé mi tiempo libre con mi padre. Yo no vivía con él y mi mamita, de parte de papá, me celebraba mis cumpleaños con todos mis primitos. Mi padre era mi todo; él me enseñó a manejar bici en una cicla inmensa, jugábamos fútbol todos los días, la pasaba muy rico. Con un primo hermano jugábamos al papá y a la mamá. Nos gustábamos y nos dábamos los picos, en la guardería pasaba muchos momentos agradables, era muy peleonera y chillona. También me tocó sufrir con mi padre porque lo vi en unas situaciones muy malas que me daban miedo, pero yo de igual manera lo apoyaba, pues lo amo.

Gracias a Dios tuve una niñez muy linda junto a mi madre, mi hermana y mi padre hasta los quince años, cuando, mi padre, él mismo quiso acabar con su vida por el maldito vicio y tanto problema económico. Fue muy duro para mí, cambié totalmente.

Mi vicio comenzó con unas amistades. De andar la calle para arriba y para abajo quedé en embarazo a los diecisiete años, la tuve solo nueve meses conmigo nació muy enferma, y muchas cosas más. Esto es mi vida, algo resumida, de lo que me acuerdo.



# MI NIÑEZ ES LA CULPABLE

Mayerli Alarcón Córdoba



Claro que mi infancia no fue la mejor... recuerdo únicamente cosas duras: siempre he señalado a mi niñez como la culpable de todo lo que hoy en día soy y trato que mis hijitas no la repitan, pero por ahora tengo que resolver primero esto, resultado de lo que estoy viviendo.

Éramos cinco hermanitos, un padre y una madre y también una pobreza la verrionda: éramos tres mujeres y dos hombres; debíamos compartir cuarto, calzones para las tres y si no nos quedaba, un nudito a los lados sería lo indicado, cuando corríamos el nudo se desataba y los calzones nos echaban zancadillas. Eso provocaba pena y risas, pero pena pasajera; más podía la risa para ir a la escuela, era aún peor en cuanto a las medias, se les perdía el resorte y uno quedaba más arriba de la otra. El betún era manteca, un solo cuaderno con tres materias; era un enredijo que nos hacía regañar de la profesora, los niños no jugaban con nosotros.

Yo lloraba todos los días, nunca quería ir a estudiar, pero tampoco me gustaba mi casa pues mi padre azotaba y ultrajaba a mi madre. En muchas ocasiones vi a mi madre irse de mi lado

y dejarnos porque creía que papá la iba a matar. Para que yo no llorara me prometía siempre un bebé de juguete calvito, era un deseo para mí el poder tenerlo. En las noches me despertaba y miraba la cama de papá a ver si de pronto mamá ya había regresado, y volvía y lloraba hasta quedar dormida al darme cuenta que todavía no había regresado. Estos días sí que eran peores: papá se desquitaba conmigo. Me odiaba. Yo sólo quería que mamá regresara para que él no estuviera bravo, pero mis hermanitos me decían que era mejor para nosotros aguantarnos a papá que a mi mamá, porque él quería matarla y que ella me amaba y que algún día, volvería por mí. Y sí, era verdad, ella volvía: papá la convencía de volver, pero a menos de un mes ya habían sucedido más de diez discusiones. Cuando ella se iba era porque la pelea había sido todavía peor y menos justificada.

Bueno, pues pasó todo ese tiempo y cumplí doce añitos, entonces se desató mi yo interior; quería comerme el mundo, me creía tan grande como para no volver a vivir ningún tipo de sometimiento o humillación, dije: “¡Basta! ¿Qué, me vas a pegar? Pobre viejo H.P. Se tiene es que parar duro conmigo”. Mamá quiso volver a vivir con papá, pero ya fue él quien se fue. Él, que no quiso quedarse después de que yo le diera una tunda con un madero del fogón, creo que me endemonió.

Las drogas eran mi mejor aliado, me enamoré en medio de mis locuras. Fue mi primer error, pero la verdad el que se había equivocado era él. Con decirte que me demandó nueve veces por maltrato y daños y perjuicios a bien ajeno. Pobre de él cuando lo cogía mal sentado; le daba duro no más por sospecha. Creo que jamás me olvidará, y pues yo a él tampoco. Creo, aunque ya por él no siento nada, pero sí tengo un recuerdo eterno: mi hija mayor. Ella es... ¡de una nobleza! Mezclada con belleza, la amo. Pero, bueno, seguí mi vida delincencial, seguí creciendo, robaba y me prestaba para la maldad. Conocí un amigo: mi mano derecha, y me enamoré de él y comenzaron más ásperas las delincencias, hasta el grado de no poder ir al pueblo porque nos buscaban hasta de la DIAN.

En medio de todas mis locuras con él, Dios nos regaló la niña a los dos, y aquí estamos para cuidar nuestra vida y ayudarnos a cambiar y reflexionar.

Aquí estoy esperando respuesta divina. Esta historia continuará.





# LA ACAMPADA

Orfelina Calderón Moreno



En el año de 1970, por el mes de agosto, salieron de acampada dos chicas y dos chicos, sus edades oscilaban entre de los quince y los dieciocho años.

Salieron de casa rumbo a Jamundí, a la finca de un amigo. Los estaban esperando el dueño de la finca, Óscar Lobo, y otros amigos, con buena comida y unas cervezas. Cerca de la medianoche una de las chicas se dirigió al baño y se escucharon unos gritos sorprendentes. Sus amigos corrieron en su auxilio, y qué sorpresa se llevaron al ver a su amiga con los ojos más grandes que cocos pelados, temblando y sin poder hablar. Su mirada se dirigía hacia un árbol muy grande que se encontraba en dirección al baño. Cuando los otros muchachos quisieron ver hacia donde dirigía la mirada de su amiga; cuál no fue su sorpresa al ver en lo alto del árbol un pequeño duendecito vestido de verde, medía unos 70 centímetros de altura, su cara era envejecida y aquel duendecillo los miraba y se reía y saltaba de rama en rama.

Se miraron todos atónitos aunque uno de ellos que era el más arriesgado le preguntó que si quería jugar, pero aquel duendecillo desapareció entre risas y ramas.

Después de esto los muchachos salieron de volada, aturdidos y más sorprendidos que el diablo, pues jamás habían vivido una experiencia de esa clase.

# NIÑAS REBELDES

Yomara Muñoz Moncada



Cuando yo tenía diez años mi madre nos despachaba a estudiar a mí y a mi hermana pero nosotras no entrábamos a la escuela, nos quedábamos en los parques, nos poníamos planas nosotras mismas o si no, nos íbamos para donde mi abuela: le decíamos que no teníamos estudio y con lo del descanso le comprábamos huevos, cigarrillos, pan para poder estarnos allá, pero ella no sabía nada; nos estábamos hasta la hora de salida y llegábamos como si nada a la casa. Así pasamos un tiempo.

Cierto día nos decidimos a entrar a la escuela y nos sorprendimos mucho porque había mucha gente y preguntamos y nos dijeron que era el día de la despedida; nos sorprendimos mucho porque teníamos que ir a la casa a decirle a nuestra madre que tenía que ir por la libreta de calificación. No sabíamos qué hacer, le dijimos que tenía que asistir a la escuela sin contarle lo que habíamos hecho. Cuando mi mamá fue, se llevó la sorpresa que era el tiempo más perdido con nosotras porque perdimos el año por faltas de asistencia, pero mi madre no nos pegó: Nos aconsejó. Nos habló mucho sobre el tema. Y le prometimos nunca volverlo hacer ya que la íbamos a valorar por todo lo que a ella le tocaba hacer para darnos estudio y no apreciarlo. Le pedimos perdón y nunca más volvimos a hacerlo.

